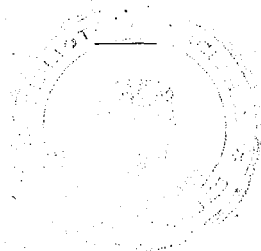


E. GIL GILBERT

NUESTRO PAN

Segundo Premio en el Concurso de Novelas
Latinoamericanas de 1941



EDITORES: LIBRERÍA VERA & CIA.

GUAYAQUIL—ECUADOR

1942

DEDICATORIA:

A los arroceros con desigual fortuna, de cuyo plato comí y en cuya casa posé; y que me han olvidado luego de contarme sus sueños, sus buenos días y sus malas cosechas;

A mi madre, mi hermano y mi hijo, esta sufrida y amada historia de nuestra tierra;

A Alba Calderón que me acompañó en la escritura de este libro con el mismo entusiasmo que me acompaña a vivir;

A la memoria de los muertos de Chilintomo y Nauza, cuya sangre es la mejor simiente en nuestros campos.

En hablando arroz
Aunque no haya Dios

(Oeclr popular ecuatoriano)

LOS DESMONTEROS

LIBRO PRIMERO

Balseros

I

El viento se enervaba como un machete nuevo, desmenuzando los árboles y escamando el lomo de toro viejo del río.

Uuuuiip-aaah! Uuuuiip-aaah!

Hacían la balsa ocho remeros, cuatro a cuatro en los remos; las cañas resacas trinaban en las chumaceras.

Uuuuiip-aaah! Uuuuiip-aaah!

Era angosto el río. Verdes las aguas porque venían un poco del mar, verdes porque el color de las frondas es tinto. El timonel se esforzaba por llevarla sobre el cordón de la corriente. La vaciante desnudaba los barrancos y sobre ellos se asoleaban lagartos. Cuando pasaba la balsa alzaban sus trompas chatas, abrían las tapas y roncaban sordamente. Algunos caminaban como si se resbalasen para ir al agua; flotaban, para -casi al instante- desaparecer.

Uuuuiip-aaah! Uuuuiip-aaah!

Los mangles orilleros se elevaban hasta desmelenarse en el viento alto, aupados en mil raíces, arrugadas, rudas; se llenaba de la voz de los remeros, de su jadeo pausado y sin ánimo.

NUESTRO PAN

—Mejor será que amarremos ya. La noche se nos viene encima y la marea vira.

Pío mascaba tabaco. De bajo la ramada vino la respuesta cansina:

—Ahá! A mi parecer es lo justo. Por además, hoy hemos chorreado bastantito.

La cara del negro escudriñaba el río.

—¿Y? ¿Será muy salobre ésta agua? ¡Hay mangle ni liza!

—Según mis cábulas, como es fin de verano el mar se nos ha metido. Hay hasta bufeos.

—Y tintorera.

—¿Tintorera, dice?

No era visible más que para él, y nada más que sus oídos escuchaban un silbido como el látigo que bajase, sin encontrar nunca en qué chantarse; una tromba de agua y un par de aletas rasgando el río. Tras de eso, una boca con un millón de dientes.

La balsa crugía como una puerta desvencijada. Los remeros alzaron la vista hacia el timonel. Pío estaba hinchado, las venas del cuello saltaban como culebras pequeñas, sus brazos se abultaban, se torcían; el tórax brillaba, en las piernas aparecían venas. La balsa giraba lenta, sonando tal que marimba; la corriente le llevaba una punta y la otra embestía el barranco; agua espumosa baldeaba atolondrada el maderamen. Las ñangas cortaban el río formando estrías, emanaban olor ácido de tierra salada y podrida. Algunos florones comenzaron a azotar la balsa. Caían hojas secas. El río se coloraba de cobre sucio. Los florones azotaban más a menudo. Parecía, por el ruido, que comenzara a llover.

—Toño! Andavé rapidito y coje la vicha que las raíces friegan!

De la choza salía apresuradamente un adolescente acomodándose los pantalones. De entre el maderamen alzó un palo largo con la punta torcida como una fija. Su cuerpo abejucado se doblaba más que la palanca cuando trataba de separar los florones.

II

Junto al barranco se reclina la balsa acariciada por el chischás del agua. El barranco es negro, manchado a partes de café, que asemeja, por lo claro, el óxido de hierro. Cae de arriba a bajo, adelantándose en picos, ahuecándose en guaridas para cangrejos. Sobre esa pared húmeda, viven cantidades innumerables de alimañas, salen bruscamente raíces de árboles, deshilachadas, siempre henchidas de agua. Se siente caminar alimañas incesantemente. Mientras el sol se hunde tras las cabezas batientes de los mangles, hay un rumor levísimo que resalta en el silencio del campo. Se dijera un aserradero oído a la distancia. El viento pasa roncando igual que perro bravo. Huele la noche a yerba mojada. Susurran los amancayes de la orilla, se mecen restregándose entre ellos, cabeceando, destellando sus flores blancas. Las aguas son densas, espesas, oscuras.

En el interior de la ramada, tendidos sobre las cañas del piso, arrumados sobre cajones vacíos, acostados en hamacas sostenidas por betas, están los hombres. Jaramillo tuerce su pescuezo como solamente puede hacerlo una garza, para apoyar la cabeza sobre un cajón. Su cara es abotagada, llena de carne marchita, sus ojos oblicuos tienen párpados hinchados; las cejas arqueadas, arrugan la frente. Y recuerda, somnoliento, como si viera de veras. Había sido bajador de leche; pasaba las noches en la popa de su canoa él solo, de hacienda en hacienda, recibiendo los tarros al pie de los corrales, cerca del vaho suavemente caliente, como el calor de las mujeres a lado de uno, de las rejeras. Hablaba con los ordeñadores. Las voces tenían el mismo aliento de las cosas, de los animales; y, como las madrugadas, eran lentas, perezosas. La luz, azulada. Parecía que las cosas no se viesen. Todo estaba bajo ese tul violáceo que era como el recién abrir los ojos. De las vacas salía el aliento visible por las narices. Los hombres se emponchaban en el humo de sus cigarros.

Allá estaba Moreira, el Guaco, conversando con el hijo de Juan de la Cruz. El sabía la charra que escocía la vida de Moreira; mas, nunca saldría de sus labios. ¿A qué? Ca-

NUESTRO PAN

da hombre es como un árbol, como el curso de un río. Moreira cuchicheaba con el joven Vega. Tendidos ambos en el suelo, junto a ellos una guitarra. Toño entonaba una canción lenta, arrastrada, que llevaba en ella la tristeza como el río la palizada.

—El chico va a salir bueno para la canción.

—Lástima que se ha de hacer jumético.

—Caray! Eso no importa... al menos para mí que no tengo ni tayta, ni mama, ni mujer...

—Sin perro que te ladre.

—¿Y si algún día tienes mujer? Porque tú, ya has de ser pillo.

—Eso de mujer es un poco peliagudo.

—No creas, compa, son como la mala hora.

—El cariño es candela y los hombres son la leña.

El chico ríe, chispean sus ojos, balancea la cabeza y dice:

—Los hijos son el carbón, lo malo es que no hay quien los compre.

—Así es; sí señor; ésa es la pura verdad.

—Pero el hijo es ingrato con el padre. Unos se van más antes, otros más después, otros se muereñ.

—Si uno pudiera no querer a los hijos. Porque al hijo se le da todo. Vea usted: de los taytas se recibe todo y uno es ingrato. Tiene más obligación para con ellos y nunca se acuerda.

—Ah, caracho, esta vida perra!

Las voces de los hombres no lograron romper el silencio. Porque afuera había un silencio enorme sobre todas las cosas. La montaña jamás calla, pero en este momento no se oía fricción de hojas y el agua estaba murmurando muy quedo. Aún si los oídos humanos fuesen tan finos como los del venado no oirían nada. Ni chasquear de pezuñas o

garras sobre el lodo. Nada. Mas, en cierto momento las aguas se agitaron. Pudiese ser un lagarto. Aunque el lagarto se entremece más violentamente y de lejos manda su olor, su acre fetidez de ficra. Eso era como un remar. Y los hombres que van de río en río lo saben. Cuando el silencio se viene como si la muerte cayera sobre todas las cosas, aparece sobre la última vuelta de los ríos chicos o sobre la más distante del Río Grande que va al mar, una luz que no es roja ni viva, sino tenuemente azul, como las ojeras de las mujeres canbarazadas; en su delante, envolviéndola como un aguacero, camina una oscuridad densa y transparente a un tiempo. Porque es más negra que la noche más oscura, pero a su través se puede ver. También se anuncia por un zumbido de millonadas de moscas, de esas verdes que pululan sobre los cadáveres. Viene sonando igual que cuando se aviepan. Y se escucha un canaleteo suave, pausado. El agua puede canaletear de esa forma. Avanza entre eso, no una canoa, un abalud grande y negro en el que va una mujer con el pelo largo y yerto de los finados. Anda desde tiempos que nadie recuerda por todos los ríos buscando un niño, espantado su pecado, que fué matar a su hijo. Si oye un llanto de niño se acerca y hasta algunas veces se ha llevado los hijos de los balandreros. Fué pecado de mujer casada cuyo marido tuvo que viajar y se enredó con otro. Al llegar el marido estaba ella lavando en la balsa de la orilla y de susto cogió al chico y lo ahogó. En seguida una voz, la del Padre Eterno, la condenó: Anda y vé por todos los ríos buscando a tu hijo hasta el día del juicio. Esta noche que hay silencio ella pasará de largo por medio río. Pasará fantasmal, con su clara oscuridad de aparecido en buca de los hijos de los canoeros, de los balandreros y hasta de los desmonteros que están en las vegas. Como entre estos hombres no hay criaturas tiernas, seguirá de largo con su llanto gemidor. Ya la estaba anunciando el silencio.

Las caras se alumbran grotescamente por la luz del candil que baila sobre ellos, y los párpados pesados caen sobre los ojos. Respiran alzando el pecho y moviendo todo el cuerpo, sonoramente, entre dormidos y despiertos, con lejano sueño, como su cansancio.

NUESTRO PAN

—Vamos a desmontar esta montaña para arroz: son buenos los bajiales.

—Nunca nadie ha venido, somos los primeros porque el hijo del capitán Sandoval no es como el padre, éste sí que trabaja por todo.

—Pero en las montañas siempre hay tigre.

—¿Y?

—¿Cuándo regresaremos?

—Cuando termine la cosecha, si Dios quiere...

III

Adentro había mucho calor. Pío abandonó la ramada para salir a mirar frente a frente la noche. El viento manoteó su cara; crugían por su peso, los palos de balsa. Miraba el río sobre el que la luna recién nacida echaba a andar el espejeo de su luz; el lomo de las aguas se escurría rezongando, sacudiendo de la superficie el cabrilleo de las estrellas. Iba rapidísimo arrastrando palos enloquecidos que se revolvían, sacando a momentos ramas y raíces como manos de ahogados. Alguien saludaba a Pío desde la corriente del río. Saltaban lizas, vestidas de agua y de luna; el viento envolvía al negro; viento que era como poncho y zumbaba por las orejas. Dilataba las narices para respirar el aire y aspiraba la noche entera; su sangre se tornaba estrepitosa, azuzada por el viento. La oía atropellada sobre su corazón y aleteando en sus sienas. Entre ese gran grito, como árboles en la corriente del río, venían cantidades de gritos vegetales y animales: reconocía el grito de una rama quebrada, el de una ardilla sorprendida, de lodo majado por animales, frufrió de hojas anchas. Percibía el suave olor de hojas húmedas de amancayes, y la acre emanación de las guaridas.

Luego se volvió hacia tierra. Primero el barranco alto, quebrado, azulado de luna. A su borde, la canción de los sapos. Siempre la humedad. El llanto de la noche sobre la tierra, casi voz humana, en la garganta temblorosa de

E. GIL GILBERT

los animales que estarían con sus grandes y lacrimosos ojos mirando la noche. Y, alzada, la masa de árboles ennegrecidos. Algunos tremolaban anchas hojas como si fuesen bufandas largas. Todo lechoso, luz de acero. Veía, realmente, el viento a lomo de los árboles hostigándolos hasta hacer bajar sus copas. Escuchaba algarabía. Maullaba algún gato enorme. Corrían entre las raíces y bejucos, animales ágiles. Jadeaban scres, sorda y precipitadamente. De pronto Pío deseaba gritar para saber si su aullido humano era respondido por alguien detrás de esos árboles y oía el aullido penetrante de un mico. Sobre las hojas, espejeaba la luna, enverdecida hasta ser del color de los mates, burbujeando. Una rama, alta, esqueletizada, se tambaleaba.

Deseaba el negro salir de todo eso y como no podía gritar, alzó su cara al cielo y abrió los brazos.

Raíces

I

Roja la cuchilla de luz, fué gateando sobre los cuerpos almagados. Hierre sobre los ojos del negro Pío. Vuela llevada por la brisa una hoja de bijao desprendida de las lumbreras. Como agua cayendo sobre piedra suena un gorjeo alegre. Encuentra su respuesta en otros gorjeos. Pío va reconociéndolos. Eso que chilla primero fuerte y luego va apagando su voz, es negro garrapatero. El que parecía risa de mujer es chocota.

Pío, bostezando, se arrastra para salir de la ramada. La brisa húmeda que rociaba las cosas le acarició. Alcanzó a ver bajo el barranco, en una playuela, un venado bebiendo. La marea corría en sentido contrario al de la noche anterior. Iban palos sirviendo de barcos de garzas blancas que se espulgaban. Llovía sol sobre el río, se veía caer luz que salpicaba violentamente en el agua como un espejo trizado. Regresó a despertar a Toño:

- —Alza, que ya nos adelantó el sol, muchacho.

Jaramillo, de entre un envoltorio, saca un machete y una piedra de afilar. Se va, perezoso, hasta un palo costanero de balsa. Los palos, moviéndose, le anuncian a Juan

de la Cruz Vega. Trae el viejo una escopeta al hombro y un mate tapado con tuza en la mano. Miró con sus ojos hundidos el barranco, sentado a la vera de Jaramillo. Una punta lejana retiene su atención. Mide la distancia varias veces. Pausadamente ataca la carga de la escopeta y apunta.

—¿Qué, don Cruz?

—Lagarto, allá en esa punta. Véalo: acostadote el muy desgraciado.

—No desperdicie, don Cruz; vea cómo vuelan patillos; de allí podemos almorzar.

La detonación suena. El saurio alza la cabeza, coltea sobre el lodo. Desde la playa se precipitan varios más al agua. Llama la atención uno enorme; le calculan diez varas; voluminoso, gris, despacioso al andar.

—A lo mejor ése es cebado.

Entre la montaña cercana, se alborotan aves que gritan. Las ramas quebradas aumentan el laberinto.

—¿Qué tiraron?

—Lagarto, estaba allá en esa punta.

—Ve que eres, Cruz! Eso sí que es gastar pólvora en gallinazo.

Estaba con su machete al brazo. Pío llevaba gran sombrero toquilla, los pies con ojotas y corvas en las piernas. Al verlo, le inquirieron.

—Hay que tantear el terreno siempre. Ustedes dos también son baqueanos; si quieren venirse...

Toño, mientras, preparaba el desayuno. Cogería un anzuelo cebándolo con tripas para bolearlo lejos sobre el río. Miraría el agua de los tarros, volvería los verdes. Pío abandonaba la balsa, caminando sobre el lodo. Con un palo se ayudaba a trepar el barranco. Miraba el suelo resquebrajado entre cuyas hendiduras husmeaba manos de cangrejos. Sobre la línea del barranco, la tierra apelmazada. Hojas secas rodaban llevadas por el viento. Jaramillo avanzaba tras él. Desde la balsa le gritaba Cruz Vega:

NUESTRO PAN

—Mi compadre Jaramillo va en vez mío.

Y Jaramillo solicitando ayuda:

—El dice que va a barranquear.

Pío, adelante, tanteando con el palo, alborotaba la yerba, recién trepado a la orilla. Rumbearon.

—De aquí hasta ese matapalo. ¿Vé? Allá, cerquita del "Uña de Tigre".

Los machetes cortaron rápido para hacerse paso. Pío avanzaba sigiloso. El sol se filtraba entre hojas despidiendo un relente verde que obliga a medio cerrar los ojos. Oía el menor rumor y lo atendía de inmediato. Vió una salamanquesa deslizarse entre la hojarasca. Pío cortaba seguido, lenta, cuidadosamente. Miraba los árboles y el terreno murmurando:

—Pío no se equivoca nunca, ajo! Esta tierra es buena.

Saltaba entre la arboleda un grito largo, aullador: Cruz. Iba bien. Después, otro grito ahogado por la montaña que se venía entre una manada de ecos: Jaramillo. Pío no se movió. Escuchó largo rato. Entonces aspiró profundamente y lanzó su grito.

Una guanta sentada sobre sus patas traseras, sosteniéndola con sus minúsculas manos, comía nerviosamente una pitaya. Al oír el primer grito se detuvo. Los tres gritos fueron oídos por ella, temblando toda, arriscando el labio superior nerviosamente. Advirtió un hedor aferrante, a orines, a sudor. Se acurrucó más entre las sombras. Por los guindajos y las hojas grandes que pendían igual que chorros de agua, apareció la cara de un "cabeza de mate". Venía también azorado. Sus ojos pequeños y oblicuos, sagaces, parpadeaban inquietos. Huía taimadamente, casi sin hacer ruido, atendiendo los rumores acrecentados. Entre las copas parloteaban catarnicas.

Se desgajaron aguas lianas. Se abría la carne verde de los vegetales, chorreando leche espesa. Un machete brillante los cortaba. Tras las últimas heridas aparecía la figura de un hombre, la cara negra, sudada, brillante, los o-

jos de fiebre, la boca abierta, iluminada. Las manos cerradas sobre el machete, cortaban agresivamente, con lentitud, seguras. Un bejuco le caía sobre los hombros y quimbeaba, separándolo con el machete. La guanta ya no se acurrucaba, al verlo saltaba y se iba adentro, hacía las raíces, junto al lodo hirviente. El cabeza de mate, agachado, con las manos junto al pecho, moviendo el rabo que saltaba como si fuera de caucho, en silencio pelaba los dientes Retrocedía despacio atendiendo al hombre.

El negro Pío se detiene. Sabe que allí hay un gato de monte por lo menos. Está pendiente del almizcle de fiera. Y, sorprendentemente, lanza su alarido. El chorro cálido de su grito golpea los troncos, las hojas, buscando paso; y se queda encerrado, ensordeciendo. Saltan algunos animales pequeños. Tras ellos, a grandes brincos, zigzagueando, "el cabeza de mate", grande como un perro.

Una telaraña estaba tendida de tronco a tronco, espesa, irisada, llena de cadáveres de insectos. En eso, el grito fuerte, cercano, de Jaramillo. Y después, el otro grito un tanto más lejos, de Cruz Vega.

—Aaaaauuuuuuuuuuuiiiiiiiiiiiija!

Comenzó a percibir los machetazos de Jaramillo abriéndose paso. Sentía como si su cuerpo estuviese aceitado. El silencio comenzaba a chillar. Estaba solo; los animales se habían ido. No sabía si era el silencio que chillaba o la cigarra. Creía que en los brazos le andaban hormigas. Las hojas filtran verde la luz. Imaginaban estar en una cueva. Desde el piso ascendía vaho sofocante: las hojas, las raíces, el suelo.

Violentemente dió un machetazo sobre un tronco. Cantó la madera como una campana. ¿La madera? ¿El machete? Aseguró la mano sobre la cacha. Calculó el golpe. Silbó el aire mordido por el acero y el tronco herido replicó como hierro golpeado. El negro se acercó a la herida vegetal: apenas una hendidura en la corteza, desgarrada, desviada hacia abajo. Adentro, lustrosa, al parecer, charolada, apenas despostillada, la pulpa negra rayada en venas ocreas. Pasó sus dedos rugosos: era lisa.

NUESTRO PAN

—Madera negra, madera negra!

—Ah, Jaramillooooooooooojó!

Y más atrás, pero cerca, la voz de Cruz Vega.

—Auuuuuuuuuucajá!

El negro Pío arrancó un algarrobillo que se salió de raíz. Estaba húmeda la tierra. Al girar para ir en busca de sus compañeros, pisó en lodo.

Quedó huella de hombre, pie enterrado en lodo, junto a la cavidad del árbol desenraizado.

Pío regresaba en busca de sus compañeros. Se paró secamente. Allí, a lado de la huella de su pie, el rastro del "cabeza de mate".

—Flojonazo! No lo había visto, pero mi nariz no me engaña.

Ya lo había olido. Ha corrido el muy mariconazo!

La verdosa luz hacía titilar la sombra del hombre que se iba a pasos grandes, seguros, hundiendo lodo y hojas secas, sin tambalearse, adornada por hojas que caían, por sombras de bejucos, por luces de hojas movidas. x

II

El sol cabrilleaba sobre su filo y sobre el agua. Caían las hachas sobre los árboles intocados. Los troncos, tambaleaban heridos, temblando como una mujer que fuera a dar a luz. Iba la montaña retirándose; quedaba un boquete, recién desnuda la tierra, erizada de troncos desnucados.

El mozo Manuel Balladares, hijo del Pipón, estaba alegre. Venía por vez primera a trabajar ganando plata sonante y contante. Hinchábanse sus músculos cobrizos, brillantes de sol y sudor. Criábanle gotas sobre la frente. ¡Plata! Plata ganada en el trabajo y para gastarla sin dar cuenta a nadie. Era la libertad de beber la amarilla cerveza espumante, de bailar, y amar mujeres de Guayaquil. Castaría harto para que tododiós sepa que él, Manuel Ba-

lladares, el mozo, no era mantenido por el viejo. Cada hachazo valía plata. ¡Plata! Y para un hombre joven al que le suenan los sueres en el bolsillo no hay cerca de alambre, puerta con tranca, ni mujer cerrada. Hundía el hacha en la fibra vegetal que sangraba sin retorcerse como animal. Por esa herida pagaban y tendría él zapatos de dos colores y pantalones blancos. A su lado zumbaba el hacha de Moreira, el Guaco. Un machetazo, años atrás, le había hundido la nariz y rebanado un pedazo de labio; era una cicatriz igual al cauce de un estero seco. Moreira era preciso en el golpe, seguro, fuerte; hendía algunas veces la tierra. Los ojos de Moreira miraban bajo las cejas artera y escurridizamente. Había llegado a la balsa sin que nadie más que Jaramillo, que lo había tratado, lo conociera. Cctrino, delgado, pálido, trabajaba furiosamente, haciendo caer sus hachazos con vertiginosidad de molinete. Había intimado con el mozo Balladares por un mismo cariño: la guitarra. Solían en las noches, cuando todos dormían o silenciaban, hablar entre ellos de sus cosas. Así supo Moreira que el joven Balladares se había curado recién una enfermedad íntima. Y Balladares se enteró de que Moreira había desflorado a la hija de un mayordomo, allá arriba, en Casas Blancas.

Moreira suspendió de pronto el trabajo.

—Oye, ¿sabes vos?

—¿Qué, ah?

—¿No sabes nada, nada? ¿No ha contado Jaramillo?

—Que yo sepa, nada.

Y volvió a su trabajo. Lo hacía más intensamente, mirando al mozo de reojo. Las ramas febles trazadas, les caían sobre la piel; estaban tamizados de hojas diminutas, pegados a ellos por el sudor.

Moreira trabajaba angustiosamente. También quería la plata porque con ella tendría una vida distinta. Ahora mismo, en este trabajo, ya era distinto todo. El cholo Jaramillo no había dicho nada. Qué buen hombre era! Se acordaba confusamente de una profusión de cosas revueltas;

NUESTRO PAN

sentía un laberinto dentro del cuerpo. Hasta quería llorar. Ah, la mala hora que sigue el hombre para cualquier descuido! Y luego se prende peor que vampiro a sacarle la sangre en las tremendas noches de recuerdo y arrepentimiento. Si todo era confuso, había clara, nítida, la negra quebrándose como una zeta, tal que un tronco de árbol, macheteada por él. Oía el ruido sordo del machete hundiéndose, el grito estridente de ella: Me mata, me mata! y luego la sangre saltaba a chorros para envolverlo, a él que ya estaba envuelto en el brillo del machete. Era seguido por su brillo de espejo, no lo podía ver sin estremecerse, sin sentir vértigos. Pero lo atraía y se quedaba horas y horas mirándolo. Hasta se embobaba con las cosas que brillaban como él.

Tiró el hacha contra el suelo. La carne brillante le saltaba igual a cuando los caballos se sacuden para espantar las moscas. Miraba con ojos desorbitados al mozo Balladares. Le gritó abriendo la boca y envolviéndolo con el aliento:

—No, maldición, tú sabes! Tú sabes y lo saben todos! Me van a entregar.

Balladares lo vió, asustándose. No percibía en ese instante el acezar de la tierra ni la emanación tibia de los cuerpos sudados.

—Qué te dió? Bah!

Moreira estaba pálido. Quería hablar y la punta de las palabras lo atoraban; al fin, gagueándolas, diciéndolas a pedazos:

—No, Manuel, no creas que estoy loco. Tengo miedo. Me van a llevar... me van a llevar... Pero te juro por la luz que me alumbraba que no soy malo. Fué la mala hora, nada más.

En eso estaban, cuando la voz de Pío se alzaba sonando como si fuese caracola.

Era de ir por el arroz y el agüita caliente.

Los hombres soplaban y la voz salía de ellos silbando. Miraban un rato para el cielo. Luego echaban el machete al brazo y el hacha al hombro. Conversaban a gritos. A veces

eran interrumpidos por el ladrido de un perro. Un gallo de monte enlucía la vertical del sol. Venían saliendo al pequeño despampado. Allí se había hecho el primer fogón. La tierra estaba recién quemada. Era brava la sarteneja, todavía quebrada en todos lados, saltando en aristas filudas. Junto al fogón un perro espantándose las moscas con movimientos de la piel. Los hombres se allegaban: don Pío, don Juan de la Cruz Vega, don Balladares, don Jaramillo, Moreira, el mozo Balladares, Pedro García, Nemesio Melgar y todos.

Decía don Jaramillo:

—Hoy hemos abierto harto. Ya hemos alejado la montaña del fogón.

—Ahá.

Algunos venían del río lavándose el lodo. Secábanse con las camisas y se arrimaban húmedos, contra la tierra. La montaña se hacía sentir casi a su lado. Oú-óú-óú. Oú-óú-óú. Toño, el muchacho, iba pasando platos de comida, inquietándose a veces: oía deslizarse un rabo de iguana y lo confundía con el reptar de una culebra. También Jaramillo se mostraba inquieto, pero no era por los animales ni por los ruidos; como era la hora en que almorzaban, con sus ojillos metidos en su cara adiposa, llena como un almohadón, tostada de viento y sol de mar, miraba atentamente los platos en que servía a Pedro García para no tocarlos siquiera. García lo supo porque lo descubrió en el momento en que separaba una cuchara de todas las demás. Miró con sus ojos de fiebre a todos lados, silenciosamente, con avidez. Contempló una salamanquesa que cazaba una mosca. Miró más allá una araña que había apisionado una avispa y la sorbía. En esos animales pequeños, que luchaban a muerte, no había un gesto, un remecimiento, una luz en los ojos ni una mirada; nada. Pasaba todo silenciosamente. Recordó los ojos de Jaramillo y tuvo, viva, la luz de ellos: una luz esquiva en la que se retrataban el temor y el asco. Se regresó a mirarlo con sus ojos, que, brillantes, angustiados, resaltaban porque estaban cubiertos por un tenue velo de lágrimas. Los de Jaramillo, azorados, inquietos, se revolvían perseguidos por los del tuber-

culoso, para volver a quedar presos en ellos. Zumbaba un abejón taladrando un madero cercano. Se oía el caminar del río entre los barrancos y bajo de ñangas. Se oía golpear las cucharas en los platos de hierro enlozado, se oía mascar. Solamente García tenía su plato en la falda sin comer nada. Toño masticaba alegremente. Pío, arrugando el cerco de sus ojos, miraba el cielo para calcular la hora. García dijo, mientras raspaba un plato con su machete y señalaba su cuchara.

—De hoy en adelante a mí solo me servirán en este plato. Y sólo me pondrán esta cuchara.

—¿Y por qué, don García?

—Para que no se contagien. Ya que no me puedo ir, al menos eso.

Jaramillo mascaba en silencio, despacio, entretenido en mirar un hormiguita que correteaba por el borde del plato.

—Bueno, dijo don Juan de la Cruz Vega y todos alzaron la cabeza para atender. Estaba, como siempre, con su puro en la boca, su cotona planchada, mirando a cada hombre con ojos de toro matrero, sin hacer un gesto. Sonaba su voz como viento a ras de tierra.

—Bueno. Ya estamos aquí para el trabajo. Es el bajial que necesitamos, señor. Y hay que manguear duro, duro, como machos mismamente. Si quieren comer arroz, a sudarlo. Pero por lo pronto, vamos a remolcar palos para parar las casas, no sea que vengan las mujeres y nos hallen a pampa rasa.

III

El río tiene color de hombre y de mate. Camina con fantasmas de voces entre sus aguas. Navegan por él barcos y canoas que no se ven y que dejan la estela y nada más. La luna anda sobre aristas espejeantes y escurridizas. Una hoja de plátano está guindada sobre la corriente ondulándose como una sábana celeste. El viento anda a gatas bajo las ramazones, removiendo quedamente las ramas:

frágiles. Nadie podría decir quién va silbando por el río. A veces un lagarto enorme, enverdecido por la luna, navega con su cabeza al aire, tranquilo, parsimonioso, olvidado de su fiereza. Abre estrías en el dorso de las aguas. El río va... En la madrugada estará de regreso desde los cacaotales, trayendo olor de chocolate y también de naranjas y de ciruelas. Desde aquí lleva olor de raíz desnuda, de tierra brava, de lagarto. Hasta de tiburón y tintorera.

En la ramada de la balsa, todos duermen. Todos, no. Moreira atiende la noche. Esta oyendo a los sapos confidenciar con la luna. La mojada voz de la tierra nocturna debe ser la voz de los hombres muertos en desgracia porque llora y ni el horizonte es capaz de cortar el gemido. Parece a veces la voz con que recorta la canción un enamorado.

Moreira no puede dormir. Fuma un cigarro del que no ve humo y por lo tanto no lo acompaña, porque el humo se va llevando los pensamientos que atorán a los hombres y los desvelan. Se desespera oyendo roncar y dormir placidamente a sus camaradas. Cuando un desvelado oye dormir a los otros es como cuando se vela solitario a un enfermo. Pero ni así, porque en ese caso acompaña al velador la muerte que ronda. Moreira fuma y no se tranquiliza. Hasta que el mozo Balladares se despierta. Como ha sentido despierto a Moreira, casi juntos, arrebujados en la noche, oyendo el agua que va; acompañan su insomnio, tejiendo la conversación.

—Oiga, joven Manuel.

—Ah?

—Usted creyó que yo soy loco. Pero no es así.

Balladares sentía la respiración activa de Moreira. Sentía que el Guaco andaba buscando sus oídos para arrimarse en ellos y no tener miedo. Porque un hombre solo en media noche siempre tiene miedo. Es que la media noche...

—Ve, Manuel, a vos te lo voy a contar. A vos te he contado todo. En la luz me da miedo que me vean. Y en la noche me da más miedo porque como estoy solo, se viene ella y se me acuesta aquí... siempre se viene quedita, que-

NUESTRO PAN

quita. Pero ahora tengo miedo de todo. Si vieras! De noche viene embarrada de sangre a llamarme y me pregunta por qué la maté. Viene a buscarme y se acuesta a mi lado.

Moreira hablaba cerca de Balladares con los ojos mojadados en lágrimas y la mirada llena de la negrura apelmazada de la noche, remeciéndose; su voz comenzaba a deshiliacharse en llanto.

—No hermano, no me tenga miedo. Yo no soy malo. Soy como usted, pero a mí ya me cogió la mala hora. Venigo a trabajar solamente para tener plata; quiero irme para cualquier lado. La rural me anda rastreando.

En su voz que hablaba despacio, Balladares encontraba como un grito. Es que también el alarido, como el llanto, es a veces silencioso; pero es peor para el hombre porque lo va llogando por dentro. ✓

Moreira no podía ver la caída de los árboles en el desmonte. Cuando estaba entre los palos acostados y muertos tenía la rara sensación de estar ante cadáveres humanos. Y sabía bien la caída de unos y otros. Sabía cómo los vegetales se inclinaban rígidos como el mástil de una balandra en la marejada, y caían en alaridos de hojas desprendidas, manoteando desesperadamente como alguien que se ahoga, para venirse al suelo desollando a los vecinos. Volaba primero una lluvia de hojas verdes y marchitas, luego, gritando, revolviéndose sobre sí mismo, caía hipando secamente sobre la tierra. Moreira conocía bien esa caída, sabía con anterioridad de qué lado se inclinaría, porque siempre había trabajado como desmontero, por arriba, por los lados de Baba. Antes, cuando era un hombre limpio, cuando estaba como una muchacha que nunca hubiese tenido marido. Antes...! Si se pudiese coger al tiempo como a veces se coge la corriente de los ríos y se lleva por donde es la voluntad del hombre... Pero eso no puede ser: cada hombre nace con su estrella. Eso es como la madre del Guayas; ¿quién se atrevería a cambiarla? El había enamorado como cualquier cristiano. Sin más importancia que la alegría de él. Y es que nadie más tenía por qué alegrarse.

Una noche la llamó con toda la fuerza de su carne a vivir con él. Y ella se salió como lo hacen todas; porque así ha sido siempre, desde el tiempo que nadie recuerda. Nada malo había en eso. Ajo!, pero cuando la de males sesteaba al hombre.... Así pasaron años. Moreira había perdido la cuenta porque los buenos años son como las buenas cosechas: se olvidan cuántos son. Sólo una pena arrugaba su vida: el no tener hijos. No sabía si era culpa de él o de ella; a veces temía ser inútil como hombre. Se pasaba la noche bajo el toldo rojo sudando, oyendo respirar la mujer tranquilamente, oyendo ronronear animales pequeños y sintiendo en el pecho como un grito encerrado pugnando por abrirlo y salirse no más por allí. Si el mozo pasará alguna vez por eso! Las gentes creen que solo hay sufrimiento cuando alguien se muere, puesto por caso. Pero no es así. Elay, eso que él pasaba. Oía respirar a su mujer, sentía el calor oloroso de su carne. Se exaltaba hasta descarla. Si tuviera fuerza de semilla! Pero sabía que no era posible, que jamás sería posible. No tendría hijos. Entonces sentía que se aflojaban todos los miembros y quedaba largo rato como si durmiera, pero despierto, alelado. Se tenía rabia, asco. Pensaba no ser hombre. ¿O sería ella la machorra? Tornaba su odio para la mujer. Era maldecida. Lo había embrujado, lo tenía idiota y era inútil. No tenía hijos, no se preñaba; y verla tan fresca, dormida, tranquila. X

Eran muchas noches las que así pasaba. Amanecía maltrecho. Iba a trabajar limpiando potreros porque entonces era pcón en la "Aurora" del difunto don Briones. Trabajaba mal el día porque estaba rendido, como achuchacado; desvencijado tal que casa vieja. Pero la mujer tiene imán, dicen. Cuando iba a almorzar, lo esperaba bañada, cayéndole gotitas de agua del pelo sobre el pecho de mate. Y eso le gustaba; porque así es el cristiano cuando está emperrado por una hembra. Ella sabía reírse, más que con la boca, con los ojos negrísimos. La hubiera visto el mozo Balladares! Eso era hembra y no las porquerías de estos lados! Pero la vida es así, mismo como potrero mañoso. El, el Guaco Moreira, tuvo que matar un día a esa hembra, matarla a machetazos como culebra, romper la carne olorosa

NUESTRO PAN

sa y dura que le gustaba acariciar, tener, ser el dueño. El la rompió. Vió salir la sangre que arrastraba la vida. La vió estremecerse, temblar quejándose. La vió llorar mansamente con lágrimas silenciosas de borrego degollado. Lo llamaba:

—Maximino!

Fué lo último que dijo. Entonces él saltó a la pampa y corrió huyendo. Y era él como dos cristianos. Pero -se sonreía Moreira- eso de ser como dos sería cosa de la borrachera, porque la mató estando bien "jalao". Corría sobre los potreros sin sentir el janeiro bajo sus plantas. El aire con que tropezaba lo ahogaba. El agua que trizaba en los saltos le llegaba a la cara y al pecho. Poco a poco las cosas se fueron aclarando como en la madrugada. Estaba en el potrero grande, abierto como una sabana. Estaba empapado de sudor meloso y frío. Venía un heridor viento tenue. Tenía en los huesos la misma sensación de frío doloroso que cuando va a comenzar la terciana. Se fué caminando despacio, oyendo que ella lo llamaba. Desde entonces no lo deja. Va siempre donde él y pasan las noches juntos. Ahora estaba esperándola. Ella viene, no fría ni huesuda como dicen que vienen los muertos. Viene olorosa, dura, cálida y vibrante. Sólo que su voz no es la de siempre sino la de cuando temblaba en el suelo con la carne rajada, abierta, por donde le salía la vida. Por eso él huía, no de la rural, que esos no lo cogerían nunca. Como la luz que los alumbraba, que no lo cogerían nunca. Tenía un secreto para eso. No se lo podía decir -claro- porque era secreto.

La vida del hombre es así, no como el cielo que para llover primero se encapota; no como el río que para desbordarse primero se va creciendo sin derramarse. Aunque él le echaba la culpa de todo a la borrachera. Pero la culpa venía de más atrás. Desde las noches que él se pasaba sentado en la cama con esa rabia dentro del pecho, con los oídos tapados a todo lo que se oye en la noche, tan sordo que no oía siquiera el silbido de la oscuridad. Sólo sentía el olor de la carne de mujer joven que emanaba ella. Y la rabia. Estaba envuelto en su vaho; quería hundirse en

la carne de mujer joven que emanaba ella; quería hundirse en la carne de la zamba pero tenía su cuerpo flácido del puro coraje.

Y ese día -Domingo de Ramos era- estaba en la pulpería del chino Wan-Gin, contento, tirando su plata como hombre gastador, bebiendo fino: cerveza, vino, hasta vermouth y no puro de caña. Estaba de suerte para el briscán, les había puesto ocho perros. De esa ganancia se fué donde el chino y le dijo:

—Vea, compadre, hágame un atadito de esa zaraza colorada y déme de ese jamón para llevarle al cuero.

El tuerto Vélez lo convidó a un puro llevándose al reservado. El tuerto saboreando el puro, envolviendo un cigarrillo, le decía muy cerca, mirándole con ese solo ojo de lechuza que tenía:

—Ve, Maximino, eres lechón para el briscán. Pero esa leche es mala, mala leche, ¿sabés vos? Esa leche en el juego es seña -no se caliente, primo, no se caliente, es seña de que la mujer de uno anda en enredijos con otro. No es por nada, primo. Yo no quiero decir que su pellejo sea de ésas. Pero ése es el dicho.

Ahí no más se había calentado. Ahí no más se levantó y se fué donde el chino. Quiso pagar para no recibir convite de quien lo insultaba. El tuerto vino, de jumo, más balu-moso que balandra en mar picada. No era hombre el tuerto que parase de frente. Lo llamó otra vez:

—No te calientes, primo; no te calientes. Vos debes tener, cuando menos, preñada a tu mujer, que, de paso, ni conozco. Y eso es seña fija de que sólo contigo vive.

El tuerto iba metiendo las palabras como cardones en el alma de Moreira; como leche caliente le rodaban a él en su pecho. Ah, perra! Conque eso había sido, ¿no? Y convidó puro. No se acordaba más del tuerto ni de nadie. Las palabras le entraban con el puro, ardientes, desollándolo:

—Las que no se preñan es porque viven con dos. Las que no se preñan....

NUESTRO PAN

Creía decir en alta voz. Creía que el chino venía, flaco, amarillo, encorvado, saltando como gato, elástico y sin ruido, a decirle con su acento gansoso:

—Las que no se preñan viven con dos...

Veía al tuerto, mirándolo con su ojo de lechuza, graznándole las palabras con sus labios babosos.

—Las que no se preñan viven con dos...

El gato de la pulpería, arqueándose, venía a maullarle, abriendo la boca lo que más podía:

—Las que no se preñan viven con dos...

: Quiso beber más. Sentía en la garganta el grito que antes tenía en el pecho. Cogió una botella y como estaba vacía la tiró contra todas -cerca de cinco- que tenía bebidas sobre la mesa. Sonaron como machetazos sobre palo de vaca. Sacó su machete y plancó las botellas y las mesas. Gritaba, en su querer, el nombre de ella. Pero solamente emitía un grito ronco. Se fué hasta su caballo y salió del pueblo gritando. Afuera lo picó. Sentía sangolotearse como canoa en marejada. Hasta que llegó. Al apearse, el caballo lo tiró. Y la mujer bajó a levantarlo. Allí fué lo que ya había contado.

—Barajo, hermano, así es la vida! Desde entonces me ha quedado esta desazón que tengo; ando de lado a lado, mismamente como el viento. Pero ella se viene de noche. A veces me habla quedito: Maximino, de puro jumo me mataste. Por gusto. Porque yo no te he hecho nada. Y después llora, como cuando estaba como esos palos, tumbada y sacada la vida de raíz.

Ya no hablan, se les oye respirar. Y afuera, entre los palos desenraizados, anda, desasosegadamente, un tigrillo entre las raíces, olfateando, mirando con sus ojillos rasgados. Pisa la huella del hombre y si le tiembla la garra va sobre seguro porque es señal de que le temen.

Las canoas

I

Jaramillo alza su voz aflautada, animando:

—A trabajar todos, que se nos vienen los trastos. Ey, tú, métele el hombro a esa varenga! Anda, hombre que más pareces ánima que otra cosa!

Espera las canoas donde vendrá la familia. Con ella viene la comida bien cocinada; el reposo en hamaca, la hembra. Vendrían las hijas, algunas mocetonas, y con los mozos que hay.... ¿sería tan de malas que alguna tuviese que ver con García? Pero estarían advertidas a tiempo que es tísico.

Con la barreta que tenía en las manos agujereaba la tierra. Toda su grasa saltaba bajo la camiseta, se remecía su pecho ancho, como el de una mujer; caían de su frente gotas de sudor. El hueco de la tierra se hacía hondo. Ya comenzaba a salir agua.

Venían hombres caminando a pasos cortos, congestionados bajo el peso de las grandes varengas de mangle.

Pío arreglaba, ayudado por Toño, montones de bijao para techo. Sacudían los mazos de paja. Paja para techo

de casas. Paja para cubrir la familia. Las ollas. El fogón. Las mujeres. Paja para que no entre el viento. Paja para que se acueste el sol. A él no le iba ni le venía nada de eso. Era solo; trabajaba para no vivir de caridad. En esta venida de baqueano viejo no traía ninguna esperanza. No quería hacer dinero, no había pensado en el negocio. Ni Cruz ni Balladares se lo tragarían; le darían su parte, según lo convenido.

Más allá, cerca de la orilla, alzaban los pilares. Varios hombres paraban un tronco para meterlo en un hueco.

—Ahora, jup-jalaló!

—Up-up-up- vámonos!

—Todos hagan fuerza, todos a una!

El palo caía dentro del hueco preparado a barreta con sonido pegajoso: chaj! Los hombres, con los pechos brincándoles de la agitación, caminaban a su rededor, mirando a lo alto.

—Bien está.

—Vamos con los otros.

Con las betas amarradas a la punta del palo trataban de enderezarlo. Apisonaban la tierra con sus piés desnudos. Desde atrás del manglar salían, rectas al cielo, las nubes de los hornos de carbón. El humo esparcía olor de paja quemada y humedecida. Allí estaban el mozo Balladares y Moreira. El perro ladraba a un venado que se escurría, pegado al monte, a saltos largos.

Pedro García, hacía caer su hacha sobre las cañas rollizas. Picaba paredes y piso para las casas de donde lo asquearían. Se lo habían insinuado muchas veces, pero no quería ir al Calixto Romero: allí se morían todos. Alguna vez pasó por "Manuel Matheu" y vió la casa larga y amarilla, pegada al cerro que alzaba tras ella. En las ventanas grandes estaban los tuberculosos. Las cotonas blancas del uniforme le subían por el cuello descarnado, bajo la tela gruesa se veían los huesos del pecho. Al otro lado, la sección mujeres. Todos con los ojos hundidos en unas

cuecas grandes como las ventanas, desolados, con los párpados sobre las bolas de los ojos vidriados. Ojos grandes y vacíos ya, de gente que va a morirse. Contemplaban el agitado ajeteo de esa larga calle que lleva presos, camionadas de piedra, muertos al cementerio. Y, hundida en la roca del cerro, bajo el jardín, frente a la "Quinta", un cuarto oscuro y hondo. Siempre había allí un ataúd con una persona. A veces, la persona sin el ataúd. Cuatro velas acompañaban siempre. Había veces en que los parientes, vestidos de negro, lloraban en la calle y ponían cortinas en las puertas de ese rincón frío y húmedo.

Escupía su gargajo espeso de enfermo. Tosía oscuramente. La sombra de un gavilán en vuelo se proyectaba, bailando, sobre la caña picada. Oía gritar valdivias. Gritaban por él. Nadie más tenía que morir.

El martilleo de las gentes que clavaban los travesaños se repetía en el eco. Los hachazos de los que labraban los estantes y las varengas, cundían el suelo de astillas. Toño iba a ver la comida. Hervían las ollas silbando. El muchacho estaba alegre, riendo sin saber por qué. No esperaba a nadie y esperaba a todos. Quería ver el arribo. Vagamente, sentía calor dentro de su cuerpo. Acaso la cercanía del fuego, acaso el trabajo a pampa limpia. Miraba atentamente el campo: lo encontraba como tieso en ese silencio en que solamente él escuchaba la bulla de los hombres. Y sentía ganas de brincar y bailar. Y brincaba mientras iba donde Pío y cantaba acompasándose con el loco martilleo:

Solera sobre solera,
perica sobre perica,
así se escapa del sol,
así se tiene covacha,
mujer, hamaca y fogón.

Seguramente la canción no era de ese tenor. Pero Toño la veía, la sentía, la oía así. En lo alto se escuchaba graznido de carraos que volaban. El río iba deteniendo su vida para cambiar de ruta la corriente. Desde donde se veía el humo venían gritos golpeándose sobre las ramas de los árboles.

NUESTRO PAN

—Ah, don Jaramilloooooojó!

—Ah, don Vegaaaaaaajay!

Los palos, alineados, eran casi un bosque. Jaramillo en falsete, chillaba.

—Buenos tipos hasta para la carpintereada....

Nemesio Melgar, reía la frase:

—Ordene mi cuarto, suegro.....

Jaramillo sentía que la voz de Melgar casi le reprochaba que sus hijas no tuviesen hermanos. Pero había recibido recado de la Domitila que venía con su marido; que, según su voluntad, se haría montubio.

II

Recién ahora, don Cruz se daba cuenta de cómo era el río. Venía detrás una punta, velozmente; del lado por donde nace el sol. La punta salía aguda, metiéndose en el agua, susurrando por los amancayes verdes por entre los que pasaba la corriente agitada y salía dando vueltas en remolinos ágiles hasta medio río. En las orillas temblaba el verdor del agua, en la mitad era color de lona engrasada. Cuando pasaba frente a don Cruz reflejaba la luz del sol como un espejo. Don Cruz cerraba los ojos. Las aguas seguían a perderse en revesas aborregadas, tras una punta de mangle. Allí salían raíces de mangle a recibir el río. Se oía constantemente ajeteo de ñangas, de florones y de agua. Don Cruz, atendía: no eran voces las que hablaban; crecían palabras de agua, palabras de viento.

De pronto, de la punta de arriba, salió la proa de una canoa. Don Cruz alargó los brazos y miró atentamente. Podría ser ésa la canoa que esperaban. Iba a llamar a tados; mas, venía repleta de sacos de carbón. En proa remaba un joven. Se oía el remo gemir como árbol destroncado. Llevaba la popa un viejo. En su adelante, humeaba, tenuemente, un fogón. Sobre los sacos iba durmiendo un perro. Pasó de largo la canoa carbonera.

Tras de Cruz estaban alineadas las casas nuevas y vacías. Amarillas, lustrosas como el arrozal maduro; algunas, verdes a partes, igual que frutas pintonas. El bijao del techo volaba como plumas de pollo a la hora del viento. Miraba su casa. La más pequeña. Para tres personas: su mujer, la Eudocia y Zoilita, su hija. También tenía un hijo. Todavía estaba en Guayaquil, en casa de su compadre Aníbal González. Ya había terminado la escuela, pero aún servía allí.

Fué cuando la Zoilita era muy pequeña. Una noche en la litera de la balandra mientras iba a Guayaquil, llevando leña de tucó desde Puerto Arturo, para la panadería de su compadre. Estaba el Guayas calmo. Era temprano. Gemían las jarcias con voz somnolienta. La botavara empujaba. El timón daba sus golpes bravos. El candil alumbraba allí dentro. Eudocia enseñaba a rezar a Zoilita. La criatura estaba arrodillada con sus manecitas juntas sobre el pecho, sus trenzas apenas le llegaban a los hombros. La Eudocia, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas en equis, decía las palabras de la oración que eran repetidas por Zoilita. Luego la chica se acostó en la estera. Fué entonces que hablara con Eudocia.

—Para que veas, Eudocia, que la chica tiene ganas de aprender.

—Así ha de ser pues. Yo le enseño el rezo, porque siempre es bueno saberlo para salir con bien de las tentaciones del malo.

—A mi parecer sería bueno que la chica aprovechara su buena voluntad para aprender. Siempre es bueno saber cuentas, escritura y lectura, decía mi compadre Eusebio, que en paz descanse. Ve que el hombre era leído y escrito! Y en cualquier trance salía con bien. Dice el dicho que el cristiano que sabe es como toro topado.

Y mi compadre Eusebio fué hasta Teniente en Posorja.

—Sí, pues. A mí también me gustaría. Elay!, lo malo está en que cuando ya saben leer, escribir y hacer cuen-

NUESTRO PAN

tas, no quieren mismamente hacer oficios; no les gusta cocinar ni lavar ni coser. Y ya la chica está grandecita y me ayuda. Porque lo que es el otro, como varón ya tira para la sabana.

—A ver, pues, si ahora se la dejo a mi compadre entregada... como él es el padrino.....

—Tú verás, pues.

Hay veces que de adentro, desde el fondo donde están guardados los recuerdos de los abuelos y los que tendrán los nietos, a los hombres suele subirles una tristeza lejana y distante. Cruz lo sabía desde esa noche.

Así fué. Cuando cobraba de la leña, en el recibimiento ancho de la casa del compadre Aníbal, donde la comadre Hortencia tenía las plantas. Le dijo:

—Aquí le traigo, compadre, a su ahijada para que se quede y le enseñe a leer y no se quede burra como uno que no sabe nada.

Ahora, sentado sobre el filo del barranco, esperaba. El agua corría en contra del viento y su lomo se escamaba. Desde atrás se oía el cuerno de una canoa de ventas. Era el sonido como bramar de toro en la distancia.

Vestido de cotona almidonada y blanca y pantalón azul, viene dor Pío.

—¡Ah, compadre Cruz, está novelero por la venida de la hija, ¿no?.

—Hace una fuercísima de años que no la veo, compadre. Desde que la dejé donde mi compadre, el difunto González, que Dios lo tenga en su gracia. Ya ha de venir mujercita, sabiendo leer y escribir. Ha hecho su primera comunión.

—Ahá! Así estuviera su ahijado, que se malogró cuando Máximo Gómez asaltó la hacienda de los Sánchez.

Un olor fuerte, persistente, mezcla de sal de mangle, de pantano podrido, de algarrobo fresco, de pomarrosa fragante, venía sacudiéndose en el viento.

Jaramillo se acercaba.

—¿Y? ¿Qué fué? ¿Vienen o no vienen las canoas?

Había mandado recado para que viniera su familia junto con la de don Cruz. Tenía una canoa grande, para bajar arroz.

Moreira estaba arrinconado cerca del monte. Labraba un palo con un cuchillo. Quería ir donde Jaramillo. Bajó su pecho el corazón le saltaba más locamente que un perro viendo al dueño. Sentía como la presencia de alguien a sus espaldas. Estaba por asegurar que al volverse encontraría a la rural. Acercóse a Jaramillo con medroso andar de ternero recién marcado a fierro.

—Don Jara!

—¿Qué, hombre?

—Vea, don Jara, mejor es que me vaya.

—¿Y por qué? No seas zoquete, hijo!

—No es por nada, no! Sino, que mire: las cosas se saben de repente nomás. Nadie las dice, pero hay correo de brujas, que mientan...

—Bah!

Otra canoa sacaba la punta tras los amancayes de la primera vuelta. Venía un perro sobre un colchón, ladrando. Antes que el perro, más en la proa, un mozo, desnudo de cintura arriba, remaba violentamente. Tenía carne color de mangle recién descascarado. Y era nudoso como algarrobo viejo. Brincábale la carne musculosa. Se tendía hacia adelante, con los brazos extendidos, agarfiadas las manos sobre el remo. Se doblaba hasta casi estar horizontal como un tronco enraizado y quebrado por un rayo. Y luego comenzaba a tirar del remo, empujando el agua que se revolvía gritona y espumosa, y tiraba, irguiéndose todo abultado de músculos, con la sangre en la cara y el grito mordido, bramando como el remo amarrado con beta a la borda. Se levantaba apoyado en sí mismo, se tiraba hacia atrás, lanzando violentamente la cabeza a la espalda, alzando los ojos

NUESTRO PAN

hasta el sol, y caía con fuerza de ola, de viento, levantando las nalgas del asiento, hundiendo los pies en las cañas que estibaban la canoa. En el medio de la canoa y bajo los paraguas, cotorreo incesante de mujeres. Risas finas como cantar de chocotas. Pequeños alaridos. Hablar enrevesado.

Juan de la Cruz Vega se puso en pies. Jaramillo agitó los brazos y aulló. Toño corría chapoteando. Moreira estaba pálido, mirando la canoa que se apartaba del cordón de la corriente y embestía el barranco, el agitarse de los paraguas, el saludo de pañuelos verdes, rojos, pequeños, en manos de mujeres; veía la canoa acercarse y estaba quieto y mudo como un estante. García había ido hasta un mogote y estaba metido allí. Sus grandes ojos siempre iluminados, humedecidos de fiebre, miraban la alegría de los otros.

Jaramillo buscaba un declive por el que pudiese deslizarse. Y gritaba. Y se reía. Bajaba por el barranco resbalándose, llevando pencos de lodo. La canoa venía, ya sin el remar violento, golpeando el agua contra su pecho, separándola para el paso de su quilla sin ultrajarla mucho. Chas, chas, chas. El agua entonaba una canción rumorosa sobre el pecho de la canoa. Igual a la canción del viento sobre las hojas de la palma.

Cruz había bajado hasta la playa sin resbalarse, sin desmoronar el barranco, sin ensuciarse, y mientras Jaramillo se metía al agua y no podía alcanzar el borde la canoa, él recibía el envión y la separaba amuellando el golpe.

—¡Aló, don Cruz, ¿y cómo ha estado, pues?

—Ahí, viviendo por la voluntad de Dios.

—Más atrás viene la canoa de Eudocia. Se quedaron un poco en la boca de la Zanja.

Y ya estaban saltando las muchachas dando gritos porque el agua se abrazaba a sus piernas. El hijo de Balladares, tendía la mano para ayudar a escalar el barranco.

—Pásame pronto mi lorito que está medio con insolación.

Y la jaula del parlero venía prestamente en manos de Toño.

—¡Ay, Jesús, déme mi pan remojado para el lorito.

El mate en que iba la mezcla maloliente y mal aspecto, llegaba a manos de la muchacha solícitamente llevada por los mozos.

Los viejos ayudaban, primero a la mujer de Jaramillo. Saltaba la doña con vestido violeta, tieso de almidonado, arrugado de tanto haber estado sentada. Comenzaban los mozos a llevar sobre los hombros colchones y petates. El perro saltaba y ladraba. Las mujeres iban a la casa a esperar. Y traqueaban las cañas nuevas. Se hacían elásticas. Los cuartos vacíos y grandes íbanse achicando y cambiando de color por los trastos que llegaban. Una de las hijas de Jaramillo, trepaba por las varengas de la casa. Su hermana, fuerte y jadeante, rodaba un colchón desde la primera pieza hasta el dormitorio. Cuando estaban sacando los trastos de cocina y llenando de leña el fogón, anunció un grito que la otra canoa estaba a la vista. Bajaron para ir a recibir a los que llegaban. Y otro perro venía. Los dos que estaban en tierra salieron a recibirlo. Se miraron con los pelos del lomo erizados. Se olieron los traseros. Movieron la cola y arrancaron a correr con la lengua afuera sin ladrar ni morderse.

El fogón frío, impedía que la leña cogiese fuego. Las manos de Eudocia, prestas, cambiaban la leña de uno a otro lugar. Ponían al medio un paquete de trapo lleno de esperma. Aplicaban fósforo encendido y soplaban rápidas con un abanico de paja. La candela de leña seca se elevaba roja, humeante hasta hacer cerrar los ojos. Los ladrillos del fogón se calentaban. El humo azul iba resbalando sobre las paredes de caña lisa, filtrándose por entre sus rajaduras. Ese humo nuevo se encontraba con el humo nuevo que salía de las otras casas. Lo acompañaban voces de mujer, cristalinas, chillonas, alegres. ¡El humo nuevo! Toño lo miraba un poco desconsolado. Ya no era el humo que él hacía, a pampa limpia, sobre la tierra en la que se adentraba el fogón. Era de fogón de casa, hecho por manos de mujer. Oía saltar la manteca y olor de refrito iba, como el

humo, saliendo de casa en casa, y esparciéndose por todo el campo acre y salobre. El perfume de la casa. Olor que anunciaba de lejos que la hembra había llegado. Toño sentía, en cierto modo, pena. Y por no sentirse triste, se fué, con un anzuelo y un bajío, hasta el río. Cuando todas las mujeres llegaron, quiso alegrarse. Se reía desteñidamente y saludaba también como si conociese a todos. Pero su saludo no era contestado porque nadie lo conocía. Sólo la señora Euñocia, la mujer de don Cruz, preguntó quién era. Las demás, no le dijeron nada. También le había hablado una hija de don Jaramillo. La casada.

—Ve, chiquitín, hazme el favor de llevar esta cajita hasta la casa.

Pero habló casi sin verlo, como si no fuera a él a quien hablase. Y sus amigos, ya no vendrían esta noche a conversar con él. Estaría solo con don Pío. Pero don Pío de noche no habla ni dice nada. Se queda acostado con la cara al cielo, un cigarro en la boca, fumando y mirando la noche negra o azul. Está triste, sobre el barranco, su endeble figura ante el agua gruesa, fuerte, habladora del río, sintiendo que el sol le desuella las espaldas. El viento le alborota un poco el pelo. Como su pena es grande y no puede llorar, sin saber por qué, empieza a cantar. Se está cantando con un tono triste, quejumbroso. Su voz no dice palabras. Uno de los perros viene a escucharlo. Lo mira con sus ojos grises y cansinos. Un patillo se detiene, y se acerca sin estar arisco. Tuerce su cabeza, buscando la música. La hoja grande de un amancay parece que se inclina. Un hombre va en su canoa por medio río. Y deja de canaletear para atender la canción del chico. El viento se acerca leve, sin rozar el suelo ni las ramazones. Una de las muchachas llegadas viene caminando despacio, queriendo no ser vista para escuchar. La voz de él va, sin elevarse, quedamente, tierna como un arrullo.

La Siembra

I

Como ubres guindan las nubes sucias. Bajan rápidamente contra el filo del horizonte. Salen a encontrarlas esqueletos amarillos de árboles. Los pájaros vuelan alto. Lento. En grandes círculos. De la tierra, se levanta temblando un vaho gelatinoso perceptible de lejos. ¿Humo? ¿Evaporación? El desmonte está cundido de montones de ramas quebradas: "los lagartos". Montones secos, donde, de haber viento, pasaría orquestando. Se están tumbados y quietos, al igual que los grandes troncos.

Moreira contemplaba todo aquello, acodado en la ventana amplia de la cocina. Sobre su frente, por la canal de su gran cicatriz, corren gotas de sudor. El campo está listo para la siembra. La sabana ha sido ya quemada. ¿Llovería pronto? La tierra es huraña. Mismo como la mujer. Necesitan el empuje violento. El hombre es el que siembra. La tierra y la mujer se abren como cauces de río. ¿Todo hombre? Acaso como él, muchos son inútiles.

Sudaba. En la frente golpeaba su sangre. Si no la hubiera matado, estaría su china con él. No era mala del todo. Sabía cocinar. y lavar y coser. Buena mujer. Siempre

tan lista, tan pronta, tan aseada. Y sobre todo, su dura carne maciza y su olor. Acaso, así lejanamente, olor de horno de carbón, olor de guayaba madurada en árbol. Pero la mala hora es así. ¿Lo sabrían todos? ¿Por qué Jaramillo no lo dejaba irse? ¿Qué le pasaba al cholo?

—No te vayas! Espera la siembra! Con irte ahora no sacas nada.

A su espalda traquearon las cañas del piso. Sintió en su piel calor de mujer. Debía ser la Rosa Eufemia. Se le anunciaba de lejos. Lo mismo que la otra. No sabía bien. Creía que la otra se venía a interponer. Estaría celosa. Oía como Rosa Eufemia trasteaba en el fogón; sentía sobre su espalda, la respiración, cómo ella abría los brazos, cómo ladeaba el cuerpo.

Sudaba más, ahora. Quería levantarse. No se movía. Le ardían los ojos, las orejas. Otra mujer, ¿a qué? ¿a qué pasarse noches bajo el toldo sin saber por qué? Si fuesen las nubes tan densas como eso que le apretaba el pecho, la tierra se volvería loca. Y él, no podía volverse loco. Su garganta comenzaría a chillar como cigarra, pero en vez de pedir agua pediría aguardiente puro.

Rosa Eufemia ahogó su sonrisa. Moreira saltó del banco y se la quedó viendo con los ojos abiertos, brillantes, y con los dientes salidos por el hueco del labio. Se tragó un grito y se quedó con un cangrejo en la mano. Su corazón saltaba tanto que sus senos brincaban tal que cuando se ha corrido mucho. A esfuerzos, empujó las palabras, que salieron sonando como quebradas:

—Se lo iba a brindar.

Entonces la sintió íntegra, sin la sombra de la otra. Como si las nubes se hubieran rasgado y el sol hubiera metido por esa rendija un brazo de luz.

Un trozo de viento le movió la bata y el pelo alborotado. Sentía que la tranquilidad la ganaba.

—Me asustó, Rosa Eufemia. Estaba adormitado.

Sonrió la chica.

E. GIL GILBERT

—¿No sabe? Se fueron a cangrejar temprano, allá abajo, en "Punta Brava"...

—El Toño y don Pío, ¿no?

—Ahá!

Decía, mientras quebraba las patas del cangrejo. Chupaba la carne del animal.

Moreira, cogía el suyo y lo hacía sonar entre sus dedos. El sabor acre del marisco le quitaba las ganas de aguardiente. Estuvieron largo en silencio.

Cerca el uno del otro. Hasta que se volvió, y mirándolo, le dijo:

—Usted es espantadizo como potro.

Y él sonreía apenas y enredaba su mirada a la de ella.

II

El viejo Balladares, en una hamaca, miraba los sacos de semilla que pendían de las vigas del techo. Tanto calor anunciaba la lluvia. Pasaban los días cargados de nubes. Eran largos estos días de espera. No había qué hacer. Eran peligrosos para las muchachas. Felizmente él no las tenía. Pío, el negro, le hablaba.

—Diga don Manuel, ¿hasta cuándo será de estarnos cojudeando aquí?

Ya mismo se viene la Navidad y nosotros, nada!

—A mi parecer, don Pío, no hemos de esperar mucho, ¿sabe? Antier, no más, me parece, ví por el río bajar yerba y un osito ahogado....

—Ajá!

—De modo, pues, que si ya se crecen las mareas...

—Ahá! No nos conviene esperar mucho. Pero vea esta noche, está clarísima y fresquecita. Puro verano. Ni sombra de invierno.

NUESTRO PAN

—No creo que este invierno se retrase.

—¿Quién sabe, don Manuel! ¿quién sabe!

Más allá, solo, en un rincón, yacía Moreira. Hasta él se fué Pincay. Llegó a sentarse a su lado. Afuera se oía cantar una joven voz de mujer. Venía la canción límpida en la noche, junto al olor de "palo santo" quemado. Melgar brindó cigarrillos a Moreira.

—¿Quiere fumar, Moreira?

—¡Gracias!

Envolvieron sus cigarrillos en silencio. Apuntó Pincay:

—¿Y con qué agua vamos a sembrar?

—A veces se siembra mojando.

Moreira prendió su cigarrillo. Aspiraba el humo, echado, cara al tumbado.

—Barajo, hermano, ando ballenerísimo! Es una vaina la falta de cuero por estos lados.

Moreira fumaba sin decir una palabra.

—Vea, hermano, sólo a usted le voy a contar:

Ando tras la Domitila, puede que pegue. Todas éstas que han estado en Guayaquil son medio flojonas de piernas.

Moreira miraba el humo, pestañeando. Tragó. El bordoneo de la guitarra salpicaba la noche como si fuera gotear de aguacero.

—Pero hasta hoy no hay nada! ¿Usted qué dice? ¿Resultará?... Yo creo que Ud. también anda en boberías con la Eufemia. ¿Y? ¿Ya? Yo sé cómo se manobra eso.

—No hables majaderías, hombre.

Moreira apretó el cigarrillo contra la pared y se levantó. Caminó hasta otro rincón. Allí se sentó y cogió un cabo para trenzar.

El viejo Balladares murmuraba:

—No sé qué le pasa al mozo ése que es medio arisco!
Siempre anda solo .

Parece que fuera toro recién traído a la manada.

Pincay iba donde el mozo Balladares.

—Preste la guitarra, hermano, preste. ¿O es que se cree que los de por abajo no sabemos cantar, al menos yo que ya casi me he hecho tan arribeño como si mismamente hubiera nacido, pongamos, en Daular?

—¿Sabe, amigo? La canción es algo así como el puro Se canta cuando se tiene pena, cuando se tiene rabia, cuando se está enamorado.

El mozo Balladares reía.

—Usted lo ha dicho, amigo!

—¿Y? ¿Cómo se llama la guitarra, pues?

—Me creo que se va a llamar Zoilita!

—Echemela de frente y no me venga con guaraguas! Le alabo el gusto, compa! La chica vale la pena! De verdad le digo!

Los dedos saltaban ágiles sobre las cuerdas; así saltan los monos de rama en rama. Más parecía glosar en la garganta de un hombre que en una guitarra. Tarareaba en voz baja. Luego fué apagando la música despacio como se apaga el día.

—¿Sabe, Balladares? Moreira está picando a la Rosa Eufemia. Como está comiendo allí en casa de don Jara... Todoicito le fuí a preguntar porque entre hombres se cuenta todo, pero no me quiso decir; a mí me da que se ha calentado. O que hay pájaro preñado.

—Umjú!

III

Primero llegó la brisa. Vino metiéndose entre el pelo de las mujeres. Junto a la piel sudada del calor anterior.

NUESTRO PAN

Hacía sonar los papeles sobre el piso de caña con un carraspeo parecido al grito de los carraos. Afuera sacudía la melena seca de los árboles, llevándose la hojarasca marchita. Levantaba el polvo de la tierra. Se veían nubes grises, alzarse como olas. Don Cruz, sentado en su hamaca, leía un periódico viejo. El viento se lo pegó a la cara. Alzó la cabeza. Así la yerguen, lentamente, los toros padres, al ver venir la lluvia. Oteó. Se levantaba a asomarse. Pero el olor de tierra mojada lo encontró antes de la ventana. La voz de Eudocia, su mujer, gritaba:

—A ver, que el toro viene bravo...

Anda, Bautista, acomódame el caño en la pipa para coger agua...

No garúa. Venía violento, martilleando contra la tierra.

Zoilita se había lanzado al campo. Corría, riendo a gritos. El agua la golpeaba, la ceñía las ropas. Abría las manos en los brazos estirados a recibir agua.

—¡Ey, chica loca, por Dios! A ver si coges un paludismo con ese aguacero!

La chica reía. Metía la liana de su cuerpo entre el bejucal del aguacero. Todo el ancho campo se esponjaba como una paloma en celo. Gorjeaba entre las hojas, intermitente la lluvia. Con el aguacero, venían deseos de reír. Los perros habían, primero, salido a correr bajo él. Después, se habían metido al portal de las casas. Se gritaban de casa a casa las muchachas. Arreglaban con la mitad de una guadúa, un caño que les llevara agua a pipas y tanques. Era el agua dulce que se podía beber. Habían salido los chicos a jugar. Corrían por la pampa del desmonte, echándose lodo. Luchaban abrazados. Acezaban y gritaban. Desde su ventana, don Juan de la Cruz Vega, decía a Balladares, el viejo:

—Compadre, buen comienzo, ¿no? Si esto sigue por esa manga, a mí me da que comeremos buer arroz este año.

E. GIL GILBERT

—Si Dios quiere y la langosta lo deja, compadre !

Las ventanas parecían ramas de ciruelos en tiempo de cosecha, de la gente que se había asomado.

—Ven, Pedro. Ven a ver la hija de don Cruz ¡Loca parece! Anda corriendo ni venado sabana afuera...

Reclinada sobre la ventana, el pelo negro volando sobre las orejas, su cuerpo ondulaba sinuosamente. Morena la carne, jocunda, de mujer recién casada, era dura como el caucho y delicada como la flor. El vestido la ceñía en la cintura y bajo la falda ancha se insinuaban los muslos curvos como machetes, de finura de plazarte. Pedro Sanchez envolvía el cuerpo de su mujer con mirada honda. Se acercó, echando todo su cuerpo nudoso, sobre el de ella. Entre asustada y contenta, bajando los ojos, poniendo el color de la ciruela, lo rechazó tiernamente.

—No, Pedro, no me estropees. ¿Qué no te he dicho?

Se acercó a él, abandonándose sobre su pecho de piedra.

—Este... ya... creo... éste... estoy... Vas a tener un hijo...

Bajo la lluvia abierta sobre la tierra en espera, Pedro Sanchez abrió su boca grande y gruesa en una risa que llenaba toda la cara. Tomó las manos de su mujer. Acarició el vientre de ella. La trajo hacia sí, deseoso, no de sentirla, sino de hacerla sentir su cuerpo lleno de vetas musculosas, para decirla:

—Que sea macho, mismamente, como el tayta! ¡Ahí! Donde pongo el ojo pongo la bala!

Cantaba un tilingo sobre el alero de su casa esponjándose todo en el aguacero. Las risas de los chicos llegaban a ellos como gorjeos.

Junto a Zoilita que corría por el campo, corría el mozo Balladares. Saltaba ella, menuda, ágil, elevando sus senos. Y él brincaba elástico, rápido como si fuera tigre. Hálabala de la mano, y la carne, y la carrera llevaban luz a

NUESTRO PAN

sus ojos, sangre a su cara. Reían a gritos. Jadeaban estruendosamente, sobre la tierra esponjada que restregaba su lomo contra el agua.

Don Balladares, ayudado por don Pío y algunos hombres más, bajaba de las varengas del techo, los sacos de semillas. En hombros los llevaban sobre la tierra resbaladiza hasta las canoas de la orilla. Caía la lluvia sobre la semilla. Sensiblemente se hacía pesada. Y los hombres todos se aferraban con sus pies contraídos a la tierra encharcada ya. Iban sobre el lodo sin resbalarse, hundiéndose en el barranco, a depositar la semilla en las canoas a fin de que el aguacero la hinche. Inclínados bajo el peso de los costales, sudaban a pesar de la lluvia. Mas, no importaba. Este era un cansancio sin fatiga.

IV

El río se había blanqueado. Al verlo, se diría que era de color de la pulpa del coco. Iba, en la corriente, despacio, ancho, más arriba del borde de los barrancos. Cortas y pesadas estas mareas, sin vientos. Se oía el quejido de los remos en las enormes canoas de piezas que subían. Los remeros trabajaban al mismo compás del agua en la crecienta. Jalaban el remo esforzándose con todo su cuerpo, sin cantar ni animarse. El sol no se reflejaba nunca en el agua. Tan sólo el calor, denso, aplastado por grandes nubes opacas. Sentíase como si viviera metido en atmósfera acocitosa. Hasta había dificultad para respirar. Si el viento se levantaba, era caliente. Si se bebía agua, era tibia. Viajaban en el río grandes islas de yerbas, llevando animales pequeños que simulaban, vistos de lejos, hervor de agua; tales eran sus movimientos. Se sucedían las basuras en el cordón de la corriente. Iban restos de árboles y de animales. Solían bajar los carraos, las garzas y las gallaretas sobre los yerbales. Y sobre los cadáveres, los gallinazos no tenían quien les disputase la podredumbre. El agua subía lenta. Lenta.

Pero bajaba al galope, perdiendo el color blanquiccino, tornándose color de aceite, brincando en olas pequeñas. En

las curvas daba vuelta sobre sí misma como un trompo, abría en su pecho un hondo embudo y brincaba extendiéndose como una culebra contra el barranco. Lo coleteaba, desmoronándolo. Entonces, los remeros de las canoas descansaban. Solamente iban atentos porque los remolinos y las revesas podían volcarlos. A veces los tiraba contra las raíces de los troncos, bruscamente, con velocidad. La canoa embestía igual que los lagartos, chocaba, dejaba un seno en el barranco y la corriente la tiraba de popa, llevándola entre vuelta y vuelta a la mitad, donde el remero se acomodaba, remando fuerte para impulsarle con más velocidad que la corriente.

Subía desde el suelo un aliento cálido y húmedo. La tierra empapada estaba densa. Calor y humedad de horno, de anca de potro. Sobre ella crecía, encima de la hinchazón, la yerba verde, pequeña, apenas como un tapiz. Sobre ella caminaban, sordos, levantándose y cayendo, tanteando con sus antenas, los insectos negros, grises, oceros. La tierra del desmonte estaba negra, reblandecida, elástica, tirante, abierta como una hembra que ama y espera.

Crugía batida, se desleía la tierra virgen: venían los pies sintiendo el calor de ella, ardientes, húmedos de sudor, ágiles y seguros. Con firmeza de toro. Con destreza de venados. Por ellos subía el calor de la tierra. Por ellos bajaba el ritmo de la sangre. Bajo ellos salían las raíces de las yerbas. Bajo ellos quedaban inertes, temblándoles las antenas, con la entraña salida, los insectos.

Van juntos, marchando desacompañadamente. Dos pies de mujer y dos de hombre. Por los femeninos se eleva el calor de la tierra en espera de la semilla. Viene ella alegre, cantando, sintiendo la nueva carne dentro de su sér. Sus manos tejían ayer, en la casa, junto al fogón, unos escarpines pequeños. Oía cloclear las gallinas, caer la lluvia. A su vera el hombre que ahora marcha junto a ella, escogía, limpiaba la semilla.

—Ya la siembra está madura.

—Hay que sembrar hartó.

—Y cuidar el desmonte.

NUESTRO PAN

—Y cuidar el chico.

No tiene mucho dinero. Ella necesita alimentarse y son pocas las gallinas. Hay que cuidarlas para entonces.

—¿Iré a la Maternidad del Guayas?

—No es tu mama medio comadrona?

—¿No soy primeriza?

No se les ocurre que tras la vida por nacer, la muerte crece peligrosa, como crecerá entre el arrozal la yerba mala para ahogarlo.

Pedro Sánchez caminaba sintiendo la semilla hundirse sobre un lomo musculoso. Mas, asienta el pie como el árbol la raíz. Oye, en la punta del horizonte, canto de aves. Ríe con su ancha boca, de labios gruesos. De su cuello brotan venas. Coge a su mujer -la Domitila Jaramillo- de la mano. Sus pies descompasados. Su respiración desacompasada. Su alegría, una. Su esperanza. El desmonte. Vendrán días en que tenga un hijo -¡varón!- y tenga el producto de la cosecha en sus manos, monedas y billetes, y se vaya a Guayaquil con su hijo nacido, a bautizarlo. Harán gran fiesta. Bailarán. Irán todos. Don Jaramillo y sus hijas. Don Pío, don Balladares, don Cruz y los muchachos. E invitará a los amigos del barrio, de allá, de Guayaquil.

—Ha de ser buena la cosecha.

—Tendremos harta plata.

—Haremos fiesta del bautizo.

—Le compraremos pañales de hilo.

—Y bata grande y gorro rojo.

—Y chupón para que no lllore.

Don Juan de la Cruz Vega, trae espeques y piola. Camina lento, despacioso, como un toro. La tierra recibe los pies que saben abrirla sin salpicar lodo, acolchonándose. Su hija camina tras él. Ríe como un gorjeo, como un relin-

cho de potranca. Su cuerpo salta, juguetón como un ternero. Después de esa cosecha ella tendrá ropa nueva. Vestidos de zarzas rojas, azules. Zapatos lustrosos, de hule. Irán para la fiesta de Octubre al Guayas.

Don Balladares ríe ante la tierra. Mira la vasta extensión lista, preparada, negra, sin una sola mata de yerba. El sol está brillante, haciendo temblar el agua que se levanta del campo. Pasan alto, carraos. Sobre el desmonte saltan grillos. La tierra espera. Los pies de las gentes metidos en ella, esperan La semilla en el suelo, espera. Don Cruz, don Pío, don Balladares, don Jaramillo, entran los primeros. Antes han clavado estacas paralelas y equidistantes, precisamente donde llega el fin de la pampa cimarrona.

Amarran a los palos unas largas piolas blancas, de hilo que desenvuelven mientras andan. El silencio está en los hombres como ellos están en el campo. Los ojos del mozo Balladares caen, igual que el sol sobre la tierra, sobre el cuerpo de Zoila. Espera la hora de sembrar para juntarse a ella. Moreira siente galopar entre su sangre el deseo de huir; está solo, atrás. Sabe que la siembra es el principio. Si ya lo cogió la siembra, no podrá salirse de esta tierra hasta después de la cosecha. Eudocia, en voz tenue que hace un rumor semejante al aguacero, reza. Sobre la tierra que espera, su oración es así:

—Padre lindo, San Jacinto, San Vicente milagroso, señor de las Aguas, Virgen Santísima del Perpetuo Socorro, por el grandísimo amor a Dios Nuestro Señor Jesucristo, que no se crezcan las aguas, que no deje de llover; bajo tu manto me amparo y que tu amor me fortalezca. Amén.

Tiembla su pecho y sus ojos se humedecen. A su lado está su hijo sembrado como un mangle joven. Ella conoce que su marido debe harto dinero. Sabe que la semilla es del Capitán Sandoval, quien lo ha fomentado. Sabe que su hija anhela collares y aretes y pulseras; que su hijo necesita plata para sus necesidades de hombre. Allá va don Cruz, su hombre, metido en el desmonte.

NUESTRO PAN

—San Jacinto lindo, míranos con ojos de misericordia. Que no haya langosta y proteje mi casa.

Jaramillo lanza un grito. Coge un puñado de semilla y lo larga al aire sobre la tierra.

—No, al voleo no.

—No, todavía no siembro. Es amansando la tierra, no más.

A Rosa Eufemia la canción le florece en la boca como le florece luz en sus ojos. Está ante el desmonte, lista como todos, a sembrar.

—¿Por qué es espantadizo, Moreira?

—Ud. no sabe. A veces la vida tiene reveses como el río, mismamente. Me creo que mi compañía le hace daño. Yo estoy maleado.

—No diga.

—Mismo, como muchacho gritado de lechuza.

Los vicjos han tendido las piolas. Señalan el camino sobre el lomo de los surcos.

—A mí, que tengo mano para sembrar..... semilla que entierro, mata que cosecho.

—¿Y qué se te han hecho los hijos?

—No por nada..... pero, sí tienen importancia las mujeres..... Elay, las mamas, las compañeras.

--Sí, los dolores de cabeza con los enamorados.

Don Pío viene sin alegría ni pena. Trabaja hoy como trabaja todos los días. Sabe que cumpliendo la tarea, tiene la comida segura. Ya tantas veces ha sembrado! Desde su pecho sube una tonada monótona a sus labios. Va cantándola, sólo para oírla él.

Más lejos que la nube distante, está una parte de su vida, la que más ama. Ese recuerdo está tirándolo siempre hacia Esmeraldas. Cada vez que hace un trabajo quiere re-

gresar, pero la plata se le hace en la mano agua de borraja. Mientras camina, va mirando la escena. Huían, la negra vieja y él; sabían que los longos, militares, solían apresarse negros para llevarlos a servir a sus casas. Acostumbraban a no pagar. De pronto la negra comenzó a respirar anhelosamente, a arrastrarse con dificultad. La tiraba de los brazos. Pero la negra era cada vez más pesada. Entonces se quedó acostado junto a ella, mirándola, viéndola ceniza, temblar y estremecerse como si algo se le saliera del cuerpo. Abría la boca, pero parecía que deseaba cerrarla. Se quedó quieta, definitivamente quieta, sin hablar, sin deseo de huir. Y esa negra vieja que se había muerto, era su madre. Con sus dedos raspó la tierra hasta quedarse con las uñas despedazadas; se ayudó con un palo. Entretanto, las hormigas subían sobre la vieja, ya tesa y fría. Hizo el hueco, casi a flor de tierra y la guardó. Señaló el sitio con una cruz que hizo de ramas. Ahora, como cada vez que iba a recibir dinero, deseaba ir, a sacarla y llevarla a un panteón. Descaba pero, quién sabe! A la sombra de cada hombre, hay un espíritu que ordena. El ángel que lo lleva por el buen camino y Mandinga que lo tienta siempre.

Así el negro Pío, llegaba al fin del desmonte. Entonces, entraron otros hombres al campo preparado. Venían con espeques en la mano y los pantalones arrollados sobre las rodillas. Niños, mujeres y jóvenes tenían matecitos con semillas de arroz. Y los hombres comenzaron a caminar hendiendo la tierra con la punta del palo. Quien venía atrás, venía agachado. Echaba el grano en el hueco con la mano y con el pie lo cubría. Las manos pendían como florones. Manos secas, con cordilleras de venas, sarmentosas. Manos de color de la tierra, del color de los árboles. En el hueco hecho por el espeque bullía la tierra, se desmoronaba en terroncitos diminutos. Allí caía el grano blanquecino y quedaba enterrado. Pero no como un muerto. Y el pie, salpicado de barro, hinchado, vestido de tierra, con agilidad en el dedo más poderoso, como si fuera él solo una mano, lo abrigaba. Iban adelante los hombres. Hiriendo la tierra con espeques. Con la cabeza inclinada, alzaban y bajaban el palo. Pío y Balladares, iban con la cabeza recta, la mirada larga, paralela al horizonte. Con fuerza. Tosiendo en cada

NUESTRO PAN

golpe. Se los veía alzarse y bajarse desordenadamente. Se oía un sordo martilleo. Y atrás, mujeres y niños, agachados, alzando los lomos como olas. Era un oleaje humano: blanco, azul, rojo, negro, amarillo, ocre. El sol brillaba sobre las telas de los vestidos. La piel negra, ocre, brillaba, sudaba. Las gotas de sudor caían sobre la tierra. Ese rumor de gentes hacía que los sapos desde sus trincheras de agua lodosa, giraran sus ojos viscosos de uno a otro lado y saltaran al empuje de sus larguísimas patas traseras. Desde el río alguna gallareta venía volando solitaria. El cielo era azul. Nada podía compararse a ese color limpio, amplio, luminoso. Era un azul vertido en todo el cielo como si fuera de un cristal aterciopelado, como sería la cara de un niño si fuera azul.

27-02-59

La Angustia

I

Comenzaban a surgir las matas. Se las veía, sus hojas, pequeñas, agudas, finas como hojas de navajas, verdes en hileras interminables. Eran todavía tan pequeñas que si el viento pasaría, no las movería. Parecían temblar debido al temblor con que el agua se desprendería de la tierra, evaporándose.

Venía don Cruz a ver la yerba. Apenas si en las calles, entre las hilcras, surgían las yerbas malas. Aun de día se escuchaba el chillido de los grillos. Se oía a los muchachos que pajareaban.

—Ahpá! Putaaaa!

—Ahh! Ahhy!

Se los veía ir y venir entre el sembrío con cuidado de no pisar las matas. Agacharse y coger terrones para dispararlos en sus orquetas. Los tilingos se confundían con la tierra y andaban picoteando. Ah!, los pájaros maldecidos! Venían siempre, como si tuvieran nariz de perro, apenas se sembraba el arroz. Todavía pocas gallaretas. Los terronazos caían de tiempo en tiempo: volaban los pájaros, pero más allá iban a caer de nuevo. Los chicos también revoloteaban tras de ellos.

NUESTRO PAN

—Ah, negro del diablo !

Con la mano, apuntando para no errar, lanzaban el terronazo.

—Ah, Marino, ven! ¿Vos ves ese tilingo que anda por ahí del lado del algarrobo grande que tumbó don Pío? ¿Vos lo ves, ah?

—Ahá! ¿Y qué?

—¿A que no le pegas un pepo?

—A que sí!

—¿Y si no le pegas?

—¿Y vos? ¿Vos sí, dices?

—A ver, tira, pues.

Se agachaba Marino e iba sopésando los terrones en los dedos; cuando al fin encontraba lo de su gusto.

—Con éste, ¿ves?

Toño tomábalo en su mano, lo cataba a su turno.

—¿Y si no haces nada?

—Me das un chirlazo, ¿quieres?

—¿Caliente?

Marino meditaba. Se quedaba mirando a Toño. Se rasca la cabeza.

—Tibio, no más ¿Ah?

—Bueno.

Cogió la horqueta. Estiró los elásticos, probándolos. Luego los tendió con el terrón en el cuero. Cerca la cara de la bala. Cerrado un ojo. Siguiendo el movimiento del negro tilingo. Corría ligera brisa fría, levantándole el pelo de la frente. Toño se mordía los labios, gesticulando lo mismo que Marino, atento a sus ademanes. Al fin, vibraron los elásticos soltados de la mano; se oyó, un segundo, zumbar la piedra y vibrar la horqueta. El muchacho se paró.

E. GIL GILBERT

en la punta de los pies. Allá el terrón salpicó del golpe que lo deshizo y el pájaro voló ileso. Se regresó a Toño. En silencio tendió la mano que fué castigada por el otro.

—Esos terrones se dejaban mover por el viento.

—Si no hay viento, oye.

Y otra vez el grito.

—Ah, negro de mierda!

Don Cruz avanzaba lentamente, mirando las matas que crecían. Encontraba de vez en cuando claros.

—¡Ajá! Vea usted, las chocotas han picoteado por aquí. Voy a mandar al chico, que venga a resembrar.

Más allá, un almácigo demasiado grande.

—Con lo que aquí está de más, podemos llenar lo de allá. Si, señor!

Después una matita caída, pisada.

—Estos chicos del Señor, tienen ojos y caminan sin ver donde pisan. No tienen cuidado con la siembra.

Y se encucillaba para arreglarla. Ya no venían las chocotas. Esas eran antes, cuando sobre la tierra no asoman aún las matas. Las chocotas llegan a comerse el grano. El arroz es así. Hay que pelearlo a todo. Cuando -¿quién sabe?- deja de llover, se dobla amarillo sobre la tierra, con palidez de gente muerta. Y es que también se muere como los niños de años cortos. Pero tras la muerte de los niños sólo queda la pena de los padres. Y tras la muerte del arroz, queda una porción de gentes a pagar caro el que se salva; gentes a ir a la cárcel por no poder pagar todo lo que recibieron en "fomento". Este año no pasaría eso. Caían las lluvias, no tan fuertes como para tronchar las matas. Eran aguaceros nocturnos, suaves, largos. En verdad, parecían hechos a propósito para regar el desmonte. Don Cruz, viejo desmontero, ahora, sin embargo, se asombraba casi de no oír el crecimiento de las matas. Parecíale verlas elevarse todas al mismo tiempo. En un raro subir de marea. Sin corriente. Sólo un elevarse entre la pelea de los chicos con-

NUESTRO PAN

tra los negros tilingos. Fuera de los gritos infantiles y del chillido de las aves, nada turbada la paz tendida sobre esas cuadras de sembrío de arroz. Desde las casas cercanas, venía a retazos, la voz de alguna mujer. El cantar de un gallo perdía su vibración intensa y se extendía suavemente por todo el campo. La Santacruz ahuecaba su voz rítmicamente: Santacruz, Santacruz, Santacruz. Cerraba la visión el zamberío apretado de los manglares. Desde allá, un ralo humo de horno de carbón, se iba al cielo tirdo por el viento.

Don Cruz, con las manos, levantaba otra matita caída. Alisaba las hojas pequeñas. Apisonaba, delicadamente, la tierra a su alrededor. Cuidar una mata, era cuidar el desmonte. Matita que se pierdo, desmonte que se daña. Es como un malagüero. También es como un malagüero haber sido fomentado. El lo había sido por el Capitán Hermógenes Sandoval. Pero es que no hay otra manera de trabajar. Se necesita dinero. Hay que desmontar, quemar, cuidar, socolar resembrar, cosechar. Y todo esto requiere por lo menos, seis meses. Se necesita plata. Sin plata la gente no vive. No es que el cristiano coma plata. Nó. Es que con la plata . . . La chica, por ejemplo, quiere volver a Guayaquil. Así es la juventud. Le gusta la diversión, el paseo. Ellos, los viejos de ahora, mozos del tiempo pasado preferían, verbigracia, la fiesta de San Jacinto de Yaguachi, y en Guayaquil, la de la Sabana Grande. Pero la chica criada en casa de blancos, en Guayaquil, le gustaba el paseo al Salado, ahora American Park, que dicen. Lo mismo el mozo, pues. Y si su padre no les da gusto, ¿quién se los ha de dar? Felizmente este desmonte iba bien, con la voluntad de Dios. A cuarenta quintales por cuadra. A quince sucres le había vendido en el trato por el fomento al Capitán Hermógenes Sandoval. Sí le quedaban sus quintalitos.

II

Sentado sobre los talones, afilaba Moreira su machete. Destemplaba los dientes el fregar del acero sobre la piedra. Caía de la hojas, agua color de tierra, sucia. Bajo ese lodo, brillaba el acero afilado. Era al pie de la casa. Espantando

gallinas y perros. Entre el revoloteo de ellos. Corrían los animales al agua grasosa que caía desde el lavadero. El chanco hozando, gruñendo, disputaba el lodo, el hozadero. Chapoloteaban con sus hocicos los perros. Rin-Run. Rin-Run, el machete contra la piedra rozaba continuamente. En las cañas del piso, teclaban pasos apresurados de mujeres. Se oía el abanicar de la candela. Cundía todo un humo de leña verde que hacía lagrimear. Voces de mujeres amanecían semidormidas, con el día que despuntaba.

—Sopla pronto, calentando el agua, que tienen que irse a socolar temprano.

De casa a casa, cantarín, una cuña en la mañana, el grito.

—Ah, Domitila, déme, pues, candelita, que los fósforos van a acabarse con esta leña verde.

—Así estoy yo con esta condenada leña, doña Eudocia. Ahí le mando con el chico.

El machete contra la piedra. Run, run, run, run. Junto a la casa, Ignacio, el hijo de don Cruz. Allá, Pincay. Silenciosos. Esperando el café. Con hambre. Con frío. Espantándose los mosquitos que los hostigaban por todos lados. Vestidos con un saco de casimir viejo, descolorido, huequeado por todas partes. Pedro Sánchez bajaba con lata de gasolina vacía, a traer agua del río. Antes era Domitila quien hacía eso. El iba temprano al manglar a hacer carbón. También, a pesar del invierno, trabajaba en eso. Eran sus realitos más. Iba a traer agua porque no quería que la mujer trajinara. Estaba la pobre que no resistía nada en el estómago. Todo lo devolvía. Se enflaquecía y bajo los ojos, se le pintaban moradas como caimitos, dos ojeras inmensas. La preñez es así.

El mozo Balladares, cantaba. Alistaba su machete. Miraba furtivamente a la casa de don Cruz. No quería que sorprendieran su mirar ni su ansia. Oía la risa de Zoilita, adrede sonora. No estaría bien pelearse con Ignacio Vega. Si él tuviera una hermana le calentaría que se la enamoraran. Tras el lavadero estaba ella. Balladares mozo, se a-

NUESTRO PAN

regló el peinado lanudo y la gran concha que se erguía airosa en un rizo. En el lavadero nuevo había unas cañas rotas. En ese hueco asomaba Zoilita su cara color de tierra, la piel extendida sin una arruga, reída.

Don Pío venía orillando el río, con su machete recostado sobre el hombro. Miraba atento las basuras del río. Buscaba entre ellas. Buscaba. Anoche pasó por allí don Tomalá. Venía en su canoa negra de montaña. Don Tomalá era Cacique. Tenía el pelo tieso y cenizo. La cara más arrugada que el árbol más viejo; color de tierra y de árbol la piel. Así como los lagartos tienen, donde no hay concha, la piel escamosa, llena de arrugas, floja, gruesa, fuerte, así era la piel de don Tomalá. La nariz, salida, curva como de gancho. Los ojos pequeños. A don Tomalá se le conocía de lejos, cuando venía en canoa. Se oía un remo pesado. Caía una vez, el agua se arremolinaba como si la jalaran. Si alguien tenía los oídos tan finos como los venados, oía raspar el remo contra la borda de la canoa. Don Pío oía. Después otra vez, pesado, lento, seguro, el remo jalaba el agua. Y en la mitad de la noche, entre el estremecimiento febril de las candelillas, un puntito rojo que se hacía más rojo, más rojo, vivo, y que se apagaba despacio. El cigarro de don Tomalá. Cuando llegó, anoche, se oyó la canoa raspar el lodo del barranco, suave, sin desmoronar un solo terrón.

—Epa! -dijo don Tomalá.- Su voz era oscura. Voz que sonaba como dicha contra el lodo.

—Epa! -dijo don Pío.

Y don Tomalá subió. Saludó al negro. Para los demás, dijo, muy despacio, sin mover los labios.

—Buenas

No se sentó. Traía los ojos inyectados. Parpadeaba como lo hacen los galápagos. Mascaba el cigarro. Don Tomalá era el más viejo de ese lado. Sólo esos lagartos anchos, negros, largos de diez varas, duros en la concha, como la piedra, eran iguales en edad a él. Don Tomalá vivía solo, adentro de la montaña de Rauta. Sin embargo, todo lo sabía. Era abuelo, bisabuelo, tatarabuelo de todos los hombres de e-

se lado. De los Zúñiga, de los Mata, de los Bustamante, de los Mariscal. De todos. Cuando venía, era porque algo malo pasaba. Era así, cuando iba su canoa en el río, de desmonte, anunciando. No era él malo. Iba a prevenir para que remedien. Todos le daban comida, café. Aquí, pidió café. Y de pie, entre el humo, bebiendo a sorbos, alterando con chupadas al cigarro, dijo:

—¿De dónde vienen ustedes?

—¿Quién es el abuelo?

—No hay abuelo. Hemos venido a sueldo. Don Juan de la Cruz Vega es el desmontero. Don Pío, don Balladares, don Jaramillo, la compañía.

—¿No son ni compadres siquiera?

—Eso sí. Algunos somos primos. Sí estamos emparentados. Más que nada por la compañeras. Hay varios suegros.

—¿Ninguno es mismamente de estos lados? ¿Ese tal Balladares de dónde es?

—De por arriba. Los demás somos de todas partes. De provincias, costeños, esmeraldeños, del Guayas.

Se quedó en silencio, bebiendo y absorbiendo sonoramente el café.

—Montubios sí son. Este café bien hecho. Pero andan despacio, mismamente, ni tortuga. A que sólo cogen venados cuando están dormidos!

Los muchachos que se habían acercado, rodeaban al viejo; desde atrás de Pío, lo miraron a éste. El negro sonrió.

—Aquí hay gente que coge chocotas al vuelo. Hay viejos que hemos matado tigres con lanza. Sabemos hacer canoas de un solo tronco. Y las mujeres de los acompañados lavan sólo en tina de pechiche.

—¿En cuánto tiempo pelan las vacas los arribeños?

—Compan la carne en el pueblo. Pero más comen pescado del río, arroz y plátano asado.

NUESTRO PAN

—¿También compran arroz en el pueblo?

—Eso, según. A veces, cuando la cosecha es mala.

—¿Y sus hembras? ¿Cuántos hijos del Tintín han tenido?

—Que sepamos, ninguno. Todos se nos aparecen.

Volvió a beber café. Saboreaba el líquido oscuro y amargo. Hizo señas a Pío para hablar a solas. Y se fueron a una ventana.

—¿Eres vos el esmeraldeño ése que dizque estuvo en la guerra de Concha?

—El mismo que viste y calza.

—¿Eres vos el que mayordormecas aquí?

—No. No somos peones de blancos. Este sembrío es nuestro. Mi compadre Cruz hizo la contrata por la tierra que es...

—Si, eso sí se. Del pendejo ése de Sandoval. Dizque es serrano.

—Ahá. Lo de serrano, no parece.

—Bucno. Vos debes saber que yo siempre ando con las noticias para los que se les duerme el gallo en la mano. No hay que dejárselo matar. ¿Vos no sabés que arriba la langosta se ha comido el arroz todo? Muy para la desyerba están ustedes! Hay que tener el ojo vivo. Al hijo de mis entrañas, a Segundo Tomalá, se le quedó el desmonte, mismo como ingle de muchacha. Yo sé que vos sabes la contra. Mañana busca bien en el desmonte y fríelas con bastante manteca, si nó, ya están jodidos. La langosta se viene para abajo. Conque ya ves, negro conchista. La langosta no es los longos.

Y bajó y se fué sin decir nada a los otros.

Venía atento a las basuradas. Mas, no bajaba entre los archipiélagos viajeros, de yerbas y palos, una sola mata de arroz. Si era cierto lo que decía Tomalá, pobre Cruz! El, como su compadre que era, había sido llamado por Eu-

docia para hablar, y entonces había sabido que el Capitán Hermógenes Sandoval fomentó a Juan de la Cruz Vega.

—Nos días !

—Buen día!

—¿Por qué no viene don Pío a tomar café de pobre?

—Gracias pero ya vengo tomando mi agüita caliente....

Vió a Balladares mozo enamorando a Zoilita. También era cosa de decir a Cruz. No quería ser viejo soplón. Suficiente tenían que hablar con Cruz y el chico era hijo del Pipón Balladares, buen hombre, compadre de Vega.

Cruzó tras él la figura de García, el tísico, deslizándose, siempre alzado de hombros. Solo. Tosiendo apagadamente. Llevando su machete lustroso.

Aún no bajaba Cruz, y ya iban algunos mozos camino al desmonte entre la malva de hoja grande y espinosa y verde. Casi los tapaba de lo alta y ancha. La tierra mojada olía suavemente, pero ya comenzaba a abrazar los pies, ardiente. El sol se echaba desde la orilla del río y la mañana se doraba.

Aromos florecidos olían en la brisa que venía tan despacio que sólo movía las hojas pequeñitas y leves de los algarrobos.

Cruz venía con su cotona recién aplanchada. Fumaba cigarro.

—Hola, don Pío! ¿Cómo ha amanecido?

—Bien, ¿y vos?

Se estrecharon las manos y se fueron caminando por la manga abierta en el malvero. Y de pronto:

—Compadre Cruz!

—Diga usted, compadre.

—La de malas se nos viene encima, compadre!

—Ahá!

NUESTRO PAN

Se oía pasar alborotando el cielo bandadas de patillos y "marías".

—Dice usted, compadre, por la pajarada?

—Umjú! ya el pájaro es cosa segura. Ni el veranillo me asusta.

—¿Entonces?

—¿Ha oído hablar de un tal Tomalá, que le dicen Caci-que y es abuelo de la gente de estos lados?

—Algo he oído mentar a ese cristiano.

—Anoche acoderó por mi casa.

—Ajá!

—Es noticioso don Tomalá. Se vino para decirme que la langosta está comiendo los desmontes de aquí arriba.

—Ajá!

La langosta es un gusano negro, chiquito, baboso. Aparece de pronto. Subido en las hojas. Comiéndose las matas. El rato menos pensado uno va a su desmonte y ve negrear las hojas verdes. Las matas tronchadas. Dobladas contra el suelo. Y al acercarse, las manchas son gusanos negros que se hinchan y se adelgazan, se estiran y se encogen. Nadie sabe de dónde vinieron. Nadie sabe cómo vinieron. Dicen que en el aire. Dicen. Pero llegan. A pesar de los ríos. A pesar de la distancia. Sin un solo ruido que las anuncie. En milloncs. Incansables. Hambreadas. Insaciables. Sólo se van cuando el arcezal queda talado. Cuando apenas queda uno que otro cogollo. El lo sabía. Eran como las crecientes, como los aguajes, como los veranillos largos. Decían que el único remedio era freirlas y guindarlas para que el viento lleve el olor al desmonte. Cruz sentía secarse su garganta.

¡La langosta!

Deseaba apurar el paso. Llegar pronto al desmonte. Cuando se movían las hojas, cuando oía chapolotear, creía que los chicos vendrían a decir:

¡La langosta!

Su desmonte estaba lindo. Los aguaceros que habían estado como mandados a hacer! Los veranillos ni pedidos. Ahora que iban a la socola, que él había estado la tarde anterior viendo que no había mucho que limpiar, que no había ni barrehorno ni espino.

¡La langosta!

No podría llevar a su hija al Guayas. No podría pagar al Capitán Hermógenes Sandoval! ¿Y qué haría sin dinero? ¿Y qué haría con la gente que había traído? Allí estaba Pío, que sólo por acompañarlo a él se había venido! Y Jaramillo con todas sus hijas. Jaramillo que le hablaba contándole que deseaba enseñar a su hija última a leer.

—Más que sea la última, Cruz. Vos sí. Los dos saben. Todo pende en esta cosecha!

Todo pende en esta cosecha!

Pero la manga se abrió y todos se iban a por donde él había pensado con Balladares, Jaramillo y Pío el día anterior.

Los veía, con los pics entre el agua. Agachados, arrancando las yerbas con las manos. O sacándolas de raíz con el machete. Oía silbar a los jóvenes. No había langosta. El aire hacía ondular el sembrío.

Los chicos continuaban pajareando. Se oía de vez en vez tiros de escopeta. Los gritos llegaban desgarrados, lentos.

Tras ellos había venido García. García oyó la noche anterior lo que dijo Tomalá a Pío; vino tras de Cruz, anhelando ver el desmonte. Y ahora fué solo a cumplir su labor. Iba agachándose, agitado. Le fastidiaba a su respiración el vaho pesado de la tierra que se levntaba denso, oloroso a yerba; trabajaba mirando cuidadosamente entre las hojas. Vió, junto a la tierra, en el cogollo de una mata, un punto negro. La langosta! Puso su dedo sobre él. Ya sabía con anterioridad que tocaría un cuerpo baboso, frío, acauchado, como gelatina. Pero no tocó eso. Era un palo

NUESTRO PAN

podrido que se desbarató en sus dedos. Entre las matas, sobre los montoncitos de tierra, transitaba una gran cantidad de hormigas. El sol subía bravo. Se tenía la sensación de estar metido en lodo. García veía cómo a su lado subían y bajaban los hombres trabajando. Oía sus respiraciones. Oíalos conversar Pero él iba solo, sin tener con quien hablar. Trabajando porque tenía que comer.

Estaban todos. Alumbrados por el candil. El mozo Manuel Balladares, con su guitarra encintada, bordoneando, Moreira, sin camisa, labraba un palo. Surgía ya una figura de cabeza humana.

Aullidos de los horizontes llegaban. Medio como de perros. Medio como de vientos. Entre el río alguien chapoteaba. Acaso el río coleteando el barranco. Acaso lagartos coleteando comida. Venía de los desmontes carraspear de gallaretas.

—Ajo con los pájaros para fregar tragando arroz, ¿no?

—De verdad.

—Como que esta mañana oí decir que había langosta?

—Yo no he visto, pero lo que se dice ni unita.

—Ni yo.

—A eso dizque vino el viejo Tomalá.

—Ahá!

—¿Y?

—Arriba, dizque en el desmonte de un pariente de él. Pero no han venido por acá.

—A mí lo que me inquieta es la pajarada.

—A esa ya se sabe cómo se le acaba. A punta de bala y horqueta.

—Siquiera deja para comer carne.

Se oía la navaja de Moreira raspando el palo. Don Balladares gruñía como un cerdo al roncar. Y en voz baja, Moreira charlaba con Balladares, el mozo.

—¿Y? ¿Usted ya habló con la hembra?

—No ha habido cómo. Ahora me he de ir para allá. El viejo está orejero, creo.

—Yo ya estoy entendido. ¿Se acuerda que la otra tarde, el domingo ese que don Jara se fué para el Guayas, yo no aparecí por aquí? Allá estuve.

—Los viejos son una vaina, ¿no?

De los dedos, ágiles sobre las cuerdas templadas, surgía el compás saltarín del pasillo. La navaja raspaba el palo. La brisa tibia que entraba no refrescaba en nada el aire. El sudor los mojaba en la frente y las axilas. Las voces de los otros conversadores eran altas.

—Yo estuve arriba cuando crecieron los ríos. Ajo, que eso era feo.

—Ese año subió el arroz. A 18 y 20 sures el quintal se vendía y a todo el mundo le pareció caro! Y ahora!

Pero ahora el invierno iba bien. Ahora no había aguaje ni veranillo. No se ahogaría el desmonte. No se secaría. Pero, la langosta! Ya dizque estaba arriba.

Aprovechando la conversación, Balladares mozo, se deslizó hasta bajo la casa. Entre el lodo y la noche se iba, oyendo el repiqueteo de los primeros grillos. Sabía que lo esperaban. Cerca, en la pequeña casa de don Cruz, Zoilita no dormía. Primero había estado lavando ollas y platos. Restregaba como si los platos fueran el doble. Gritó porque un gato saltó sobre las ollas. Don Cruz la veía. Le parecía muy duro decirlo para su propia hija.

—¿Sabes vos, vieja? Noto a la chica alborotada.

A ella la cogió de sorpresa.

—Cosas tuyas, Cruz, ¿que va a ser?

—¿No tendrá ya su pircunchante? ¿No te habías dado cuenta? Todoy me pareció verla con el mozo Balladares, el hijo de mi compadre.

—Ajá!

NUESTRO PAN

Afuera la chica tarareaba una canción. Se la oía andar. Llamó la madre.

—Ven ya para adentro!

—Ya voy, mamá, estoy arreglando los tuestos de los sembrados que este gato de un cuerno ha venido a botarlos todos por el suelo. Si viera el horror que ha hecho! Todo lo ha enterrado!

—Déjalo para mañana, que ya es tarde y ahora hay que madrugar para tener listo el café.

—Uy! Viera como está todo! Si cogiera al gato no contaría el cuento!

La begonia la ha tronchado toda! Y la "viuda llorona" la ha desenterrado pero de raíz! A lo mejor se me muere. Estas siembras que son tan delicadas.

Se la oía trastear entre los sembrados. Don Cruz, bajo el toldo, tapado con el poncho, dejaba regarse en sus oídos la noche temblando en la garganta de los sapos, estirándose en el chillido de la cigarra. Don Cruz oía el griterío de la noche sin oírla. Atendía los ruidos que hacía Zoilita. Sabía que la chica se enamoraría. Lo había sabido sin tenerlo presente. Había dicho siempre:

—La chica se casará o se irá con marido. Eso tiene que pasar. Así son todas.

Pero al igual que cuando hablaba de morirse, lo decía por costumbre. Mas, en ese momento lo sentía cierto. La chica daba largas a quedarse afuera. La chica esperaba a alguien. ¿Cuál sería el mozo? Si la mereciera! Había mandado a la chica donde su compadre González para que aprendiera a leer, escribir y religión. Allí había hasta hecho la primera comunión. Hablaba como gente de ciudad. Sabía muchas cosas que otras chicas no sabían. ¿Cuál sería el mozo? La noche se iba alejando de sus oídos. Oyó, apenas, que Eudocia se revolvía en la cama. Casi no oyó que su hija era llamada quedo. No vió que ella iba hasta el filo de la escalera.

Sentía que sus senos zangoloteaban y atendía y miraba a cada rato adentro. A él —Balladares, el mozo— se le secaban las palabras en la garganta y antes de salir lo atoraban.

—Por fin, niña Zoilita, usted me da el gusto...

—Hable despacio, cuidado lo oyen...

—Desde tiempísimo que quería hablar con usted...

—Ah! ¿Sí?

—Sí!

—¿Para decirme lo mismo que otros? Un bandido que dizque es usted...

—Cosas de la gente nomás...

El río allá, manchado apenas de luz anublada de luna, iba torciéndose como una culebra inmensa. Se le oía res-tregarse contra los barrancos.

—Y a quién dejó, pues, embobado en Guayaquil?

—A nadie, pues. En Guayaquil hay mucha muchacha bonita...

--Pero entre las flores la rosa es la reina.

En el dormitorio se oyó toser a don Cruz y moverse a Eudocia chasqueando los labios.

—Váyase que creo que nos han oído.

El mozo saltó y se atornilló a la noche. La chica, se fué despacio, a meterse bajo su toldo. Anhelante miraba al toldo de los padres. Los oía respirar acompasadamente, y se repetía en silencio la última frase dicha con la voz apretada entre los labios.

—Mañana, temprano en el arrozal. ✕

La Cosecha

I

—A qué?

—No sé mismamente. Es que quiero ir.

—Cuesta mucha plata. Eso es sólo para los muy ricos. Y nosotros...!

—Pero ahora, ahora... ¿Has visto como amarillea el arroz?

—¿Y no has oído como zumba el viento?

—El viento no es más que viento y de viento no pasa..

—Vos no sabes. El viento se tira sobre el plantío como un caballo sobre manada y lo aplasta y lo apachurra.

Era mientras se alistaban. Porque también iría la Domitila, a pesar de su barriga grande.

El humo de la leña en el fogón, fastidiaba los ojos, tanto que, a ratos, lágrimas los mojaban ardientes. Ella soplaba con un abanico para avivar el fuego. El afilaba su machete sobre el lavadero. Por las rendijas entraba un sol amarillísimo y hacía más azul el humo que mariposeaba en la cocina..

E. GIL GILBERT

—Tengo ganas de conocer la Sierra.

Allá dizque van sólo los tísicos.

—Mejor no pensemos en eso, ve. Hay que esperar al hijo y todo debe ser para eso. ¿Te crees que vas a ganar mucho? El arroz es mentiroso. Es vano. Se ve la cosecha grandotota, y después, ¡ñisca!

Era algo que nunca en su vida había visto Pedro Sanchez. Como se habían crecido las matitas y se habían unido! Era todo un almacigo grandote. Subían aupadas en yerbas casi como tronquillos. Aplmazadas, ajustadas, hasta la altura de su pecho. Y ahí, amarillo como cáscara de naranja, brillante como sol en agua, se abría ancho y se tendía largo, un susurro de espigas. Se frotaban las unas con las otras. Se agachaban y se levantaban. Volvían la cabeza mirando de uno a otro lado. Se tambaleaban como gallos picoteando. La recordó vagamente el gentío en la Plaza del Centro, cuando se le ve de lejos y se le oye de afuera. También se acordó de una vez que fué a Data y se paró desde el barranco de una loma grande a ver el mar. El no había visto verde porque eran las dos de la tarde y el sol se chorreaba sobre el agua. Era así como esto. Un amarillo derramado encima, sobre un soporte verde, grueso y fuerte. Así mismo oía el rumor de cosas inefables. Así mismo sintió como si todo eso se metiera al pecho y a la sangre. Estaba con una cosa en el cuerpo igual a cuando se duerme mucho después de una fiebre loca. Las espigas se curvaban cuajadas de granos. Se doblaban del peso tal que rabo de gallo. No sonaba así la candelá. No sonaba así el río. Sólo el mar. Sólo el mar, que, como el sembrío, jamás se está quieto y nunca calla.

Flaco, alto, con la cara hundida en las mejillas, prieto, los hombros levantados, el pecho fuerte, de color de tierra seca asoleada, color de polvo su piel, parádo ante el desmonte, lleno, completo

Oía golpes a su detrás. Era el martilleo de las gentes que construían galpones para la cosecha. De eso estaba encargado el negro Pío. Lo ayudaban el mozo Balladares, Moreira y Vega, el hijo de don Cruz. Los galpones eran

NUESTRO PAN

largos, parados como sobre cien patas, porque a eso no se le podía llamar pilares. Tenían esqueleto, no de mangle, sino de seca. Y los habían tapado con paja de enquinchar. Mientras los hacían, los chicos venían, especialmente las mujercitas. Traían sus pequeñas ollas de barro, sus muñecas viejas de trapo y jugaban a cocinar. Los pequeños varones acarreaban paja para los galpones. Y luego venían a exigir comida y se les demandaba agua y plata. Ellos decían:

—Es que las cosas se han subido por las nubes y la plata anda a caballo. Pero, aguante, comadre, aguante un poco y con esta cosecha nos ponemos las botas.

Así jugaban. En las casas, las mujeres veían hacer los galpones, que tenían apariencia de casas. El sol lo llenaba todo. Se oía en el aire zumban las moscas. Entre ventana y ventana de casa, había una cortina de sol y de agua en vapor que se elevaba del suelo. Venía a ratos aire del río, fresco, mojado.

Comenzaban a parar las paredes de cañas en las éras. Se oía el sonido de una caracola de canocro mercante que pasaba por la mitad del río.

La caracola hacía soñar a las mujeres. Junto al fogón, donde hervía el agua con arroz, el agua pura para el carú, donde se asaban los plátanos verdes, oían ese sonido apagado y casi olían ese olor de tienda que paseaba la canoa por la mitad del agua y la tierra montubia. Domitila, la mujer de Sánchez, parada junto a su fogón, con la mugre grasosa y negra sobre su vientre henchido y sus senos agrandados, con sus ojeras lilas, pálida, desgredada, se envolvía, en el calor del sol y la canción de la caracola. Tal vez llevara ruan para pañales. Tal vez, lana para escarpines. Y Zoilita, mientras barría el dormitorio de su casa, veía los collares de vidrio verde y rojo y lila y rosado, mientras la caracola se alejaba y se perdía tras la vuelta del río.

Se oía choclear gallinas bajo las casas. Muy pocas gallinas. La voz clara y aletargada de una muchacha espantaba un perro cantando más que gritando. El machete de Pedro Sánchez raspaba la piedra de afilar.

II

Apenas emergían desde sus pechos. Las mujeres tenían sus senos junto a las espigas. Los sombreros de los chicos salían un poco más alto que los pechos de los hombres.

El sol venía aún rojo. Casi desde la altura del suelo enviaba sus rayos. Era increíble que la sombra se proyectaba hacia abajo en vez de ser hacia arriba.

Iban cortando la espiga. Dorada, llena de vainillas pequeñas, en cada una guardaba un grano de arroz blanco. Cortaban el tallo, y lo metían en un cajón que estaba en su delante, junto al pecho y la barriga, guindado de la nuca con un zapán fuerte.

Cruz iba en medio. De un lado cortaba Zoilita y de otro Eudocia. Cruz tenía un machetillo. Arqueaba los tallos de la mata sobre el borde del cajón, sacudía las espigas y las decapitaba. Zoilita tenía en su mano una tijera de jardinero. Le caían mechones de pelo sobre su frente. El viento se las alzaba graciosamente, igual que la espiga. Entre espacio y espacio—su pequeñez la alzaba apenas hasta la altura de las matas más altas— veía a Balladares mozo. Sin camisa, el joven, con su sombrero de paja de palma trenzada, sin copa, su pelo negro sedoso al aire, avanza rápido, con un cajón sobre el pecho. El no traía con tijera ni con machete. Soba las espigas y va llenando de granos su cajón. El sol hace más de cobre su carne. El y el mozo Vega conservan el color de mangle pelado en sus pieles. Los otros están pálidos. Van agitándose. Bajo la sombra de montubios y espigas hay agua. Nubes de mosquitos chillan en su derredor. Los obliga a manotearse continuamente la cara. Tratan de evitarlo fumando.

Eudocia también con un cigarro en la boca, soba las espigas sobre el cajón de Cruz. Reza en agradecimiento a San Jacinto. Se conforma con lo que ha perdido Cruz debido a la paloma. Esa es la voluntad del Señor. Hágase lo que él desee. Felizmente en su casa no ha habido enfermedades este año, fuera de las tercianas que todos

NUESTRO PAN

tienen. Pero para el pobre montubio que vive de arrozero, metido en el agua todo el día de Dios, eso es así, por su propia y santa voluntad. Aún hay que luchar con los pájaros glotones que vienen por arroz. De sus manos torcidas, duras como suelas, enrojecidas y lascadas de tanto sobar las espigas, comienza a brotar sangre. Al matarse los mosquitos que están hinchados, queda manchada de sangre y lodo.

—Barajo! Me están ardiendo los dedos.

—Eso es la comezón.

—Así es el lodo del arrozal.

Con el sol que se hace intenso y fuerte el agua comienza a calentarse. Vienen tábanos grandes y verdes, que si no los espantaran, se posarían sobre ellos a chupar sangre. El tábano y el murciélago son los peores chupavidas. No se contentan con hartarse sino que dejan la puerta abierta para que la sangre se vaya. El lodo removido por los hombres hiede y sofoca. Los pájaros pían en sus vuelos. Son miles que van y vienen. Se elevan en sesgo, en arco. Cierran las alas y caen veloces como una bala. La presencia de los hombres los aleja. Sin embargo, los atrevidos osan llegar hasta las espigas e irse con granos en el pico.

El negro Pío no lleva cajón. Un saco de cabuya le cuelga sobre una pierna y allí deposita el grano que arranca. Con la boca llena de humo de cigarro lo echa con una canción bronca. Nunca nadie había oído cantar al negro. Por eso ahora lo escuchaban. Su canción recuerda el golpe lejano de un bombo. No dice palabras. Se espanta los mosquitos. A él acuden porque es negro. Está tiznado de blanco donde tiene lodo. Su piel está escamosa, como de culebra. A veces sale de allí una gotita roja de sangre igual a la cabeza de esos alfileres que la tienen de vidrio rojo. Su canción se alarga en un alarido. Nunca se había escuchado ese grito cuando se arrea ganado ni cuando hay alguien perdido en la montaña. Y sin embargo, todos lo habían oído alguna vez. A pesar de eso, el negro la cantaba por vez primera. Era como un tambor y un hombre que gritara.

De las manos de Toño la sangre no sólo se escurría sino que goteaba. Le ardían las manos y los pies. Los ojos. La garganta. Le dolía la cabeza. Le ardía la nariz. Quería gritar y llorar. Seguía sobando espigas. La espiga tiene una espinita. No es tan fuerte como el cardón. No es tan fina como la malva. Es como si se pasara la mano sobre la lija de carpintero. Queda una pelusilla en los dedos. Y el lodo va abriendo grietas entre los dedos de los pies. Las grietas se hacen llagas. El agua caliente quema la llaga.

A pesar de su barriga había venido Domitila Jaramillo, la mujer de Pedro Sánchez. Había comenzado a sobar arroz. Con sus hermanas se ayudaba. Las más pequeñas tenían un gangoche largo. Inquietas porque los mosquitos caían como aguacero sobre sus cuerpos. Medidas casi bajo las plantas de arroz, sufrían más la comezón. La pelusa les caía. El agua caliente y hedionda y densa les ascendía hasta las rodillas. Mientras las pequeñas, ralas de carne, sólo tapadas con una bata de tela roja delgadísima, sostenían el gangoche, las grandes con sus manos torcidas, brillantes, flacas, graneaban la espiga. Como eran muchas juntas y el sol subía hacia las doce del día, el calor se hacía insoportable. Le solicitaron que se fuera, a Domitila, y fué a sentarse sobre un palo.

Ya venían algunos a llenar en sacos de yute la espiga recogida. Le dijeron a Domitila que desgranara. Lo hacía ella, perezosamente. Comenzaban también sus manos a sangrar. Sus ojos lánguidos de preñada, casi no veían afuera. Atendía el ritmo violento del niño que estaba en sus adentros. Solía adivinar los miembros de su hijo cuando los movía lentamente, y aún cuando eran tan violentos que se brotaban como un chichón y la hacían dolerse tanto que la respiración se le contenía. En su dura tarea, con sus manos sangrantes, desfallecía. Todavía eran los tiempos en que se desayunaba con agua de yerbaluisa y en almuerzo y merienda sólo se comía plátano, arroz y café. A ella se le daba de vez en cuando un poco de carne salada, traída de Guayaquil y guardada dos o tres días. Pero sentía poca toda comida. Parecía ser que el chico pidiese

NUESTRO PAN

más y más. Y como de la tierra sube cierto calor que envuelve tibiamente, la modorra se apodera de ella. Entre dormida y despierta, continúa su tarea. Ya las manos no le duelen; se le han dormido. Y sueña en el pequeño, que nacerá de su carne. ¿Cómo sería ese pequeño niño? ¿Qué cara traería: la suya o la de Pedro? Se lo imaginaban chiquito, pataleando y moviendo las manitos, riéndose con los angelitos —¿con quién más pueden reírse los guaguas?— envuelto en sus pañales. Pero tendría que nacer. Por primera ocasión iba a parir. ¿Si fuera tan terrible como la primera cópula? ¿Sería el mismo desgarrar de su carne? ¿La misma brutalidad? Tendrían que verla toda tal como la vió Sánchez. Y ni su grito ni su dolor serían respetados. La gente se movería a su lado y hablarían. Tal vez hasta moriría. Muchas mueren.'

Desde el desmonte comenzaban a oírse gritos. Veía a la gente avanzar despacio. Los brazos se alargaban y encogían rápido. Los golpes de los que decapitaban se oían sordos. El susurro de los que sobaban era como una hama sin argolla, en soga pura, rozando contra el gancho de fierro. Venía el murmullo de las gentes. El murmullo de las plantas de arroz, restregándose unas en otras, hablando con el viento, peleando con los hombres, agonizando tronchadas. El taladro de los tábanos. Y desde las casas, el canto de un gallo se empinaba tanto como el sol que estaba como la marea en la repunta de creciente, recto hacia arriba, tal que cometa coronada. Y dejaron de trabajar. Venían conversando, chapoteando entre el lodazal, fatigados como caballos trajinados. Moreira traía la garganta más seca que sabana salitrosa en mes de Octubre. Eufemia que veía en él lo que nadie era capaz de ver, lo había visto envejecerse en pocos meses, tanto como en muchos años. Cuando llegó ella, él tenía la piel extendida igual a la del mozo Balladares. Y mientras desmontaba y hacía carbón y sembraba arroz, le iban naciendo arrugas en la cara. Nadie puede contener a la vejez de los años, pero tampoco nadie puede hacerse viejo sólo con su voluntad. Las mujeres se envejecen de tanto parir. Los hombres de tanto ser pobres. Moreira siempre tenía sed. De agua y de aguardiente. Se ajumaba todos los sábados

y en veces hasta los días feriados. Ya no tenía la mirada de susto. Ahora se le había metido al fondo de los ojos y se había apagado y entristecido.

—Moreira!

—¿Ah?

—Yo tengo agua en un matecito que traje.

A la sombra de la agua había continuado fresca. Alzó él la cabeza y derramó sobre el tizón de su garganta la sombra dulce del agua. La gente iba saltando del lodazal a una pequeña loma. Había risas como relinchos.

—Quiero agua!

—Tengo hambre!

Sólo dos pececillos habían pronunciado las palabras. Debajo de unos ganchos sacaban el bunde. Humeaba todavía la comida cocinada temprano. Llegaban hombres cargando arroz a sus hombros, torcidos por el peso de los sacos grandes. Las mujeres repartían.

—A ver, a ver, suegra!

—Dios no lo quiera! Pobre mi hija!

—Y qué de malo tiene! Ningún vicio tengo! Para trabajar soy templado y al hombre que sabe trabajar no le falta plata!

—Pero con esa facha!

—¿Y? La cara no es lo que hace al hombre.

Ajuste de Cuentas

I

—¿Ah?

—¿Cómo dice?

—Que se resuelva y se venga de una vez conmigo. Creo que nada le faltará.

—¿Y mi tayta?

Cogidos de las manos, gachas las miradas, hablaban sentados a la orilla del río. Un brusquero los cubría de miradas ajenas. El sol entraba retaceado entre huccos del ramaje. Gritaba una pacharaca entre el monte. La muchacha sentía hormiguitar la sangre. Anhelaba cerrar los ojos y dormirse. Olía el aliento del Guaco Moreira. Buscó arrimo para la espalda en el pecho del hombre. Las trenzas cayeron en los hombros de Moreira. Quietos, suspirando hondamente, miraban el río. Una garza volaba, blanca, lenta, garbosa, sobre el azul brillante. Algunos gallinazos circulaban a distancia de la mortecina, abandonada en algún barranco.

Casi sin que ladraran los perros, por entre la maraña apareció el Capitán Sandoval. Medio metido en el rama-

je, se intuía un talante militar. Moreira lo miró. Saltó como un gato. Palidez de terciaria se derramó por su cara. Buscaba en su cintura un machete o revólver que no tenía. Sus ojos, redondos, brillaban. Agitaba su pecho como oleaje del Golfo. Y echó a correr, por otro lado de la montaña. Eufemia, apretaba un pañuelo entre las manos y comenzó a llorar. Moreira iba dando tropicónes entre la maraña. Una liana espinosa dejó huellas sangrantes haciendo colgajos en su pescuezo. Las manos también se despellejaban contra "las uñas de tigre". No pensaba bien, pero sabía que estaban cerca los de la rural. Ignoraba cómo podrían haberlo rastreado. Cuando solamente oyó el zumbido del viento en el follaje, y sisabeo de las hojas contra las hojas, de una costura del pantalón sacó una muñeca, ocre de sangre seca, atravesada por alfileres en las orejas, la boca y el pecho. Arrodiado de espaldas al sol, comenzó a rezar. Mientras rezaba, salió del ramaje la zamba. Venía vestida de rojo. Erguida, prieta, ceñida la bata sobre la morena carne dura. Sus ojos parecían no mirar. Tenía la boca abierta. Pero no es así como se abre para reír, para llorar ni para hablar. No. Así la abren los muertos: los que mueren de una muerte. Ahora la zamba tenía un extraño parecido con Eufemia. Iba a hablar y Moreira escucharía la voz de Eufemia. Mas, como siempre, con la agonizante voz de súplica, dijo:

—Por qué me mataste, Maximino? ¿Por qué me matcaste, si me querías?

La sentía igual que se siente el calor en todo el cuerpo: Quería mirarle los ojos y le era imposible. Estaban como diluídos, como vacíos. Eran color de agua, de cielo, de viento. No eran los negros ojos de la zamba.

—Maximino! Ahuuuuja!

—Aaaay! Moreiraaajá!

¿Por qué querían entregarlo? ¿Habrían cogido a alguien y lo estarían planeando para que diga? A lo mejor la Eufemia! Los rurales suelen coger a los hombres, sacarles la camisa, amarrarlos contra un árbol y darles

NUESTRO PAN

plan hasta que hablen. A las mujeres las violan todos. Primero la usa el Capitán, y uno a uno, todos los hombres de tropa. Si la hembra se resiste, echada de espaldas contra el suelo, dos la tienen de los brazos abiertos, dos le sostienen las piernas abiertas. Hasta que ella agotadas las fuerzas, apenas sabe llorar o queda desmayada. Pudiera que a la Eufemia... por su culpa...

—A Maximinoooooojó

—Epaaa!

Quedó un momento con la cara sudada y fría entre las manos descueradas y sangrantes. Creía dormir un ratito. Y, con sed, como si hubiese caminado o trabajado a pampa rasa, salió hacia el desmante. Miró escurridizamente entre las anchas hojas. El hombre vestido de soldado hablaba con Cruz y Jaramillo.

Otro de los que habían llegado pedía agua en la casa de don Jaramillo. Los perros, hacían rueda gruñendo y enseñando los dientes a los que vinieron. Estos no metían el rabo entre las piernas. Los caballos estornudaban y sacudían el lomo.

Clara oyó Moreira la voz gruesa y pausada de don Cruz.

—Suba, Patrón, a que se siente en la hamaca.

Salió, entonces, caminando receloso como perro en casa ajena. Se llegó hasta él Toño, que andaba buscándolo a gritos:

—Ah, Maximino! ¿Qué fué? Ahí está el blanco que ha venido a cobrar el alquiler. ¿Por qué saliste en estampida?

Reía el muchacho mofándose de Moreira. El Guacano sabía si reír o disgustarse. No atinó más que a decirle:

—No joda, hombre!

Rosa Eufemia, luego de llorar, buscó qué hacer. ¿Si lo sabía Jaramillo? ¿Qué le iban a hacer? Se pondría disgustado y talvez hasta le pegaría. Un nido de colemba,

no muy alto para que lo alcanzase, le dió idea. Con una caña vieja, larga como palanca, lo enredó y lo bajó. Había nada más que huevos vacíos.

—Ve la culebra idiota, lo que se ha chupado los huevos.

II

Sentado a horcajadas en la hamaca, fumaba el Capitán Sandoval. De pie ante él, don Juan de la Cruz Vega. Eudocia, lavaba un vaso en el que ofrecería chicha de arroz. Zoilita había venido a saludar al Capitán. Vestía traje floreado de rojo. Suave esguince hacía el pelo negro sobre sus hombros.

—Lo felicito, Vega, más que nada por la buenamozota. A ver, muchacha, alza la cara para verte.

La chica alzaba la cabeza, tornaba rápido la cara y reía.

—Está muy buenamoza.

—¿Qué va a ser? Para sus ojos, señor.

Y se iba pronto hacia el dormitorio.

El capitán sacaba de los bolsillos unos papeles.

—Vamos a arreglarnos de cuentas, Vega!

—Sí, señor!

—Aquí le tengo dado, según los recibos que ha firmado, mil doscientos sucres, cntre plata, semilla y víveres. Se incluye también una planilla por caña picada que he pagado y el alquiler del terreno.

—Así es, señor. Como Ud. dice debe ser.

—Vengo, pues, a que nos arreglemos de cuentas.

—Sí, señor

La cálida mano morena traía chicha, blanca de arroz y fresca de sombra.

—Bueno, don Cruz, ¿a cómo piensa dar el arroz?

—¿A cómo lo paga Ud.?

—Me parece que a quince.

—Bajo está, señor.

—No, mi viejo. En Guayaquil están pagando el pilado de primera a diecisiete.

—Esta es buena semilla, Capitán.

El motor de la lancha asustaba a una bandada de garzas que estaban floreciendo un guasmo. Los perros ladraban y "Jazmín", quería romper la gamarrilla del espanto.

El Capitán Sandoval se puso de pié. Asomado a la ventana, veía bajar la San Jacinto. No venía ahora esbelta, sino hundida, jadeando; los lanchones también llevaban el agua casi a los bordes y la carga de arroz saliendo en cerros de costales amarillos.

—¿Y eso?

—De la piladora de los chinos.

—¿Han fomentado por aquí?

—Así me creo. Recienquito no más subió la lancha. Antes no había portado.

—Ajá!

Miró la carga calculando el contenido—dos mil quintales! arroz para los chinos! Arroz para el comercio de Guayaquil.

Se allegaba en el viento el llorar de una criatura. El capitán comentó:

—Se llevan harto arroz. ¿A cómo les has vendido tú, Vega?

—No, patrón. Yo me palabrié con Ud. y lo he estado esperando.

—Ah, viejo Vega, que nos conocemos! Mírame la cabeza: blanca la tengo.

E. GIL GILBERT

—Pueda ser, Capitán. Lo que Ud. guste. Pero me ofende. De tener palabra, la tengo. ¿O es que los pobres ni eso tenemos? Alguito debía dejarnos, digo yo, Capitán.

Rompían la paz azul de la ventana pájaros que volaban como terrones disparados. Se oía el grito de un canoero que iba por la mitad del río. La canoa era grande, pesada, gris. Una vela cuadrada, color de tierra, hinchada. Un brisa, la jalaba apenas.

—Ah, la buena concha prieta, caseraaaa!

Sandoval meditaba haciendo cuentas acerca de lo que podría ofrecer. Había propuesto quince sures. Conocía en la cara dura, sin gestos, impasible de Vega que había propuesto muy poco. Había dado buena semilla. Pensaba comprar todo el arroz. Su hijo, el doctor Eusebio Sandoval, sabía que los acaparadores esconderían el arroz y lo subirían de precio. Era menester comprar lo más que se pudiese. Esas eran cosas del muchacho. Le bailaba dentro de la cabeza la frase de un carta, “ahora es de comenzar. El arroz alcanzará muy buen precio. He hablado con Santibañez, uno de los más fuertes negociantes en este renglón, y me dice que subirá hasta veinticinco, lo menos. En último caso, lo vendemos al por menor, que si perdemos por el tiempo empleado en deshacernos de él, siempre ganamos mucho”.

—¿Qué dice, Vega?

—Quince, es bajo, Capitán.

—A quince, el del alquiler. Quiero comprarle la cosecha toda. Ud. irá a las piladoras o donde los chigreros que le pagarán menos en la ciudad. Haga sus cálculos, hombre. Piénselo bien.

—Creo, Capitán, que no podré pagarle la deuda toda. Algo hemos de dejar para el año entrante.

—Bueno, bueno. Por eso no hemos de tener inconvenientes. Me firmas el compromiso, y listo. ¿Ah?

—Así será señor.

NUESTRO PAN

III

Bajo el toldo de los viejos, roncaba Jaramillo. Respiraba fuerte la mujer. Un bujío estaba cantando como un lamento la media noche. Traqueaba la casa. Acaso el viento. Talvez los aparecidos. Rosa Eufemia tenía un temblor vago. Metida en su toldo con Petra, vigilaba que la hermana estuviese bien dormida. La muchacha, en camisión, de costado, con una pierna recogida hasta casi pegar la rodilla al hombro, estaba como muerta. Las manos de Eufemia sudaban. Acariciaba un atadito de ropa. Comenzó a salir. Don Jaramillo dejó de roncar y se quedó quieta. Cuando bufó de nuevo, salió del toldo a rastras. Gateando fué hasta el cuarto de la escalera. Bajó hasta junto al chiquero. Los chanchos al sentirla gruñeron. Un perro se levantó y se vino a ella. Lo acarició sin nombrarlo. Caminó despacio. El corazón la cundía a golpes fuertes como los de un herrero machacando fierro. El perro la seguía. No quería hablar y necesitaba alejarlo. Se le doblaban los pies en la sarteneja. Una rama de algarrobo se le prendió a la planta de los pies. Buscaba la crilla. Divisó entre una enramada la figura de Moreira. Esperaba él con ganas de fumar. Pero no lo hacía, a pesar de los mosquitos que le cundían la cara. Los espantaba sin manotear. Se aircaba con el sombrero. En su dirección, barranco abajo, esperaba una canoa. La muchacha llegó temblando como la borda de una lancha a motor. Se abandonó al mozo. También temblaba él. Estuvieron un instante juntos. Casi abrazados. Así bajaron. El la cargaba. Cuando estuvo en la canoa, en el momento que la empujó con el pie para separarla del barranco, Eufe: se paró, dijo en alta voz:

—No, No, Morcira, yo me quedo.

El la obligó a sentarse. Y remó. El río apretaba la canoa. Un ligero vaivén por la marea. El viento mordía como dientes fríos. En silencio remó hasta doblar la punta. Entonces se acercó a la muchacha que iba llorando. La acarició. Sentado junto a ella, dejaba la canoa viajar al garète. Sus manos sobaban los muslos, los brazos. De

E. GIL GILBERT

ecía palabras tiernas al oído de ella. Y fueron acostándose al fondo de la embarcación. La noche estaba negra, negra. Una lechuza pasó graznando. A su paso se alborotaron unas gallaretas. El viento atravesaba la canoa en la corriente. Los labios de la muchacha tenían sabor a grosella. Su aliento perfumado salía en agitada respiración. El viento tenía las alas más grandes que las orillas del río. Y se fué llevando un gemido sofocado, un crujir humano. El perro de la orilla bajó hasta medio barranco y comenzó a ladrar.

LA CERCA

LIBRO SEGUNDO

El Capitán Hermógenes Sandoval

I

Hacia la punta de la loma flameó la bandera nacional de tres colores. A su lado, con el sol a las espaldas, opacos, como animales de monte en la noche, comenzaron a surgir los hombres con gorras en la cabeza. Sólo se veían las gorras. Los hombres obedecieron su voz.

—No disparen dos veces desde el mismo sitio. Y no se levanten, que el que saca la cabeza es hombre muerto.

Los habían acorralado. Lo sabían bien. Pero los hombres de Montero saben pelearse la vida! Desde el suelo, cubiertos por mogotes, emboscados, esperaban, tensos como beta en cordel. En la loma, los serranos avanzaban, deslizándose. La bandera ecuatoriana se restregaba contra el viento. Los hombres de Sandoval no tenían trapo por bandera. Su bandera era azul y blanco, la bandera de la libertad, la de Guayaquil Independiente, y estaba pampeando a lo largo de todo el cielo. Su bandera era la bandera roja que Alfaro levantara en Jaramijó y estaba en la sangre del Teniente Santos, regada en la tierra, junto al tronco de un Jelí, agujereado por balas placistas y serranas.

—Ahora, sin desperdiciar las balas.

NUESTRO PAN

Los serranos habían sacado todo el cuerpo, ganada la confianza por el silencio, tan completo, que chillaba como grillo en los oídos. Y estaban con los ríles en la mano, caídos por el calor espeso, de montaña. Se habían aturrido un tanto con el vaivén de las hojas verdes. Había sol de lleno. Sobre el azul del cielo, el disco de oro y fuego. Y sobre el verde de esta tierra caía en todo lado, y la brisa que lo acompañaba hacía bailar las hojas grandes de las "viudas lloronas", y las pequeñitas de los algarrobos. Y eran todas las hojas como espejos. Se veía el vapor de agua subir de todo: del polvo, de la yerba, del árbol, de la hoja. Todo eso mareaba. Y los serranos estaban mareados.

—Ahora, sin desperdiciar las balas.

Tendido, recostado en sesgo sobre el tronco asillado de una seca, el ojo recto a la mira buscaba la mitad de la sombra sobre la loma. Silbaba su vuelo un mosquito. Se oía galopar los corazones. Los hombres de Sandoval los acallaban tendidos de pecho sobre el suelo. La sed comenzaba a posarse— igual que una mariposa—sobre los labios secos de brisa. Y sonó el tac, seco, breve. El hombre se remeció zapateado por el rifle. Un mechón de pelo le brincó sobre la frente.

En la loma no tuvieron tiempo de averiguar qué era ese sonido que parecía un tiro. Un hombre gritó roncamente como toro, brevemente como pájaro. Alzó las manos, manoteando igual a quien cae al agua, abrió los ojos desmesuradamente y cayó seco, sonando sordamente sobre la tierra. Se quedó quieto, para siempre quieto. Le temblaron los labios. Se remeció todo y se recostó a morir en silencio sobre la tierra.

Los otros se tumbaron rápido. Atentos al monte. Pero entre la marejada de hojas, no veían, junto a un brusquero, el humo tenue, azul, como el de un cigarro.

Desde su brusquero los hombres de Sandoval apenas divisaban la cabeza de los soldados. Un oficial se alzó más. Sacó fuera de trinchera todo el pecho. Sandoval susurró:

—Ese es mío. Hay que respetar la categoría.

E. GIL GILBERT

El oficial se movía, pero Sandoval lo cazaba. Con la punta de la bota apoyada en una raíz gruesa y saliente, recostado sobre un montón de hojarasca, con su ojo vivo, lleno de odio, y el ojo lívido del fusil, impávido, lo seguía. Y apretó el gatillo. Sus hombres vieron al oficial llevarse las manos al pecho, pero no caer. Se inclinó poco a poco. Mirando hacia donde ellos. Y ellos se agacharon, se tumbaron contra el suelo. Casi al instante silbaron las balas entre las ramas, llevándose unas hojas. Sonaron sordas al clavarse en la tierra, unas. Dos golpearon en un tronco. Y a seguido otra descarga cerrada. No escatimaban balas.

Los hombres de Sandoval bien sabían que su tropa había sido desperdigada. Que andaban en montoneras aisladas. Contaban las balas. Respondían a cada descarga con uno o dos tiros.

—El buen montonero nunca tira dos veces en el mismo sitio.

—Hay que ahorrar balas.

Mas, de pronto, los serranos se vinieron loma abajo, en carrera aventurada. Comenzaron a disparar seguido; veían a los longos ir en la carrera y de pronto, caer como pelotas rodando. Se detuvieron a corta distancia de ellos, en otro brusquero. No al frente. Casi a un costado. Los hombres de Sandoval estaban sudados y agitados. La sed, ya no sólo les secaba los labios, sino que les abrasaba la garganta. Comenzaban a mirarse unos a otros. Los ojos eran como vidrios cafés, negros, verdes. Vidrios con candela adentro. Vidrios de fiebre. Ya sus oídos no sentían silbar las balas. Oían un rumor sordo, semejante a la bulla del río que corre entre piedras. Contestaban el fuego de los gobiernistas. Ya olían la sangre de Chávez y Torres, caídos ahí, Chávez con un ojo vaciado por una bala y un hueco en la cabeza; y Torres, con su pescuezo tronchado, roto en la mitad, barbotando sangre. De la loma bajó otro grupo a la carrera. El que estaba en otro mogote, roció fuego seguido, descarga, tras descarga. Los que bajaron, perdiendo sólo un hombre, se parapetaron tras

NUESTRO PAN

otro brusquero. Y cuando menos lo pensaron, comenzó a traquear en la loma, una ametralladora. Como aguacero salpicaban las balas en la tierra. De ambos grupos bajados, venía bala como sudor le salía al cuerpo. Andrés Freire dió un salto hacia atrás doblándose como un tigre, y se quedó tico sin haber gritado. Egüez, el sargento, se fué resbalando con tres balas en la frente, hasta quedar como sentado, toda la cara con ríos de sangre. El sí tuvo tiempo para decir:

—La gran puta!

Y se calló.

Un avispero de balas revoloteaba sobre sus cabezas y hasta entre ellos mismos. Pasaban aullando. Desde la loma martillaba insistente la ametralladora. Guarecidos por las yerbas altas—la altamisa abunda en esos sitios— venían gateando los hombres que habían bajado; gateando y disparando. Sandoval, alto, pálido, sin sombrero, abierta la casaca sobre el pecho, se mordía los labios. La pólvora quemada enardece. La sangre derramada hace furioso al soldado. Y sus pies estaban pisando lodo de sangre, de la sangre de sus hombres. El calor la evaporaba y la metía en sus narices. En su cara lívida había grandes manchas negras. Nunca lo habían acorralado así. Nunca. Como a un tigre. Como a chanco alzado. Como a negro cimarrón. No le importaba su vida. Ni la de sus hombres. La montonera es así. Pero estar metido allí, asediado, en un brusquero y sin caballos. Sin sus buenos caballos razanos. Sin pampa atrás. Sin río. En esa montaña. Sin embargo, hacia la izquierda había un boquerón como el comienzo de una manga. Por allí era de irse, dondequiera que se fuese. No había ningún herido. Sí. Parecía que Torres aún respiraba. Tocó con su mano al hombre que tenía más cerca. Con los ojos le señaló el boquerón. El soldado se retiró como gato, cautelosamente, rastreado. El capitán Sandoval disparó, apuntando a una gorra que veía tras un blanco de altamisa. Vió un hombre alzar las manos, con los dedos abiertos. Casi del mismo sitio, se levantó otro y comenzó a curvar hacia el brusquero. El Capitán Sandoval tuvo otra bala. El gobiernista se paró al instante, en

E. GIL GILBERT

equilibrio sobre la punta de sus pies arqueado hacia atrás, una mano hecha garra sobre el pecho. La otra mano halada por el peso del tusal. El Capitán Sandoval parecía haber tomado agua. Estaba tranquilo. Solamente quedaban cinco hombres a su lado. Poco a poco iban deslizándose, ágiles como culebras, hasta el boquerón.

Y ya cuando los hombres habían salido todos, el Capitán Sandoval disparó aún contra la tropa enemiga, sacó el revólver del bolsillo trasero del pantalón y auscultó uno a uno a los heridos. Torres abrió los ojos, húmedos ya y oscurecidos porque la muerte comenzaba a manar de su hondura más profunda. Miró al Capitán Sandoval. Más que mirarlo, agarrábalo con sus ojos. Sandoval puso el cañón de la pistola sobre la sien de Torres. Se le dilataron las pupilas. Dos lágrimas le brotaron. Y la frente se le roció de sudor. Todo en un mirar. El Capitán Sandoval, apretó el gatillo y Torres se apagó.

Nada. Ni siquiera el silencio o la noche. Siempre la bulla de las catarnicas. Siempre el calor del verano áspero. Siempre el espejo verde de las hojas, las ramas y las yerbas. Ni un solo trozo de cielo. Ni un aletazo de viento. Y caminar entre los bejucos. Caminar. Desgajados los vestidos. Rotos los pies. Seca la garganta. Con polvo en las hendiduras de la piel. Ya los machetes amellados. Teniendo que cortar los bejucos con las manos. Y las manos rasgadas. Filomeno Gonzabay con fiebre. Pálido. La cara hundida. La piel callosa. El pelo lacio, caído, no negro, gris, sobre la frente verdosa. Días. Días. Días. Hay hojas erizadas de espina filosisima, bellas, blancas y verdes, que al pasar aserruchan. El Capitán Sandoval iba adelante, con la frente rasguñada por las espinas, con la cara raspada y desollada por las hojas. Hojas como de acero, que despellejan al rozar. El capitán Sandoval es como bejuco. Alto, delgado, nervudo y ojos de gavilán. Camina firme, como si estuviera siempre marchando y jamás se cansa. Manda con frases cortas. Su voz es gritona.

—Epa! Carajo! Aquí hay que hacer lo que digo! El que quiere hacerlo, se queda, el que no, que cargue con su aparejo. Ya lo saben.

NUESTRO PAN

Siempre adelante en la marcha por la montaña. Se la conocía como la palma de la mano.

—Allá hay pitahayas, a cogerlas para la sed.

Y a marchar. Con los pies chorreando sangre. Entre el mosquito que negreaba. No importa la fiebre de Gonzabay. Y si Arredondo tenía dolor de cabeza, allí iba el remedio:

—A ver ese Mariquita. Pisándonos los talones vienen los gobiernistas. Si tienes cojones suficientes, quédate para que te fusilen. Aquí de nada vale quejarse. ¡Vamos!

Se guiaba oliendo el camino y no viéndolo. Abriéndose paso con las manos. Oyendo sin atender el grito de las catarnicas. Zumbaban los abejones. Se oía un taladro en los palos. A veces, una abeja chupaba el jugo de una campana. El Capitán Sandoval parecía ser como el viento. Iba. Iba. Iba. Quizá no se cansara. Hasta la mitad de la noche caminaba. Tanteando -¿con qué?- la oscuridad. Parecía como que el frío lo descansara. Caminaba más rápido. Y cuando el bujío comenzaba a gritar y el madreluna a gemir, hacía recoger la leña y hacer la rueda de candela. Allí dentro dormían. Si venía el tigre a rondar, era el primero en levantarse y volver a caminar. Cuando una ardilla espantada saltaba, él sabía, sólo de oírlo, que era ardilla y no mico. No confundía el rabo de una iguana con una culebra. Todo eso era él. Pero quería que todos fuesen así y todos no podían ser así. De modo que en la madrugada de hoy día, cuando dió la voz:

—Marchar!

Se quedaron quietos. Acostados, sentados. El no se dió por entendido. Los miró. Gonzabay jadeaba, tendido en el suelo. La barba le había cundido la cara. La fiebre le había apagado los ojos y palidecido los labios. Gonzabay quería estar acostado.

Eurófilo Gurumendi era catiro. Parecía tener la cara llena de hormigas coloradas, con la barba crecida. El pelo rojizo y zambo, alborotado. Y los ojos claros, mirando torvos. Gurumendi tenía rabia contra Sandoval.

E. GIL GILBERT

Isidro Piguave era viejo. Tenía pelo color de polvo. Piel arrugada. Siempre tenía sed y le dolían las piernas. Piguave estaba cansado.

Espíritu Santo Castillo, negro casi, lleno de barba como el carbón, pelo liso y ojos negros. Miraba torvamente. Quería acabar a Sandoval.

El Capitán Sandoval supo que ya no era Capitán. Lo miraron todos aviesamente, menos el enfermo y el viejo. El Capitán Sandoval quería ser siempre capitán. Y dijo:

—Marchar!

Estaba pálido y con los labios mascados entre los dientes delanteros. La pistola estaba en su mano y no se movía ni una línea. Sobre su cabeza cantaba un ollero. El sol venía oblicuo y el viento entraba. Era viento fresco, viento mojado que salía de algún río cercano.

—Marchar! Vamos que aquí cerca hay un lugar más abrigado que éste. Allí acampamos dos o tres días. Hasta una semana para entrar a la "Magdalena", que está ahicito nomás.

Y marcharon. Sabían que en la "Magdalena" no había tropa del gobierno. Pero había caballos, reses, borregos, chivos, gallinas, y —sobre todo— hembras y aguardiente.

El Capitán Sandoval era el Capitán Sandoval.

Un capitán tiene que darle a sus hombres lo que les ha ofrecido. Cuando el Capitán Sandoval supo que sus hombres tenían sed, lo supo sin averiguarlo porque se lo dijeron la manera cansada de los pies que se arrastraban y se quedaban enredados entre las ramas caídas, las raíces flotadas y los bejuco que guindaban. Y oteó el agua. Con desesperación buscaba en el viento un poco de humedad. Y venía el viento cálido, secante. Hasta que vino un poco de agua haciendo fría y olorosa a lodo la brisa. Y se fué tras eso, oteando, hasta dar con el ruido de las aguas resbalando entre el lodo. Sus hombres bebie-

NUESTRO PAN

ron hasta hartarse. Puestos en cuatro, con las manos hundidas en el lodo, entre los cangrejitos del barranco, la cabeza casi metida en el río, bebían. El también cayó bocabajo sobre el agua. Después, oyó el gluglutear en la garganta de sus hombres. Los oyó respirar, jadear. Suspiraban hondamente. Durmieron una siesta y se despertaron a conversar. Volvieron a beber, llenaron sus mates y cantimploras y siguieron marchando. Marchando rápido y riendo contentos.

—¿Qué será de mi General Alfaro?

—¿Qué habrá hecho mi General Montero?

—Puhá! A estas horas están bailando en Quito.

—Felices ellos que han de estarse acostando con buenas longas.

El Capitán Sandoval no sabía pero estaba seguro que no habían entrado a Quito. Y hubiera afirmado que de Guayaquil los habían sacado. Cuando las montoneras no se encuentran durante mucho tiempo, mala seña. Y aunque sus hombres no lo creyeran, el Coronel Reyes había sido derrotado y él, el Capitán Sandoval, iba de rota batida con menos de la mitad de sus hombres sin saber ni a dónde los llevaba.

Cuando un Capitán promete algo a sus hombres tiene que cumplir la promesa. Estaban ahora en esa pampita. Nadie podría rastrearlos. Dos días llevaban reponiéndose. Habían encontrado manzanilla y yerbaluisa para los enfermos. Uno, Gurumendi, trajo un día una cascara de árbol y dijo que era cascarilla. La molieron y la dieron. Ya no tenía fiebre. Bebían y comían todos los días y las noches las dormían completas sin viento, frío ni calor. Sólo los mosquitos titilaban sus vuelos. Lejanamente oían la tierra mojada croando a lo largo del horizonte en un sembrío de sapos. Los árboles grandes roncaban al viento. Un frufú de hojas que parloteaban y abanicaban. Y de muy distante, un ladrido de perro en la "Magdalena". Por la tarde había oído mugir toros y balar terneros. No veían la hacienda. La escuchaban. El Capitán Sandoval había visto a Isidro Piguave, atender.

E. GIL GILBERT

Se quedaba oyendo tal como los enamorados ven a la mujer que desean y con la que no se atreven.

—Permiso, mi Capitán. Diga, ¿hay alguien acantonado en "La Magdalena"?

—Hay una orden y tenemos que cumplirla.

Isidro Piguave meneaba la cabeza igual que una hoja de palma en el viento. No creía en su Capitán. Nadie había dado la orden y él no quería ser cuatrero a la vez, cuando su vida había sido siempre limpia. Una cosa es matar en el combate y otra matar para robar.

Los otros querían hartarse de carne, arroz, plátano, café y mujeres y aguardiente. En la "Magdalena" abundaba todo eso. Entendían que requisar una vez más era cosa de la guerra.

—Un capitán debe cumplir lo que promete y yo soy el Capitán Sandoval que ha prometido a sus hombres: mujeres, aguardiente, ropa, arroz, plátano y café.

La luz roja de la fogata lo lamía en la cara barbada, sobre el pecho desnudo por la casaca abierta. Entre la noche oscura y densa como un río, oía el frufrú de las hojas bailando. El no creía que era el tafetán de los enanos. Ni ese correr liviano era el baile de los aparecidos. El no creía en eso. A veces veía espejear las hojas verdes. Porque eran hojas y espejeaban a pesar de no haber luna. Los huesos de los muertos no vuelan. Están bien enterrados.

Caminaba sobre el sueño tranquilo de sus hombres. Ellos descansaban sobre su promesa. Roncaban en paz porque estaban seguros que el Capitán Sandoval era un capitán.

El sentía que la fiebre estaba prendida sobre sus sienes. Sentía una lengua de candela lamiéndole la frente. Así había sentido cuando en el hombro le habían dado un machetazo. No iba a requisar bestias y ganado para continuar la campaña. Bien sabía que estaban desbaratados y una montonera de veinte hombres es como una

NUESTRO PAN

golondrina, que no hace verano. Iba a asaltar una hacienda para robar. Y no podía quedar allí. Tendría que seguir. Ser cuatrero. Tener una banda organizada. Robar, matar, incendiar. Y un día morir en una sabana viendo acercarse el mosquerío y los gallinazos.

Cómo le hacía falta un cigarro! O un trago de aguardiente! Siquiera poder llorar! Pero el Capitán Sandoval no lloraba ni cuando tenía que matar a sus hombres. Ojalá lo hubieran matado los gobiernistas. Haber quedado entre el brusquero, muerto como negro cimarrón, enterrado como en una tumba de hojas, ramas, bejucos. Pero él era un capitán y no quiso morir y tuvo que salvar a sus hombres. Porque él era el Capitán Hermógenes Sandoval y un capitán de verdad no desperdicia sus hombres. Un hombre vale mucho. Hay que cuidarlo tanto como el pertrecho o las bestias. Pero, cuando se tienen veinte hombres con un mes sin mujeres, sin ropa nueva ni limpia, sin plátano, café ni aguardiente, es duro ser capitán. Un capitán tiene que dar todo a sus hombres. Hasta cama, hamaca y mujer. Y sus veinte hombres dormían confiados en su promesa. En su promesa que lo desvelaba, que lo hacía caminar toda la noche. Estaba verde, con el pelo caído sobre la frente, los labios mordidos en los incisivos, caminando entre la fogata, entre sus hombres dormidos, bajo la noche grande y oscura, densa, espesa, que murmuraba como un salto de agua.

Hacia el sur estaba la "Magdalena". Después de dos días, cuando sus hombres estén descansos y convalecidos, el Capitán Sandoval les dará cama, hamaca, plátano, café, arroz, puro, cigarros y mujer. Como que se llamaba Capitán Hermógenes Sandoval!

—Por las cenizas de mi madre, que en paz descanse!

II

Jesús Torres anduvo hasta las diez de la noche rondando por la casa de hacienda. Don Bartolomé Mosquera anduvo chancleteando, en calzoncillos y cotona, hasta las nueve. Revisó una a una las botijas de agua y las de

leche. Comprobó que la piedra de destilar estaba llena. Tapó bien—porque lo habían hecho mal— los quesos que estaban cuajándose. Se aseguró que las puertas estén bien cerradas. Constató que la bacinilla estaba en su lugar: bajo el rodapié de la cama, junto al cuero de chivo. Oía a su hija que rezaba el rosario. Y se fué a acostar en una hamaca, fumando un puro de tabaco dauleño. El si-sabeo de la oración lo adurmió y comenzó a roncar. Venían rejas a balar llamando a los críos. Las gallinas alborotaban antes de dormirse. Guindado del horizonte estaba cantando un bujío. El viento andaba hecho polle-
ra de árboles. Jesús Torres subió a la casa y sacudió una hamaca por si hubiese alacrán o culebra. Se acostó a dormir.

Sin correr, sin agitarse, eludiendo los perros, llegaron como sombras. El capitán Sandoval había recomendado a sus hombres:

—Déjeme a mí. Sólo que se opongan, damos bala; si no, nó!

Sin embargo iban con bala en boca. Dispuestos a todo. Isidro Piguave anhelaba que la gente se rindiese. No quería matar así. Por cualquier otra causa, pero por comer, vestir y fornicar...!

Llegó Sandoval, con la pistola en la mano hasta casi el zaguán. Un perro grande salió a todo ladrido, buscando de un salto la cara. A la mitad lo encontró una patada en la barriga. Cayó al suelo aullando y arrastrándose. Con la cache de la pistola, Sandoval llamó a la puerta:

—Epa, amigo!

Contestó Torres:

—¿Quién es?

—El Capitán Sandoval y sus hombres.

—¿Qué quieren?

—Una posada por pocos días.

NUESTRO PAN

Don Bartolomé Mosquera, se ponía apresuradamente los pantalones. Había oído mentar que andaba por allí una montonera. Decían que eran hombres desperdigados de Alfaro que andaban de huida. Los montoneros son siempre mala gente. Cuando llegan a una hacienda vienen a requisar. Andan en pos de víveres y bestias. Escondería hasta lo último su caballo "Relámpago". Buscan también mujeres. Se escuchaba murmullos de hombres y sonar de culatas contra las piedras del portal.

Con una vela en la mano Jesús Torres bajó a abrir. Apenas quitó la tranca, tuvo a su frente al Capitán Sandoval.

—Suelta el machete. Tráelo acá.

Lo empuñó y cogió la vela.

—Si les hacen algo a mis hombres, no respondo.

¡ Y se fué escaleras arriba. Encontró a don Bartolomé que salía con la pistola. Quedaron quietos. Bailaba la luz de la vela. Ambos se encañonaron.

—He venido a molestarlo, señor. Ando en retirada. Soy de la Revolución.

—¿Y qué quiere?

—Posada. Tengo heridos y enfermos.

—¿Y Ud. quién es?

—El Capitán Sandoval.

Los ojos duros de Sandoval no se desprendían de él. Casi no respiraban. De entre la noche emergió, envuelta en blanca bata, alta, caído y suelto el negro pelo, delgada, Magdalena Mosquera. Traía una carabina en la mano. Recta la nariz, grandes ojos de venado, boca gruesa de ciruela. El viento le flotaba la camisa dejando adivinar las naranjas de los senos. Sobre los muslos fuertes hacía alforzas la ropa. Se pegaba al vientre. Miraba enrabiada a Sandoval.

—¿Por qué llegó de noche? ¡Salteador!

El hombre guardó silencio. Si no hubiese sido un capitán de montoneras, talvez habríanle saltado lágrimas. Fero se encocoró.

—Se ha equivocado la niña. No soy cuatrero. Sólo quiero posada para mis enfermos y mis heridas. Si tuviese plata ofrecería pagar. Sólo tengo mi palabra.

Las palabras estaban untadas de verdad. A ese hombre se le creería en cualquier momento.

—Está bien, señor. Aquí tiene su casa. Es pobre, pero hay buena voluntad.

—Dios lo pague.

III

—¿Así que aún piensa en resistir, joven?

—Vamos con Alfaro hasta la muerte.

—¿Qué? ¿No sabe? A Alfaro lo mataron en Enero. Lo arrastraron en Quito los curuchupas. Dicen que Plaza lo hizo arrastrar. A Montero lo quemaron en Guayaquil.

No se hubiese sentido herido y abandonado en media sabana. No hubiese sabido qué una mujer suya se acosaba con otro. No lo hubiese maldecido un indio. ¿Ya para qué? Todo estaba perdido. El que nunca había llorado, sintió ahora que le caían dos lágrimas por las mejillas. Sintió que el llanto se subía hipando, a remezones fuertes. Tuvo vergüenza de que Magdalena lo viese. Y se levantó a caminar. Bajó. Estaban casi todos sus hombres, jugando baraja en un ruedo. Al verlo se pusieron en pies. Por gusto mal pensaron de él. Estaban repuestos. Podían dormir. Comían bien. Tenían todo. Mas, ahora venía triste. Hicieron silencio y esperaron lo que iba a decir.

—Han matado a los hombres, muchachos. Todos están muertos. Todos.

Quedaron como árboles deshojados de improviso. Con los brazos caídos. Mirándose.

Isidro Piguave, agachada la cabeza, se sobaba las manos una con otra. Él era viejo. Había peleado siempre por la revolución. Pero habían matado a Montero y a los Alfaro y se había acabado la revolución. ¿Qué haría desde entonces? ¿Seguir con Plaza? No. Ese era el que los había matado. Ah, nadie más que el Viejo era capaz de llevarlos! Sandoval era hombre de verdad. ¿Quién hubiese sido capaz de dar comida y todo? Pero Sandoval no era Alfaro. De pronto, como playa cae a barranco, su vida se acababa. Sintió su cara humedecida. Estaba llorando! Llorando él, él, Isidro Piguave, veterano de Alfaro y Montero, que son los más machos soldados de la Revolución. Piguave que acababa de salir de un encorralamiento de los serranos, junto con ese tigre que es el Capitán Sandoval. En sus manos ásperas, duras, quedó su lágrima restregada, brillante, alargada, transparente como cáscara de culebra mudada. ¿Qué iba a ser él ahora?

Eurófilo Gurumendi, se puso de pies. Envolvió un cigarrillo. Se fué caminando hasta la orilla del río. Había sido lagartero antes de unirse a Sandoval. Creía en él más que en Montero. Lo que Sandoval decía era verdad y nada más. Cuando cargaban, él iba adelante y cuando era de retirarse—retirarse, no huír, porque nunca huían—Sandoval era el último. Ahorita había desconfiado y quiso matarlo. Pero ya estaba arrepentido. ¿Cómo iba a ser?—Se volvería donde Pincay, a lagartear, porque era el único camino. La pediría permiso a Sandoval, al Capitán Sandoval.

Gonzabay estaba quieto. Aleteó las manos. ¿Y qué? ¿Qué le pasaba? Gonzabay no sabía qué hacer. Miró a Sandoval. Tenía Gonzabay agua de tristeza en los ojos. Miraba como un niño a quien se le hubiese caído un juguete al río. Y dijo, cogiéndose de las manos de Sandoval:

—Pero Ud. es el Capitán. No nos puede dejar solos!
—Te voy a conseguir trabajo.

Otros más lo miraban. Ya tenían ropa y comida por unos días. Unos días no son la vida de un hombre. Pero cuando se disuelve la montonera un Capitán no puede hacerse cargo de sus hombres. Sin embargo.....

Al Norte, los Aragundi

I

Un quinqué, en la mitad de la mesa, con su rojiza luz tiznaba las caras de los jugadores. Fumaba cigarro el capitán Sandoval; don Bartolomé, pipa. Magdalena atendía al juego. El calor era intenso. La noche, un bloque negro que apretaba la luz, mordiéndola. Caían las barajas en la mesa. La fina y mate mano de la mujer tenía la gracia de un ala para coger la carta. Don Bartolomé atisbaba los ojos del Capitán. Magdalena sentía las miradas del padre y de Sandoval sobre sus manos y en toda élla. Aullaba lejanamente un perro. Balaba una vaca. Acre fetidez de lodo subía. Brillaban las caras sudadas. Chillar de grillos destemplaba los dientes. Los ojos de Magdalena brillaban. Los de Sandoval ardían. Se oía la canción de una mujer que lavaba ollas en la cocina. Bostezaba un perro. Magdalena demoró la mano sobre el montón. El Capitán precipitó la suya y en vez de la fría, muerta piel de las barajas, halló la sedosa y cálida piel de la hembra. Pestañó Magdalena. Lo miró de frente, francamente retadora.

—Disculpe!

Esbozó el Capitán una sonrisa. Pero—¿casualidad?— la pierna de élla tropezó la suya bajo de la mesa.

NUESTRO PAN

—Cuando acaben la mano, quiero hablar con Ud., joven.

Y otra vez el silencio. Terminado el montón, volaron las manos contando. Rió Magdalena. Abrió sus labios pui-
posos, enseñó sus dientes de “lágrimas de San Pedro”.

—Otro perro, Capitán.

Sonrió Sandoval. Pensó: “Desgraciado en el juego, afortunado en amores”. Y se levantó.

—A sus órdenes, don Bartolomé.

La muchacha arregló la mesa. Puso el quinqué en una repisa y se fué. Don Bartolo en la hamaca, Sandoval en la silla:

—¿Y qué piensa hacer ahora, joven? Se ha quedado huácharo de sus hombres. Casi todos se le han largado. Los pocos que le quedan los tengo trabajando en mi hacienda.

—Quién sabe, don Bartolo! Me he quedado al garete! Estoy como caballo en potrero nuevo. Pensando en hallar trabajo.

—Eso es precisamente lo que quería hablar con Ud. Todos estos días me he fijado que Ud. es montubio en verdad. Lo he visto trabájar en lo que ha dado la mano. Además, no por alabanza, es de los hombres que sabe amarrarse los pantalones. Y si Ud. quisiera, yo le podría dar trabajo.

Sandoval aspiró el humo de su tabaco. No tenía familia. No tenía casa. No tenía trabajo. Bastante posada le habían dado ya.

—Está bien. Me quedo con Ud.

Don Bartolo le estrechó la mano.

—Estos son los que me gustan. Quiero darle un trabajo para el que necesito un hombre bragao. Los que tienen hijos se lo dan a ellos. Yo no quiero exponer a la niña, a pesar de que es bien tiesa. Había pensado en Ud. Verá: Aquí arriba, por un estero que llaman “Cascolillo”, hay un terrenito que era comunero muy en antes. Pero

como no había quien lo use, yo le tomé posesión. Pasaron como diez años, señor. ¿Qué? Más. Si la difunta madre de la niña aún no había finado la pobre, que se me murió de sobreparto, del último. Diez años queda chico. A ver: la niña tiene cerca de veinte. Poco más, poco menos. Cuando murió la difunta aún no pensaba en ser mujer. Bueno. El hecho es que ahora, cosa de dos años, me vino Torres a decir: Patrón, los Aragundi han metido ganado a la sabana chica. Me fuí yo mismo en persona. Allí los encontré. Y les pregunté:

—Epa, ¿qué hace este ganado aquí?

—Pastando el invierno, ¿no lo ve?

—¿Y? ¿Quién va a pagar el alquiler?

—¿Alquiler? ¿Si éste es sitio comunero, so vivo! Y pasamos palabras. Que por aquí, por allá. Que sí, que no! El hecho es que hubo bronca. Uno de ellos quedó malherido de bala y me lo quisieron achacar a mí. Y no tengo paz con esos cristianos. Es que la gente de hoy en día anda muy alzada, señor. Diga Ud. Más de diez años que yo tenía posesión, y ahora conque nó. Y esos tales, ni siquiera son los verdaderos dueños, sino que compraron. Y ahora vienen con bravuconadas. Hasta me han pelado algunas reses. Le digo que hasta algunos hombres cuesta eso. Ha habido época que he tenido que pasarme con mi recortado noches y noches cuidando que no entren ganado o que no me saquen el mío. Y no le digo nada, señor. Hasta me han amenazado con fregarme a la niña. Figúrese Ud. Ya eso es el colmo! Fregarme la niña. Y en esas me ha encontrado. Yo no sé por qué milagro no les dimos bala esa noche porque estamos esperando que el rato menos pensado caigan por aquí los hombres ésos. Ya esto no se puede tolerar, señor. No hay paz para vivir con esa gente que son como cangrejo en la bragueta. Y tengo mi recelo, que se me acabe la paciencia. Y sobre todo la niña. Me han dicho que el tal Aragundi ha jurado fregarla. ¿Hasta cuándo, señor? Por todo eso es que lo he llamado. Como yo lo he servido con buena voluntad, creo que Ud. podrá hacerlo, también.

NUESTRO PAN

Sandoval se puso en pies. Fumaba lentamente. Si don Bartolo Mosquera no le hubiese creído, habría tenido que atacarlo. Hubiese asaltado la Hacienda. No hubiese podido responder porque sus hombres violaran a las mujeres. Hasta a Magdalena! Ah, no! Eso sí que no. Le hubiera tocado por categoría. Pero hubiera sido un salteador. No le quedaba más que ese camino. Don Bartolo le había creído. El no tenía más que su buena fé. Don Bartolo estaba viejo y quería que alguien lo ayudase.

—Está bien, don Bartolo. Ud. puede mandar.

Si la luz no estuviera tan abrazada por la noche de piedra negra, habría visto Sandoval los ojos del viejo Mosquera. Se lo quedaron mirando, tal como los niños ven un mango entre sus manos.

II X

Las casas no son muy altas. Entre su piso de caña y la tierra no puede estar parado más que un perro o un chanco. Y sin embargo, cuando los perros tienen el rabo enroscado, raspan contra el piso. Pero son largas. Tienen varios cuartos uno a lado de otro. Frente a la casa hay chacras con sembríos de achiote, de fréjoles, de papayas. Hasta una que otra matita de tabaco. Hay abundante sembrío de yuca tras una ligera cerca de caña. De las ventanas cuelgan ollas viejas en las que hay helechos sembrados. Las casas ya no tienen amarillo intenso en las paredes sino que están reseca, agrisadas y tiznadas de humo. Algarrobos pequeños sombrean los alrededores. Desde a pocos pasos de las casas se alzan hornos de carbón. Hay algunos que están recién parados en tucos de leña; hay otros que ya están cubiertos de paja rubia; hay otros que humican desde hace algunos días. Y también algunos que ya están apagando. La leña diseminada por el suelo o agrupada en tareas. Es curioso ver los montículos de dos metros de alto, cónicos, humeantes; vestidos de paja. Los hombres desnudos casi, trabajan constantemente, ennegrecidos. Hasta la tierra se ha vuelto negra, levantada en cisco. Una que otra vaca ramonea yerba esporádica. A alguna distancia se ve, verdeamarillo, el jancero sembrado. Por todos lados los mogotes y las pencas de enquincha.

E. GIL GILBERT

Sandoval venía montado en su caballo. Con sus labios apretados, la cara contraída. Los Aragundi estaban en sus tareas. Manoteaban unos la paja; otros rociaban agua sobre los hornos. Algunos rajaban leña. Estos estaban menos ennegrecidos y su piel brillaba de sudor. Todos usaban en vez de sombreros unos blancos gorros sin viseras, parecidos a las boínas. Los acompañaban en sus tareas las mujeres y los niños. Cuando Napoleón Aragundi vió a Sandoval, dejó de manotear la paja quemada y se fué donde él.

—Hola! ¿Qué se le ofrece, pues?

Era alto, fornido, catiro. Le corría de la sien a la nariz una cicatriz ancha. Verdes los ojos. La piel tostada, color de janeiro seco. Embarrado de polvo negro y sudado. Miraba desenfadadamente. Se paró de frente con las piernas abiertas y los puños en las caderas.

—¿Se puede apear?

—¿Y por qué no?

—Gracias.

Jalando de la gamarrilla la yegua alazana, caminó hasta distancia de poder tender la mano.

—El Capitán Sandoval, a sus órdenes.

—Napoleón Aragundi, para servir a Ud.

Se apretaron fuerte las manos. Se miraron como perros que se encuentran.

—¿Y qué tal les va con el carbón?

—Ahí, no más. Da como para defenderse un poco.

—¿No tienen cacao?

—¿Por estos lados? Qué va! No da bueno. Y como además rcciencito no más nos hemos hecho de esto.

Caminaban uno junto al otro. Mirándose con el rabo del ojo.

—Buenos días, señor.

NUESTRO PAN

—Buenos.

—¿Cómo está?

—Buenos días.

Con todos saludó. Pidió un poco de agua y amarró la yegua a la sombra. Arrimada a una pared de la casa estaba una botija grande, de barro. Había allí agua fresca, con pitahaya cortada para asentarla. Bebió el agua y bromeó.

—¿No tiene sapo para refrescarla?

—Si tiene pero no le decimos a los afuereños.

Conversaron de los inviernos malos. Napoleón Aragundi contó un poco de su historia. Trabajaba en antes como mayordomo de vaquería en la "Fortuna" de don Ramón Gutiérrez, pero tuvieron sus desavenencias y por eso se separaron. Luego, con la garantía de un compadre se consiguieron una platita y compraron, esto, no hacía mucho tiempo. Parecía que al hablar dijese todo. Pero Sandoval sabía que callaba los motivos de la desavenencia. Y si le hubiesen preguntado hubiera contestado casi seguro de que decía la verdad: Se pelearon porque Aragundi no es hombre de muchas pulgas y Gutiérrez quiso echarle mucho trabajo sobre los lomos. ¿Y esa cicatriz? ¿Qué hacía allí en su cara? No había ni qué preguntar. Seguramente que no se la hizo al pasar montado cerca de una ropa tendida en cordel de alambre.

—¿Sabe Ud., don Aragundi? Vengo de parte de don Bartolomé Mosquera...

—Ajá...

Miraba distraídamente el cuerpo de una mujer que lavaba; mujer ancha, fuerte, de nalgas respingonas y gruesas pantorrillas. Pelo catiro. Parecida en la facha a Napoleón Aragundi.

—Venía, pues, a arreglar eso de la sabana chica.

—¿Arreglar? ¿Y en qué forma?

—Es que, mire Ud. Póngase un poco en conciencia; fíjese: si yo tengo cerca de mí este trozo de tierra. Mi obligación es respetarla, ¿no?

—Ajá!

—Y, claro de respetarla, la respetó. Uno, dos, tres, hasta doce o trece años, ¿no?

—Ajá!

—Bueno. Nadie la coge. Pregunto por el dueño. Averiguo por aquí, busco por allá. Y nada! ¿Qué hago? Pues, como que estoy necesitado de ella, la cojo. Eso es lo que ha hecho don Bartolo. La ha tenido por doce o trece años sin que nadie diga ni chus ni mus. Ahora que, claro, cuando Ud. compró, como que en sus títulos decía, Ud. fué a ocupar la sabanita. Por eso es precisamente que vengo, de lo contrario, otra sería la forma.

Napoleón Aragundi miró a Sandoval de hito en hito. Sentía en su delante a un hombre entero. Lo había catado en la manera de hablar, en el modo de caminar, y especialmente en la mirada. Le llamaba la atención que don Bartolo Mosquera, tan dado a gritón y altanero, mandase a ofrecer algo. ¿Quién sabe lo que circulaba por entre medio! Este tal Sandoval jamás había sido ni siquiera mentado por allí. ¿Si tuviese que ver con la niña? Parecía de esos que se meten bajo el ala de los viejos para aprovechar de la hacienda y de la dama. No movió un solo músculo, y con la voz lenta, sin dejo de burla ni de susto, le preguntó:

—¿Y qué es lo que quiere don Bartolo, ahora?

—¿Quisiera Ud. vender sus derechos?

Napoleón Aragundi no se sorprendió. Cuando alguien propone compra hay que aprovecharlo. Era de pedir alto, pero no tanto como para que se eche atrás.

—¿Vender, dice? No lo hemos pensado nunca! Como no soy solamente yo, tengo que hablar con los hermanos.

—Ud. verá.

Vuelta se quedaron mirando ojo a ojo. Cuando se dieron la mano, apretaron fuerte y largo. Iba Sandoval a desamarrar la yegua, cuando otro de los Aragundi, un enteco, color de paila vieja, gacho de un ojo, reído como una alcahucte, le tendió la gamarrilla.

NUESTRO PAN

—Le agradezco la molestia. Y Uds. sabrán dispensar el que me haya tardado tanto.

Montó de un salto, como un soldado, clavó espuelas para que la yegua brinque, y se la llevó al galope y no al paso.

Napoleón Aragundi fué hasta donde su hermano, el gacho.

—Te la cõgió al vuelo.

—No me gusta este tipo por aquí.

—Pone har̄to interés en cosas que no son suyas.

—Ajá!

Venía gran cantidad de humo. Un horno se estaba incendiando y fueron los dos hermanos a atenderlo.

III

—Es un tal Sandoval que andaba en la montonera de Alfaro. Me han contado que mató a uno de sus hombres sólo por reírse de una orden suya.

—Bueno. Pero, ¿qué pito toca donde Mosquera?

—Eso sí que nadie sabe a ciencia cierta. Parece que llegó en la derrota y pidió posada y curación para su gente. Y ahí se ha quedado.

—¿No crees que haya de por medio algo con la Magdalena?

—A mí se me pone que el tipo éste anda buscando un acomodo.

El Gacho Aragundi reía. Los dientes amarillos, eran desvencijados como estantes de casa vieja. Formaban una escala, carcomidos, llenos de sarro. Tortuoso en el mirar, tortuoso en el pensar. Miraba a su hermano Napoleón. Cuando ambos tenían de veinte a veinticinco años, había en Vincés una estupenda chola. Ambos andaban como perros tras de ella. El Gacho era entrador. No se paraba en pelos

cuando se trataba de una hembra de calidad. Y en el momento en que ya estaban aconchabados para irse, se fué con su propio hermano Napoleón. Una vez le recriminó.

—¿Y qué te crees? Con tu facha de garabato, ¿qué vas a ser como el machazo que es Napo?

Por ningún tiempo se atrevió a presentarle reclamo. No había más reclamo que la pelea frente a frente. Pero Napoleón Agarundi era su hermano. Y era fachendoso y macho.

—Ey, Gacho! ¿Por qué no te vas tú a decirle a Mosquera que no vendemos?

Don Bartolomé Mosquera se las había jurado. Ningún Aragundi podría pasar por su hacienda, y el día que se encuentren, uno de ellos—o Bartolomé Mosquera o alguien de los Aragundi—quedaba para comida de gallinazos.

—¿Y por qué no vas vos, que eres el macho?

—No sea Ud. pendejo, ñaño: ¿No ves que eres bien labioso y se necesita tratar?

—¿Para qué tratar? ¿De cuando acá tratos y enredos? ¿No nos la tenemos jurada?

—No, hombre. Hay que evitar la desgracia. Yo tengo compromisos y no quiero ir a calentarme.

—Ajá, ¿no? Y don pajuate debe ir! Lindo, ¿no? ¿Por qué no vas ahora a tirarte la hembra?

Napolcón Aragundi se acercó a su hermano. Las venas de la frente estaban orografiadas. Los ojos brillaban verdes entre los orbitales contraídos hasta parecer una raya luminosa. El Gacho se puso encorvado, estiró el pescuezo como gallo que escucha. Un instante sus pupilas brillaron más que las de Napoleón, pero luego se hicieron ceniza, bajo los párpados rojizos.

—Está bien, carajo! No sé por qué te das de tan macho, si yo tengo que hacerlo todo.

Y se fué jorobado, regañando, escupiendo, rascándose el cogote flaco, donde como en un jebe, estaban guardadas en el pellejo las vértebras.

IV

Mientras Magdalena se agachó a coger una "maravilla", el caballo dió una cabezada y arrancó en estampida. Garañón, se fué relinchando nervioso, temblándole los ijares, las narices abiertas, envueltas las patas en nubes roja de polvo. Agil relincho de potranca lo llamaba. La hembra, castaña, brillaba al sol y, como un resorte, movía la cola espesa, chasqueándola muellemente sobre el anca vibrátil. Magdalena corrió un rato en su detrás.

—Só! Só! Só! ¡"Orgullo"!

Luego lo silbó como hacen los ordeñadores para aquietar a las vacas.

—Garañón de un cuerno! Animal condenado!

Y con su pequeño látigo de cuero trenzado chasqueó las yerbas. Miró al animal que se iba. Miró la gamarilla arrancada en su mano. Hizo un mohín con la boca, arriscó la nariz y echó a andar entre el yerbatal. Grande sombrero Jipijapa le sombreaba la cara mate, sin polvos, lavada, fresca. Ojos negros y vagos, formados como almendra. Pestañas nutridas y curvadas igual que los hocchos, pero negras y brillantes como terciopelo. El viento le llevaba el cabello crecido y denso de río en aguaje. Alta, erguida, no era como palma. Talante de potro razano. Llevaba una pistola al cinto y la decisión estaba en la mirada.

Iba silbando. Un remezón sobre un brusquero la hizo llevarse la mano al cinto. Los Aragundi tenían jurado dañarla. Andaban siempre como tigres, sesteando, esperando el momento. Pero la hembra era peor que tigre parida. Contaban que una vez se habían tropezado en una pulpería de ñaule con el Gacho. Y como lo viese, se le fué encima a bejucazo limpio. Contaban que había hecho promesa de morir pura, sin tocamiento de hombre. Contaban que don Bartolo no quería que se casase sino con un mozo ciudadano, pero de trabajo.

Con la mano en la cachea de la pistola, esperó. Una mano delgada, pálida, fuerte, llena de venas gruesas y verdes, apareció. Estaba suspendida, con aire de muerte, co-

mo quedan las manos de los ahogados. Raro era eso. Sacó su pistola y apuntó. Pero una risa clara, una ancha cargada de viento, que nunca había oído antes, la detuvo. Apareció la cara de Sandoval. Rojo de risa. Brillante la piel. Las venas saltadas.

—Brava había sido Ud., ¿no?

—Como andamos cerca de los Aragundi...

Por un instante la mirada de élla se tornó amorosa y envolvente. Parecía que sus ojos estuviesen llovidos. Húmeda y cálida mirada brillante. Caídos un poco los párpados, abandonada casi. Pero se recobró enseguida.

—Qué bromas las que Ud. se gasta! Le pudo haber ido mal, ¿sabe? Ud. no me conoce, Hermógenes. Ud. habrá peleado con guerrilleros bravos, pero no sabe lo que somos las mujeres cuando hemos perdido el miedo.

Sandoval reía. Intuía que la mujer estaba preocupada por él. Y, tal vez la falta de buena hembra, lo hacía pensar mucho de élla. La primera noche que la vió, vestida apenas con una camisa de dormir, no la olvidaría jamás. Patente tenía las alforzas que el viento hacía sobre sus muslos.

—¿Y el caballo?

Graciosamente, echó su cuerpo hacia atrás, curvándose como un salto de agua.

—¡Allá está!!

Iba "Orgullo" custodiando a la potranca. Los fernansánchez ponían gritos rojos, amarillos, entre lo verde de la sabana. La flor del fernansánchez, echa al aire un olor que los animales en celo perciben en seguida. Relinchaba la potranca corriendo con su pescuezo airosamente arqueado, sus dos orejas pequeñas tiesas hacia delante, los bellfos trementes, la melena alzada en olas por el galope. Desde el río llegaba una brisa rumorante. Mariposas de terciopelo azul y rojo volaban alocadas en busca de polen. Ramas de ciruelo deshojadas y llenas de fruta pulposa, manchaban ya el día de rojo y amarillo. Los limoneros dñstantes lle-

naban el viento de olor de azahares. Caminaron juntos. A veces el pelo de Magdalena rozaba la piel de Sandoval. Latigazo en caballo chúcaro. Arponazo en tiburón. Relámpago en noche negra. Mas, la nariz de la hembra percibe pronto el olor de los azahares y de los fernansánchez. Calor de sol hay entre sus venas. El río trae creciente de aguaje. Una canción hay entre los árboles. Camina cerca al hombre. Roza su mano con la de él. No hablan. Ella rie con sus labios húmedos, de ciruela. El tiene la actitud del tigre que espera al venado. Ella es fina y ágil como ese animal. Sobre su blusa salta la luz de su carne. Y ahora van con las manos enlazadas sin saber cuándo las cogieron. Tropiezan hombro con hombro. Los muslos chocan como agua y barranco. Se entrecruzan los alientos. Y de pronto están frente a frente. El olor de los azahares es intenso en la respiración de ella. ¡Que lejano suena el viento entre las ramas sarmentosas de los algarrobos! Y qué rojo se ha puesto el sol!

Magdalena tiene la cabeza tronchada. Sandoval pone fuerte sus labios en la boca de ella. A la hembra le cae el pelo como una lluvia negra sobre la espalda. Con sus manos aprieta la nuca del hombre. El la presiona sobre la cintura. Se balancean como las hojas de las palmas reales.

❖ V

Su carne mate resalta apenas vista por entre el kimono azul. Llora abrazada a Sandoval. Sus ojos enrojecidos lo miran tiernamente angustiados. Se acerca al hombre y se apoya en él. Todos los días antes, no reía ni gritaba. Tenía un alegre reposo circulando por entre sus ojeras lilas. En su entraña había un nuevo calor, ajeno a su propio sér, que la unía a un hombre. Presentía un hijo. Algunas noches quedaba desvelada. Crótalos de grillos eran una música de amor. Croar de ranas, húmeda voz de arrullo. Y ella no dormía ni estaba despierta. Recordaba la fuerza que Hermógenes tenía en sus labios. Las manos que habían presionado en la espalda dejaban un recuerdo perdurable en noches y noches. También a las dos de la tarde, cuando sentada en una hamaca, cosía, recordaba en sus brazos y

E. GIL GILBERT

en sus muslos los dedos que apretaban fuerte. Entraba el sol inundando el cuarto y tasajeándolo de vidrios de oro. Hería los ojos la tela blanca. Brisa refrescaba como agua. Y nunca supo si estaba dormida o despierta.

Había, en su dicha voluptuosa, olvidado a don Bartolomé. Una tarde lo entrevió. Con su cotona crema, pantalones a rayas grises, grandes espuelas de plata, se fué en "Relámpago" a sabanear. No iba más que con su perro. Ella lo vió. Sus espaldas como almohadones, iban tras una nube de polvo. El caballo manoteaba reluciendo las nuevas herraduras. Esperaba a Hermógenes. Cuando recién había él llegado, apareció el perro ladrando desesperadamente. Alzaba la trompa recortándola contra el cielo azul dorado, y aullaba. Se acercaba a Torres, le ponía las patas en el pecho, ladraba. Escarbaba con las uñas. Corría en dirección a la sabana y regresaba. Buscaba a Sandoval. Mordía los pantalones de los trabajadores. Vino Torres a decir:

—No quiero tener mal augurio. Pero este perro tiene mal anuncio. Por mi gusto lo siguiera.

Fueron tras el andar revoltoso del animal que aullaba casi como el llanto de una persona. Y cerca de la Sabana chica, por el lindero de los Aragundi, encontraron a Relámpago, pastando impassible. Los caballos no son como los perros. Pero un caballo ensillado y sin jinete, en media sabana, es tan triste y de tan mal agüero como un cuarto vacío alumbrado con tres velas. El perro rastreaba. Y como quien deja el estero de "Cascolillo" y coge la trocha que lleva montaña adentro, hay una manguita salitrosa. Allí estaba don Bartolo, de cara contra el suelo y una rosa de sangre en la nuca. La sangre había oscurecido la tierra en partes.

Ya le venía fría la tiesura. Las hormigas buscaban golosamente la sangre. Las moscas revoloteaban en enjambre hostigoso. Hasta un gallinazo volaba muy alto en círculos investigadores. Sandoval pasó cerca al cadáver. En cuclillas examinaba la rosa abierta en la nuca amplia. Buen tirador había disparado. Pero traicionero. Había apuntado detenidamente. Ah!...

NUESTRO PAN

El gacho Aragundi venía en una mula ruana, no por el camino real, sino abriéndose manga a filo de machete. Venía para larga espera, pues, traía alforja con charqui, plátano asado y una botella de agua. Como el sol estaba amarillo, latigeano fuerte, se metió con mula y todo a un brusquero. El Gacho Aragundi sabía que vendría don Bartolomé Mosquera.

—¿Para qué he de hablarle? Pasando pensiones iba a estar yó. Con ese tal Capitán que tienen allí empiernado a la hembra, ni me oyen siquiera sino que me tiemplan y ahí nomás me hacen el hueco.

Estuvo cufiando como tigrillo. Cuando el sol fué vertical, abierto de alas, bebió y comió charqui con plátano. A la mula la desenfrenó. A la hora en que el río anuncia la noche con su viento frío, despertó de la siesta. Estaba poniendo el freno a la mula, y el tamboreo del caballo de don Bartolomé sonó como maceteo de piladores de arroz. Y venía solo! El Gacho se puso en cuatro. Le dió plátano a la mula para que se este quieta. Las moscas comenzaron a hostigarla de tal manera, que pateaba rompiendo ramas secas. Ah, moscas malditas! Ah, ramas secas!

Pasó don Bartolomé casi a su lado. Al Gacho le palpité el corazón hasta hacerle temblar las venas del pescuezo. Sintió la cara tal que si la hubiese metido en agua caliente. Se fué parando lentamente. Se colocó tras la horqueta de un jeli. Y sacó el revólver para apuntar bien. Encañonó la espalda de espesura de almohadón. Don Bartolomé se movía como el péndulo de un reloj, alocado de prisa. Se alejaba. Ah, caballo para caminador! Y presionó el gatillo. Pac, sonó y se fué singlando como cuerda de guitarra por entre el eco de la espesura. El caballo saltó y lanzó como tronco a don Bartolomé. El cuerpo grueso dió una vuelta y quedó de bruces sobre la tierra. No se movió. No gritó. Solamente una mancha roja igual que pitahaya madura le crecía en su nuca gruesa, grasosa. El Gacho no quiso verlo. Montó en su mula y por el otro lado salió. Se fué al tranco del animal. Un gavilán, mientras revoloteaba, gritaba cortamente. Chirriaban pajariños ocultos en las ramazones. El Gacho se fué mascando charqui.

E. GIL GILBERT

Sandoval sabía. Pero también estaba seguro que Napoleón Aragundi no lo había mandado a matar. Iría a hablar. Cogió el cadáver y lo llevó por delante como se llevan los chicos. Don Bartolomé, muerto, tieso ya, frío, iba con las piernas hacia delante, los brazos levantados, abiertos los ojos enterrados, la boca en una risa para mostrar los dientes. El bigote gris del polvo. Bajo las orejas, hilos de sangre negra para atracción de moscas. La cotona empapada.

Así llegaron. Magdalena lanzó un agudo alarido. Cayó al suelo hipando. Sandoval ordenaba encerrar el cadáver en un cuarto. Mandaba a Torres por velas. Subían los peones, alelados, con los sombreros en la mano.

—Ey, tú, boquiabierta. Suelta a “Relámpago” y guarda montura y todo en la bodega.

—Y tú, zoquete de un carajo, ¿qué me quedas viendo? Andavóte a traer agua del río para baldear la casa.

Las mujeres hacían agua de raíz de valeriana, moqueando sobre el fogón y rezando.

—Tan bueno que era el patrón. ¿Quién iba a decir que tendría tan mal fin?

—Ay, señor!

—Malhaya el perro que lo mató!

Una zamba con la cara alumbrada de grandes lagrimones espejantes, tiraba del dedo mayor de la mano izquierda de Magdalena. Ese es el dedo del corazón y a los atacosos es menester tirárselo hasta que cure. Pero Magdalena estaba tiesa, llorando mordidamente. Sólo cuando llegó Sandoval y echándole un poco de agua en la cara, la despertó y la acarició, se tranquilizó. Pero el perro aullaba lastimeramente y rascaba la tierra. Largo. Largo.

VII

—Ahora ven aquí, conque no sabes nada de nada: Eres un perro!

NUESTRO PAN

El Gacho tenía la cabeza baja. Le bailaban los ojos como azogue. Napoleón Aragundi lo miraba. Al hablar lanzaba los labios fuera remarcando las palabras. No es que él fuera gazmoño. No es que le hiciera mella un hombre muerto. Pero había que matar limpio a limpio. Hay que buscar pelea. Y si de hombre se mata, qué caracho! Pero así, sesteando al tipo! Aguardándolo! A sangre fría! Cierto que se la tenían jurada. Pero Mosquera había mandado al otro gallo para hablar.

Era al pie de la casa. Se oía la voz de una mujer arrullando a su crío. Cloclaban algunas gallinas. Las palomas limitaban un arrullo de gancho de hamaca. El viento tocaba guitarra en los jelicés y en los algarrobos. Relámpagos de luz pálida rajaban a intervalos el atardecer. Desde el sur avanzaba, gris, azul, una mole de nubes. Venía aguacero bravo. No llovería una marca, pero sería tan fuerte que no se vería nada.

—Y ahora lárgate, penitente!

Un costal lleno de ropa y comestible le fué arrojado al Gacho. Humilde se agachó a cogerlo. Miró a su hermano de reojo. Algún día se verían. Desde ese momento, mirando ladinamente, sin hablar se la juró en mente.

—Por la sangre de mi madre, que te beberé la sangre desgraciado!

Y se fué, con sus piernas de paréntesis, su saco al hombro, en pos del río.

Una ráfaga intensa como un aletazo, anunciaba el aguacero. Mugían las reses sordamente con los belfos cerca del suelo. Los "padres" escarbaban la tierra con los cuernos y andaban con los ojos inyectados babeando y roncando.

VIII

El turco estaba vendiendo. Una negra iba pidiendo..

—Una libra de arroz.

El turco metía la pala de hojalata en un saco de arroz parado junto al mostrador. Vaciaba el grano en el plato de la romana. Envolvía el paquete.

—Listo, ¿qué más?

—Media libra de café.

—¿Molido?

—En grano.

Los fumadores hacían pesada y azul la atmósfera. Hablaban a voces altas.

—¿Se lleva el ganado o lo va a vender aquí?

—Según. Eso depende. Tengo varios interesados. Pero todavía no nos acotjamos en el precio.

—El ganado se está viniendo palo abajo.

—Ahá!

Pendían de piolas fuertes, con una lata horizontal para que los ratones no comieran, embutidos. En un rincón había, subiendo en pirámide contra la pared, maíz aún con hojas. Carne recién beneficiada se vendía.

—Ey, gringo, manda unas "Pilsener". Dos botellas más.

—Acá un cuarto de purito, nomás!

Entraban chicos y pedían a gritos:

—Un real de manteca!

—Medio de café!

—Medio de maduros!

—Ah, don Julio, la yapa!

Mujeres salían cargadas de paquetes y bolsas. Algunas llevaban montados sobre las caderas a sus hijos pequeños.

En la puerta, estaban atados a los estantes o a mojonnes a propósito, los caballos de los montubios. Ahí fué que

NUESTRO PAN

llegó el Capitán Sandoval acompañado de Torres y de Silverio Díaz, que aún estaba a su lado. Buscaron una mesa y pidieron qué beber.

—Ese es el Capitán Sandoval.

—¿Cuál? ¿Ese que vive con la hija de Bartolomé Mosquera?

—El mismo.

—¿Sería cierto que él hizo matar al viejo?

—Así dicen.

—No, hombre, si el que lo mató fué el Gacho Aragundi. Hacía tiempo que se la tenía jurada.

—Pero dicen que éste lo fregó de agalludo.

—Talvez. Pero me parece que no había necesidad. Porque fíjate: el otro mataba; él estaba montando allí. Muerto el viejo, todo quedaba para la Magdalena, que es la única hija. Como que ella no podía arreglárselas sola, como si fuese de él.

—¿No puede sola? Tú no la conoces, entonces. Esa hembra es de las que monta con pistola a la cintura. So-la puede batirse. Es una tigre.

—No, compadre. Esos son cuentos. La hembra es hembra. Y para manejar el monte, lo que se necesita es pantalones.

Sandoval bebía con sus hombres. Muerto el viejo, Magdalena encinta, manejaba él la hacienda. No puso en conocimiento de las autoridades el crimen ¿Para qué? Gastaderos de plata es eso y nada más.

—Tengo el pálpito que me ha de salir machito.

—Ahá! Tiene que ser. Mujer, ¿para qué? Son dolores de cabeza.

Silverio Díaz era el que hablaba. Torres bebía en silencio. Ya estaba de dueño Sandoval. Pero por gusto no quiso que acabaran a Aragundi. La sangre se lava con sangre.

Uno de la mesa vecina estaba prendiendo un cigarri-
llo. Se quemó los dedos por ver. Los de otra mesa bajaron
los vasos y se quedaron mirando. No se oyó más que el
zumbido de las moscas. También el vuelo metálico de las
avispas. Y la voz de un chico que chillaba.

—Medio de roscas, don Julio, apure!

Napoleón Aragundi venía caminando en sesgos. Un
mechón de pelo rubio, color de naranja desnuda, le baila-
ba sobre la nariz. Arrastraba por el piso un poncho blanco
de hilo. Los flecos venían enlodados. Gritaba:

—¿Dónde está Sandoval? Quiero verlo al desgraciado.
ése. Montonero y cuatrero! Quiero verlo! Aquí estoy de
puro macho! Si es hombre, que salga. Yo ando solo a solo,
sin guardaespalda.

Sandoval quedó quieto. El turco, rápidamente sacó de
un cajón del mostrador su revólver. Una mujer que lo
vió, empujó a su hijo y salió desahogada. Díaz esperaba
que Sandoval brincase de un momento a otro. Había vis-
to la piel ponerse verde, los labios mordidos, las aletas de
la nariz vibrantes. Se desabotonó la camisa.

—¿Dónde está el pendejo ése que tanto hincha con ser
hombre? Aquí quiero verlo! Ah! Vélo donde está el des-
graciado.

Arronzó un saco de lentejas, pisoteó las mazorcas de
maíz. Algunos de los bebedores se pusieron de pie. La
pelea venía saltando entre las palabras de Aragundi, como
el aguacero en las nubes. Aragundi era macho probado.
Peleaba firme y por entero. Se jugaba todo. Sandoval te-
nía fama. Era de verlo. Y él lo sabía. Mejor hubiese sido
no pelear. No era pendenciero. Lo miraba el turco igual
a como se mira la cara del jugador vecino. De los bebedo-
res salían miradas catadoras. Había sido soldado de Mon-
tero. Se escapó de una encerrada..... Aragundi restre-
gaba el machete contra el suelo. Tintineaba el acero. Ya
no era el alcohol. La pelea estaba en el aire como la san-
gre en las venas. Astillaba el machete la tabla del piso.
La puerta se llenaba de curiosos. Y nadie hablaba.

NUESTRO PAN

Sandoval se levantó elástico, casi sin asentar los pies. Parecía tigre al acecho. Aragundi blandió el machete hacia arriba. Se envolvía el poncho al brazo.

—Por fin, infeliz! Tenía ganas de beberte la sangre y picarte como hueso el espinazo.

El machete llameó blanco. Se venía en un tajo hacia la cara. Cortaría por la oreja y la boca, rompiendo los huesos y volando la nariz. La mano ágil cogió la muñeca de Aragundi. El machete manejado hábilmente buscó la espalda aunque sea para planear. Pero era desviado y daba saltos en el aire. Parecía la mano de un ciego que busca la pared. Cerca la cara, las manos peleando, la mirada de candela, Sandoval le gritó:

—Estás borracho, hijo de puta! Y no me gusta abusar. Cuando estés bueno, si eres hombre, nos topamos solo a solo, y donde nadie nos vea.

Aragundi tarasqueó la cara y lo dejó sangrando. Alzó la rodilla buscando golpearlo en las partes. El Capitán eludía hábilmente los golpes. Aragundi cabeceaba.

Las gentes hacían círculo. Guardaban silencio. Pensaban que Sandoval tenía razón. O que tenía miedo. El turco puso su arma en seguro. No la necesitaría. La cosa no pasaría de unas cuantas trompadas. Sin embargo, el machete volaba como una garza, por lo blanco. Parecía una "tijereta" por el sesgo y la velocidad. De repente, Aragundi hundiéndose hasta la cintura del otro, lo encendió en los pies y lo tumbó de un cabezazo. Se le fué encima, asegurando la rodilla sobre el pecho y la mano crispada en la garganta. En una torcedura de bejuco, inaudita, Sandoval alcanzó a sacar la pistola. Quebrado para evitar el machetazo, que estaba mordido en la tabla del piso desarrajó la mitad de la carga. Aragundi vaciló como un mangle cortado en las ñangas. Abrió los ojos. Pareció cortársele la borrachera intempestivamente. Torció la boca. Abandonó el machete. Comenzaron a manar sangre los huecos de la cara y el vientre.

—Ya me fregaste. Ah, mal.....

E. GIL GILBERT

Y se dobló sobre sus rodillas a llorar. Hipaba, manchado en su sangre que manchaba el piso. Sandoval estaba de pie mirando a todos lados. El turco con el herido sobre el pecho, réstañándole las heridas con vinagre, le dijo:

—Váyase, joven, porque si nó, voy a tener que entre-garlo.

Y antes que nadie diga:

—Cójanlo!

Se emponchó de polvo, tamboreó la sabana, y se fué galopando.

—Han matado a don Aragundi en Rauta, en la pulpería del turco.

—¿Quién?

—El capitán Hermógenes Sandoval.

Al Sur, la viuda de Quiñónez

I

—Tú, Díaz, vas a hacerte cargo de esa tierra. Yo no quiero ir por algún tiempo.

—Está bien, mi Capitán.

—Habría que sacar algo de la lechería. Pero no leche. Quesos para llevar a Guayaquil.

—Sí, señor.

—Y nada de contemplaciones. Nosotros no los hemos buscado. Toda la gente que ha sido de ellos, afuera! Y si por cualquier cosa queda alguno, ojo vivo, y no me vengan luego con quejumbres!

Aún no sonaba la campana para llamar a los desyerbadores y ya venían ellos por los caminos del ancho de sus pies. Grises pantalones, cotonas azules, verdes o amarillas; sombrero tejido de paja. Machetes descansando sobre el hombro. Garabatos en las manos. Gris la mañana. Todavía ordeñaban en el corral. Balaban las vacas. Silbaba el lechero. Ascendía olor hogareño de corral de rejo. No quería Sandoval llamar la tierra de los Aragundi con ese nombre. Tampoco le pondría "La Magdalena". Malearía

a la niña. Había participado en un combate, feliz para el Viejo Luchador, pero en el que se derramó sangre como aguacero. Le pondría "Gatazo", por el parecido. Sintió que unos deditos le cogían la oreja. Se volvió y encontró a Magdalena con su hijo. Lo cogió. Se le quitaron las arrugas de la cara. Su mirada tomó agua de la laguna, por lo mansa, tranquila, que se hizo. Lo alzaba tomado por la cintura, desde junto a su rostro hasta donde llegaban sus brazos estirados.

—¿Qué dice el joven? ¿Cómo ha amanecido? ¡Señor! ¡Señor!

Magdalena reía. Hasta ella se había olvidado. No pensaba sino en su hijo y en Sandoval. Se había ampliado con la maternidad. Había desaparecido la bravura de su mirada. Tenía una amplia mirada adormecida, que se posaba sobre las cosas como el ala de una garza. Hondos sus ojos negros parecían mirar lejanas cosas desde lejanos sitios. Toda ella tenía piel de pulpa de manzana. Había una distante suavidad, inapta para el amor. Solamente la caricia de un niño era comprensible para esa carne. Sandoval no la había saludado. Ella no se había ofendido. Estaba pendiente del niño: Hasta que él, tendiendo su mano pequeñita y rosada, (transparente como un pétalo), dijo con su voz de grito de canario:

—Ma - ma!

Sandoval se volvió a ella, besándola en la frente. Hablaba del niño. Ayer en la mañana conoció el primer rayo de sol. Había levantado la cabecita, alzándose sobre la espalda. Miraba el rayo de sol, triangular, como un espejo roto, en cuyo espacio claro, volaban mariposas infinitas. Acaso eran tornasoles como las telarañas. Subían, bajaban. A la izquierda, a la derecha. Andaban entreveradas, sin tropezarse ni estorbarse. El chiquitín estiró las manos. Así conoció el primer rayo de sol. Atendía el balido de los terneros. El zumbido de las moscas que vuelan. Le llamaba la atención el color rojo de un chino. Berrea como un ternero cuando tenía ganas de mamar. Y al llegar Magdalena, la olía. Metía su cabeza entre sus senos hinchidos. Buscaba el pezón. Hubiese sido capaz de

NUESTRO PAN

distinguirla entre mil mujeres. Conocía la voz del padre. Los intranquilizaba el que algunas veces, luego de mamar, vomitase. Decía la negra Paula que eso no tenía importancia. Los chicos son glotones y maman en demasía. Lo que está demás es que vomitan.

A las nueve de la mañana, habiendo chochado harto con su hijo, Sandoval montaba a caballo, e iba a sabanear. El ganado pastaba. Los potreros eran verdes, amarillos a trozos. Grandes ficus servían para guarecer animales del sol o de la lluvia. Arboles pomposos, de verdinegro ramaje nutrido, colgaban frutos no comestibles, gruesos y de forma de un salchichón. Adornados de lianas, sirven mucho a las arañas. Tamarindos copudos. Viejos. Centenarios. Tan añosos como los coibos, pero más vegetales. Sin esa rugosidad de paquidermo. Habían visto los Huancaivilcas. Cargados de vainas amarillas que ocultaban la fruta ocre, apta para el jugo refrescante, agridulce, purgativo. El ganado se cobijaba a su sombra; no crecía grama ni janeiro en su debajo. Toros padres dormían la siesta. Acostados, rugosos. Cuellos fuertes. Lonjas salientes, aún sobre el pellejo. Sus ojos entornados. Hoscos. Concentrados. La vacada pacía a su alrededor. Era examinada a ver si la mosca aún no dejaba la aptitud para el gusano. Se encontraban a veces terneros temblando con las patas tiesas, rengueando al caminar. O animales muertos cerca de los zanjones. Desde lejos los anunciaba la pajarada. El pescador y el vaquero saben guiarse por las aves. Al pescador le anuncian el cardúmen. Al vaquero, la mortecina. Enlazaban los animales enfermos. Corría la res, a pasos saltarines. Buscaba los brusqueros donde guarecerse. Atrás el vaquero borneando la beta. El caballo sigue la res donde vaya. No hace falta guiarlo con rienda. Pero se ha menester fuertes piernas para no caer. El caballo salta zanja, poza, monte, palo. El hombre describe círculos grandes con la beta hecha lazo. El centro es el hombre. Gira el brazo largo. Zumba la beta. Salta el caballo. Hu-ye la res. De pronto, silva la beta. El hombre se ha inclinado un poco, agachándose. El lazo vuela en trampolín airoso. La res se impulsa más. El caballo para a raya. Las manos hacia adelante, tiesas; las orejas erectas;

las patas traseras, un tanto recogidas. La beta cae en los cuernos de la res. Ella da un saito hacia atrás. Se va a romper la beta. Manotea el animal en el aire y cac de espaldas. La sogá zumba como cuerda de guitarra. El jinete ha esquivado rápido para no ser sorprendido. Si topiña la beta, lo quemara, lo menos. O le abría un surco ancho como un dedo. Cuando el animal está en el suelo, hay que pialarlo. Con una beta corta se hace el lazo a propósito y se lo lanza a las patas traseras. El tiro es parecido al empuje de un trompo para que baile. Es entonces que se puede curar al animal. Se lo limpia con un palito labrado. Se le sacan los gusanos y se le echa en la herida creolina como desinfectante. Dos o tres animales se curan en la mañana. En el camino se observa a los limpiadores de potreros. Sandoval enlaza, cura, atiende. Instruye la forma cómo han de curar. Ordena qué sectores deben ser limpiados, qué árboles deben ser podados. Regresa a las once de la mañana a almorzar. Desde lejos divisa a Magdalena con el niño en brazos que lo esperan en la ventana. Saluda con el sombrero o con el pañuelo del pescuezo. Grita al chico por su nombre:

—Ah, don Eusebio!

El niño oye el grito. Agita las manos y las piernas. Se golpea la cara. Chilla. Su voccíta se pierde entre el marimbo de los caballos. No llega a oídos del padre. Pero ve su risa. Ya cerca, en el empedrado de frente a la casa, lo pide. Lo baja una sirvienta y él lo monta por delante. El niño tira las cerdas del caballo. Chilla. Patea. Bate las manitos. Lo sube cargado a la casa. Magdalena lo recibe. Un beso es el saludo. En el almuerzo hablan de lo que hizo el niño:

—Ayer se volteó. Me había ido yo a la cocina un momento, y cuando volví al dormitorio lo encontré al filito de la cama. ¡Jesús, qué susto me di! Creí que se caía.

Ah! ¿Sí? ¿Conqué ésas, no, don sinvergüenzón?

A la hora de la siesta, acostados los tres en la hamaca, no dormían hasta que el chico dormía. Se entretenía jalando los hermosos bigotes del padre. Y daba cabezadas

NUESTRO PAN

en los pechos de la madre. Apretaba con sus deditos los fecundos senos blancos. Sandoval había aprendido a ver los senos en paz, serenamente. Mamaba el niño, dormía sobre el regazo de la madre. Sandoval, tomado de la mano de Magdalena, dormía. Ella velaba ambos sueños. Un canario cantaba en su jaula. El sol estaba intenso, brillante. Palomas se arrullaban entre ellas. Desde lejos, el grito de una pacharaca, sacudía a los hombres de la siesta:

—Trabajar! Trabajar! Trabajar!

La pómarrosa perfumaba el viento. Un moscón tala-draba un madero y la bulla de su trabajo producía sopor.

Sandoval no dormía bien. La tierra de los Aragundi era suya. La había comprado con la sangre de don Bartolomé Mosquera y de Napoleón Aragundi. Y él sabía, sobre todo en el sueño, que la sangre pagada por esa tierra velaba tétrica sobre la cabeza del niño. La tierra de los Aragundi era suya, pero a la cuna del niño graznaba una lechuza. ✕

✕ II

Toda la orilla era un malecón de copudos tamarindos. Tierra roja, alta sobre la playa, en vertical barranco polvoso. Sin noticias de la piedra. Tierra roja y la playa arena rubia. Tamarindos en hilera. Bajo los tamarindos, janeiro de tronco fuerte, arriba rabo de gallo- cabezón- y abajo peludo como una araña "matabalho". Al caminar se tenía la sensación de hacerlo sobre un colchón de resorte, tan tupido estaba el pasto.

En la playa había un muelle. Elevados sobre estantes de seca, piso de roble, rampa sobre palos de balsa. Era fácil escalar. Desde el muelle de la casa, camino bordeado de verdolaga roja. Jardín de rosas, dalias, helechos, enredaderas, jazmines. Olía todo eso a tierra después del aguacero.

La casa de la hacienda tenía ancho portal de baldosa. Tienda en la parte baja. Una puerta estaba coronada con la frase "Pase Ud. adelante". Y la otra: "Hasta pron-

to y que vuelva". En la parte superior donde se destacaba en platinas gruesas, un monograma con estas iniciales: E. de Q.

Todo esto bajo una paz sin perros, sin montaña cercana. Apenas con cañabrava cultivada. Cañabrava de hojas arqueadas en lo más alto—más arriba que las palmas reales—y de un verde para reposo.

Al Capitán Sandoval todo aquello le era familiar. Solía llegar en canoa. Subía taconeando. En el recibimiento lo esperaba la viuda Eumelia de Quiñónez. Color de durazno la piel, ojos café, distantes, vagos. Pelo castaño, lacio. Talante reposado. Baja, fuerte. Habla como la música serrana, triste y dulcemente. Cada que llegaba Sandoval la encontraba vestida con blanca tela vaporosa. Su prieta carne morena resaltaba ajustada en las mangas.

El Capitán entraba a sentarse en una hamaca, fumando. Ella iba presurosa a su dormitorio y traía libros y algún dinero. Hamacándose él, ella sentada cerca en una silla, revisaban partida por partida. Rehacían sumas, reencontraban utilidades. Un loro restregaba palabras con su lengua algodonosa. Un azulejo cantaba como un gotear de agua. Se veía, a la intensa luz solar, brincar la llámata de una vela junto a la imagen de San Jacinto de Yaguachi. Un gato lanudo ronroneaba en la falda de la viuda. Traía en vasos azules de filo dorado, chicha de arroz, blanca, ácida y sedante. Nunca estaba el Capitán allí más que hasta las seis de la tarde. Pero los peones, amistados con los de la viuda, solían conversar:

—¿Y qué metejón tendrá aquí el Capitán?

—¿Sabe Ud.? La fruta picada de pájaro es mejor que nada. Y las viudas, son mejores que las nuevitas. Porque la que no ha probado nunca ni extraña; pero, amigo, la viuda, rica ha de ser. Porque con las ganas que han de tener...

—¡Ajo! rico, sí; pero a lo mejor del remezón el difunto se llega haciendo: ¡huuuuu!; ¡no, ñaño! Con viudas, ¡ni pagados!

—Braguetero es el Capitán.

NUESTRO PAN

Mientras no llegaba Sandoval la viuda pasaba mal humorada. Las "chicas" de la casa lo sabían. Encontraban los cubiertos sucios, el piso mal baldeado. Andaba refunfuñando.

—Malhaya la comezón de la viuda! Y vea Ud. por quién: hombre corvino.

—Y de mala laya. Se me pone que nada bueno ha de traerlo por aquí. Este es pájaro vivo. ¡Como si lo estuviera viendo, que el fundito será de él!

..... Todavía la hacienda no tenía los verdes potreros de ahora. Eran campos tronqueados. Y rala yerba. Los tamarindos no estaban gruesos. No había muelle en el barranco. Poco ganado; no subían de ciento cincuenta reses. Los cafetales tiernos, las huertas de cacao nuevecitas. Y recién plantaban los platanales, cuando, a caballo, de entre la mangucadura, para una fiesta de Yaguachi, aparció don Teódulo Quiñónez, el mulato, con la Eumelia. Era entonces una hembrita abejucada. Siempre tenía ese mirar de aguacero mañanero. A don Teódulo no se le había conocido antes mujer. Es decir, mujer de asiento, porque era rijoso como toro padre. Traía telas, polvos. Mandaba a llamar a las mujeres de los peones para regalarles cortes. Decían que Aurelio no era hijo de Sacramento Onofre, que Justino no era hijo de Patricio Alvarado, que Lucía no era hija de..... Sin embargo en Eumelia no tuvo hijos. No le asentó el matrimonio. Comenzó a ponerse flaco. Tal vez la mujer de Sacramento Onofre, la catira Herlinda, le hizo mal. Debí una noche ponerse a orar a un muñeco de trapo. Una vela de sebo—de sebo de cristiano muerto—alumbraría la imagen. Rezaría de espaldas al muñeco, clavaría un alfiler en el corazón del retrato, diciendo tres veces, en dirección de la casa del mulato, cuando no había viento, para que llegase segura la maldición:

—¡Ojalá que te seques como palo y mueras picao de culbra!

Nada más. Quiñónez se fué secando. Marcela Mariscal, la negra comadrona, fumando su cigarro, decía entre pitada y pitada:

—Qué maliadura ni qué cangrejada. De haber maliadura, la hay; pero lo que ese cristiano tiene es demasiada hembra para su edad.

Teódulo acataba todo lo que Eumelia decía. Fué haciendo arreglos a la casa y le puso el monograma de ella. De un viaje a Guayaquil, quedó testado todo en favor de la mujer. Y para un equinoccio de Marzo, se murió seco, tosigoso, en su cama, sin culebra de ninguna especie....

III

—La viuda, que sí puede darse un tiempito, pase ahora por donde ella, que tiene algo urgente que decirle.

Magdalena con su niño en brazos recibió el recado. Había perdido su piel esa suavidad de pulpa de manzana. Era otra vez la Magdalena de la carne mate, olorosa a azahar. Pero estaba más amplia y rotunda. Antes era como palma. Ahora, como ceibo. Ya no miraba duramente como en su soltería. Ni dulcemente como en su maternidad. Tenía una serena mirada de horizonte pampero.

—Está bien. Apenas llegue le voy a decir.

El posta saludó y se fué. Magdalena, se encaminó a preparar la mamadera de su niño. Su andar era cimbreante. Mientras preparaba el alimento, ordenaba la comida que habían de hacer. A Hermógenes gustaba caldo de bolas; la masa de plátano debería ser tierna, que al comerla se deshiciese. Y era menester que el almuerzo estuviese listo para la hora que él llegase. Gustaba sentarse a la mesa enseguida. También ordenó que cambiasen mantel. A Hermógenes le agradaba el mantel limpio, blanco, planchado, reluciente. Pasó atendiendo al niño. Quería Eusebio caminar. Se agarraba de las sillas, las camas, las hamacas, y ensayaba sus pasos. Iba vacilante con sus pierinitas abiertas, alzando los pies como si anduviese en lodo. De pronto, caía sentado. Parecía de caucho.

Entre afanes de levantarlo, de cambiarle el pantalón orinado, de asearlo, cosía ropa del niño mismo, zurcía medias y camisas de Hermógenes. El otro día, hacía de esto

tres o cuatro, la tal viuda de Quiñónez le había mandado a regalar un tarro de manjar blanco, y antes había sido arroz con chocolate y dulce de piña. Magdalena insinuó:

—He oído decir que Teódulo Quiñónez murió de brujería. Dizque la mujer lo cogió y por eso se quedó con todo.

Hermógenes se rió como aquel día que la besara en la sabana.

—¡Bah! ¡Tonterías, mija! Te estás poniendo celosa, ¿no?

Y se levantó a acariciarla. La tomó por la cintura, sentándola sobre sus muslos, y la besaba en la nuca, en los hombros. Ella se defendía aparatosamente. Reían como nunca. Y nunca, antes, habían jugado. Correteaban por la casa. Caían a revolcarse en las hamacas y las camas. No volvieron a hablar de la viuda. Magdalena lo veía irse en canoa, vestido no de ropa de trabajo.

—Voy a dar una vuelta,—explicaba.

Quedaba intranquila. Una desazón la tenía en un ir y venir. No encontraba qué hacer. Se sentaba a la máquina y no podía coser. Pegaba a Eusebio. Y un día, sin saber por qué, lloró junto a la ventana, sin ver la bandada de pericos que llegaban a la palma de dormir. Tal vez la tarde que estaba lila. El viento del día que se acostaba, enrojecido y luminoso como vidrio pintado, sobre los manglares lejanos. Estuvo llorando en silencio. Nada más que un resbalón de lágrimas saladas.

Ahora, cuando sonó la campana, hizo poner la mesa. Sandoval llegó, llamando a Eusebio. Lo bajaron y lo hizo pasear. El chico lo meó. Subió Sandoval, rojo de contento.

—El muchacho mcón éste!

Al besarla notó que ella no se daba como siempre. Había cierta resistencia evasiva.

—Han venido de donde la viuda de Quiñónez, que vayas apenas puedas.

Llamó a Torres.

—Que la canoa grande esté lista para apenas acabe de almorzar.

El relente del medio día parecía flor de campánula: producía sueño. A pesar del apuro, Sandoval llamó:

—Mi hija; véngase a la hamaca con el bebe.

Pero el niño estaba dormido y Magdalena tenía mucho que hacer. Debería plancharle la camisa para que vaya donde la viuda de Quiñónez. Arreglaba el baño para Hermógenes. Llamó a una sirvienta y le ordenó que planchara y a otra que trajese jabón y tohalla limpia. Ella se fué a un cuarto vacío, cerró la puerta, y, sentada en una hámaca, lloró silenciosamente. Remota rabia enrojecía su cara. Ardíanle los ojos. No sabía qué pudo encontrar Hermógenes en la sobra de un mulato. Los hombres son idiotas. Gustan de comer ciertos platos en las pulperías y en las picanterías. Les agrada el sabor de la mugre. Así son también con las mujeres. Tienen en su casa una que no ha sido para nadie sino para ellos. Una que han tomado virgen. Y se van fuera de casa en busca del sabor de la mugre. ¿Y qué hacer? Tontería ponerse a pelear y a gritar. Qué ridículo era eso de chillar. Cuántimas que los hombres insultan a la mujer celosa. Hermógenes no admitiría nada. La quedaría viendo. Echaría su ajo y volvería a las andadas con más ganas. Mejor era callar y disimular. Eso correspondía a toda buena mujer. Porque, a pesar de no ser casada, como si lo fuese; era su mujer legítima.

Sandoval estaba acostado en la hamaca del dormitorio. Fumaba un cigarro. Lo entretenía el cantar del carajo. Subían vaharadas de olor a corral. Conversaban en secreto las hojas de las palmas de coco. Un burro anunciaba con su hipo estridente el medio día. Adormecido, aspiraba el olor de dormitorio. Olía a fresca mujer desnuda, a niño tibio. A jabón volando entre los vientos. Se revolvió en la hamaca. Extrañaba a Magdalena y al niño. Eusebio dormía en la cama. A momentos se intranquilizaba por las moscas que revoloteaban. Se levantó a sacudirle los animales. Oyó traquetear la hamaca del otro

NUESTRO PAN

cuarto. La puerta estaba cerrada a pestillo. Llamó. Magdalena no contestó. Si lo hacía, lloraba. Secó sus lágrimas. Limpió sus narices. Abrió la puerta. Esperó con la cabeza inclinada.

—¿Qué le pasa, hija?

—Nada.

El llanto pugnaba en la voz.

—Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué estás llorando?

—Nada, Hermógenes; si no me pasa nada.

—Imposible, hija! Por gusto no has de estar llorando. ¿Qué ha pasado?

—Si no tengo nada. Ganas de llorar, que me ha dado.

La atrajo hacia así. Hízola reclinar la cabeza sobre el pecho. Magdalena rompió el dique de su voluntad y lloró abrazándose a él. Días estaba triste. Sandoval había notado su mirar colmado de pena. Rehuía caricias y besos. Se negaba a su amor. Tiernamente se alejaba de él. ¡Ah! Estada embarazada. Sus labios brotaron una sonrisa de satisfacción. Era nada más que cosa de la preñez. Estuvo acariciándola. Magdalena sentía una laxitud de tónico. Las manos de Hermógenes se posaban en ella. Eran como el brazo de una "manta" aunque no tocara sino su muslo o su hombro o su cara.

—¡A ver, mi bobita! ¡Llorando! Me la ha hecho llorar el nuevo chico! ¿No?

Sus ojos de terciopelo vieron los ojos brillantes de Sandoval. ¿Lo sabía? ¿Estaba disimulando? Hermógenes se podría furioso si supiera de sus celos. La llamaría idiota. Creía que estaba encinta. Y lo dejó creer. Se fué con él al baño. Lo atendió como siempre. Ya sin llorar. Le dió la ropa. Bajó a acompañarlo hasta la canoa.

IV

—No te preocupes, Eumelia. Ya sabes que siempre que pueda ser útil en algo, estoy a tu disposición.

—Gracias, Hermógenes. Tú eres muy generoso. Pero es que tanta molestia. Ya no sabré cómo pagarte tanta molestia que te tomas por mí.

No respondía a las caricias iniciadas por el macho. Los recibos que había firmado eran ya por subida cantidad. Amaba al hombre. Tenía para ella el dón de haberle enseñado el placer, lo que no consiguiera jamás el difunto Quiñónez. Nunca se había estremecido. Se entregaba al mulato porque era su deber. Temía el momento. No es que lo detestara. Le quedaba una angustia. Rabia. Anhelaba ser tigre para desgarrarlo. Lloraba, convulsa cuando él dormía fatigado. Pero a una mujer pobre no le queda otro camino. Solía contemplar la hacienda crecedora por el impulso del mulato. Las nuevas siembras. El multiplicarse del ganado. Se desahogaba con la enfermedad de Quiñónez. Tuvo pena cuando él murió. Pero sintió algo así como lo que se siente cuando se paga una gran deuda. Como lo sentiría si lograra pagar al Capitán todo lo que le adeudaba. Sandoval no la amaba. Vió alguna vez su gesto despreocupado al levantarse. Prendía su cigarro. Se iba a reposar la fatiga. No la decía palabras de ternura. Si ella gritaba pudorosamente coqueta al ser sorprendida en sus intimidades, Hermógenes continuaba impasible. Una tarde estaba ella en la azotea de la casa recogiendo unos pañuelos que había lavado. Hablaba Sacramento Onofre con la cocinera:

—No quisiera ser mal pensado, comadre. Pero la blanca está amancebada con ese Capitán que no es nada bueno. Lagartísimo es. ¿De dónde ha sacado todo lo que tiene? Más pelado que hueso de espinazo vino. A posar donde don Bartolo Mosquera, ¿no? Ahí se hizo el perro flaco. Le echó tierra en los ojos al viejo. Si no, ¿por qué el Napoleón Aragundi le buscó pendencia a éste? A mí nadie me saca que éste se comió al viejo. Y todavía tiene la concha de vivir con la hija de su propio difunto. Aquí ha oído y viene por esto. ¡Va a ver si nó!

—¡Ay, don Sacramento! No sea mal pensado. Cierto que tiene su enredo con la blanca. Como no. Pero nada más que está emperrado.

NUESTRO PAN

—Veáme las canas, comadre. El diablo más sabe por viejo que por diablo.

Quiso botar de la hacienda a Sacramento Onofre. Por lenguaraz. Pero a la vez siguiente que llegó Sandoval, no pudo besarlo. No lo deseó. Y silenció su sospecha. Pensaba esto de tarde, viendo los tamarindos florecidos de viviñas. El sol hacía de cobre la copa de los árboles. Nubes de caimito, algodonosas, estaban suspensas como cometas. Agua de paz había en el río. Balaban los terneros una triste canción. Desde muy lejos le llegaba un suspiro a los labios. Le henchía el pecho, empujando desde muy adentro, oprimiendo, angustiando, hasta salir en grito. Sandoval la trataba sin intimidad de ternura. Mas, ella, sin poder remediarlo, lo deseaba, lo amaba. El era gentil. La primera vez que tuvo un apuro, temblaba, fría; reíase porque no sabía cómo empezar. Pedir plata al hombre que se ama es delicado. Puede dar motivo a malos pensamientos. Solamente una clase de mujeres hacen eso. Pero ella, si no era a Hermógenes, no tenía a quién volver sus ojos.

—No tienes que preocuparte. ¿Eso era todo? Está bien, Eumelia. Sólo que, ¿sabes?; estas cosas es mejor que queden como negocio. Hasta para evitar habladurías. La gente es lengua larga.

Salió de necesidades varias veces. No lo hacía ya temerosa. Era cuestión de negocio. Firmaba los recibos. El daba dinero. Sabía ser tan delicado que jamás en esos momentos la requería. Se mostraba fino. Atento. Gentil.

Sin embargo se iba. Nadie es capaz de decir que puede ver el crecimiento del árbol y el árbol crece a la vista de todos. No se miente cuando se dice que se lo ha visto crecer día a día. La muerte no es una cosa. Pero se sabe que viene. Se la presiente de lejos. También el amor cuando se acaba se presiente. Aún llega Sandoval. Aún pasa horas de amor. Pero eso se venía barranco abajo. ¿Y quién lo detendría?

Contó su dinero. Maldita plata! Que hasta la tierra y el hombre valgan plata! Sandoval bajó. Los perros iban

E. GIL GILBERT

a su lado, saltando cariñosamente. Caminaba firme. Delgado, ágil. Parecía marchar. No abandonaba su talante militar. El sol alumbrábalo por entero. Los tamarindos hablaban con el viento. Una bandada de patillos chillaban en el cielo azul. El río estaba color de relámpago, rizado hasta el infinito. Eumelia viuda de Quiñónez lo veía. Se iba. No volvería jamás. No tenía ganas de llorar. Estaba triste como una palma sola en una sabana a las seis de la tarde. Triste como una muchacha regalada. Sus ojos violetas, siempre tenían agua de tristeza. Pero ahora estaban lejanos como un camino. No sabía más que estar asomada. Viéndolo. Viéndolo. Atrás estaba su cuarto. La cama con sábana blanca, limpia, reluciente de almidón y plancha. La hamaca en que Hermógenes se sentaba a horcajadas. La cómoda con un altar. La máquina de coser. No quería regresar a ver. ¡Ah! ¡Guayaquil! ¡Guayaquil! ¿Qué más podía hacer ella aquí?

Al Este, el Río Rauta



Desde la hamaca en que estaba sentado lo veía. Lomas verdes moteadas de flores amarillas, regadas como estrellas en el cielo. Pendían ramazones trenzadas. Alzaban su cabeza erizada de incendio los corocotillos. Es bello verlos. Pero no es posible acercárseles. Se defienden con uñas de tigres erguidas por todo el cuerpo. Atrás, las flores lilas de los fernánsanchez. Más de frente, la mixtura bailante de los algarrobos. El lentejeo luminoso de los cascoles. Distante, verdinegra, cerrada, densa, espesa, la barricada de los mangles. Todo estaba apelmazado, enredado, unido, soldado. Aventaba lejos su fragancia acre. Si alguien se detenía a mirar, y mirar, terminaba borracho. Es que a la montaña no hay que verla. Sus anchas hojas de poncho, verde claro. Sus abiertas hojas de cobre. Sus incendios de flores. Su verde. Es un océano trepidante. Respira hablando con el cielo, con el río. Si se atiende su conversación, marea. Alguien se queja como una parida. Gritan como un capataz. Rezan el rosario. Y al olerla, uno se queda dormido. La canícula es en ella como el aguardiente en limón. Pero tienta igual que una mujer tras un velo. Mejor es no ir.....

A sus pies iba el río Rauta. Río de mil colores, teñido de sol y selva. Únicamente en la marea alta tiende su blanco espejo. Está rebosante. Quieto. En paz como una pampa. Ha dejado en su debajo los amancayes recogedores de limo. Nadie cree que ellos recogen lodo, porque sus flores son blancas como la leche de cabra. Y hasta ocultan con su color cómplice -el de las hojas- a los verdes cocodrilos angurrientos, que devoran terneros y chanchos y perros. Y cristianos.

Los amancayes han crecido a la vera de la Hacienda de Magdalena. Verdes, como espadas flexibles, el viento pasa por entre ellos cantando una canción. Nadie sabe si es triste o dulce. También el agua canta con ellos a la hora de la baja marea. Sus flores blancas llaman la atención. Son como las garzas que andan, blancas, entre el negro lodiazal. La flor del amancay y la garza real se dan en el lodo, en los bajiales. Los saurios no les hacen daño. Nada los pringa. Siempre son blancas, esbeltas, altas, finas.

El Capitán Sandoval gusta contemplar eso. No hay río como éste. Los canoeros pasan cantando. Vienen desde arriba, desde más allá de los cerros de las Cruces, tan llenos de tigres. Allá, a la distancia, azul, con sus palmas en las cúspides, Churute, el cerro estupendo. Y cuando las tardes están despejadas, asoman sus moles color de ojo, los Andes del Sur, del lado de Cuenca, de Loja. Entonces, al mirar, nace calma y paz en uno mismo. Tener cerca a sí una mujer ya madre, y aún joven, recostada sobre el hombro, con su pelo negro cayendo sobre uno; oír un niño que ríe; ver el vuelo de una garza; mirar el trote de una yegua; oír la canción de los pescadores que regresan. Todo para el Rauta, para Churute, para la Cordillera del Sur.

Mientras, los amancayes, silenciosos, rumorantes, con trabajo de hormigas, hacían lo contrario que los lagartos. Acumulaban limo. Las playas crecían. El barranco dejaba sus aristas y se hacía curvo como una cadera. Ya no tenía sartenejas.

El limo es a veces traicionero en compañía del amancay. Si los terneros bajan a beber agua o a comer la yerba que comienza a nacer, los enredan por las patas. Se que-

NUUESTRO PAN

dan atascados. Berrean por salir. La marea comienza a subir. Lenta. Callada. El ternero sabe lo que viene. Se desespera. Intenta zafarse. Pero se hunde más. Se acalambra. Se agota. Quiere recostarse. El limo lo tiene parado. Quiere beber. El limo lo tiene quieto. Quiere llamar. El limo lo tiene débil. Y el agua sigue subiendo. Lenta. Lenta. Seis horas tardan en llenar el cauce. Y sube. Cuando llega el agua al pecho, el ternero se sacude. Caee de bruces. Hay veces, que en ese instante se salva. Pero otras, no. El agua lo va cubriendo entre el murmullo de los amancayes, el vucllo de las garzas y el viento que huele a guayaba madura, janeiro fresco, paja amarilla. Alza el ternero la cabeza. Ya no saca más que la nariz. Sus ojos están dilatados. Sus narices resoplan. Se desorbitan sus ojos cafés. El agua entra por las fosas. Brinca para desasirse. Pero la hoja del amancay es un excelente sapán. Aprieta como una beta ensebada. El agua ya tapa los ojos. Sólo queda la nariz temblando, temblando y recogiendo agua en vez de aire. Después, nada. El río sigue creciendo en paz. Comienza a tender su color de plata, su espejo para el verde. Han asistido algunas vacas a la muerte. Sus ojos tristes miran. No saben sino balar. Es su llanto. Balan sordamente. Los padres al oírlo mugen ronco. Toda la vacada alza la trompa al ciclo y muge. Cuando uno oye eso, siente no se qué terror y tristeza. Tal que cuando oye a los mangles reírse. Hay veces en que el ternero no se ahoga; llega el lagarto que no perdona nada. Tiene una cola fuerte como la piedra, dentada como el serrucho, chicoteadora. De un coletazo rompe la espina dorsal de un toro. Y hace saco de huesos a un cristiano. Y su boca es larga. Es una trompa aplastada, chata, toda llena de dientes filudos y fuertes. Como los del tigre. Un tarascón se lleva un brazo o una pierna. Así acaban con los terneros. Los viejos cuentan que los verdes - los cocodrilos - en la marea baja suben a llorar en los lugares que han devorado sus víctimas. Se les oye llorar como una viuda hipócrita.

II

Sentado en la hamaca pasa a veces días enteros. Viendo el río Rauta que trae poca basurada. Hierbas. Palos. Desde que él anda por estos lados nunca se ha desbordado.

Se ha crecido, nomás. Subía despacio, blanco, espejante, sobre las márgenes. Una inmensa pampa de agua, tranquila. Sólo dejaba al descubierto las lomas. Los árboles quedaban metidos en su base. Nunca las crecientes eran de muchos días. Por manera que no podría nada; además, no perdía su compás de río calmo. Estaba endulzando otra vez. Porque muy antes, cuando él todavía no andaba por la viuda de Quiñónez, eso había sido agua dulce.

El difunto Quiñónez tenía sembrado cacao, café, naranjas y hasta piñas. Decían que un cantero de caña dulce también, pero eso no había conocido él. Cuando recién llegó el cacao estaba enfermo: No sabía qué era. Tal vez ya la escoba de la bruja. O quizá los inviernos abundantes. Porque el mucho llover hace daño al cacao y bien al café. A la época de hacerse cargo, tuvo que manguear todas las huertas y hacerlas potreros. Don Bartolo Mosquera le había contado, sin detalles, y él no se preocupó por adquirirlos. Lo poco que sabía era que Montero, su General Pedro J. Montero, poseía una hacienda por Churute, la que no tenía agua dulce.

Montero ¿de qué no era capaz ese hombre?- desvió el curso del río. Y las haciendas comenzaron a salarse. Justo, hasta el día en que murió Montero. Se rompió el muro a la hora exacta en que le dieron el balazo. Otros dicen que a la hora que le sacaron el corazón. Otros que en el momento en que le cortaron los testículos. Pero lo cierto es que el mismo día. Y volvió a endulzarse el río y la tierra a ser feraz. A no morir ganado de sed. Había habido, antes, pues, años malos. Aguaceros que parecían peruanos. Lloviznas que duraban a lo mucho media hora. Paramaba casi todo el día. La hierba quedaba al ras del suelo, verde pálido, clorótica, como mate. Los ciruelos se torcían desesperados, buscando agua. El café agachó el ramaje, no volvió a tener pintas rojas. En veces, pasaba por las cafeñales, y casi le salían lágrimas. Eran de tocar las ramas y el tronco. De vidrio las había hecho el sol. La tierra misma estaba vidriada, cuarteada. El ganado era nada más que el pellejo y hueso. Andaba lento, y hasta sin otear agua. A menudo se les oía llorar, haciendo rueda a un esqueleto

NUESTRO PAN

que blanqueaba de cal en la mitad de la pampa tostada de sol. Esos días, al asomarse daba grima ver el río. Iba en su cauce que le quedaba ancho, esmirriado, delgado, verde, salobre. Don Bartolo no se explica cómo el zambo Quiñónez no perdió el café. Decía que los sembríos viejos se habían tostado todos. Que poco antes de sacarse a la Eumelia había sembrado de nuevo. ¿Quién era capaz de decir las cosas ciertas? Casi toda esta gente era nueva. A los otros los vió irse en canoa, con hatos y garabatos. La gente es como la pajarada que va donde hay trabajo y comida. La sequía hace mal parir a las mujeres y los chicos se mueren. Se ponían pipones, pálidos, ojerosos. Les daba diarrea. Se morían callados, con la córnea enverdecida, los labios color de nispero. ¿Quién puede hacer que las criaturas aguanten hambre? ¿Quién puede enseñarles que la tierra no es de comer? El agua salobre del río no servía ni para cocinar arroz. Porque siquiera con un masacote de arroz en la mañana y otro en la tarde, se podría pasar.

El día en que murió Montero, Don Bartolo estaba cuereando unas reses que se le habían secado, cuando por el lado de los higueros se oyó un ruido de yeguarizo que rompiera un cerca de caña. Le rememoró la bulla de los canteros de caña de azúcar, en el momento de los ventarrones. Y también se traía un viento por delante, como los aguaceros. Un remezón como si de pronto cayera un manglar entero. Al mirar vió el agua dulce que se venía blanca, de pecho, hecha un rollo que embestia y avanzaba zigzagueando tal que una inmensa culebra escamada de plata.

Y desde entonces la sal que había cuarteado la tierra comenzó a irse. Los veranos, aún en aquellos largos y resecos, parecidos a viejas solteronas, la tierra se quebraba menos cada año. La sal se hacía un fino polvo rojo que se levantaba al atardecer, tomando luz de sol. Era el polvo venido de arriba, caído de los árboles secos en hojas planeadoras. Por eso eran los ocasos de sangre en el anca del día. Hacía oro sucio las verdes copas de los tamarindos. Y dejaba un mechón sobre el zamberío de los mangles.

Ese polvo amarillo, rojizo, en el que se regodeaban las raíces hambrientas, venía invisible en las grandes crecien-

E. GIL GILBERT

tes. Cuando se hinchaba el Rauta lento, espacioso, como una hembra preñada. Venía abatiendo árboles crecidos al borde de los barrancos deleznales; árboles rugosos, de cáscara gomosa.

Traía yerbatales. Animales. Y frutas hinchidas. Todo en la corriente parsimoniosa. Los que saben, dicen que en las cabeceras no es tan manso como aquí. No va y viene, sino que baja entre piedras, rápido, agresivo, bramando. Traía animales y vegetales muertos, piedras hechas polvo; denso, obscuro, revuelto. Los gallinazos parecían aves marinas, revoloteando sobre la carroña de la orillas. El agua tapaba su podredumbre. La resguardaba de la voracidad de los "Viudos". Y cuando ellos lograban hartarse, siempre quedaban los huesos entre los amancayes de las orillas. Los huesos que daban cal.....

Desde su ventana el Capitán Hermógenes Sandoval, había asistido al crecimiento de esa playa. Nadie sabía -ni él mismo- de dónde venía la arena dulce. Los negros contaban de noche que las frutas que venían del río estaban echando el mar para siempre. ¿No es dulce la naranja? ¿La piña no es dulce? ¿De la caña no hacen azúcar? ¿Entonces? Si se echa fruta en un vaso no necesita endulzarse. Y tanta fruta podrida había dejado su miel en el agua del río, en la tierra de la playa. Esta arena no era la del mar, resalada y secante, sino una minúscula arena que al cogerla en los dedos se untaba en ellos. Era la ceniza de los animales muertos, la ceniza dulce de la sangre, de la carne. Arcilla, llamaban a esto los blancos. Humus. Era el limo que enredaban los amancayes a sus pies y sus hojas. Los amancayes van siempre un poco después que los mangles; los mangles hacen tierra pero dejan la sal marina. Los amancayes enredan todo árbol hecho tierra, todo el polvo de la piedra, toda la cal de los huesos, y van haciendo la playa de limo. Ellos mismo se cubren de humus y se muerren sobre el pantano para podrirse y transformarse en arcilla.

El Capitán Sandoval había visto crecer su tierra amparada por los amancayes. De noche, cuando hasta el viento está en calma y los cocodrilos reposan en sopor de har-

NUESTRO PAN

tura, metidos en sus cuevas de lodo; cuando los sapos no son un collar de cascabeles en el horizonte de la noche; cuando cae sobre la tierra la paz y el silencio es como la cigarra, cuando la tierra está quieta y el agua detiene un momento su corriente, se oye el trabajo de los amancayes; se escucha un rodar de limo sobre seda, un susurro más leve que el de las espigas, como un mar de hormigas que se agitara a la distancia. El sabía que su tierra se acrecentaba, que se henchía y llenaba de curvas como una muchacha de catorce años.

Bajiales. Bajiales. Bajiales. Vega. ¿Para qué los bajiales, para qué?

El cacao necesita tierra alta, roja y dura. La mucha humedad lo mata. El café crece en banco. ¿Para qué la vega?

A la hora de la canícula, mientras él estaba sentado en su escritorio, escribiendo cartas porque nada más tenía que hacer, Eusebio que a la sazón tenía ocho años, se entretenía viendo briosa hilera de hormigas. Era un tráfico de azogue. Los animalitos iban y venían, caminando rápido, y se detenían como si brincasen. Se topaban y parecía que hablaran entre ellas. ¿Se contarían el descubrimiento de la miel? ¿Se narrarían el camino para llegar a ella? Solía tomar un pequeño palo y ponerlo como barrera inexpugnable. Quedaban enloquecidos los animales. Corrían de uno a otro lado, junto al imprevisto obstáculo. Se regresaban atolondradamente. El Capitán Hermógenes Sandoval abandonó su trabajo y se entretuvo en el entretenimiento de su hijo. Afuera las palmas abaniqueaban en un voluptuoso murmullo. El ronronco de la máquina de coser de Magdalena aletargaba. Una intensa fragancia de dulce de pechiche se esparcía por toda la casa. Fué esa tarde, que por primera vez, llegó Juan de la Cruz Vega.

—¿El bajial alquilado para arroz? ¿Sabes, Cruz, lo que me estás diciendo?

Y por primera vez, abandonando el juego, parándose junto a las rodillas de él, mirándolo con sus grandes ojos negros, bañados de luminosa agua, profundos, serenos, Eusebio intervino en sus negocios.

—Sí, papá; ¿por qué no se lo vas a dar? Dale que siembre arroz. El arroz es bueno. Todos comemos arroz.

Había en los ojos del niño una caprichosa alegría. Tenía esa aguda despreocupación. Esa intuición sutil que sólo es dable encontrar en los niños.

¿Para qué bajiales? ¿Para qué? Ninguna tierra como la vega para arroz. No lo sospechaba entonces y el río Rauta pasaba a su vera diciéndoselo, en un bailar sencillito de amancayes, con una canción de creciente, con luz de huesos enterrados, con luz de árboles moribundos, entre lagartos inmensos, somnolientos, feroces. En los ojos claros, decididos, ingenuos, de su niño.

El río Rauta.....

Allá, en esa curva grande, donde ahora era casi un potrero, Juan de la Cruz Vega hizo el primer sembrío. Aún quedaba uno de los palos de la casa. De vez en cuando lo utilizaban para bramadero.

HOMBRES SIN DESTINO

LIBRO TERCERO

El amanecer es una línea

I

Los codos sobre la mesa, la cara en las manos, pálido, hundidos los ojos en un violeta anémico, mientras la luz eléctrica palidecía; se postraba al sueño. Sentado. Derrumbado por la fatiga, sin ánimo para ir a la cama .

Por el enrejado del cuarto comenzaba a dibujarse la arboleda apretujada de la margen occidental del Guayas. Por sobre ella, una línea lívida y luminosa que venía de más abajo de la noche.

Y casi a su compás, unos pasos solitarios, densos y resonantes, trajinaban sobre el pavimento de betún, reluciente.

Cuando el primer tranvía llegaba rechinante, Eusebio Sandoval se despertaba. Lentamente, usando movimientos de garza, guardaba sus papeles y libros. Ardíanle los ojos. La cabeza estaba distante de él, como una gasa de nube desgajada. Suspiraba. Se recostaba un momento en la cama. Sin dormir. Sin vigilia.

Desde la almohada de lana ascendía un sopor humano. Una línea sobre la fronda de esos árboles lejanos. Estarían cantando a esas horas los jilgueros. Habría un balido de

NUESTRO PAN

rejas y una canción de hombres. Y no esta soledad. Esta necesaria soledad. Un pequeño cuarto en casa de alquiler. Oyendo gemir a las gentes que duermen a lado. ¿Qué tendría esa criatura que chillaba toda la noche? ¿Qué le pasaba a la madre que dormía sin sentirla? Dicen que las madres. . . . A la una de la mañana se levanta el viejo de junto a la escalera. Tose tres veces. Y chancleteando y carraspeando, va al reservado. Pero aquí están los Códigos y la Filosofía del Derecho. Aquí. Bajo su mirada de fatiga, cerca de su pecho moreno enverdecido de paludismo. Solamente cuando aparece la línea tras los árboles distantes se puede adormecer.

Una mariposa azul bate el aire y deja tras de sí una estela como la de los barcos. Mariposa azul, ¿quién lo ha dicho? Su traje de seda azul volando, no por el viento, por su andar de beta borneada. ¿Cómo era ese deslizarse de las caderas cálidas?. Nada mas que vértebras de tigre podían mover así un cuerpo. Empero, el secreto estaba en los ojos, color de campánula, adormidos y distantes.

Lo despertaba definitivamente la voz de grillo de esa mujer que ordenaba a un chico ir temprano por la leche. Se metía por las rendijas, un fatigante olor de esperma, con la que hacían candela para el fogón. Y ese humo era el que había manchado las esquinas del tumbado, donde pendían telarañas, negras y espesas. Eso era lo que daba aspecto de cuarto mugriento, en el cual, -le parecía- por más que se lavase habría de tener apariencia de hombre sucio.

Si no se ha visto alguna vez caer el agua de una pequeña cascada no se comprende cómo María del Lourdes abandona las manos cuando se sienta. Sus dedos blancos, largos, sin esguinces ni durezas; manos capaces de aletear revoltosas entre el vestido azul y vaporoso.

Entra un sopor de pavimento caliente. Rechina el eje de la carretilla uncida a un pregón. Un batir de varillas de hierro. Y el Código, vecino a su cabeza vencida y tumbada.

La verja de hierro de la Universidad es de tal tiesura que borra la gracia de las flores en el pequeño jardín. La fachada gris. Por el hall luminosamente inhóspito en-

tra el doctor Alcibiades García. Vestido de blanco almidonado. Moviéndose con violenta tiesura de resorte. Víctor Borja lo saluda sonriente.

—Buenos días, mi doctor. Permítame una pregunta...

Mientras el chiquito Alcívar lo tomaba de un brazo para un aparte.

—¿Te conviene Sandoval? ¿Verdad que sí? Porque siendo como somos genies de izquierda no queremos extremistas romanticos que obedezcan directivas políticas de partidos exóticos. Queremos un izquierdista independiente como tu, que además podría contar con la simpatía del Rectorado....

Por la bulla del pregón chorreaba el olor de los mangos. Lejano y acre, entre un verde janeiro, el oro de la fruta. A la orilla de un río cuyo lomo escamoso era de plata. Lejano. En una noche desparramada del río Guayas viajaba en canoa. El agua, densa y oscura, casi aceite, levantaba pequeños tumbos agitados. Adormitado estaba sobre los sacos de arroz. Emanaban un cálido aliento de tierra asoleada. O de raíz desnuda y húmeda en barranco. Del río se elevaba un vaho de tamo podrido.

—Si me consiguiera unos reales me embarcaría en el negocio de arroz para exportar.....

Las estrellas brincaban altísimas y se sumergían en el cielo hondo para refulgir de improviso. Los remos triaban cadenciosos, con ritmo de paso elástico de tigre.

El ritmo onduloso de culebra restregaba contra su pecho los senos de la muchacha. Inclinaba sus ojos de uva. Se balanceaban unidos estrechamente, bloqueadas sus piernas por las de ella. A través de la seda sentía la carne femenina ardiente. Percibía su emanación oliente a carne y flor crecida en agua. ¿Cómo era la música del tango?

Le chantó la mano violentamente en la cara

—Cholo atrevido, maleducado.....

Las luces eran blancas, blancas, y la escalera parecía de diamante y no de tablas. Las gradas agitadas como las teclas de un piano. Todo brillante.

NUESTRO PAN

Relucía la cabeza de puercoespín y la camisa del señor Rector. Agachado ante él. Iluminado de una blanca y untuosa sonrisa.

—Mis más sinceras felicitaciones, señor Sandoval, a nombre del Consejo Directivo y en el mío propio.

Los pesados anteojos del Decano le hundían el cabellete de la nariz. ¿Por qué era su boca de tan finos labios? ¿Por qué esos labios se rasgaban hasta el infinito en esa línea fría y burlona?

—Te felicito, chico; por ese camino se llega a Senador.....

El pelo de arroz de su padre, del Capitán Sandoval, bailaba sobre la roja cabeza inquieta.

—¿Conqué has perdido un año por andar en puterías? Pues, al monte. En el monte tuve yo con qué darle para la Universidad, quemando leña y sembrando arroz. No más Guayaquil ni majaderías!

La mirada era de tizón y tigre. Mas, desde distancias inmensas de ternura, la voz con rumor de aguaje lento de Magdalena.

—¿Cómo, Hermógenes? No es posible! Nos hemos sacrificado tanto para que el chico sea algo y tú, ahora, lo quieres echar a perder! ¿Qué va a ser del chico metido en el monte?

Un pito estridente y agudo cortó la línea del amanecer. La casa estaba en silencio. A lo lejos oía fregar de estropajos sobre platos. Recogió sus libros y papeles. Sentado en el borde de la cama, hecha la luz por el dormitorio todo, sus ojos aún pesados y sus oídos tardos. Lentamente tomó un cigarrillo de la mesa cercana. La mañana, vísperas de su exámen final, había comenzado.

II

La mañana tenía la clara luminosidad que presentan los cuartos al descorrer una cortina en la ventana. En la casa había un rebullicio de viaje. Los colchones eran ata-

dos en el suelo. Las cajas cerradas, lejos de las paredes y de los rincones donde hacían orden. Peones amarraban los muebles con cabuyas trenzadas. Magdalena, la madre, guardaba las cosas ayudada de las muchachas. Por mandato del Capitán Sandoval bajaban los bultos. El, niño, vestido con ropa de ciudad -zapatos nuevos de suela resbalosa, pantalón de casimir hasta las rodillas, blusa de seda azul -corría, montado en un bejuco. Iba de cuarto en cuarto parándose ante las paredes desnudas de muebles. Quedaba contemplando los dormitorios vacíos. Gritaba en ellos. Miraba las paredes largo rato. Sin poder explicarse qué lo atraía. Pero había algo de llanto, de soledad, de viaje, de camino viejo abandonado, de cauce de río seco. Iba, después, a enlaberintar la ropa lista para ser guardada en cajas y maletas. Quería llevar todo consigo. Unas piedras con que había jugado, sus bejucos, una pata de guadúa que llamaba caballo; guardaba en el bolsillo del pantalón una horqueta. Insistía gimiendo que le llevarsen su perro "Mocho".

Se guardaba la leche en botellas, se envolvía en hojas de plátano los quesos frescos; en la cocina preparaban los "bollomaduros".

El perro, con la lengua guindada, miraba todo pestañando.

Los peones bajaban bultos para acomodarlos en una canoa grande. Llegaban mujeres trayendo matecitos llenos de huevos. O gallinas cebadas. Vestidas de verde, rojo, amarillo, se arrinconaban calladas, quietas. Algunas ayudaban al embalaje. Los pequeños se sentaban en las gradas de la escalera, estorbando, silenciosos. Las palabras gruesas de los cargadores los separaban como latigazos.

Los gritos y carajos del Capitán Sandoval eran como espuelas para agilizar el trabajo. Obligaban a las mujeres a refugiarse en la cocina.

Magdalena, su madre distante, hallaba con facilidad palabras cariñosas y de agradecimiento. Con las mujeres se llamaban comadres. Florecían en sus labios una sonrisa de campánula para inquirir sobre los ahijados. Regalaba la ropa que ya no usaría, de ella y del niño principalmente. Hasta algunas prendas de Hermógenes.

NUESTRO PAN

Cuando se acercaba el mediodía, nada más que el dormitorio del Capitán estaba intacto y la oficina intocada. Resonaba todo en el caserón. Los pasos se hacían más grandes, las voces más sonoras. Magdalena iba a vestirse. La canoa de los trastos abandonaba la hacienda siguiendo la corriente del río. Eusebio quería ir en ella. Tiraba de los pantalones del padre. El Capitán hubo de engrasar la voz para convencerlo. Y bajó el niño hasta la orilla, enlodando los zapatos nuevos, ensuciando el pantalón de casimir.

Almorzaron apresuradamente porque era menester guardar una parte de la vajilla. Magdalena estaba ajustada en el corset, ya polveada la cara y peinado el cabello. Acomodaba la destartada ropa de Eusebio.

Barrieron la casa, y aún no terminaban, cuando anunciaron los peones que ya se oía la lancha. Ordenó Hermógenes que bajasen. Magdalena, llorosa, se despedía de las comadres que lloraban incontinentemente. Regalaba "medios" a los ahijados. Las sirvientas de la casa moqueaban apretujadamente para no molestar al patrón. Se despedían tocando a la patrona en el hombro, sin atreverse al abrazo. Besaban al chiquilín. Le acomodaban el peinado, la blusa. Cuando bajaba la madre, regresó corriendo y corriendo pasó por todos los cuartos agrandados, que, con sus paredes sin cuadros, sin retratos, resonaban y hacían ecos a sus gritos. No lloraba. Gritaba como los vaqueros. Fué menester que lo obligasen a bajar.

Una pequeña canoa salía hasta la mitad del río para detener la lancha; y otra grande, carbonera, era acondicionada para recibir los pasajeros. La canoa de montaña detenía a la lancha con gritos y señales de los peones. Los bigotes caían en la proa de la gasolinera. Sonaba el estrambay. Magdalena estaba sentada en la mitad de la canoa, con su hijo en el regazo. Adelante, en pies, el Capitán. Disminuido el andar, esperaba la lancha. Los bogas remaban fuerte, haciendo también espuma en el pecho de la canoa. Al topar la borda de la lancha, el Capitán evitó el choque, haciendo amortiguador con la fuerza de sus brazos.

Un marinero lanzó un cabo que apará un peón. Al arrimarse, ya estaba afuera, dejando libre acceso, el botalón.

Subieron ayudados por los marineros, entre tumulto de pasajeros, asomados a las ventanillas, curiosos; algún conocido recibía al niño; algún comedido atendía a la señora. El Capitán de la lancha saludaba al Capitán Sandoval, poniéndole a las órdenes su propio camarote para la señora y el niño.

La señora y el niño corrieron a la ventanilla. En la orilla del barranco estaban peones y sirvientes, despidiéndose con las manos y pañuelos. Magdalena ya no contenía mayormente el llanto. El niño lloró gritando. Las manos se agitaban lentas, en vuelo de despedida como alas de garza.

Y luego, solo, entre los muros grises de la escuela primaria. Un patio enorme de tierra. No tenía más que un agradable reposo: la fila de cuatro viejos ficus donde el sol bailaba espejeante. Donde el viento que llegaba de la sábana cantaba la entusiasta canción de encontrar un conocido. Pero esta era una tierra marchita, con la misma tristeza que los cimarrones empalados. Tierra encerrada en un marco de zinc. En cuyo fondo se alzaba en muchos metros un muro de cemento, sólido, sordo, denso, que servía de pared a una iglesia en construcción. Había un portal de piso encementado, lleno de puertas severas. Aparecían como esas Hermanas Silencios que, rígidas, espantosas, mudas, están en los mausoleos. Las puertas de las casas de campo son puertas que llevan hacia el viento y los caminos. O que traen olor de fruta y ganado. Estas no. Eran simples trasposos de un cuarto pequeño a otro grande. Todo esto llenado con la bulla de los niños que jugaban ¿Qué nunca los padres supieron lo que es un internado? ¿Y dónde estaba el corazón? Hay que ver jugar a los internos para saber lo que es esto. Preferible es que los niños lloren. Preferible es verlos tristes. Bravamente tristes. Así como Eusebio Sandoval al principio. Arrinconado, solo, hurafío. Si le ofrecían una fruta la arrojaba a la cara de quien la daba. Si se acercaba un padre a acariciarlo o a consolarlo, silenciaba su llanto pero no le creía. ¿Por qué iba a llorar delante del sotañudo que lo tenía encerrado?

Lo tremendo era verlos jugar. Todo niño cuando juega tiene un alegre alejamiento. Al mirar el fondo de sus pu-

NUESTRO PAN

pilas se encuentra la misma llamita que hay en los ojos de los caballos enteros cuando trotan. Pero al ver jugar estos niños, cuyos gritos no eran luminosos, cuyos movimientos estaban encuadrados dentro de la disciplina, daba pena. Una inmensa pena batida por el viento sobre la tierra triste. Glosada en las oraciones lentas y mecánicas.

El se pasaba en el rincón de junto al oratorio. Siempre sentado. Solo. Mirando un trocito de campo lejano. De sabana amarilla. De algarrobos secos. Llorando. Lo llamaron La Magdalena. Fué un muchacho grande y colorado, de pecho ancho y ya peludo. Sabía reír de una especialísima manera. Botaba hacia abajo el labio inferior en movimiento de belfo en celo. Unas venas finísimas le regaban la cara de rojo amoratado. Pero los ojos estaban fijos, opacos, sin alegría. Le gritaba en la cara:

—¡Llora, llora, María Magdalena!

Coreado por unos cuantos. Aún veía esas caras. Unas pálidas, largas, verdosas, sudadas, cerosas. Otras cetrinas, de verdemate. Pelos de rubio pajizo. De paja blanca de sabana. Y negros de pechiche.

Y luego, las clases. Primero una, después otra, otra, otra.

III

¿Dónde conoció a María del Lourdes? Hay veces que los recuerdos son como los atardeceres. Se retiene el color, la atmósfera, el ambiente, mas, lo concreto se ha perdido. No veía más que ese andar flexible, el traje tan bellamente llevado sobre los muslos y pendiente de las caderas. ¿En qué parte le sonrió por primera vez con su risa huidiza? ¿En qué lugar brillaron por vez primera sus ojos celestes de vidrio?

Los ojos color de campánula se refugiaban tras un mógote de pestañas curvas y espesas, bajo unos párpados lánguidos, morados de caimito. Acaso al morder, los labios fuesen agradablemente aferrosos como el membrillo, duros y picantes. ¿Quién ha oído la voz del viento al pasar por

entre los intersticios de las guadúas? Así hablaba María del Lourdes. Y sus palabras tenían el mismo abandono perezoso que sus pasos de jaguar.

Su mano había una vez aprisionado la de ella. Una eléctrica sedosidad de pétalo, penetrante hasta la sangre, lo había estremecido. Desde las yemas ascendía hasta el pecho y la cabeza un calor que aturdió. Capaz de cortar las palabras en la garganta.

Mas, aquí están los Códigos. Entre sus manos de morena luna. María del Lourdes viaja por toda su piel de veintisiete años. ¿Y si no se alcanza un camino para la vida, cómo pensar en ella? Su negro cabello aceitado, apto para las caricias de la mujer, alborotado ahora, cae sobre la frente vertical, que aprieta los pensamientos. Un doctorado es menester. Para su apellido deslustrado, para sus gruesos labios, para sus brillantes ojos oblicuos. Un título universitario elevado con un pié de amigo de muchos sueres. Los sueres amontonados en "La Magdalena" mientras la tierra crecía. Subiendo en rimeros bajo la dura mirada del Capitán Sandoval. Bajo esa dura mirada, que, al principio, le había hecho a Eusebio Sandoval malos caminos. Hasta que consiguió alejarla, somnolientamente, bajo la noche de sus ojos adormidos y bovinos, de indio. Y enlucirla con una rasgada sonrisa, enganchada como hamaca de sus hoyos. La fuerte entereza para apretujar en el pecho, apilonados, los sentimientos. Y sostener entre las propias, las untuosas manos doctorales, tan redondas, tan suaves. ¿Se ha tocado alguna vez la barriga de un sapo? Pues, si no es lo suficientemente hombre, no hay quien la toque. La repugnancia es más exigente que el miedo. Hildebrando y él eran una misma cosa. En la soledad, frente al espejo, se hablaba:

—Hildebrando Eusebio Sandoval: ¡tragasapos! Vives en un desierto. Te desayunas con batracios babosos, para estar fuerte contra cualquier acechanza. Entieras tu cara. La almidonas para resistir las bofetadas, Hildebrando. ¿Y si nó? ¿Qué puedes con tu sola riqueza de cholo? ¿Qué puedes con la plata cosechada indefinidamente por tu padre, en la Magdalena? La ternura de tu madre está perdida

NUESTRO PAN

Sus yemas cariñosas han nutrido gusanos. Sólo te queda el talante militar del Capitán. Los bejucazos por si perdieras años. Sí, Hildebrando, necesitas de ese título aliñado de premios y situaciones de buen, de estupendo estudiante. De joven talentoso. De muchacho de porvenir. Uncido a la trenza profesional de tus profesores. Tragasapos, sírvelos.

La peor de las veces, luego de este diálogo con su imagen en el espejo, sintió que la angustia prensada tanto tiempo en el pecho le estallaba en sollozos violentos, que le explosionaban a gritos. Se tumbó sobre la almohada tal que cuando un acceso de tos quería despertar a los vecinos. Y se estuvo largo rato, hasta levantarse lívido como el amanecer, pero hecho otro hombre. Porque lo llamaban desde no sabía qué honduras, las vértebras de María del Lourdes en el esguince de sus caderas, cubriéndolo todo de la ardentía de su apagada y cálida piel de paja toquilla.

IV

—Si tuviese plata me embarcaría en el negocio de arroz.....

Una estrella, en lo remoto de la noche color de humo, salpicaba de luz la quietud de un viento constante. Y sobre las aguas, emergía rugosa y opalescente, la vega. Aún vacía, sin el poncho verde y liviano del arrozal. Si estuviere preñada, al llegar la marea, cubriéndola, dejaría en el limo el agua justa para la reventazón del grano.

Los cholos vendían el arroz en la vega, en el desmonte, a mucho menos precio de lo que se vende en plaza. Pero si llovía demasiado, la cosecha se perdía. Si el aguaje era grande, el arrozal se ahogaba. Sólo la mirada de Dios podría arreglar la buena cosecha. Nada más que la fé llenaba de fuerza los brazos anémicos.

Los campos vastos eran sembrados por cientos de hombres. Contra la fuerza exhuberante de los vegetales que surgían espontáneos de todos lados. Contra la plaga de los animales que cundían el espacio y llegaban en pos del gra-

no apetecido. Contra las enfermedades que abrumaban a los hombres y los eliminaban. Contra los vientos cerreros.

¿Y qué, si un hombre culto de la ciudad regresara al campo con maquinarias? ¿Y qué, si en vez de la lluvia regaran los arrozales canales controlados?

Ningún horizonte haría de pared a un Caterpillar. Trabajaría mucho más que cien peones. Sembraría.....
¿Y la resistencia del suelo?

Los Códigos eran importantes. Pero a su vera, lustrosas y nuevas, bien estaban las revistas de agricultura. Bajo la luz eléctrica, ya no solamente la letra rígida de las leyes. También la jugosa escritura de los cultivos.

Al atardecer, murciélagos

I

—Ya, andavéte Manuel, que puede venir mi tayta.

—Que venga, pues; más mejor sería hablaríamos de una vez por todañ

—Andavéte, nomás, mejor. Si nos encuentra

Parecía que se adivinaban las palabras.

—Bueno, pues, me largo

—Pero no te vayas así.

La muchacha era delgada, se angostaba más en la cintura, se erguía en los senos, se curvaba en las caderas y en las nalgas; los ojos tenían una mirada vaga rodeada de ojeras violetas. La boca era gruesa y contraída.

—No, Manuel, no te vayas así.

Rogaba al decir. Pero su actitud era hosca.

—Ya debías venirte conmigo. ¿No dices que estás ?

—Mi tayta dice que es necesario casarse.

—La mujer que se casa se malea.

Cogidos de las manos, ella bajaba la cabeza, balan-
céandose suavemente; Manuel sabía que lloraba; la sen-
tía llorar aunque no se sacudía ni hipaba. Se acercó a e-
lla enrabiado. Puso su mano gruesa y grande sobre el vientre.
Zoilita alzó la cabeza, violentamente, como potro enlazado.
Sintió que se granulaba toda. No era el frío del viento. No era ese relámpago que agitaba sus brazos de luz donde se acaba la noche.

—¿Hasta cuándo no te vienes conmigo si ya esto está tan grande? Se te va a ver pipona, y entonces.....

Se prendió la mano de ella, como una ñanga de mangle, en la que hundía su vientre.

Cuando el verano termina, las tardes son amarillas en los potreros vecinos. Amarillas reseca en la yerba y pálidas, como palúdicas, en la tierra que es un horno. Y se levanta un vaho asfixiante. Pero el cielo es azul, de un azul de ojos. Los pájaros van sonando en sus vuelos, todos al Oriente. Más allá, la paja de la sabana es, también, amarilla. Los brusqueros de la montaña son del color del bronce. Los árboles como muebles abandonados han envejecido increíblemente. Se han secado, arrugado, y tienen el color del polvo de los caminos. En esas tardes, es rara la mancha viva de una res. Y cuando aparece, va caminando lentamente, sedienta, oteando el agua y marimbando la sarteneja. Porque el suelo es como cristal: sonoro y frágil. Pero es hiriente: corta, raja, despelleja.

A fin de verano queman el monte envejecido. En el día se elevan de todas partes columnas de humo espeso. Se esparce hasta muy lejos el olor de la sabana que es un fogón enorme. Casi a ras del suelo la candela es color de cobre y lengüetea corriendo veloz por la pampa. Tras de ella, queda negra la extensión, en círculos; las llamas trepan a las ramas que crugen.

Mientras el incendio quemaba los "lagartos", que habían hecho en noviembre, Zoilita y Manuel Balladares estaban juntos en la casa de ella, cerca al desmonte que sembrara don Cruz.

V —¿Ves, Manuel? Se queman hasta los troncos más gruesos. Barijo que la candela va con hambre.

Estaban sentados en el primer cuarto de la casa. El humo hacía lagrimear los ojos de Zoilita. Miraba a Manuel con una mirada lejana que lo aprisionaba; así miran, húmedamente, los venados a los cazadores que los han herido. El sentía que algo se agrandaba dentro de su pecho y empujaba hasta la garganta. Y sonriendo dijo:

—La mujer es candela y el hombre palo seco.

—Ande de ahí. El hombre es la candela y mandinga el que sopla.

La sabana se llenaba de carreras de iguanas enloquecidas que saltaban sobre la sarteneja. Atropellaban por entre la ceniza movедiza de la quemazón, la ceniza nerviosa: las ardillas. Los conejos, a saltos, cortaban sus manos en las aristas filudas de la pampa. Venía humo espeso; casi oscurecía la tarde. El sol se había hecho primero pálido, y después, casi no parecía sol.

Manuel se acercaba a la muchacha riendo, nervioso. Puso una mano sobre el seno que temblaba igual al pecho de una paloma cogida.

—No, Manuel, no sea majadero, ¡bay!

No puede ella mirar a otro lado y él no puede soportar que lo mire. La mirada ésa oscura, y no se puede saber en qué piensa la mujer. Sus labios se han contraído, tiemblan las aletas de la nariz, tiemblan los senos; tiemblan las manos, y ella quiere pegarlo, abofetearlo, hacerle cualquier cosa que le duela. Pero, ¿por qué la mira de esa manera en que los ojos se iluminan? ¿Qué está diciendo Manuel en sus ojos que brillan tanto?

El humo viene en masas grandes; bufa el viento caliente. Aletean muchos pájaros enormes. Graznan. Galopan reses y caballos. Balan y relinchan y mugen. Caen los árboles y se estremece el suelo. Grita la madera rota. Chillan catarnicas. Huele a carbón. A candela. A yerba quemada.

Se hace un claro largo entre el cielo y la tierra. Los venados salen de los escondites, miran el incendio, alzan,

E. GIL GILBERT

como empujados por un resorte, las patas traseras y corren corcovando con el rabo erguido. Suena una estampida de yeguas; se agita nervioso el pelaje castaño, rayado a veces de bayo o negro; repica el galopar sobre las sartenejas; culebrea el sol sobre los lomos que parecen olas; las crines van quedando atrás; así son las barbas de los pechos de las canoas; más atrás parecen plumeros las colas.

A Manuel le cae el sudor sobre la frente. Ya no le zumba la sangre. Sus miembros están flojos, los siente como si estuvieran próximos a desprenderse; necesitaría de un gran esfuerzo para levantarlos. Zoilita se sienta; le ruedan hilos de sudor por todo el cuerpo, que corren sobre la piel tensa y morena, brotada y humedecida en un aceite cálido, haciendo estrías de escalofrío. La ojera violeta se le ha agrandado, tiene grictas en los lagrimales, y en toda la cara algo parece ser huella de arrugas que se metieron violenta y momentáneamente en la piel. De pronto llora, estremeciéndose, agitándose. Sus ojos vacíos, inmóviles, se colman; algo sube desde el fondo de la mujer y los llena de cosas que nunca diría ella con palabras; Manuel no sabe qué hacer ante esos ojos que son toda Zoilita, pero él también va llenando los suyos de lo mismo; va saliendo a sus pupilas un grito que se le aprieta en la garganta; estaban unidos como la ola al viento, como el humo al incendio de la sabana. Como la tristeza de ahora, después del incendio, a la tarde que se viene palo abajo, quemada y maltrecha. Mira distraídamente, cómo marcha delante del fuego, perezoso, pesado, sacudiendo su papada y sus testículos y su cabeza, un toro padre; brama sordamente y de la boca le cuelga una babaza espumosa; parece mirar sin querer la llama que lo sigue; tiene los ojos inyectados.

Se oye lejos el chillar de las cigarras. Y en alguna poza escondida el croar de los sapos. Sólo esto humedece el ambiente de horno. Porque el viento, aunque veloz, es ardiente como el vaho de la respiración.

II

Sobre la pared blanqueada de cal se asienta la luz del sol. Parece que el cuarto se hubiera agrandado. Brillan las

NUESTRO PAN

sábanas blancas de hilo, en la cama ancha. Brilla el suelo limpio a fuerza de ser baldeado. En las paredes, color de nube de verano, hay cuadros. Marinas, campestres, y retratos de santos, y flores. En la ventana, una jaula con un canario que canta.

Suenan perezosamente los ganchos de la hamaca en los que se mecen el doctor Eusebio Sandoval y su mujer.

Su voz produce un raro estremecimiento en doña Lourdes -María del Lourdes Santistevan Coronel- un estremecimiento que la incita a apoyar su piel toda en algo. Se ha apoyado lo más que puede sobre su marido. En la hamaca, yace ondulante, siguiendo las curvas de él, acurrucada, con su boca carnosa entreabierta, con sus enormes ojos luminosos y ensombrecidos por largas pestañas, adormidos. Arrullada por el canto del canario, aletargada mientras percibe el olor de su marido, y con un estremecimiento en toda su carne, oyéndolo hablar. Casi no están despiertos. Su caricia no es viva ni violenta. Es la caricia de la siesta. Larga y lenta como un balar de vaca en la madrugada. Así, como ahora, se pasan las tardes en la mayor parte de los días. En el ambiente blanco de sol oyen el zumbido de un vuelo. Eso los aletarga. O un relincho lejano. O el golpe de hachas sobre troncos vivos. Se adormecen más, entonces. No necesitan acariciarse con las manos o las bocas. Emanan de ellos la caricia, como si fuera la evaporación de la tierra. Y están perezosos y se sienten íntimos.

Esto no dura sino hasta la hora en que el primer viento sale del río. Cuando llega el primer aletazo frío, se estremecen. Sienten muy adentro de ellos palpar algo. El doctor besa a doña Lourdes en la boca. Se miran sonriendo.

El doctor sale, bostezando, al corredor. Taconeá fuerte. Con las manos sobre el cinturón se asoma a la ventana amplia a ver el campo. Ese campo verde y negro que alza su resoplido ardiente hasta la casa; que se mueve como el pelo de un niño en las yerbas lamidas por el viento y que se agita como agua hirviendo, al caminar de insectos. Al doctor no le interesa nada de esto. Mira al fondo, donde se topa la tierra con el cielo. Allá hay una mancha de verde ju-

goso. Allá, por entre el temblor humeante de la evaporación, ve agitarse sombras blancas. El doctor arruga los ojos para coger el paisaje como si lo apretase con las manos. ¿Cuántos hombres estarán trabajando? Es necesario que sean muchos. Ha crecido monte entre el arrozal. Hay que arrancar y arrancar, hasta que queden limpias las calles, las matas purificadas. Si fuese necesario vendrían más hombres. Levantaría más casas. Esa cosecha no debe perderse. Hay que defenderla a brazo partido. Dos anteriores fracasaron. Por culpa del invierno que se creció de pronto como fruta pudriéndose en el agua. Que llenó los ríos hasta sacarlos de sus orillas, y que derramó las aguas sobre los campos en un ímpetu loco de correr hacia el mar. Y que se llevó los animales y arrastró casas y hundió cosechas y arrancó árboles y ahogó hombres, mientras rugía con la espuma erguida sintiendo el martilleo de la lluvia sobre su lomo rugoso y sucio. Apenas salvó algo de los miles de sueros invertidos, en una resicembra. Venían arroceros de todas partes. Llegaban en balsas hechas de troncos de palo de balsa. Mojados hasta tener la piel arrugada y amarillenta. Flacos. Algunos con su mujer y su hijo. Otros traían familias grandes. Venían sentados sobre los palos, casi desnudos. Un chico mascaba pedazos de nervios de res. Acaso una fruta cogida entre las aguas. Junto con las balsas venían basuradas inmensas trayendo tigres, culebras, chanchos, terneros, gatos, muertos y podridos, rodeados de un toldo de moscas y apestando. Los niños de las balsas chillaban. Gemía bajo la ramada improvisada un enfermo. Y, también, el grito de una parturiente. Las balsas bajaban. Siempre a la velocidad de la corriente. Buscaban la orilla, en una vuelta protegida del barranco, y, uno que otro, prendía fuego. Los más quedaban sentados sobre los palos mirando la basurada. Veían bajar los troncos aún con ramas y con hojas. Se distraían enumerándolos: ése es cascol, ése otro, guasmo; ése de más allá, algarrobo; pechiche; naranjo; ¿hasta cuándo no se terminaría esa palizada? Estaban sobre los troncos de balsa, junto a una mujer flaca, que sostenía un niño de pecho. A Floresmilo Torres, no se le salvó ni una uñita de pavo. ¿Dónde estaría ahora? Más allá, una familia grande. Tenían una

NUESTRO PAN

vieja enferma. Dizque de reuma. Y ¿ahora? Ni hay como curarle el mal. Homores sentados, parados, acostados, hambreados, mal dormidos, asustados, bajaban sobre palos de balsa. ¿Hacia qué rumbo? La corriente jala al mar. Pero el mar.....

Algunos pedían posada. No todos anhelaban quedarse. Muchos pedían de comer. Sobre la orilla había constantemente un agitarse de hombres, que parecían hormigas junto a una cucaracha muerta. Hombres silenciosos, que no siquiera sus murmuraciones se levantaban a opacar el ruido de las moscas al volar sobre la mortecina. Mucho más bulla hacían los gallinazos. Poblaban el cielo. Volaban en círculos, alharaquendo con sus alas.

Entre los hombres que pedían posada, había quienes la solicitaban por varios días. Entonces, como no se puede regalar la comida, por más rico que sea un hombre, cambiá-bala por el trabajo. Prestó dinero.

—Tentemos la suerte. Pudiera ser que esté de nosotros.....

—Fregados estamos..... Jodernos un poco más.....

Dió sin recibo y sin nada. Tan sólo con un apunte en el libro. Y a los que no les dió dinero, les dió comida. Aunque los víveres estaban caros. Y mandó a traer semilla. Amanecía el día, y todavía con la luz borrosa, medio sucia de noche, medio lavada en el sol, los hombres avanzaban flacos, casi desnudos, metidos en el agua hasta las rodillas.

Apestaba la tierra por el lodo corrompido, por los animales que yacían muertos, por las plantas podridas. Entre el día tiznado de nubes grises, iban los hombres majando lodo. Muchos tenían la comezón. Los árboles, tupidos de hojas y de gallinazos, se cabeceaban, más que por el viento, por el peso. No olía el viento a flor,

III

—Baray, qué aguacerones que están cayendo!

—Si, compadre, si siguen así va a estar bucnaza la cogida.

E. GIL GILBERT

—¿Y para cuándo crees que va a parir tu arroz?

—El de “Las Lomas”, me creo, para la primera quince-
na de mayo; para la Ascensión, ya ha de estar.

Se mataban los mosquitos que vibraban sus vuelos agudamente. El humo del cigarro envolvía la cabeza. Sus ojos, entre párpados tan arrugados como el pellejo de lagarto, miraban el sembrío inmenso. El viento torcía las matas erguidas como cabezas de patillos curiosos; el sol las pintaba de cobre en las partes altas.

Juan de la Cruz Vega y Manuel Balladares tenían el pelo lacio y cenizo -cabeza de ardilla- caído sobre la frente, agitándose como el arrozal.

—Ojalá Dios quiera que salgamos con bien este año...

—Ojalá, así sea, compadre.

La noche comenzaba morada, pero allá, cerca de los brusqueros, la tarde tenía aún varios colores; en las grandes chacras, es igual cuando los frutos están pintones. Las copas de los árboles parecían candiles.

—Hay cosas, compadre Balladares, que al hombre le arden como si le echaran aguardiente sobre el pellejo vivo.

—Así es, compadre.

—Ud. sabe, compadre Balladares, que entre los dos hemos andado desde mucho tiempo amadrinados, que no nos hemos regateado nada.....

—Así es, compadre.

Balladares jugaba con la cotona. Miraba las matas moverse. Miraba las nubes incendiadas. Y sentía que algo lo amarraba por dentro, como se amarra un gato bravo. Hubiera querido que don Cruz no le hable.

—Nosotros somos compadres espirituales. Somos viejos, arrugados de tanto sol y tanta vida..... Vea, compadre.....

Don Cruz le ponía las manos sobre los hombros. Lo miraba fijamente. En sus ojos inmóviles comenzaba a nacer una lágrima.

NUESTRO PAN

—Vea, compadre, su hijo, el mozo Manuel, ha dañado a mi hija, a la Zoilita..... la ha preñado..... y no viene por estos lados..... No hay derecho, compadre.... Su hijo, no parece hombre.... Usted sí es..... hágalo al muchacho que sepa ser hombre..... hágalo, compadre....

Balladares sudaba en ese momento. También sentía arder sus ojos en una lágrima. ¿Por qué no era su hijo un verdadero macho? Malas cosas de blanco tenía.

—Vea, compadre Balladares.... yo estoy viejo, pero todavía cojo el fierro, todavía. Con usted no tengo nada, por eso se lo digo: si el mozo sigue así, por esta luz que me alumbra, compadre, lo jodo.

Balladares, dió la mano a don Cruz.

—Así es, compadre, tiene razón....

Balladares se iba; sorteando las matas de arroz, asentaba cuidadosamente los pies entre las calles. Su cotona blanca se hacía un trapo sucio, tiñendose en la noche que salía de allí, de entre la tarde como si fuera humo saliendo de candela.

Venía lenta una bandada de garzas, blanca y negra, volando como si se resbalasen en el aire.

Chorrecaba el agua sucia, cayendo desde la ventana. Atrás se oía traquetear los platos de hierro, lavados. Sobre las cañas de la pared no se veía ahora la vejez amarillenta de tanto haberse mojado y asoleado, sino el color de toronja de la tarde. El bijao del techo se levantaba como peluza de chocho.

Don Cruz subió la escalera casi vertical. Adentro sonaba el restregar de estopa sobre barro de olla. Se tendió en una hamaca.

—Por fin habís llegado. Te he estado esperando desde poco que te fuiste...

—Ajá. ¿Y para qué?

—Para decirte que ha estado el blanco. Que quiere hablar con vos.

E. GIL GILBERT

Desde donde se oía el fregar de los platos venía la voz de Eudocia, semejante al sonar de las aguas contra los barrancos.

La hora de los murciélagos estaba ya donde ellos. Se salpicaba la tarde de chicotazos de alas. Volaban los murciélagos vertiginosos y alocados, cazando mosquitos. Iban y venían en ventearse de hamaca.

—Y la Zoilita, ¿no ha venido?

—Ende que se fué para donde Ña Sebastiana no ha regresado.

Entró un aletazo de viento, todavía cálido. Viento de invierno, a las seis de la tarde, ardiente como la piel de un hombre joven. Pero él sabía que tras ese viento venía el frío, desde donde las noches son rayadas de verde y agitadas sobre el agua que no tiene límites.

—I el chico, ¿vino?

—Hace ratísimo que estoy aquí.

—Bueno.....

IV

Más cerca que el ladrido del viento que iba tan alto y del aletear de carraos y patillos que iban metidos en él estaba amenazando el ladrido del perro lobo de la hacienda y estaba delatando la presencia de don Cruz el aletear de pavos y gallinas.

—¿Quién es, ah?

—Yo, patrón.

—¿Quién es yo?

—Yo, pues, Juan de la Cruz Vega, que me dijo la Eudocia que usted andaba queriendo hablar conmigo.

—Ajá! Sube, pues.

En el corredor amplio de la casa, donde el viento movía las grandes cortinas blancas y las hamacas desocupadas,

NUESTRO PAN

solamente estaba quieta una hamaca y en ella descansaba una mujer joven, cuyo pelo suave y negro volaba alborotado.

—Buenas noches, niña!

—¿Cómo has estado, pues, Cruz? ¿Y qué es de Eudocia y Zoilita?

El doctor se acostó junto a su mujer. Mientras distraídamente acariciaba un muslo de ella, dijo:

—He estado en el desmante tuyo.

—Umjú!

—Parece que este año nos va a salir bien.....

—Así me creo.... Porque la de malas ya nos ha chiteado durísimo, como decía el difunto Monroy....

Arañaba el silencio el garraspeo de los ganchos de la hamaca. Ya no había sol en ninguna parte. El viento se batía a todo lo ancho de la noche. Don Cruz y el doctor apenas se veían. Doña Lourdes se adormecía con la conversación de los hombres. Un calor interior le recorría el cuerpo, y le agradaba sentir el frío sobre la piel y el calor bajo ella.... Entreveía la carne morena de su esposo saltando de entre las sábanas rotunda y maciza, y la boca de él fuerte, y fuerte el abrazo en que se sumía toda.

Don Cruz decía:

—Antier me fuí al desmante de don Balladares.....

—Ajá! ¿Y qué tal está?

—Desmontado todo; nadita de monte hay! Y bien crecido y bien mocoyao.....

—¿Y el tuyo?

—Grandecitas están las matitas. Lo muy menos así, vea.

Señalaba con las manos una altura.

—Eso está bueno. ¿Y no ha molestado la langosta?

—Dicen que por arriba, por donde don Miranda los ha chicoteado fuerte Por aquí, para qué decir, no ha habido pero lo que se llama naditita Vea, usted, que este año estamos bien; sí, señor !

Chapoteaba el lodo un trote de caballos. Más cerca mugían vacas y les contestaban terneros.

El doctor Sandoval acariciaba siempre el muslo de su esposa. Le contentaba que los desmontes estuviesen bien. Crecían y crecían peleando con la yerba natural que nacía espontánea y ahogadora. Y era tanta que cada ocho o quince días se hacía menester cortar, limpiar, rozar. La primera lucha! Contra todo ese exceso de vida inútil. Terminaría con eso. Vencería. Había fuerza natural para dar vida. Pero como todo lo esporádico, era perjudicial. Esa fuerza encauzada por la inteligencia de un hombre culto, sería manantiales de riqueza. El arroz era una mina. Los americanos del Norte le dirían oro blanco.

Sus ojos negros, miraban duramente hacia afuera, donde la noche era una marimba en la garganta de los sapos. El viento le bajaba a la frente los rizos bravos y alborotados. La boca de labios carnosos se abandonaban en una caída del inferior, sostenida por dos hendiduras que bajaban de la nariz. Su mano velluda, morena, de dedos largos, se había detenido sobre la cadera de doña Lourdes.

El trabajo era duro y los hombres iban lento. Quizá un día necesitaría más. Porque ese desmonte no debía perderse. Estaba jugándose todo. Y era menester ganar. Necesitaba dinero. Se lo haría. En el campo es fácil. La lucha es contra el monte y contra el invierno, variable como mujer. Pero sus años de experiencia en el campo, sus dos pérdidas anteriores, ¿de nada valían? El invierno y la langosta se combatían con talento y con máquinas. El sabía que por los malos inviernos nadie había sembrado ahora. Y él había trabajado con máquinas. Las máquinas aumentan la ganancia, rebajan el costo.

Don Cruz, de pies, respiraba pausadamente. Apoyaba el machete contra el hombro, sin doblar el brazo.

Doña Lourdes acariciaba la mano de su esposo. Sus párpados violetas caían sobre sus ojos; las aletas de la nariz temblaban nerviosamente.

De lejos venía el olor acre de la tierra sembrada.

—Para la cosecha necesitamos gente, Cruz. Hay que verla con tiempo.

—Así es, señor.

—Necesitamos mucha gente, para ver si logramos la rebusca.

—Así es, señor.

—Hay que verla con tiempo, Cruz.

El doctor Sandoval, con el índice levantándose la punta de la nariz y apoyando el pulgar bajo la barbilla, arqueando las cejas, pensaba.

—¿No habrá por aquí alguien que quisiera trabajar?

—Umjú! Debe haber. Por aquí no hay nadie que tenga peonada propia.... Pero "el mocho Gonzabay" tiene palabreda su gente con don Chacón.... Juan Zúñiga está con calentura con frío y se lo llevaron al Guayas....

—Y si viéramos serranos, ¿qué te parece?....

—Talvez..... los serranos..... los serranos.....

—Sí ¡los serranos!

V

Cerca sus carnes, nada importaba que la noche esté rompiéndose en todas partes de tanta luz de candelillas.

—Mi negro, ¿sabes? estoy feliz. Este año sí vamos a estar bien. ¿Verdad que vamos a podernos ir a Guayaquil por algunos meses?

—Sí, mi hijita. Ya tendremos todo lo necesario para irnos a Guayaquil y que nadie diga nada. Iremos a divertirnos un poco; mucho te has sacrificado ya aquí en el campo.

Acercaba su cara a la de su esposa. Se envolvía en el aliento de ella. Oía la carne de la mujer como huelen los vientos de Julio sobre los ciruelos maduros. Brillaban los ojos del hombre. Las venas de las manos saltaban mientras los dedos sentían en las yemas la sangre ardiente del pecho femenino. La voz honda decía:

—Iremos este año donde tú quieras. Creo, mi hija, que es posible que tengamos plata para irnos, quizá, hasta el exterior.

—Sí, mi negro.....!

Laderas, esperanza y río

I

Humeaba la choza. Estaba envuelta en humo azul. El perro bostezaba tendido junto al poyo. La leña de eucalipto crepitaba y perfumaba al quemarse. Y no era solamente el humo, sino la tenue neblina. Y abajo el valle, hondo, parchado de colores.

José Aucapiña contemplaba el hogar, levantado sobre el piso. La olla no era ya de color rojizo. Estaba negra y mantecosa. Y negro todo el interior de la choza. Se rasca-ba, cruzando la mano por todo su pecho para alcanzar el costillaje. Alborotosa, la gallina corría por todos lados.

El valle era hondo, infinito hacia abajo. Sinembargo, era menester bajar más para llegar a la costa lejana. Y allá, entre la selva apretujada, más cerrada aún que las yunguillas, el calor dizque era una cosa densa que apretaba hasta hacer polvo los pulmones. Habrían culebras, animales sin pies, arrastrados, pero cuya mordedura mataba tan rápido como un rayo.

Abandonaría esta tierra. Esta choza cobijada en la gran alforza de este cerro cuya cabeza solía generalmente curiosear las entrañas de las nubes. Restregaba entre sus ma-

nos polvo de esta tierra. Apretábalo compenetrándolo en sus poros. Dejaría a la Rosa vieja. Habíale hablado Saquisay. Pálido, recién llegado. Vestido de pantalón y saco. Con corbata de tres colores. Enzapatado, con calzado blanco de lona y suela de caucho.

—Ajujuy! Vieras nomás. Pagan buena plata los moños. ¡Allá sí que se puede guardar! Y el Guayas grandazo. No hay río como ése.

Y más. Las noches ventosas de octubre. Con frío casi serrano. Cundidas de luz y gente. Las calles anchotas como el río, con agua de gente. Como en la repunta de las mareas, remolinos y corrientes encontradas. Y bulla. Eso era para hacer plata y para gastar y guardar! ¡Ajujuy!

Mas, dejar todo esto. Los cerros medio rojos, medio verdes, medio amarillos, limitados de nubes y eucaliptos. Estas casas escalonadas. Estos embudos de paja. Aquí dentro el poncho, la cebada, la beta. La vieja que rezongaba.

—¿Qué es, pues? Aquí también hay plata. Nunca nos hemos ido y no nos hemos muerto de hambre. Junto a la yunta te habís criado... ¿Qué vas a buscar allá, ~~pues?~~ ^{pues?} ¡A hacerte mono tísico!

Incontenible, la voz monótona, alternaba el castellano con el quíchua. José Aucapiña no movía la cara. Sus ojos bovinos parecían no mirar, no ver. La cabeza inclinada como la de los bueyes bajo el peso del yugo. Las manos caídas entre las piernas. También un poco cundido de neblina.

Gimoteaba la vieja sentada, con una pierna recogida, doblada hasta tener la rodilla cerca del seno guindante y escuálido. Hilaba lana.

—Como si esta tierra no fuera de cosechar. ¿Qué es, pues, lo que buscáis en la ciudad? Animales malos. Pobre runa. ¿A quién conocéis allá? ¿Dónde vais a llegar? ¿Con qué plata vais a comer?

El camino polvoso y torcido en ladera, declinante hacia el camino de hierro, pasaba cercano a la casa. Trajinado de indios embutidos en largos ponchos. Inclinados, ro-

NUESTRO PAN

jos, grises, verdes, bajo el peso de los fardos, con la cabeza agachada, a su trote rítmico, invariable, incansables, venían de largas distancias con rutas hacia los pueblos cercanos. Abriéndose humildes del camino para ceder paso a los caballeros, que de poncho, zamarros y espuelas, pasaban levantando trombas de polvo. Y el trote de los indios y el camino y la oferta contada de ganar dinero, mucho dinero, lo atraían a pesar de las lamentaciones de la vieja Rosa y del ambiente de la choza en que había vivido desde que naciera y del solo horizonte recortado por las nubes y por los eucaliptos que viera en toda su vida.

II

Apretadas, como si estuviesen encogidas de frío, las casitas del pueblo gris hacían ronda a la estación y a las líneas férreas. Desde mucho antes de la llegada estaban algunas vendedoras con los huevos duros acomodados en bateas grandes. Habían matado el chanco la tarde de la víspera y ahora se apresuraban aliñándolo. La fritada esparcía su olor rumoroso por las calles sucias y torcidas. En los poyos de piedra, grandes y yuros, se molía apresuradamente el maíz para la masa de las empanadas.

Seguido de un perro flaco, cansado de beber agua de acequia, Andrés Quishpe deambulaba por la calle. Unos chicos barrigones se hurgaban las narices parados y quietos junto a las puertas grandes de los corralones. Manchados en la cara de mocos y tierra, tan quietos, no se moverían por nada. Bajaba desde la cordillera aire helado, cortante como hoja de acero. Transitaba por las calles del pueblo levantando polvareda de arena, llevándose hojas secas que raspaban sobre las piedras sacadas del río para evitar el lodo. Quishpe miraba todo. Ya no olvidaría jamás la facha del pueblo. Era negro. Calles, casas, horizonte de humo. Ponchos rojos ennegrecidos. Y techos de tejas ahumadas. Caminaba por las calles con su hato a la espalda. Lentamente. Un yaraví tocado en pingullo era como su alma. ¿De qué tierra venía esa música de pena, como un llanto? La llevaría consigo para siempre. Y no lo sabía. Pero estaba en él como la sangre.

—Cyes Quishpe, andan engançando gente para la costa. El Romualdo Acosta ha venido anteayer nomás.

Y en la casa de la chola Teresa, parado en la puerta:

—Tres cincuenta con comida. Cuatro sin comida. Si tienes amigos, traeráslos.

—Pero allá da el paludismo.

—No seas pendejo, runa. Buena plata te has de meter. Poco tiempo de trabajo y ya tienes hartote.....

—Es que aún tengo deuda con el patrón Holguín.....

—Yo te embarco en el tren sin que nadie te vea....

—Avisarán al político....

—No hay cómo te cojan.....

Y se quedó de pronto quieto como un eucalipto sin viento. Sobre la ladera cercana había aparecido el convoy. Largo, rematado en la cabeza por la máquina bufante, empenachada de humo. Pitando. Estridente alarido repetido y alargado en los ecos de los cerros.

Revoloteaban los gritos y las gentes que ofrecían sus ventas. Corrían las vendedoras con sus chillidos y los ojos despavoridos. Los muchachos metiéndose entre los cargadores presurosos. Acosta lo empujaba a la escalerilla del vagón de carga para que trepara al techo. Los pies de otro que iba delante suyo Y los cabezazos y manotones delapurado que lo seguía.

Agrupados, en el techo, ardiéndoles los ojos por el humo de la locomotora, teniéndose con las manos fuertemente de unas varengas para no caer con los vaiyenes, silenciosos, asombrados ante el paisaje vertiginoso que huía, ensordecidos por el rugir de la máquina. Un viento fuerte gritaba y golpeaba sobre sus caras abriendo grietas finísimas en los labios. Lo ayudaba la arena del camino.

¿Y el pueblo?

III

El alarido del chico, hipando incontinentemente, rechazando la teta rematada en lila; el traqueteo del carro; el polvo adentrándose por la única puerta semi abierta y deteniéndose a dar vueltas por todo el coche haciendo una nube densa que se acostaba muelle y silenciosamente sobre todas las cosas, fastidiaban. La noche que era compacta fuera del carro, se hacía un bloque inviolable en su interior. Hacía mucho tiempo que había visto a manera de relámpago el último destello rojo cristalino del sol empinado forzosamente tras la cabeza de los cerros. Y hacía mucho tiempo que el frío había desaparecido. En su lugar entraban vaharadas de calor espeso.

Era la Costa.

Entraba por la puerta un sopor cáustico. Se imaginaban que el tren horaba un túnel de gelatina cálida. A pesar de la velocidad entraba muchedumbre de animales pequeños. Los mosquitos atacaban con sus puyas. Dejaban escozor en la piel y sentían las ronchas grandes, levantadas en los brazos, en la cara.

El chico berreaba incontinentemente. Venían desde la tarde metidos. Eran seis de familia y otros más. Los centros de las mujeres aumentaban el calor. Abigarrados, llenos de color en sus vestidos, sudaban. Se hinchaban por el calor. Amontonados juntamente con la carga. Temerosos de que los bultos cayesen el rato menos pensado.

Había un olor insoportable a excremento humano. El mosquerío había invadido el departamento.

—Hay un rico de Guayaquil que necesita harta gente. Está pagando buen diario.

—¡Más que! No tenemos plata para el viaje.

—El da todo.

—¿Así nomás?

—Claro que después descuenta.

—¿Y la mujer y los guaguas?

E. GIL GILBERT

—También podía llevarlos.

La Rosario Zaquizalema había contado que ella fué con su marido. La Costa era tan rica que daba trabajo para todos. Sabiendo hacer chicha y tortillas, las mujeres no eran carga pesada porque ayudaban a los maridos a hacer plata. Ella había ido en una sogá que hicieron para hacienda de cacao.

Pedro Yanuncay pasaba horas y horas mirando ese huasipungo en que trabajaba.

—Muerto patrón Gutierrez, los hijos que viven en París quieren vender.

—¿Más que sea a los aparceros?

—Aun siendo.

Bajo la noche clara de luna, sentado a la puerta de la choza, miraba la parcela. La Nati se movía adentro en sueño intranquilo. Un perro distante ladraba con el hocico alzado hacia las nubes. Oía los movimientos del guagua despierto. Clocleaban las gallinas. Y enverdecida de luna, la siembra de cebada se movía. Inclínada en la ladera, amarilleaba vercosa, susurrando, mientras el viento le pasaba la mano sobre el lomo como a perro. Olor de fogón y de mujer dormida salía de la choza.

¿Si pudiera comprar la tierra?

—Yo me fuí nomás con el difunto que Dios tenga en su gracia. Allá la plata corre. Parece río. Aquí, ¿cuándo? Iráse nomás con mujer y todo. Ella ayuda. Para el sábado hace chicha, empanadas, fritanga....

El sembrío de cebada ondulaba, meciéndose como los follones de las cholas. Se hundía zalamero como lomo de perro guardián saludando al dueño.

Por eso venía. Con mujer, hijo y todo. Nada más que el llanto de la criatura, ya fatigada, y el monótono resonar de las ruedas turbaba el silencio pesado que les obligaba a dejar laxas las caras abotagadas. El cansancio y el estropeo del viaje les había adolorido el cuerpo, pero ya ni siquiera

NUESTRO PAN

buscaban la manera de acomodarlo para que descansase. Un sueño que hinchaba los párpados los hundía, ausentándolos del viaje y de sí mismos.

En la sabana nivelada el tren corría velozmente. Los carros se balanceaban a manera de balandras. Y la noche se ceñía a los costados del convoy, densa, negra, espesa de mosquitos, calurosa.

IV

Al detenerse, desde el vagón de segunda, pudieron ver un pueblo de luz mortecina. Casitas elevadas sobre pilares largos y flacos. Hechas de cañas. De carrizos. Tapadas con pajas. Desvencijadas. Por los intersticios se colaba luz amarillenta y movediza de kerosene. El carro apestaba a sudor. Venían aglomerados y con ropa gruesa para cubrirse del frío mañanero de la Sierra. Las voces de los montubios resultaban curiosas, con su hablar desleído y cantado. Parecía que las palabras se quedasen a medio decir y que alguna cosa impidiese pronunciar totalmente las letras. Las caras que se juntaban a los vidrios de las ventanillas eran pálidas, de color aceitunado. Ojos brillantes y de mirar duro. Labios gruesos, y al reír, desdentados; las bocas eran como ventanas de rejas. Aparecían mal encarados con los mechones zambos o lacios caídos sobre la faz. ¡Los montubios! ¡Los negros!

María de Jesús Nacipucha, arrebuja en su pañolón, haciéndole fiero al calor, tapada hasta la mitad de la cara, comenzó a tener miedo. Venía sola. En Guayaquil la esperaba una tía. Le tenía conseguido puesto para que trabajase en una fonda, de moza. Los montubios y los negros són las gentes que hicieron la guerra de Alfaro. Solían llegar a los pueblos serranos montados en caballos arrebatados en las haciendas comarcanas. A galope tendido entraban disparando al aire sus revólveres. Masones y sacrílegos. Hambreados de hembras.

—Venga hijita para que sepa lo que es un macho.

—¿Dormimos en la Iglesia esta noche?

—¿Dónde esconden al curita para dejarlo de padrasto?

O eran maleros, macheteadores y ladrones de ganado. Gentes que mataban porque sí. Tan asustada estaba que se fué arrimando al que viajaba a su lado. Y se encontró con la risa ingenua y curiosa de Pedro Camacho, que vestía de saco y pantalón.

—¿Les tiene miedo? Bulliciosos nomás son.

—¿Ha venido usted ya antes?

—Puuuu Como seis veces. Casi me he hecho mono

La tranquilizaba su manera de ser. Sus labios enrojecidos y gruesos, la risa amplia, y el modo delicado y gentil.

—¿Dónde va a llegar?

—Me espera una tía

Al recomprender su marcha el convoy conversaban como antiguos conocidos. Camacho hacía valedera su experiencia. Al principio no se acostumbraba. El calor es mortificante, en especial desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Pero luego hacía viento. Claro, que también, en ocasiones, tibio. Y el agua no quitaba la sed, caliente y espesa. Se hinchaban los pies y las manos. Y se ríen del color, que se arrebata hasta el rojo intenso, y del modo de hablar. Pero pocos eran los que molestaban con lo de serrano. Si viera, casi toda la gente del pueblo eran serranos

V

Abajo, la hondonada profunda. Los arrieros fustigaban las mulas, que, aunque acostumbradas, estaban reaciosamente temerosas de lanzarse al chaquiñán, que, atirabuzonado, igual que un serpentín de alambique, se metía sierra abajo, camino de la costa. El jefe de los arrieros, maldiciendo a las bestias, se persignó con el rebenque recogido, y rezó. Aquella escalera peligrosísima hacía esguinces al borde del precipicio. Se arremangaron hasta cerca de las rodillas

NUESTRO PAN

los pantalones. Y comenzaron la bajada, a pie. Tanteaban el piso lodoso. Antes habían asegurado bien los hatos sobre las espaldas. Eran diez. Venían del Sur. Siempre para las cosechas necesitaban gente en la costa. Los montubios son alzados y estaban emigrando a las ciudades. Necesitarían hombres. Y ellos venían. Mientras descendían, comenzaban a encontrar la Costa. Los árboles eran distintos. Las yerbas. No las conocían. Los cantos de los pájaros. Habían caminado ya diez días. Informados por los arrieros reacios a conversar.

—¿Será fácil hallar trabajo?

—Umjú! Fregada es la cosa....

Mientras bajaban ascendía a ellos olor de otra tierra y de otras plantas.

—Cuidado, no se acerquen a ese palo porque las hojas destilan una leche que quema.

Alguna vez cheyeron ver entre la tupida hojarasca, rastro de deslizarse de ofidios. El viento se había quedado arriba, en las montañas que ahora se recortaban sobre el filo blanco de las nubes lechosas.

—¿Con cuánto diario se puede vivir en la Costa?

—Eso depende.... según la vida que quieran darse....

Y bajaban. El piso era cada vez menos pedregoso. Las mulas se arqueaban en prodigioso equilibrio. Rodaban con las cuatro patas juntas y el rabo entre las piernas. Los arrieros no caían, pero ellos habían menester cogerse del piso con pies y manos.

—¿No será difícil encontrar trabajo enseguida?

—Ahora están bajando por el tren gentes por cuenta de los mismo gamonales...

Zancudos comenzaban a llegar en la solana restallante.

Había arboledas tupidas de grandes hojas pendientes hasta el suelo. Al comenzar la noche se distraían con el

vuelo de los cocuyos. Inusitado era mirar las luces volantes tan dispersadas y tan numerosas. Pero el temor de las alimañas.

—¿No hay peligro de tigres?

—Esos andan en las montañas. Raramente salen a los caminos....

—¿Y las culebras?

—Nosotros no somos criaderos.....

El apretujamiento de las gentes en este vapor siempre estrecho para el pasaje, los gritos de los cargadores y de los estibadores, los empujones, el cansancio, el calor, los atontaba. Quedaron arrinconados, entre sus bultos. Al iniciarse el balance de la nave se intranquilizaron. Alcanzaron a ver el mar movedizo y luminoso, como si anduvieran candelillas en él. Y después, el sueño .

VI

Contrastaban sus vestidos pesados y de colores sonoros con los blancos vestidos, ligeros como la primera neblina, de los guayaquileños. Contrastaban sus rostros densos y rojizos, asentados, hundidos los ojos en extrañas miradas mitimacs con los ágiles ojos, brincones, macheteros de luz, de los costeños magros y verdemates. Caminaban entre los portales. ¿Qué eran, pues, estos portales sin arcos, de pilares flacos, sobre los que se asentaban las casas matroniles? ¿Si eran casas ligeras como hechas para escampar algún aguacerillo! No podían compararlos con las garzas por que no las conocían. Ni tampoco con las mujeres montubias paridas, amplias de caderas, frágiles de contextura, piernas de bejuco, finas y resistentes como estos pilares de guayacán y mangle.

Iban caminando, con todos sus hatos al hombro. El sol reverberaba sobre los canastos tejidos en verde, rojo y amarillo. Ahornaba las carnes serranas colando su calor a través de los centros y follones morados, amarillos, rojos, verdes. En apretado grupo iban por la ciudad. Su paso sal-

NUESTRO PAN

tarín y sus vestimentas llamaban la atención. ¿Era verdad que apestaban? Continuamente las gentes de caminar descoyuntado hacían alusiones a su mal olor. ¿Era verdad? El sol, este sol limpio, desparramado sobre un cielo azul y lejano, caía sobre la ciudad. Hacía franjas amarillas y polvosas en cada cruce de calles. Las calles de cemento blanco eran como espejo para el sol. Obligaban a cerrar los ojos. Y las casas pintadas de colores agresivos. ¿Por qué gritaban tanto? Gritaban los autobuses con sus claxones y con la radio receptora a todo volumen. Gritaban en agudos alaridos los pregoneros. Con voz medio de canción, medio de lamento. Gritaban riéndose las gentes que caminaban. Gritaban los tranvías en el chirrido de sus ruedas y en el timbre que pedía vía libre. Los automóviles pitaban demasiado. Los buques y vapores de la ría. Unos con voz grave de todos los mares. Lentos. Parsimoniosos. Otros con voz urgida y aguda. En largas y repetidas pitadas. Como voz de madre de familia apurando a los chicos. O como los perros. Los buques pitaban como perros de casa grande, de patrones; los vapores como perros de indios.

—Aca, jo-jo-jo-jo!

Era con ellos. Y no los costeños. Serranos empalidecidos, tirados, sin zapatos, con pantalón y camiseta blancas, con sombrero guaneño recortadas las alas y labrados en puntas los filamentos. Los atravesaba una agujeta negra como una pluma.

—¡A las buenas manzanas agusanadas!

—¡Sebo! ¡Al buen sebo serrano!

—¡A la carne aliñada y guaneña!

Las risas, las carcajadas sonoras eran peor que las palabras. Se revolvían congestionados, escupiendo al suelo. Sus azoradas fachas eran las más grandes cosquillas. Y todo entre el tumulto de cargadores cimbreantes, de vendedores apresurados, de gentes que iban casi corriendo. De hombres y mujeres que discutían, más que con las voces, con los brazos y las actitudes, a movimientos grandes y acelerados. De manos que se metían agresivas contra las caras. De cuerpos que se balanceaban sobre la cintura. De pies que golpeaban insistentemente el suelo.

Mientras el sol ascendía hacia el meridiano, habían llegado a algunas calles libres del tráfico pero llenas de olor a cacao y caré. Un silencio propicio envolvía las calles tendales. Propicio a este olor humedamente cálido. A estos hombres y mujeres sentados con las piernas abiertas y las cabezas agachadas. En un trabajo nada más que de manos. Zambos y montubios quietos, sin reír ni cantar ni alborotar. Vestidos con trajes mucho más remendados que las parcelas de los Andes. Con muchos más colores. Haciendo una rara armonía con las pepitas ocres, negras, rojas.

La moza de la fonda también era serrana. Y al servirles enfloró una vaga sonrisa. Sus ojos se tornaron hondos, lejanos, mitimaes. Y nada más. Pero se sintieron más cómodos. Les pareció que eran recibidos. Perdieron un tanto su aire cohibido. Cómo sonó canción a sus oídos el hablar de la moza. El Mateo Zaquizay la hizo repetir muchas cosas haciéndose el que no entendía, nada más que para oírla. Y, tal vez, se iba quedando enredado en ese hablar, en esos ojos, en ese cuerpo macizo y compacto. Porque no había acabado de desenredarse de la tierra lejana ya, porque al pegar en esta hembra no abandonaría jamás esa tierra polvosa, vestida de neblina, olorosa a viento bajado entre capulies y manzanos, entre eucaliptos y perales.

—¿Por dónde será, pues, de hallar trabajo.....?

—¿Vinieron por eso.....?

—Claro, pues. Allá se está acabando todo. Cada día me- nos pagan... Trabajo escasea.

—¿Más qué? Esta tierra dicen que es buena. Pero nó. ¿Qué no diera yo ahora por irme? Sólo enfermedades se gana aquí. Mal clima. Mala comida. Mala paga.

—¿Mala paga? ¿AH?

—¿Mala paga?

—¡MALA PAGA!

—Dicen que ahora andan requiriendo gentes para las cosechas.

NUESTRO PAN

—¿Y qué, pues? ¿Ahora en invierno ir al monte? Ajajaj! Veá, ¿no?, no soy maliadora; pero lo que es, hay que decirlo. No es verdad tanta lindeza, vea. Y buscan serranos porque dizque son sumisos y cobran menos.

—¿Menos que allá en la tierra?

—No; aquí pagan más. Pero a los serranos menos que a los monos, siempre.

—¿Más qué, entonces?

El día comenzaba a hacerse gris. El gris de esta ciudad solía ser denso y abrigador como un poncho. Mas, abrigar aquí, en la tierra yunga, era hacer que los hombres se volvieran locos. Como un pulpo comenzaba el calor a abrazarse en todo el cuerpo. Lentamente. Tapando las narices y metiendo en ellas aire caliente. Golpeando en la cabeza. Embarrando todo el cuerpo de sudor meloso. Los ojos parecían de tigres. Luminosos. Llenos de fiebre. Los labios hinchados, duros. La saliva espesa, pegada como melaza en la garganta. Y la sed. Hirviendo en las tragaderas. Pidiendo el agua fresca de los ríos serranos. Los ríos tumultuosos y fríos se agotarían antes de apagar esta sed. Y no curarían ésta indolencia, este deseo de no hacer nada. De dormir y dormir y dormir. Con las manos pesadas. Con las piernas perezosas. Con la cabeza oscura. Tal que en un comienzo de borrachera.

Sin embargo era menester que se volvieran a las calles. En pos de trabajo. No había ruta para buscarlo. Y todas las calles, anchas, planas, de cemento, eran buenas para solicitar qué hacer. Varias veces tornaban a la estación del ferrocarril. El trajín de los cargadores, de los choferes, de los automóviles, de los camiones; el corretear de pitos lan-cheros, los pasajeros cargados de canastas, maletas, alforjas, azorados, recién llegados a la ciudad; y especialmente, la cercanía de los paisanos. De los burlones y groscros longos acosteñados. Pero había algún lejano recuerdo del hogar y la tierra abandonada. La ciudad de los montubios, llena de serranos, hacía que a cada nueva calle se encontraran con gentes olorosas a polvo de cordillera. Pero aquí había calor de hogar. ¿Por qué irían a comer en esa fonda en

vez de hacerlo aquí, en las carretillas donde vendían comidas serranas? Aquí había ají de papa, mote, chochos sancochados, habas tostadas.

Amontonados estaban los que no hacía mucho rato habían llegado.

—Difícil dizque va a ser hallar trabajo.

—No creo. Andan por aquí ofreciendo.

—¿Ofreciendo? Si hemos andado por todas las calles. Desde esta mañana mismo.

— ¿Y a quién, pues, pedían?

—Así nomás, preguntando. Al que mejor cara le veíamos.....

—¡Jajay! Igual es querer toparse con plata en media calle. Ha de ir a los lugares donde se encuentra, pues.

—¿Dónde, pues, dónde? Diga, vea. Varios somos.

Un galpón grande trascendiendo a humedad. A un olor de tamo. De grano. ¿De qué grano? Cargadores con los hombros y la nuca agobiados por gruesos sacos llenos de arroz, desnudos de la cintura para arriba, con los pantalones ajustados en los tobillos, flameando al viento de la carrera el trapo blancuzco de la cabeza. A carrerita de indio. Con riñones de resorte. Sudando apestosamente. La fila interminable.

Un vocerío sin palabras esparcido como el olor de tamo. A poco de la puerta, una oficina. La mitad de la pared, de una tabla delgada y charolada. Hacia arriba, enrejado férreo. Y adentro, teclear de máquinas de escribir. Jóvenes iban con papeles en las manos, mirando quien sabe adónde. Había muchos sentados ante grandes escritorios con viseras verdes escribiendo en libros enormes. Tranquilos, concentrados, quietos.

La presencia de este grupo casi no interrumpió el movimiento. Toda la gente parecía estar tan de prisa como las gentes de las estaciones o de los muelles. Como si fueran a cerrar las ventanas de boletos. Como si fueran a zarpar los barcos. Se acercaron medrosos a una ventanilla.

NUESTRO PAN

—Buenas tardes de Dios, patroncito. Vea, moléstese en decir si aquí dan trabajo.

Sin levantar la mirada el señor que estaba tras la ventanilla indicó con voz monótona.

—En la ventanilla de la derecha.

Al llegar allí un joven mordía la punta de un lápiz. A pesar de haber oído quedó mirándolos.

—¿Cuántos son y qué saben hacer?

—Trabajo de campo, todo el que sea.

—¿Cuántos son?, he dicho.

—Fuu... varios mismo.

—¡Ah, carambas! ¿cuántos?, ¿entiendes?

—Como ocho.

—¿Ocho? Dí ocho.

—Nó. No sé mismamente.

—Bueno, ¡diablos! ¿Cuántos son?, concretamente.

Y al final, una tarjeta para cada uno. Pasaron a otra ventanilla. Inquirieron el nombre de cada uno. Cuántos miembros de familia traían. Qué trabajo sabían hacer.

—Con esta tarjeta se presentarán mañana a las seis de la tarde en el muelle número diez.

VII

El cerro de Chongón se incendia a las seis de la tarde. Desde la pampa salitrosa, la que tiene escondido en su debajo petróleo, agua, y dicen que hasta fierro, se alza un cielo transparente color de aire y agua limpia. Cielo vastísimo, hecho para la pampa rojiza, que se lanza hasta mucho mas allá de lo que alcanza la vista del hombre. A las seis de la tarde, el sol llega a la altura del filo de la cordillera de Colonche y del cerro de Chongón. Acaso el polvo rojo levantado por las manadas de chivos, acaso la quemazón de

la paja blanca de la pampa, hacen una inmensa rueda de fuego, roja y transparente como las varillas de las herreras. Y luego se prende el cielo en un incendio transparente. El polvo de la ciudad se hace rojo. Las calles, las casas, los carros. Todo rojo y alargado en sombras violetas hacia el río Guayas, de aguas moradas a esa hora. Las calles se cunden de gentes que salen de almacenes, oficinas, fábricas. Comienza la marea a crecer en la Rotonda del Malecón. El viento del Guayas sube a la ciudad. El frío viento cede la pampa la inunda desde las márgenes del Estero Salado.

Los ocho viajeros avanzaban entre el gentío del malecón. Entre gentes hermosas y de bellos vestidos, entre cargadores sudorosos, ante la impasibilidad pregonera de los vendedores.

—¡A llevar el pan de huevo! ¡Caliente y caliente, con una palanqueta se almuerza y sobra para la merienda! ¡A llevar el pan de huevo! ¡Panadero!

—¡Uvas, la suvas chilenas! ¡Uvas de azúcar chilenas, blancas y moradas! ¡A uno veinte la libra, las uvas chilenas!

El pregón era como una canción salida mecánicamente desde quien sabe qué nido del corazón. No era enardecida pero tampoco monótona.

—¡Salchichero, salchicheritooooo... ¡Hígado ahornado para los viajeros!

Como iban tan lícnos de bultos sobre las espaldas, a los lados, en los hombros, eran una molestia para las gentes que los ultrajaban, que los daban de empellones.

—Tenga la bondad, vea, señorcito; dirá cuál es el muelle número diez.

—Este es el número ocho, búsquelo hacia el sur, como quien va al Conchero.

—¿Adónde queda, pues, el Conchero?

—No tengo tiempo para llevarlo de la mano. Búsquese una maestra de escuela.

Desde la sangre les ascendía un zumbido violento que atolondraba en los oídos, en los ojos, en la frente, que los hacía reír de manera tal que parecían idiotas. Mezcla de timidez, de sofocación, de necesidad de acometer la empresa de averiguar a las gentes.

—¿Sabéis vos dónde mismo es que vamos?

—¿Dónde también será!

Atontados entre el torbellino de gentes que gritaban, alzaban las manos, atropellaban, corrían, se reían a gritos. Llamaron la atención de un marinero.

—¿Qué les pasa a ustedes?

—Buscando andamos el muelle número diez.

Color de tierra negra, era la cara zamba. Una gorrita blanca no alcanzaba a cubrir el laberinto indomable de los pelos atirabuzonados. El cuello grueso, más ancho al llegar al tronco. Pecho amplio, estrecho de cintura, oprimido de caderas; pantalones fajados en las nalgas y banderacos cerca de los inmensos zapatos gruesos. Sobre la exigua cadera un yatagán bailaba.

Divisaron una pequeña lancha roja, cubierta de hollín. en cuyo techo habían hombres desnudos casi, apenas con un corto pantalón azul, de zambos alborotados y de caras asustadoras. Gritaban palabras procaces. Hacían señales fálicas. Bromcaban como sodomistas. En el interior de la lancha habían ya algunas hamacas guindadas de pilar a pilar. El sol se metía hasta la mitad entre los cerros de Chongón. Los cerros estaban como empujados hacia abajo, embutidos en la oscuridad, en la noche rumorosa que nacía. Una neblina iniciaba su viaje desde el río hasta la ciudad. Del este venía, por un aire claro y luminoso, el azul andino de las montañas. Y casi confundido con las nubes incendiaba apenas su cabeza densa de nieve el Chimborazo remoto. Mientras el río Guáyas pasaba ancho, fuerte, espeso, forcejeando entre la margen de yerba y la áspera margen de cemento.

De pronto se encendieron las luces de la ciudad. Al instante todas, cubriendo el ambiente de luz amarilla. El

choque con la luz del anochecer fué violento y los ojos no sabían con cuál luz quedarse.

—Aquí es el muelle número diez.

—Dios se lo pague, patroncito.

Otra vez estaban solos. Sin saber hacia dónde ir. Pero se les acercó un hombre magro, vestido con pantalón kaki, botas altas, hasta la rodilla y sombrero alón de Jipijapa.

—¿Ustedes son los que vienen para el doctor Sandoval?

—No sé, mismo. Pero ayer de una oficina . . .

—¡Ajá, ya! Los mismos son. Vénganse conmigo.

Y por entre el laberinto de gentes, llegaron a la lancha. Se metieron a una sección, tras del departamento de la máquina. Había tarros de leche, sacos de víveres, gallinas amarradas; pescados muertos en cajones; tarros de gasolina y kerosene. Todo aturullado, tiradas unas cosas sobre otras. Mientras pugnaban por acomodarse, llegó un señor moreno, alto, de vestido crema, con un hombre de pantalón azul, camisa gris y gorra.

—Esta es la gente que va conmigo .

—Muy bien doctor.

Llegaron unos montubios, cetrinos, silenciosos, cundidos de alforjas y sacos y paquetes. Eran todo el pasaje para ese departamento.

VIII

Vibraba un tanto la hamaca. Los tarros de leche a lado y lado, impedían que se balanceara. El viento entraba a borbotones por las ventanillas abiertas. Pasaban los marineros agachándose para no tropezar, pero tropezando con la cabeza las nalgas del doctor Sandoval. Todo esto le impedía dormir. Cuando viajaba en vapor grande lo hacía. Pero esta lanchita lechera

En el cuartito venían aglomeradas las gentes. Un hombre de camisa negra, con los pies alzados sobre unos sacos de

NUESTRO PAN

arroz, recostada la cabeza en la borda, roncaba. Una linterna de kerosene pendía del techo, y el humo de los cigarrillos llenaba el cuartucho y no dejaba ver claro. Gritaban dos turcos en su idioma. Una señora que yacía en una hamaca, alzaba la cabeza, se bajaba la falda, miraba a los turcos iracundamente, decía "ay, Jesús", y se volvía a acostar. Los montubios, flacos y esquivos, hablaban entre ellos, con sus ponchos envueltos al pescuezo, fumando cigarrillos de envolver.

En la puerta se recortó la figura de un hombre pequeño, desmesuradamente ancho de espaldas, metido en un sweater gris que le subía hasta el cuello, con pantalones de montar y polainas militares. Lo saludó con voz gruesa, seca y breve:

—¿Comó le va, doctor? ¿Qué es de ese arroz?

---Ahí, trabajando, amigo.

El viento entraba impetuoso, jugaba con el humo de los cigarrillos. Un chino dormía con los brazos cruzados sobre el pecho en una hamaca guindada cerca del techo. Bajo la hamaca, un cerro de sacos de arroz.

—Ese chino trae buen grano.

—Creía que era suyo.

—Todavía no.

El hombre de las espaldas anchas fumaba y junto con las palabras echaba el humo. Se había arrimado al marco de la puerta y se iluminaba la mitad de su cara. Se veía, una nariz larga y curva como pico de lora. Eran grandes y sin brillo los ojos metidos en párpados casi invisibles por la costumbre de arrugar las cejas; bajo ellos pendían bolsitas violáceas. Estaba todo tásajeado de arrugas.

—Ayer me traje algunos quintales. Baratos los compré para lo caro que está el arroz en Guayaquil.

—¿A cómo lo están pagando?

—El corriente, a dieciocho.

—Bien está.

Alcanzó a ver el doctor que desde un barranco hacían señas con una luz. Se abrió una puerta pequeña y el piloto gritó:

—Ah, “pata de jaiba”, alza que hay que recoger pasajeros. El marinero que dormía en el suelo gruñó.

—¿Qué tal le resulta el tractor para sembrar? ¿Cierto que es más barato?.

—A veces, sí. Sobre todo con eso se anda rápido y lo barato está en que se puede sembrar cantidades. Mientras más se siembra, más barato sale. Mi idea es la exportación. Tengo buena semilla.

—¿Dónde la consiguió? Porque yo conozco una que daba la Dirección de Agricultura, pero no era bueno, no era Flor.

La lancha se ladeaba en la curva, y al encontrarse con sus propias olas saltaba como un chivo corriendo por la sarteneja. Los pasajeros, con los ojos velados aún por el sueño, bostezando preguntaban:

—¿Dónde hemos llegado?

Los marineros gritaban apretadamente:

—Permiso, permiso.

Algunos iban por el exterior de la lancha cogiéndose de los marcos de las ventanas.

El piloto gritaba con voz oscura:

—Límpicme el puerto, compadre, que la lancha se me astilla.

—Es que no se le paga para que duerma, sino para que pilotee.

—Y vos ganas para trabajar y no andar comadreando.

—Mándame la encomienda para tratarla bien.

Un remezón señaló que se había llegado al puerto. Por una ventana pasó un cajón golpeando a un pasajero. Bufó el hombre:

NUESTRO PAN

—Los ojos se han hecho para ver.

Luego pasó por la ventana una mujer sonriente y azorada. En la sala de pasajeros en la que había dormidos, se despertaban haciendo lado para que la recién llegada se acomodase. En silencio la miraban. Ella sonreía nerviosa. Comenzaron los turcos a hablar de nuevo. El chino se sentó. Los montubios se acostaron a dormir. Vino el hombre de las espaldas anchas a hablar con el chino.

—Fume, compadre.

El chino hablaba un castellano gangoso, mutilando las palabras como suelen hacer los niños de cuatro años.

—¡No! No fuma.

Su cara, donde la piel estaba templada como caucho estirado, no hacía ninguna mueca. Sus ojillos, formados como almendras, pequeñas, sin pestañas, brillaban junto a los pómulos amarillos y prominentes.

—¿Qué dice, señor Mora?

—Ahí, como siempre, andando en las lanchas.

—¿Compra buen arroz?

—No. Eso es difícil. No hay todavía, las cosechas se tardan mucho. Ahora es imposible.

—Señor Mora hace negocio. Compra barato.

El chino se sonrió. Sus labios no se dilataron mucho pero sus ojos brillaron intensamente. Era pequeñito, delgado, torcido, con el pecho hundido y la espalda salida sin ser jorobado.

—No, no crea, compadre. Las cosas andan mal. En Guayaquil se paga bajo el arroz y acá lo cobran caro.

—Hasta veinte están pagando allá. Yo llevé el mío.

—Lástima, compadre; le fue mal, ¿verdad?

El doctor Sandoval pensaba en Mora. Cuando la cosecha anterior fracasó, fué a comprar arroz al gancho. Llegaba

E. GIL GILBERT

siempre en el preciso momento en que los desmonteros estaban desesperados con su cosecha recogida sin tener cómo venderla, y les compraba en lotes. Se recordaba bien la primera vez que lo vio. Venía por el camino una mañana llena de sol y ardiente por la evaporación. Montaba un caballo castaño y fino. Su sombrero de alas grandes se movía al paso del caballo. Traía un aire despreocupado. Incidentalmente se detuvo ante la casa de Jaramillo, y viendo el arroz, le dijo:

—Por lo que percibo, la cosecha lo está zapateando, amigo.

—Algo de eso es, señor.

—Parece regularona la semilla.

—No, blanco, buena es. Me la vendió el patrón.

—¿La compraste cara, nó?

—Más o menos, señor.

El caballo mascaba la yerba que crecía junto a la casa. Le ladraban los perros. Gruñían algunos chanchos pequeños. Las hijas de Jaramillo se agrupaban alrededor de Mora; pálidas, sucias, vestidas con una camisita, que dejaba las barrigas y las nalgas al aire.

—¿Todas son tuyas?

—Así es señor.

Luego, mirando un gavilán seguido de un azota-gavilán, se alejaba al paso menudo de su caballo fino. Y se regresó.

—¿Qué va a hacer con su arroz?

—Quería negociarlo en Guayaquil.

—¿Lo tiene vendido a alguien?

—No. Iba a ver

—Yo se lo compro.

—Bueno, a

NUESTRO PAN

—No, por quintales no.... Te lo compro todo. Con la plata a la mano.... Por todo te doy cien sures.....

—No, blanco, allí hay como diez quintales

—Bueno, eso es cosa tuya; si quieres, allí tienes.....

Sacaba diez billetes de a diez. Los mostraba, mientras se rascaba una pierna por entre la polaina. Vestía igual que ahora; igual que ahora el revólver se le veía bajo el sweater a un lado, y a otro lado la cartera con monedas..... Adquirió el arroz, y por la tarde lo mandó a ver.....

Luchaba con el chino. El doctor sonreía. El no necesitaba de eso. Tranquilamente sembraba y vendía. Tenía sus desmonteros propios, sus peones.

Con Mora no se ponían nunca de acuerdo. Ahora mismo, mientras el chino meditaba un rato, Mora se llegó hasta donde el doctor, y comenzó a conversar:

—Para mi entender, el negocio del arroz es éste.

—No, amigo. Eso no es negocio.

—Con usted, doctor, el día menos pensado...

La lancha se balanceaba suavemente de uno a otro lado. Mora lo miraba impassible. Roncaba un hombre que dormía en el suelo. Se sintió un chapoloteo en el río. El viento zumbaba como un moscardón.

—Yo no creo, doctor, en el sembrador como negociante.....

—Allá, amigo, cada cual tiene su manera de ver. Para mí esto es también un experimento; si resulta bien, de un golpe arriba.

—Puede ser. Cada quintal sale muy caro al sembrador.... el negocio es el mío....

El motor zapatea rítmicamente, sacudiendo el pasaje. ¿Cuál sería la mejor forma para exportar? Tal vez, directamente con el extranjero, sin mediaciones de ninguna casa. Vender al Perú, Chile, Colombia, Panamá..... Panamá, lo mejor.

Mora lo abandonó. Se encaminó a lado del chino. Charlaron largo rato. Sin accionar, sin gesticular. Al fin, casi a la madrugada, vió a Mora sacar la billetera y al chino recibir el dinero.

Pero ya tenía sueño.

IX

Chatos, rojos, abotagados por el calor, subían uno a uno. Las caras mantecosas. Los ojos de fiebre.

—¡Los longos son antipáticos!

—No tanto. ¡Pobres longos!

Jadeaban aplanados. Acesaban.

—El calor los mata.

—A nosotros nos achata el frío.

Pío los miraba. Sus párpados se contraían; ajustaba los dientes y las mandíbulas se endurecían. ¡Longos! Cuando en Esmeraldas peleaban, eran longos los que mataban negros. Los vió también sudorosos, junto a un fusil. Eran esos ojos quietos, hondos, como ojos de muerto, como boca de fusil.

Ráfagas olorosas de mangle asoleado bejuqueaban. Y el Rauta, ancho, bajaba callado, bronceado, ahuecándose a cada curva en un embudo enorme. Se veía el viento, más acá del sol, sobre los árboles, temblando como la evaporación.

Un longo joven vió una culebra. Sintió frío, le tembló la quijada, se recogió contra sí mismo. Pasaba, larga, resbalosa, indiferente. Cerró los ojos y se remecía, tan rápido, que no se sacudía. La piel debía ser fría, como mano de muerto. Y dizque mata la mordedura en horas, de arrojar sangre por todos los poros.

Jaramillo los ordenaba:

—Allá, ustedes, los sin mujer.

Pío mascaba tabaco. Ha visto al joven asustarse de una culebra, y ha rajado su boca en desdén.

NUESTRO PAN

—Flojo!, ¡mi muchacho es más valiente!

—¡Un permisito!

La luz del día comienza a cerrarse como un paraguas, lentamente.

La voz de Toño salta de una talanquera, con el torcimiento de una guitarra, con borrachera de lejanía, tambaleándose de tristeza.

Ya va cayendo la tarde,
juntamente con el sol.
Así se me van cayendo.
las alas del corazón.

Han pasado los últimos longos. Fueron mujeres con maridos. Mujeres a las que les temblaba la cadera maciza bajo el follón. Jaramillo las vió, con la misma cara con que veía todas las cosas. Y sin embargo, ahora, que ya se habían ido, se le metía por los ojos el recuerdo de un pecho rojizo, fuerte, duro, cimbreante, distinto de la piel elástica de las cholas de junto al mar.

—Mucho longo, ¿no don Jaramillo?

—Es que son más baratos que nosotros.

—Y el costeño siempre tira a bravo.

—Pero cuando se levantan las indiadas!

Pío no cree. Los longos son cobardes y traicioneros.

—No es cierto, Pío. Usted, porque los morenos no los quieren.

—Usted es Guayaco

Y la sonrisa incisiva del negro lo corta bruscamente.

El vuelo de puñetazo de los murciélagos rompe el lila de la noche iniciada.

X

—El José Aucapiña dizque se vino en canoa.

E. GIL GILBERT

—Así, pues, fué. Casi mismo me da vómitos y otras cosas. Viera nomás lo que es estar metido horas y horas en eso estrechito, donde no se puede estirar las piernas si al meterse las encogió. Viera nomás.

—Ni que fuera tan fiero. Ele vé los montubios como vienen con familias y trastos.

José Aucapiña estaba sentado sobre la tierra dura, sar-tenejosa. Miraba el río correntoso, cundido de palos. El campo sembrado de janeiro cerca de las márgenes, haciendo malecón de yerbas. Y su vista alcanzaba a ver los inmensos sembríos de arroz. Oía cantar las muchachas costañas tras las paredes de caña, ya sin verdura, color de hueso. Atendía el grito de los pajareadores. ¿Cómo era que esos muchachos andaban, aún de pies, en canoas tan pequeñas cuyos bordes rasaban el agua? Era menester confiar en los propios ojos para creerlo. Se atosigaba con las vaharadas de la montaña. Se allegaban pertinazmente los acres olores. Olor de árbol en celo. De tierra fecundada. Hojas rajadas humedecían los troncos y el polvo esperjeando su hedentina cáustica. De los barrancos ascendía el picante olor de los mariscos. Almizcle de pescados. ¿Cómo era que la montaña de la otra orilla se movía toda? Verde, prensada, se estremecía, ondulaba. Como una negra que bailara el torbellino. Los negros y la montaña saben moverse como el mar, saben estremecerse. Pero todo esto marea. ¡Y el viaje anterior en canoa! Si las hormigas no pasearan tan a menudo por el suelo que su cuerpo ensombrecía, se hubiese acostado a dormir. Pero los insectos...

Desde el arrozal también se divisaban las casas de la orilla. El José Aucapiña trabajaba metido en el lodo. Más que en el lodo era en candela. Si alguien sonortara el meter los pies en la ceniza recién quitada del fuego, esto sentiría. Grasa caliente, quemante; polvo cáustico, envolviendo los miembros y adentrándose en la piel. El agua caliente y hedionda, removida y lodosa bailando por sus canillas, pringando su ardencia hasta los muslos. Una cordillera de hinchazones lo cubría. Los mosquitos hacen fiesta en la carne serrana. Levantan ronchas grandes. Su comezón es intensa y continua. Se rascan los cordilleranos desespe-

NUESTRO PAN

radamente, sacándose la piel, haciéndosela llaga. Malo para trabajar en los desmontes que viven en aguatales. Al re-mojarse en el líquido sucio absorben los bichos de la podredumbre. Comienzan las llagas a crecer, abriéndose campo entre la carne, en lagunas de carne blanca siempre capaz de desgajarse, de ahondarse. ¿Para eso vino? Sinembargo, bajo la carne llagada, bajo la piel que inauguraba su nuevo color pálido, en la sangre corretea la esperanza. A la hora del sopor cerraba los ojos y ensoñaba. A la hora vertical de un día sábado formaría cola ante la oficina de la Hacienda. Escucharía la voz monótona y dura del pagador.

—Jorge Pincay

—Aquí.

—Seis días, diecinueve sucses; cuenta de comida en la tienda, doce; abono a la cuenta, tres. Recibe cinco sucses . . . Manuel Balladares, mozo.

—Aquí.

Y luego el grito con su nombre, descontando nada más que lo de la comida en la casa grande. Guardaría las monedas. Porque cambiaría todo lo que fuese billetes, que son propensos a hacerse polvo, a ser devorados por los animales. Guardarías en una bolsa de fuerte bayeta tejida por la Rosa vieja. Y comenzarían a amontonarse. ¿Qué importaban las charras y los mosquitos? Crecerían las monedas, plateadas, brillantes; como esta agua caliente y pudridora. Salpicadoras, no de ardentía para abrir charras, sí de llaves para los caminos. Para los pedregosos caminos serranos, polvosos y torcidos, trepadores de laderas, trajinados de indios. Como su camino, el primero que conociera, alejador de su casa y su vieja, acercador de la fortuna. Tres días de trabajo, nueve monedas de a sucre; nueve, relucientes y sonoras. Engarfiado al desmonte. a pesar de que el paludismo comenzaba a retenerlo en la Costa, carta de naturalización para la sangre, sentía que al correr los días y crecer las monedas, se iba para siempre a su tierra, se acercaba más y más a la parcela de la vertiente andina para sembrar su propia cebada, su propio trigo, sus propias papas, su propio maíz



La máquina, el ensueño, los hombres.....

I

Comenzó a crepitar. Temblaba con más intensidad de lo que vibra una lancha. Era gris, parecido, lejanamente, a un inmenso insecto. Los hombres sonreían. Estupefactos miraban. Las rejas uncidas a él estaban quietas. De su debajo salía viento que sacudía las yerbas de la sabana. El maquinista sentado en asiento de hierro atendía al sonido. Se dijera que entendía aquel ronquido carrasposo. En actitud de venado antes de dispararse, apretaba una mano sobre la palanca de cambio. La otra agarraba fieramente a la palanca de timón. Los árboles parecían atender aturcidos. Algunas reses sabaneras habían corrido desconcertadas. El sol parecía pálido extendiéndose sobre esta sabana inmensa, salpicada de matorrales. Ni brisa, ni viento, turbaban el instante. Jamás antes había sonado ningún motor por allí. Los lejanos manglares no se atrevían a devolver el eco.

Inició la marcha con sus grandes ruedas ovales, férreas, de cadena. Saltó como un potro encabritado. Las rejas se hundieron en la tierra. trizándola sin compasión. La tierra brava no se abría. Saltaba en trozos veloces como balas.

NUESTRO PAN

Donde entraba un disco, quedaba la mancha aceitosa y el corte pulido. A ratos se aflojaba el arado volando para caer atrevidamente otra vez. Fué menester que un hombre se parara sobre la plataforma para que guiara los discos. Salían de raíz las yerbas más caprichosas y hundidas en el suelo. La enquincha se doblaba, salida de madre, suavemente triste sobre el suelo. De la sarteneja fuerte saltaban chispas al contacto del arado. Y quedaba atrás, como un río revuelto, la tierra vientre afuera, las entrañas trituradas, en arquitectura de terremoto.

II

Fué recibido a gritos en la orilla del barranco. Venía brillante de sol, medio cubierto con grandes lonas, en el centro de una bolsa grande. Extendido el río Rauta, calmo, rizado en olas pequeñitas, gris, traía la máquina.

—¿Ella solita roza y ara y limpia?

—Dizque háce el trabajo de lo menos diez hombres en un día....

—¿Y nada más que un hombre la maneja?

Balladares, mozo, lanzó para la orilla un cabo, mientras gritaba. Tiraban para acoderar la balsa que se iba con la corriente. Con palancas y cabos, haciendo rampa con tablas grandes y anchas, trataban de treparla por el barranco. Los hombres se hundían hasta los muslos en el lodo suave, haciendo apoyo para las palancas en los hombros. Caballos arrabiatados en vano pafaban tirando la máquina. Ella, pesada, matronil, hosca, silenciosa, permanecía asentada. El río vaciaba. Las lechugas se acogían a la balsa. Los troncos podridos se quedaban enredados, tal que muchachos mirones. Algunos hombres se habían desollado los trapecios y la nuca.

—Si el chofer se subiera y la hiciera andar un poquitín.....

Pero era la única forma de subirla. A fuerza de miniga. Con los hombres pululando a su alrededor como hormigas acarreado una cucaracha. Con los caballos esforzados

sin que lograran adelantar más que pulgadas de tierra. Inclinada sobre el barranco, hundiendo con lentitud constante las tablas que le servían de puente.

Apenas puso la trompa sobre la tierra dura, el maquinista hizo funcionar el motor, para, haciendo balancín sobre el barranco desmoronable, ganar la sabana. Y corrió saltando, en zigs-zags violentos, como toro empalado que arrancara la beta. Sin atender el camino. Por donde quiera que el piso fuese fuerte. Estremeciéndose y estremeciendo el campo. Precedido del alboroto de patos y patillos. Correado por las catarnicas y los ladridos perrunos. Con la corte de los montubios que lo seguían a gritos, sombrero en mano, riéndose escandalosamente.

El corazón del doctor Sandoval saltaba de gozo. Puestas las manos en el cinturón miraba la marcha de la máquina. Entrecerraba los ojos el abogado. El campo extendido en sabana infinita, apenas turbado por pequeños brusqueros raquíuticos, empalidecidos; por algarrobos desparramados; campo amarillo, temblante en la resolana, agitado de calor; agrietado, con tierra vidriada; derramado hasta los horizontes bajo un claro cielo, transparente y un aire ardoroso. Un día, cuyas vísperas eran, este campo arado, hecho polvo gris, oscuro, amansado, sería como potro entre las piernas de buen chalán. Las máquinas roncarían como esta primera, caminando en organizados frentes, envueltos en la tierra alborotada, elevando una música inaugural, entre el olor del petróleo; en áspera sinfonía de acero y aceite, raudas, seguras, incontenibles, en pos de los horizontes refugiados en las primeras sombras de las noches, más allá de los ríos, sin protección de marañas; máquinas grises, dóciles a la mano del hombre, incansables, llenas de semillas amarillas que en lluvia intermitente e interminable caerían entre los surcos mecánicos durante kilómetros, entre los surcos geométricos, bajo la cobija del cielo asoleado, limpio de aves, limpio de nubes. Y luego, entre el campo cercado de muros, con canales rectos, impecables, perfectos, el agua rebelde y tumultuosa de los ríos, ascendiendo amaestrada, tranquila, atenta a la voluntad del hombre erigida sobre las compuertas de hierro para regar toda esta

NUESTRO PAN

tierra hasta hacerla lodo; y, después, regresarse a su cauce, mermada y triste como un buey recién capado; anhelosa y piafante como ternero al salir a la sabana.

Surgirían las matas de arroz, verdes, lustrosas, alineadas, organizadas. Fuertes. Nuevas. Ricas. Arrozales modernos levantados por la inteligencia humana. Cosechados por hombres aderezados con botas de caucho, con guantes, robustos y con la canción a flor de labios.

Eusebio Sandoval no veía el campo arisco de ahora, ni los montubios flacos, color de mate por el paludismo. Sólo veía el tractor que caminaba tierra adentro. La máquina que llegaba al campo que no fuera jamás arado, que nunca fuera abonado. Su corazón galopaba enardecido por el sueño. Tras la reverberación de la solana asomaba sonriente su hijo. El tercer Sandoval ligado a esta tierra. No había tras la cabecera de su cuna sangre como la a cuya vera había crecido él. Sobre ese destino que ya era en el vientre de una mujer resonaba esta orquesta de motores soñada por el padre. Sus músculos estaban agitados por un temblor. ¡Ah, el campo empuñado por la voluntad de un hombre! Tierra metida por los poros a su sangre, bebida en los pechos de Magdalena; tierra resonante en la voz de mando del viejo capitán Sandoval; tierra humedecida por la sangre de su abuelo Mosquera; tierra que lo desvelaba en las noches de estudiante pobre; tierra generosa de dinero para facilitar la dicha de su hogar; tierra que lo llevaba, ¿hacia adónde? Aquí estaba ahora metiéndose a él por las narices en el aletazo ácido de los manglares distantes; por los ojos luminosos en el amarillear de la paja reseca; por los oídos en el grito de los carraos y de las santacruces. Tierra que lo envolvía en el aire unánime denso de polen, de humus, de sal. El Rauta de espaldas ocres iba espacioso y vertiginoso hacia el océano eterno. Los manglares de la orilla peleaban con sus olas por la tierra. Los gavilanes volaban rojos como piedras encendidas. Y el tractor remecía la sabana tal que los primeros dolores de la parición estremecen los huesos de una mujer. Entre tanto, los montubios lo seguían agitando las manos, riéndose, brincando pero sin hablar ni cantar.

III

—Ud., don Cruz está bien. Nosotros somos los propiamente jodidos. Para ustedes, tanta agua, está bueno; requete bueno.

Conversaban al pie del fogón, manchados por la luz del candil. Don Cruz, no miraba a Pedro Sánchez, que le hablaba.

—Vos, Pedro. ¿A cómo están pagando el carbón?

Era un tiempo en que él hacía carbón para su tayta. Allá comenzaron sus manos a encallecerse. Desde entonces las cosechas habían pasado por su vida como los días y las noches. Dejó el carbón. Se vino al arroz. Cosechas malas y cosechas buenas como días con sol y días nublados. Pero siempre había esperado algo. Hasta sus hijos vinieron a semejanza del arroz cosechado: un varón y una hembra.

—¿A cómo dices que están pagando el carbón?

—Los revendonos, a siete reales.

Sentía que todo se acababa. El blanco traía máquinas, cambiaba las siembras y las cosechas, quería sembrar en cualquier tiempo. Pero sólo en las vegas se da en verano. Para el arroz, el invierno. ¿A qué todos esos fierros y esos motores? Sin máquinas tuvo buenas cosechas. También es cierto que los tiempos eran otros. Y -muy adentro de él, sin comprenderlo claramente, así como se siente la culebra sin verla- sentía que él se iba, que debía irse con el tiempo pasado. ¡Ay, su hija, la Zoilita, preñada por Manuel....! Si pudiera tener lo que había dejado regado en la vida como semilla olvidada para ahora.....

A su lado, Eudocia servía de comer. Tenía de donde se juntan los ojos, a la nariz, también dos trillos -uno a cada lado- que habían dejado las lágrimas. Y en los ojos estaba patente el cansancio.

—Vea, don Cruz, con el aguacero de anteanoche, perdimos la canoa. Se nos mojó todito el carbón que llevábamos. Y en Guayaquil no quisieron pagarnos más de un sucre saco.

—Yo te dije que hagas desmonte.

—Eso también es verdad. Pero Ud. sabe que no tenía semilla.

—El patrón te hubiera dado.

—Claro que sí. Pero ya le estoy debiendo mucho. Y con lo bajo que lo están pagando.

—Estamos de malas. Anoche y anteanoche llovió sin descanso. Hay mucho mosquito. Me creo que tanta agua es la que tiene a los muchachos con calentura con frío.

Manoteaban matando mosquitos. Silbaba viento por entre las rendijas de las cañas; movía el pelo de los hombres, alzaba sus cotonas, se llevaba el humo del cigarro; se oía moverse las hamacas, sacudirse los toldos violentamente.

—El aguacero. Ya era seguro con el calor que ha estado haciendo.

Se oyó gotear fuerte sobre el techo de bijao. Algunas gotas entraban por la ventana enorme.

—Zoilita, anda a ver la ventana y tápala para que el aguaviento no moleste.

—Bueno.

Trinaron adentro la cañas del piso y se rompió el silencio del cuarto con una canción dolida, lejana, larga, como aguacero de marea.

—Con todo esto, don Cruz, ¿dónde vamos a dar?

Ardía dentro de él la canción de Zoilita. No debía irse de su lado; pase lo que pasare, se quedaría con él; si el mo-cito Balladares no era hombre para mantener mujer con hijo; él, viejo y aporreado por la vida, sí lo era, ¡carajó! Y se lo probaría al mangajo ése, manteniéndole la mujer y el hijo. Estaba punteando bien la última cosecha. Que venga el guagua y todo. Con la cosecha se arreglaría. Era la última cosecha, la última. Porque para él después de esa cosecha todo se vendría palo abajo. Pero la Zoilita no se iría. Se quedaría con él. Allá vería cómo se arreglaba la cosa. Cada niño trae su pan bajo el brazo....

El viento entraba; la llama del candil lengüeteaba a todos lados; en el fogón las brasas mugían. Raspaba el piso un papel rodando.

—Mal año, don Cruz; al menos para nosotros.

La luz de este candil era más sucia de humo, más untada de noche. Por entre los rincones, medio rojos, medio cenizos, estaban tendidos en el galpón. Abandonados a la brisa aguachentosa que pasaba rápido, sin recordar ni desear; tan sueltos como sus cotonas o sus cabellos al viento.

Manuel Balladares, el viejo, estaba arrimado a la ventana. Sus ojos, noche adentro, veían la marejada susurrante del sembrío. Oía la seda del arroz raspando al viento. Y acá, los patillos picoteando lo sembrado.

—Hasta estos pájaros friegan....

Su hijo escuchaba tendido boca arriba, el glosar de la guitarra de Toño. Pablo Alarcón fumaba tendido en una hamaca.

—Pués, sí; para qué decir: todavía no me acostumbro a la vida de amaridado. Todavía quiero venir mis ratos a pasar por aquí. Me parece que estoy solito otra vez. Pero ya no puedo. Ahora hay que sudarla duro macizo. El chico abre la boca y pide arroz y sopa.

Manuel Balladares, el viejo, hurgaba la noche. Acaba de oír lo que dice Pablo Alarcón. El lo ha visto enfermo, -tiene paludismo- tiritando de frío, metido en el lodazal del sembrío, trabajando con la piel granulada y los ojos vidriados de la fiebre sin querer irse a casa.

—Medio día es medio día y si uno no lo trabaja no se lo pagan.

El sí lo comprendía. También sabe lo que es tener hijos. Sabe que amarran fuerte. El hombre que se hace de hijos ya no puede andar para donde quicra. Se enreda al trabajo como un negro. Todo el dinero se lo tragan esos pedacitos de gentes. Pero, ¡qué carambas!, si no se es macho no se tiene hijos.

Se oye altísimo el vuelo alharacoso de una bandada de patillos.

—¡Ahí vienen los mierdas!

—¡Putá, con los pájaros!

El también los oía. Incluso, los veía como una cosa oscura que se moviera entre la lluvia. Y sabía que ésos y la langosta eran los enemigos.

Los hombres duermen estirados y aplastados por un sueño pesado; en los rincones, sin taparse; y en el suelo, despeinados, sucios, fatigados. Cuántas veces ha visto esos hombres así. Sólo unos años dejó de verlos. Cuando se unió a la Jesús, la madre de ese hijo de Dios, que lo tenía ahora mordiendo los labios. Porque con lo que había hecho, no tenía cara para presentarse ante su compadre Cruz. Pero así son estos mozos. Con otra que lo hubiera hecho no le importaría, pero con la hija de su compadre... Ya lo obligaría a cumplir como hombre, porque entonces, ¿de qué valía que toda la vida se haya pasado al lado de él enseñándole a ser hombre de verdad? A palos lo haría ser hombre. ¡Qué carambas! Con la hija de su compadre no se abusa. Con otra vaya. ¡Pero con la hija de su compadre espiritual! Y tan buen hombre que era don Cruz.

Su hijo se había dormido en medio cuarto. Esperó a que todos se durmieran. Oía croar a los sapos hasta muy lejos. Se quejaban las ranas: Ay-Ay! Ay-Ay! A veces una lucecita pasaba entre los árboles. Tal vez, allá, en el río lejano, viajaba una balandra. Roncaban los peones de la hacienda. Venía el olor de su cuerpo sudado, acre, olor de Balladares- de gente macha para el trabajo. Oyó el quejido de un ternero. Un chanco hozaba bajo el galpón. Se inquietaban unas gallinas.

Cuando se cercioró que todos dormían profundamente, fué hasta su hijo y lo remeció llamándolo quedamente.

—Manuel, Manuel, ¡levántate!

Se sobresaltó el mozo. Se levantó con los ojos cerrados.

—¿Qué? ¿Qué pasa, tayta?

—Despiértate que quiero hablar con vos. Ven acá, carajo. Ven donde tu tayta.

—Pero, tayta, ¿qué he hecho yo?

—¿Y te parece a vos que no es hacer nada haberse tirado a la hija de mi compadre Cruz? ¿Y te parece que no es nada no ser macho? ¡Carajo, mequetrefe de mierda! ¿Para qué has empuñado a mi ahijada? ¿No sabías vos que esa chica es mi ahijada de pila?

Temblaba la voz del viejo. A Manuel le parecía que los mechones grises brillaban como candela. Temblaba la carne fofa en la cara brotada de venas, en el pecho laxo, en la barriga prominente. Tenía cogido al mozo por los brazos y lo remecía como a un muñeco. Lo creyó loco. Nunca lo había visto bravo. Ese viejo que nunca se había disgustado ni llorado de pena, ni cuando la Jesús se apagó, lo asustaba con su coraje súbito.

—¿Sabés vos que un hombre que se mete a tener hijos debe ser macho para no negarlos y mantenerlos de hombre a hombre? ¿No has oído al flaco Alarcón lo que decía ahora? ¿No te ha hincado nada lo que decía ese pobre hombre que está enfermo? Te he estado aguaitando, y te has quedado como si tal cosa. ¡Carajo, no pareces hijo mío! Yo sí he sabido ser cristiano. Y vos nó.

Alzó las manos, mientras gritaba y abofeteó a su hijo. Una, dos, tres, quién sabe cuántas veces. Gritaba enfurecido y lo golpeaba.

—Aprende a ser macho, ¡carajo! Ya le dije a mi compadre que te joda nomás. Que te mate. Vos no pareces hijo de tu tayta.

Manuel estaba desconcertado. Intentó golpearlo, pero no pudo. Las cachetadas lo cundían, lo aturdían los gritos. Al principio vió los ojos del viejo: chispeantes, abiertos, desorbitados, y la boca torcida, remordiendo las palabras, la garganta estrecha para la voz con que quería gritarlas. Después no veía nada. Sentía las manos cayendo, machacando, golpeando y los gritos insultando, renegando de él.

—Ya, don Balladares, cálmese, estése quieto que va a matar a su hijo.

Dos manos gruesas se habían aferrado a las muñecas del viejo y lo tenían clavado en el suelo.

NUESTRO PAN

De pronto rompió a llorar a gritos.

—Maldita sea mi perra suerte. Ya no podía más. El otro era mi compadre y me dijo que lo iba a machetear. Pero él tiene la culpa. El, que no supo ser macho o aguantarse.

Había estado callado mucho tiempo. Había tenido que darle la razón a su compadre Cruz. Había tenido que decirle que machetee no mas a su hijo. Y Cruz lo hacía porque no era hombre que andaba con vuelveluegos.

—No aporree nunca al pobre 'viejo, Manuel. Usted no ha salido nunca de debajo el brazo de su tayta. Pero este arroz que usted va a coger se ha sembrado en esa montaña que nosotros deshicimos.

—¿Y qué hay con eso y con lo que me ha pasado a mí?

—¿Cómo qué hay? Que tu tayta ha sido desmontero como yo. Que ese trabajo lasca la vida como el gancho la beta de la hamaca. Que ya el Pipón está viejo, y que vos, mozalbete, debes arrimarle el hombro a esa casa vieja.

El aguacero crecía en fuerza. Sonaban como balas en la tierra, las gotas de agua al caer en la poza.

—Andavéte ahora donde tu tayta. Dile que te vas a portar como macho y pórtate como macho, ¡qué carajo!

IV

Sentados él en la hamaca; ella en el suelo, amamantando al crío. En el fogón gorgoriteando un tacho. El día sin sol luminoso, con un sopor opaco, durmiendo los perros sin reparar en las moscas zumbonas. Un lejano silencio esparcido por todo el campo. El viento perdido quien sabe dónde. El hamaqueo de ella con el guagua en el regazo hacía que las varengas del piso crugieran. Pedro Sanchez sabía: las máquinas jamás han hecho otra cosa que desalojar hombres. No le había gustado la llegada de esa máquina traída por el blanco. Cada cuál sabe su negocio. El doctor Sandoval sabía el suyo. Pedro Sánchez conocía el que le atañía. El doctor iba en pos de la riqueza. El no. Nada más que dónde ganar su pan diario buscaba. ¿A qué interesarse por más? ¿Que hombre pobre jamás tuvo otro horizonte?

E. GIL GILBERT

—Ya sabes, Domitila, tenemos que irnos. Esto se pone malo.

—¿Irnos? Pero, ¿a dónde, Pedro?

—A Guayaquil. Esa es mi tierra. Yo me vine por darte gusto. Nada más. No me acostumbro en el campo. Y aquí sólo se está a expensas de un gamonal de éstos. No me enseño.

—Tú eres el marido, tú mandas. Pero fíjate. No es que yo quiera mandar ni mucho menos. En la ciudad tenemos que meternos a un cuarto, no podemos tender la ropa del chico porque no hay donde; el agua es medida; el carbón y la leña son caros. Lo mismo que el plátano. Allá no se puede criar animalitos. Aquí más que sea su gallina ceba una. Y cuando está de Dios hasta su puerquito. Y andando con buen pie, se puede tener su vaquita, su burrito....

—Todo lo que dices será. Pero nos vamos. ¿No ves que ya los serranos han venido? ¿Por qué crees que los ha traído? No quiere más desmonteros. Quiere gente a salario. Con tu padre trabajo y es otra cosa. Pero a salarios para el tipo ese, no. ¿A qué cuenta? De aquí nos vamos.

La mujer alza desde el regazo al pequeño y lo besa. ¿Cuánto dinero conservan aún? Quedaba algo de lo que gastaran en la gran farra del bautismo. Ah, la farra.... Mataron la pava que compraron pqueñita donde el viejo Tomalá y que criaron con maíz y polvillo; hicieron chicha de maíz y de arroz, empanadas de plátano. Cantó el mozo Balladares. Bailaron toda la noche. Había cerveza y puro. Y todos estaban contentos porque el año había sido bueno. Y porque no se acordaban de la Rosa Eufemia que huyera con el Guaco. Hasta que la borrachera se fué acercando, bulliciosa al principio, llena de vivas para el cristianito, para los padrinos. Congestionada de risas. Encendida de baile zapateado. Violenta de apretones en la cintura de las mujeres. Fragante en los alientos propicios ya. Y de repente, en un rincón se apagó en el llanto baboso de su padre, el cholo Jaramillo. Llanto untado del recuerdo de la hija fugada. Con su hipo hiriente y chillón. Abrazado a Pedro Sánchez, gimoteándole que, a pesar de ser guayaco, era hombre de trabajo y honrado, sin mancha de sangre en las manos. Hombre cuya cabeza no tenía por qué agacharse. Así bautizaron a Jacinto Sánchez.

NUESTRO PAN

—No quisiera irme, Pedro. Tú sabes que contigo me siento segura, pero mi madre está un poco vieja. A mi taya se le ha pegado la pena desde que Rosa Eufemia salió con su mal paso....

—He dicho que nos vamos y ¡san se acabó! No soy hombre para dejarme morir. Tú eres mi mujer y te vas conmigo.

Habían pedido la tierra. Solamente la daban en alquiler con plata. No querían recibir en producto. El doctor Sandoval, sonriente, con palabras gentiles, invitaba a la gente a quedarse trabajando a sus órdenes.

—No puedo dar más tierras para que las trabajen por sus cuentas. Quiero destajeros o trabajadores a salario. Necesito gentes con quienes contar de firme....

—No, doctor. Así no está bien, que digamos.

—¿Por qué? No corren ningún riesgo, tienen el salario seguro, tienen la venta fija. El año pasado les fué bien. Pero, ¿quién les asegura la cosecha de este año? En otros años he perdido mucha plata. Ustedes también. Algunos han podido sacarle el bulto a la deuda, otros nó. Les conviene quedarse conmigo.

—No, en esa forma no me conviene.

—Está bien; que te pagues de tu gusto. Tierras no alquilo. Ni una pulgada.

¿Peón? ¿Pedro Sánchez? Los ríos eran anchos. La ciudad, grande. Como cargador, como estibador, ganaría buena plata. Para criar al chico. Para tenerlo en la escuela. Acaso -¿por qué nó?- iría al Vicente Rocafuerte. El Malecón es una calle que sigue la cadera del río, ancha y pavimentada, siempre atosigada de tráfico. En la noche brilla, como si estuviese húmeda, circuída por un brazalete de hombres dormidos en los portales en espera de la llegada de los nocturnos vapores que vienen del campo montuño, llenos de cosas que cargar a precio de mala noche. El Malecón parece vacío; pero para el hombre que sabe arrancar la clientela a los otros, que sabe meterse a pesar de

E. GIL GILBERT

los Guardas y de la Policía portuaria; por la humedad que riela a filo de los portales, por el frío que saca la cabeza del Guayas; viene llegando el dinero.

Y una madrugada, llenando de sus bártulos la canoa de montaña, cargando al chico y a la mujer, bajo la gran tristeza boyuna del cholo Jaramillo, ante el silencio de pena acostumbrada de la vieja, la Carlota Jaramillo agitó el pañuelo, el chico comenzó a llorar, y Pedro Sánchez dijo un grito de "Hasta la vuelta", mientras enfilaba la canoa para el gran cordón de la corriente. ¿Para qué cantar? Las pétreas miradas de los serranos lo seguían. ¿Siempre habían de andar las gentes como Judíos Errantes?

V

Ni el cigarro logra ahuyentar la soledad. Porque la mayor parte de las veces la soledad no viene de las cosas asoleadas, de las palabras de los hombres, sino que surge desde muy adentro; más profundamente que de las entrañas que se mueven y palpitan. Por eso es que cuando el cigarro no es compañía, la canción sirve para llevar a flote la soledad o la tristeza o la alegría. No era nada el dolor de las cachetadas. Sabía aguantar las hondas heridas de un machete. ¿Recuerdan la vez que lo quemó una beta? Solamente al ver la carne abierta, muy parecida a los camellones por donde caminan los animales en el invierno, el calorío corre por todo el cuerpo.

Empero, estas cachetadas le dolían. ¡Ah, la marca de las cachetadas no queda precisamente en la cara!

—¡Vea, déme otro cuarto de puro!

A pesar de que el viento traía un ancho olor de sabana quemada, tan hondo e íntimo, en la tienda se percibía más un apelmazado heder de manteca, salchichones, cebollas, especias; y un ligero olor de ropa engomada y nueva. Surgían en coro descoyuntado voces de compradores y discusiones de bebedores.

Manuel Balladares, mozo, bebía jugo de caña, alcohol puro, que sirve para hacer que la cabeza dé vuelta y que de tanto darlas salga la pena, la tristeza; ¿y esté dolor de las cachetadas?

NUESTRO PAN

Sentado, quieto, en silencio, saboreando con fruición, en una mesa estaba un hombre moreno. A pesar del color, no era negro. La frente se curvaba casi con dulzura y limpiamente, amplia y tersa. La nariz, recta, severa, sobria. Los ojos grandes, café, transparentes, en medio de ojeras cárdenas y brillantes. Cejas de buena curva. La boca graciosa, mejor estaría en una cara de mujer. El mentón firme, sin dureza. Recto de cuerpo, lleno de carnes macizas sin musculatura resaltante. Vestía camisa rosada de seda brillante. Pantalón de casimir tornasol y zapatos de hule con espuelas grandes de plata. Quieto, con ojos de quietud especial. Si se miraban de veras se sabía que veían todo sin fijarse en nada. Y estaba la mesa colocada cerca de la puerta en un ángulo próximo a la pared, tan próximo que un hombre no pasaría. Desde allí veía no solamente toda la parroquia de la pulpería, sino hasta las genies de los portales y los caballos. Su revólver estaba sobre el hígado y no sobre los riñones. Bebía cerveza a sorbos pequeños. Y con su aire de presente ausencia, atraía la curiosidad de todos. Con una mano sobre el muslo y la otra sobre la mesa, impassible. Bebía como para hacer tiempo y no para emborracharse.

—Ese es Emérito Quinto.

Y ya no había que preguntarse si la parroquia de bebedores eran su gente.

—Ha desafiado al político. Le ha dicho que se llegue con su gente a esta pulpería del chino Wong, que si hasta las diez de la noche no ha venido lo va a sacar de la tenencia o de donde esté. Parece que el político le está tendiendo una celada. Pero a Emérito Quinto el día que lo encuentren muerto lo van a hallar con balas en la espalda o el machetazo en la nuca.

—Otro cuarto de puro.

Las voces de la otra gente comenzaba a hacerse trapesa. ¿Para qué venían tan a menudo las mujeres y los chicos? Seguramente eran lambones del político. O meramente curiosos. ¡Ah, una canción hacía falta!

—¡Páscme, compadre, la guitarra!

E. GIL GILBERT

Los ojos de Emérito Quinto se quedaron mansamente quietos sobre el mozo Balladares.

—¿No ha oído? Páseme la guitarra. Estoy haciendo el gasto y quiero cantar.

—Está dañada la guitarra.

—¿Qué le pasa? Si no hay cuerdas, que las compren que yo las pago.

De entre un grupo se levantó un hombre, guitarra en mano, poncho al hombro, machete topeteando la cadera y los muslos.

—¿Qué hubo, aparcerito? ¿Qué hace por aquí?

—¡Ah, carambas! ¿Qué es, pues, de tu vida "Guaco"?

Tenía al "Guaco" Moreira en su delante. Sin el susto de antes. Sin su facha de venado bebiendo agua en bebedero de tigre. Y se dieron las manos, riéndose.

—Acompañe, pues, a terminar este purito.

Y se fueron tragando puro y aseleando recuerdos para sus ojos encendidos de borrachera.

—Y desde que me salía con la chica, tras de mis espaldas andaba la rural. Tuve que decírselo todo a la hembra. Y como ya estaba empuñada se quedó conmigo. Pero el hombre que la rural le pisa los talones parece que un tufo cualquiera lo amalea. Trabajo no había en ninguna parte. ¿Sabes, mozo, lo que es andar con una hembra empuñada que dependa de uno? Tú no lo sabes, ¿cómo vas a saberlo? Ella estaba empuñada de mí. Ya me la había sacado, ¿sabes?, y había sido niña, purita. Y estaba empuñada de mí. Todavía me acalambro cuando recuerdo las noches que me pasé con la otra. Esa mujer me abolló la vida. No me dió hijos y me desgració. Y esta nó. Cuando estaba empuñada parecía borreguito. Ya ni me preguntaba lo que antes. ¿Por qué mataste para que te sigan los rurales? Nada, nada. Pero en la sabana no puede vivir más que el animal. El hombre no puede. ¿Qué va a poder? Y hombre con mujer, menos. Pero ya era como

NUESTRO PAN

el malo. Jamás había trabajo para mí. Y un día me topé con ese bendito hombre que está allí: Emérito Quinto. Todo fué que me vió para decirme:

—“Ve, no seas sobado. Ya no tendrás trabajo en ninguna parte; ¿no ves que ya no eres honrado? Tú eres ahora como la mujer brincada. ¿Crees que sólo la mujer tiene honra? Vos también. Mujer aprovechada, mujer que ya nadie se casará con ella. Para moza nomás vale. Vos ya no tendrás trabajo de firme. ¿Quieres venirte conmigo?”

—Y ha sido como mi Dios. Por ese hombre bendito tengo todo. Y un chico lindo, lindo.

—¿Un chico lindo? ¿A quién se aparece?

—Los ojos son de la mama. Y la boca. Pero el resto y el plantaje es mío.

—¿Quieres cantar las canciones de antes?

—¿Para qué las canciones de antes? Yo no quiero saber nada de lo de antes. Entonces estaba tirado bocabajo. Les tenía miedo a los blancos, a los negros, a los rurales. ¿Te acuerdas de mis miedos? Estaba solo. Nadie me hacía caso.

—¡Canta, carajo, las canciones de antes!

—Ve, Manuel, con vos hemos sido hermanos, hermanos de verdad.....

—¿Te acordás de la Zoilita?

—Y como nó....

—¿Sabías que yo la carreteaba?

—¡Ajá!

—Entonces canta, ¡carajo! ¡Canta las canciones de antes. Yo pago para que me traigan las guitarras. Yo pago para que me canten. ¡Canta! Quiero que me canten mis canciones. Vengan los tristes. Quiero canciones tris...

—No canto, ¡carajo! ¡No me dá la gana!

—¡Ajajá! ¡ajajá! ¡Só Guaco majadero! ¿No cantas? ¡Ajajá! ¡Jajajá! ¿No cantas? ¿Y si digo que tú....

Y los pasos lentos de Emérito Quinto llegaron. Sus manos grandes, de cuero fuerte, se agarraron de las cotonas.

—¿Y para qué esa bulla muchacho mocoso?

La mirada de Balladares tropezó unos ojos plantados que miraban de frente y caladores. No eran ojos llameantes ni adormecidos. Parecían que al mirar nada hicieran. Pero se sentía como descubierto, como desnudo ante ellos.

—Si quieren beber, aprendan a emborracharse. Y no anden cluecos con un cuarto de puro.

—¿Y....

—Déjalo, Manuel, déjalo. Tú no sabes lo que puede pasar.....

—¿Quiere beber con nosotros....

—Quiero que no sean pendejos y que se dejen de bullas. Aquí va a sonar un chivo de hombres y no queremos muchachos llorones y con cabeza de pollo.

Y se fué otra vez, sonando sus roncadoras contra las tablas. Y el Guaco Moreira acostó la guitarra sobre sus muslos duros y apretados bajo el pantalón. Sus dedos de caucho comenzaron a brincar. La música llegaba desde lejanas y hondas distancias. ¿Cómo saber si salía desde alguna parte de ellos mismos o llegaba de algún lugar para envolverlos?

—Beba, compa; beba.

—No, gracias; no quiero beber mucho.

—¿Sabes, Guaco? La chica está preñada....

La voz apenas era mas alta que las notas bordoneadas. El viento de la noche entraba rumoroso, con olor de pueblo, mitad de fango, mitad de sudor. Alguna otra guitarra espunteaba los filis de la noche.

—La Zoilita, la hija de don Cruz. ¿Sabes? Ha sido ahijada de mi tayta.... está empuñada.... yo no quiero hacerme de ella.... no quiero tener mujer de asiento....

NUESTRO PAN

¿Ese no era el pasillo que cantábamos cuando tú...? Yo no sé. La chica es buena. No quisiera hacerle mal.... tú mismo me dijiste. Esa chica es criada en otra forma. ¿Qué quieres que haga? ¿Cómo querías que supiera que se iba a empreñar?... Tengo miedo, Guaco. También sé lo que es el miedo....

—Yo ya no... ya no tengo miedo...

“Para envolverte en besos quisiera ser el viento, quisiera ser todo lo que tu mano toca, ser tu perfume, ser hasta tu mismo aliento para poder estar más cerca de tu boca”.

La música parecía arrancada de un quejido amoroso, de un animal en la sombra. Música triste como una tarde nublada. Como música de caracola. Como balido de ternero guácharo.

—¿Esas son las canciones de antes? No la cantes. Yo quisiera que la chica se venga conmigo.... pero no quiero.... no quiero....

Un “Diostedé” cantaba por rareza en la noche. Los perros alzaban sus hocicos para aullar a las nubes invisibles. Distante se oía el ronco mugido de un toro encelado.

—¿Y no sabías la última? Mi padre.... mi tayta, el viejo pipón, me pegó. ¡Me pegó a mí! ¡A mí que soy un hombre hecho y derecho! Por más que me restrego la cara fíjate aquí en la cara, la cicatriz.... ¿La ves, Guaco?... ¿Te acuerdas que tú me decías que no te creyera loco? Más puro, Chino, más puro. Todos los barriles del estanco, que aquí la plata sobra....

—No, hermano. ¿Para qué dice tonterías? ¿No hemos venido a beber? Bueno, bebamos. ¡Pero no digas pendejadas!

—¿Quién dice pendejadas?

—Tú, pues, ¿quién va a ser?

—¿Pendejadas? ¿YO? ¿Pendejadas?

—Sí, hombre, sí, tú.

E. GIL GILBERT

—¿Sabes lo que me estás diciendo? A mí, a tu hermano del alma. Yo que te he dado lo que necesitabas....

--No me encares....

La guitarra estaba en silencio con el ramo de cintas caído. Y también los hombres que se miraban.

—¿Sabes? Ya llegaron. ¡Los serranos!

—¿Los serranos? ¿Y qué hay con eso?

—Los serranos.... ¡Ay, hermano! ¿No sabes? Los serranos.... Han venido porque la gente de aquí.... nos vamos.... nos vamos al Guayas. ¿No sabes que en el Guayas hay fábricas....

—¿No quieres beber? ¡Bebamos, pues! El aguardiente es bueno, mismamente como la canción. ¿Cómo era la canción que más te gustaba? Déjame puntearla por aquí...

—No. Quiero que estemos callados. Yo estoy borracho. ¡Borracho! Pero tengo una luz metida no sé donde. Una luz Déme otro trago. ¿No sientes que te has ido? Tú nó. Pasañte por aquí. Pero yo he nacido para el desmonte. Desde mi tayta. A mí me engendraron porque se hizo una buena cosecha. Y trabajaron y trabajaron peleando otras cosechas para que creciera. Y ahora... ¿No has visto las caras de tristeza de los viejos? Los viejos están muertos. Muertos. Ya están acabados. ¿Pero nosotros? Tú eres jóven y te has hecho cuatrero. ¡Cuatrero! Tú también estás como el polvo. Anda véte con el viento. Anda a venadear tu propia vida. Todos estamos muertos... m-u-e-r-t-o-s....

Las venas brotadas, erizando las sienas de congestiones verdes, hundidos los ojos entre cárdenas ruedas, cloróticas las córneas y la cara toda empalidecida hasta asemejar oyejo de limón. Así hablaba. Ebrio por el aguardiente de la caña. Ebrio por la sangre fustigada, por un silencio apretado contra el pecho durante mil noches desveladas; porque había trasegado puro nada más que para hablar.

—¿Has visto las basuradas en el río? Mala comparación, pero así somos. De un lado al otro. Con la creciente subimos, con la vaciante bajamos. Y en veces las revesas....

NUESTRO PAN

Los ojos fulguraban como pupilas de tigres tocados por el vaivén de la llama del candil. El pelo caído sobre la frente en rizos alacranados. Revuelto en toda la cabeza como viruta de chonta.

—Las revesas . . . Trajeron serranos baratos que no saben trabajar. No han venido los Zúñigas, ni los Tomalás, ni los Bustamante . . . los serranos sí. Los desmonteros de a verdad, no vinieron. ¿Qué iban a venir? No vinieron. Tú andas en . . .

—No te pringues la lengua, compa. Cuidado con aflojar la prenda. En boca cerrada no entran moscas. Eso no debe saberlo ni el chico cuando sea hombre . . .

—El chico. ¿Lo quieres tú? ¿Qué se siente cuando nacen?

—No sé. ¿Cómo puedo explicarte? Pero hay que pasarlo, si no, no se sabe . . . ¿Vos, me dijiste que ibas a tener un hijo?

—Sí, un hijo. ¡Un hijo carajo! Un hijo que aprenderá a manejar la máquina ésa que han traído. La manejará mejor que el chofer y entonces sí. ¡Qué serranos ni qué nada! ¡Ajo! El viejo me ha tundido a puro golpe. Yo me largo. ¿Por qué le voy a aguantar?. Si no hubiera sido mi tayta, te juro que le hubiera pasado algo. Me han dicho que el viejo Don Cruz me anda cuarteando para matarme . . . ¡Ayayay! Hermano lindo, ¿usted ha visto alguna vez vararse un machete en carne de viejo idiota? . . .

—Cállese, ñaño, cállese.

El entrevero de las conversaciones inarticuladas y tambaleantes, se rompió de pronto. Al pararse en la puerta de la cantina el Teniente Político, desde cerca del hígado de Emérito Quinto un fogonazo y un estampido raquítico, abrió en el hombro de la autoridad la puerta para la sangre. Y la puerta donde noche adentro estaban los fusiles arrecostados contra la yerba, acechando la mancha de luz por donde aparecerían los hombres de Quinto. Y hablaron en repique, astillando mesas, en tempestad con rayos de aceros desnudados y truenos de carajos y malditaseas. Los

Los hombres eran más rápidos que las ardillas, buscando trincheras en las mesas caídas y en la sombra arrinconada. Y por un instante un silencio completo. Los hombres agazapados, de regreso de la borrachera. Hasta parecía oírse la sangre manando del cuerpo tendido.

—Me la ganaste Quinto, pero no del todo.

—Para que tu sufrimiento se acabe.

Tres tiros seguidos sacudieron la casaca caki de corte militar. Y luego por tres sifones la voz escarlata y la fuerza y la puntería y la rijosidad se derramó para siempre fuera del hombre.

—Que la tierra te sea liviana.

Y los máuseres comenzaron a cerrar la única puerta visible. Cernían la caña y la tabla, pitando en esguinces templados. Los recortados y los colts contestaban. La luz estaba sobrando. Y una bala quiso extender la noche. Pero la muerte andaba ansiosa y al caer, el incendio comenzó a regarse en gorgoriteo de kerosene, lento, ladino, para alzar improntamente sus brazos de candela, enloquecido, en alarido de indios. Como las tablas no podían correr, crepitan, también desangrándose en derramamiento de resina. El humo aunado con la noche hacían de cómplices de Emérito Quinto y sus hombres.

Manuel Balladares, mozo, veía todo esto. Las palabras habían quedado cortadas con su borrachera. No tuvo tiempo para pensar en el dolor de cabeza. Acaso deseó quedarse para pelear a lado del Guaco Moreira. Pero el incendio, el tiroco, los muertos, lo empujaron afuera. Y por la trastienda llegó a un patio. Oía, viniendo de su delante, el agua del río que pasaba hacia arriba, llegándose del mar. El viento era fresco. Entre el betún de la noche veía árboles blancuzcos. A trepa mono escaló la pared de guadúa. Y corrió hasta la orilla. El agua iridiscente escurría su lomo, gelatinosa, empenachada de trozos recortados a los potreros donde las yerbas se curvaban caprichosas como un arcoiris. Oía los tiros despertando las gallinas, los gritos de los hombres al borde de la muerte. ¿Cuánto tiempo ha-

NUESTRO PAN

cía que había él estado allá? El tiempo puede estirarse como un acordeón. Ya eso estaba tan distante que al encontrar su canoa, al viajar en ella contra la creciente, cuando el agua se oponía a su avance, ya tenía el aian de llegar para hablar con don Cruz. Para arreglar en buena ley lo de la Zoilita. Pero el agua gruesa corría en contra. En contra. Su brazo hundía el canalete ayudado con la fuerza de todo el cuerpo. En sus labios la sed y la amargura espesaban la saliva. ¿Dónde había una revesa? ¿Dónde? Nada hay mejor que meterse en una revesa cuando la contra alarga el río por horas y horas. Chisporroteaba la sal vuelta que viajaba desperdigada. ¿Por qué iría a ver a la Zoilita? ¡Ah, la maldita contra, agotando sus brazos cansados! El cielo estaba abierto. Tras de su oscuridad espesa había una luz de mundos lejanos. Recortaban la fronda anochecida árboles apelmazados. Vulcanizaba las gibas de los Cerros de las Cruces y de Churute lejano. No sabía por qué iba hacia allá. Quizá no quería. Quizá lo anhelaba. Quizá...

¿Y la fuerza de Dios?

I

Le ardían las piernas como si estuvieran abrasadas. Talvez el tenerlas mucho tiempo dentro de aquella agua caliente, con tanto bicho. En la derecha había una gran llaga a lo largo de la espinilla, parecida a las mataduras de las mulas. La carne que estaba al aire era como la carnada que ponen los muchachos para coger jaibas. Se miró largo rato; hubiera jurado que allí le andaban animales.

—Lo que usted tiene es comezón.

—Así parece, porque pica hartó.

—En mi tierra se cura eso con miado y flor de azufre.

—¿Miado de cristiano, dice?

—Ahá.

Las mulas pasaban con sacos grandes a lado y lado; caminaban trabajosamente, hundiéndose en el agua lodosa -parecía mazamorra- hasta las corvas. Algunas veces se quedaban temblando, dilatando las narices, en vaivén rapidísimo de adelante hacia atrás. Los arrieros gritábanlas con voces secas y abiertas. También jadeaban, también se enterraban hasta las rodillas, también parecían mecerse

NUESTRO PAN

sobre sus piernas. El agua ardía, porque el sol se había regado ya hacía muchas horas sobre su superficie, y porque cerca de ella estaba batido el lodo, espeso, podrido que hacía mataduras en los animales y llagas en las piernas de los hombres.

José Aucapiña se miraba ahora la pierna izquierda: tenía tres huecos hondos. Pudiera haber en su interior gusanos blancos, de los mismos que caen a los animales. Se le granulaba la carne y sentía como si algo le atravesara de pies a cabeza, estremeciéndolo igual que una corriente eléctrica. Gusanos blancos, que devoran a los muertos. Ya no le cabía duda: los había visto moverse. Gusanos en él, que estaba vivo y que era hombre. Las arrugas que van de la nariz a la boca, se hicieron hondas. Gritó tan desesperadamente, que algunos arrieros detuvieron las mulas, y de cerca, volaron gallaretas.

—¡Don Pío! ¡Gusanos! ¡Tengo gusanos, don Pío!

Temblaba todo, se remecía como los atacados de tercianas.

—¡Pobre longo, ya se fregó! ¡Mula! ¡Alza, carajo!

El negro Pío, que estaba agachado, cortando la espi-ga; clavó las cejas contra la nariz.

—¿Qué fué, se te llevaron media pierna o te dejaron sin panza?

José Aucapiña quedó quieto. Las aletas de la nariz parecían el pecho de una chocota que está entre las manos de un muchacho; sus ojos estaban húmedos y la cara pringada de sudor.

—Don Pío, los gusanos me han caído ¡Estoy podrido!

—Eso se cura; lo único que te friga es que tienes que ir a meterte en el hospital de Guayaquil, por lo menos tres o cuatro meses.... ¿Qué?..... más... seis meses largos, lo muy menos.

José Aucapiña, lívido, con un terror animal sobre la cara, sintiendo que dentro de él había algo que forcejea-

ba por salir, lloraba, pero no con hipos ni con lágrimas, sino con el llanto que es sudor frío, que es un grito pugnando por reventar la garganta y el pecho

—Diositico mío, un milagro, tú que puedes todo, tú que sólo te basta querer una cosa, para que esa se cumpla.... ¿Qué te cuesta, Diosito, un milagro a este pobre longo? Yo he de ir con mandas a la Iglesia, he de mandar a decir misa en agradecimiento... Diosito mío, Diositico lindo....

—Vé, Aucapiña, andavéte en los burros que van con la carga....

Desde lejos venían en recua interminable los burros y las mulas. Entre los sacos iba un trabajador enfermo. Talvez la fiebre subió violentamente y no lo dejó continuar trabajando. O, como le pasó al cholo Pincay. De pronto se puso transparente de tanto palidecer, se le torció la boca como si fuera a sorber aire para el dolor de muelas, se le cayó el machete de las manos, los ojos se le vidriaron, y se fué de bruces contra el lodo; lo sacaron todo embarrado y destilando agua hedionda.

—Le ha dado pernicioso.

Entonces lo pusieron entre los sacos y se lo llevaron.

—A lo mejor ésc clava el pico.

No sería el primero. Muchos morían. Iban a Guayaquil, al Hospital. Así es como se termina en los desmontes de arroz. Y si se vive, allá vaya cada cual con su cuerpo y sus cosas a seguir rodando, hasta que un día cualquiera la muerte tome un pretexto y se lo lleve.

—Para eso ha nacido el cristiano: para morir.

José Aucapiña llamó a los arrieros. El sol era como un poncho calurosísimo; se reflejaba en la extensión sucia y hería la vista. Se acercaba el arriero con la mula, salpicando lodo, espantándose los mosquitos que zumbaban como si templaron continuamente la prima de una gran vihuela. Ya no vería más ese desmonte limitado por la montaña, donde nunca dejaba de garuar y donde había tanto mosquito.

NUESTRO PAN

Miraba el cielo blanco, a trozos gris, y manchado de bandadas de patillos bulliciosos y desordenados; volaban garzas silenciosamente. Veía el campo sembrado de arroz y de hombres.

Oía los alaridos de los muchachos que pajareaban, medidos en una chocita que parecía nido. ¡Cómo se rompía la luz del sol sobre la cara de los machetes! ¡Cómo se rompía el silencio lleno de la montaña! ¡Cómo se percibía claramente el jadeo de los hombres! ¡Qué respiración tan fuerte la de esos cholos! Era bello ver cómo subían y bajaban los troncos de los hombres.

De improvisto el sol se oscureció, lo tapó una tolda de ramas y de bejucos entretejidos; se retorcían caminos de hormigas que iban y venían secreteándose y corriendo apresuradamente; en una rama alta de cascol, había una casa de moquiñañas; estaban erizadas por el ruido de los hombres que iban debajo.

—¡Guarda la luna!

No tuvo tiempo de agacharse; la rama pasó rozándole lo cara, y, como de mala intención, al llegar a las piernas, se bajó tanto, que le raspó la llaga.

Comenzó a hacer calor suave, sintió como si se metiera en el regazo de una mujer.

—Ya, Aucapiña, aquí estamos en la casa de hacienda.

Se alzaba la casa de madera y techo de zinc. En el portal unos hombres hacían un ataúd con tablas de cajones de kerosene. Tenían las arrugas de las caras como endurecidas y los ojos secos. Hablaban poco y con voz bronca; esos hombres no tenían pena; era algo más eso; algo que no se puede decir, pero que arruga el alma, que endurece la carne de la cara y seca la garganta y los ojos.

—¿Quién fué?

—El cholo Pincay. Del ataque.

Aucapiña lo había visto aquella mañana, cuando lo sacaron chorreando lodo. Torcido. Como si estuviera borra-

cho. ¡Y ahora! Ese ataúd era para el cholo Pincay que había salido una media hora antes que él. Y allá no sabían nada. Y seguían trabajando como si nada hubiera pasado.

—Ya está esto. Vamos a sacarlo, que ya mismo repunta y nos puede coger la noche.

—Y andar, con difuntos por la noche, es malo.

Había refrescado el día. Venía brisa fresca como hoja de amancay. Alguna tijereta bajaba a volar muy cerca del agua, siguiendo un pescado; un carrao solitario pasaba garraspeando su grito de ruedas dentadas.

—¿Y dónde ésta?

—Allí en la bodega del arroz.

Fueron silenciosamente. Abrieron la puerta de zinc, que pesaba y chillaba. La bodega era oscura, cálida. Salió un olor a arroz húmedo y polvo guardado. Se sintió corretear ratones innumerables. Como venían de afuera, al principio no vieron nada. Luego, distinguieron el cuerpo rígido, con la una mano en la cintura, la otra sobre la cabeza, y una pierna recogida.

—Saquémoslo pronto.

Lo cogieron por las axilas y por las piernas y lo llevaron afuera. Las manos de Aucapiña se hacían puño y se estiraban. El arriero que lo había traído abrió la boca y recogía un lado de la cara. Uno de los carpinteros que hacía el ataúd, se ajustaba la correa. El otro se mordió los labios. Miraban el cadáver del cholo Pincay.

—¿Serían los ratones?

—Y entonces, ¿quién, pues?

El cadáver del cholo Pincay recibía la luz del sol de las cinco, medio amarilla, medio cobriza. En lo que quedaba de su cara paseaban moscas y hormigas rojas en miríadas; en el resto había huecos, en los que guindaban hilachas de carne blanca. No había una gota de sangre. Aparecían unas venas y unos nervios guindando, largos. Le faltaba un pedazo de nariz, el ojo derecho y los labios.

NUESTRO PAN

Un diente también hacía falta. La lengua estaba intacta. En la garganta había un hueco hondo.

—¿No ve? Yo dije: no lo pongan en la bodega del arroz. Eso tiene el no oír lo que dicen otros cristianos. Son como el burro: por donde meten la cabeza han de sacar el culo.

Aucapiña abría y cerraba las manos. Estaba pálido. No sentía que los gusanos cosquilleaban las piernas. Abría y cerraba las manos. Pero los ojos no estaban ni dilatados ni ensombrecidos: tan sólo brillaban, brillaban.

—¡Se lo comieron los ratones, carajo!

Ya pasaban los pericos a dormir en las copas de los mangles cercanos. Lejos, balaban los terneros, desde los chiqueros, llamando a las madres que venían al corral. La campana de la hacienda repicaba sonoramente llamando a comer. Adentro de la bodega se oía corretear ratones y raposas.

II

El viento deja la ardentía de sol entre la enramada verde. Y también allí se filtra la luz, entrando la suavidad transparente de la hoja. La brisa pasa sin lograr ausentar el brillo de los ojos.

—Mi cuenta mismo quiero, patroncito.

Aquí.... eso es, aquí esta. José Aucapiña.... ¿Para qué la quieres?

—Es que, vea, usted mismo es razonable. Paludismo tengo. Me duele la espalda tan. Y dicen que la mama muriendo está....

El lápiz llenaba la blanca cuartilla de arabescos negros. Saltaba ágil, dejando la línea, recta, curva, mixta. Números. Multiplicaciones.

—¿Cuánto dinero tienes en efectivo?

—¿Qué ha de tener? Si eso mismo es que vengo a ver. Mi alcance....

—Entonces, mi querido amigo, no se puede ir....

Bajo la frente dura, sin músculos para el movimiento, sin arrugas, color de tierra cocida, aleteó la sorpresa como pájaro sorprendido. Los ojos bajaron sin haber brillado. La lengua humedeció los labios resecos, acaso por la fiebre perenne.

—¿Qué es, pues, patroncito?

La mano tamborileaba sobre la mesa charolada. Silbaba una tonada. Zangoloteaba entre sus labios el ritmo negro. La mirada vaga, distante, ¿qué atisbaba tras la figura del silencioso?

—Que no te puedes ir, hijo. Que me debes plata y tienes que descontármela.

Gimoteaba la vieja Rosa, sentada, sin mirarlos, hilando, mitad en quichua, mitad en castellano.

--¿Qué es, pues? Aquí también hay plata. Nunca nos hemos ido y no nos hemos muerto de hambre....

Humeaba la choza envuelta en azul. La leña del eucalipto crepitaba pernumando al quemarse. Y no era solamente el humo....

—Que no te puedes ir, hijo. Que me debes plata y tienes que descontármela.

—Así será, patrón.

La clara luz del sol hacía que sus ojos inmóviles se refugiaban entre los párpados contraídos. Los pies le pesaban. Mentiroso el Saquizay. ¡Allá sí que la plata se guarda! ¿Quierde, pues, longo de mierda! ¡Quierde! Desde el filo del horizonte hasta cerca del mediodía el cielo estaba atiborrado de nubes blanquecinas. Ni siquiera ver la cordillera lejana. Caminaba y bajo sus pies encallecidos, duros, por primera vez, la sarteneja sabanera le ardía. Sangre adentro. Allá sí que la plata se guarda! Runa verdugo! Quierde la plata?

III

Meciéndose en el sillón de mimbre tejía los escarpines. Desmañadamente se alborotaba el pelo, flotando en

NUESTRO PAN

hebras. Sus moradas ojeras, intensificadas, sus ojos de uva más adormecidos, distantes. Sentía los pasos de Eusebio y su sangre continuaba tranquila. Al besarlo sus labios no tremaban, no ansiaban la fuerza ni el calor de los masculinos. Solamente una alegría la inundaba: saber que estaba dando a su hombre lo que él mas había solicitado. Desde su vientre, por sus huesos y su sangre, los Sandoval estaban yendo a la perennidad. Su vientre iniciaba la curva. Suavemente alzado. Pero la preñez no estaba en el vientre. Estaba en su falta de celo. En la apacible espera de sus pezones por henchirse.

Viéndola tejer, con su cabello blanco entreverado, medido en su poncho de hilo, siempre con su casaca militar, fumando puros de tabaco de Daule, estaba el Capitán Sandoval horas y horas. Miraba a María del Lourdes unciosamente. Sonriendo con vaguedad.

—La madre de tu marido no era así. Era otra clase de mujer.... Me da gusto verte tan en paz....

A María del Lourdes no le eran muy amables los recuerdos del viejo Capitán. Pero él insistía. Alguna vez ya, pasándole la mano por los hombros vencidos, Eusebio le había insinuado:

—Hay personas, papacito, que gustan de hacer participar a otros de sus recuerdos personales; y no se dan cuenta que eso es un poquito fastidioso.

Y a continuación, como quien hablara de otra cosa:

—¿Qué le parece? María del Lourdes está un poquito neurasténica con la cuestión del embarazo. Se ha puesto fastidiosa y le molesta que le hablen de ciertas cosas. Está un poco melancólica.....

—Así era tu madre, hijo. Así son todas. Me acuerdo una vez, aún no habían matado a tu abuelo Mosquera.....

Por eso ahora se estaba en silencio, contemplando a la mujer de su hijo.

No se atrevía a hablar temiendo decir algo que la molestara. Fumaba, alejado para que el humo de su tabaco

no le marea. Atendía embebido al tejer de las manos empalidecidas, ágiles, que revoloteaban como mariposas cremas. Escuchaba el golpear de los machetes contra las pencas de yerbas malas. Oía el susurro de las hojas movidas por el viento delicado. La corriente del lejano río. Se imaginaba al niño que nacería. Moreno, de pelo crespo, saltando, corriendo tras los chivos y los terneros. Riéndose, mostrando los blancos dientes. Fuerte. Gritón. Le separaría potrillos de la yegua ruana, ésa del Perú que le comprara al paitaño Quilay.... Pero a lo mejor los Santistevan no lo dejarían crecer en esta tierra montubia donde habían crecido todos.... ¿Quiénes todos? Todos eran Eusebio. Le habían dicho que tenía otros hijos regados entre la pconada.... Eusebio era todos. Y reía en alta voz....

María del Lourdes, acostumbrada a la silenciosa contemplación del viejo, se sorprendía ante las risas sonoras, venidas desde remotos recuerdos. Y por bromear solía, infaliblemente decirle:

—Quién a solas se ríe, de sus picardías se acuerda.

Era el pretexto para salir del silencio. Ya no hacía más recuerdos el viejo Capitán. Hablaban de la criatura que nacería. El viejo capitán aspiraba a que fuese hombre. Y que lo nombren como los dos abuelos. Esta era la máxima concesión al cariño de su hijo. No faltaba más que ahora, a la vejez, el Capitán Sandoval anduviera mezclando, y nada menos que por la sangre, con los pazguates y pretenciosos de los conservadores esos.

Prendía su cigarro. Lo fumaba ansiosamente. Caminaba sin su antiguo garbo, a pasos cortos, con las piernas algo torcidas, pero aún la cabeza erguida y todavía con la mirada resplandeciente. Entonces María del Lourdes, -con la sonrisa mimosa y la mirada engreidora- apetecía que fuese mujer. Con los ojos de Eusebio.

—Son los ojos de Magdalena. Esa era mujer...

—Me gustaría, ¿sabe cómo?, con el color del padre, la misma forma de ojos, las pestañas negras de él, y mis ojos claros. Pero no para hombre.

NUESTRO PAN

—No puede ser mujer. Nosotros los Sandoval nunca hemos fallado. Siempre los primeros han sido machos...

María del Lourdes, un poco angustiada, temía las palabras que revelaran el ancestro de los Sandoval. Sabía -le habían contado- que este viejo Capitán, abuelo de su hijo en gestación, no era Capitán de los ejércitos de Montero, lo que ya sería pasable, sino capitán de bandoleros. Y no quería saber nada del pasado de esas gentes. Su pasado estaba en otro sitio. Arrancaba desde sus padres, hacia atrás, hasta la Colonia, y aún más. Amaba a Eusebio. Seducida por sus ojos, por su andar, por una fuerza que le salía de todas partes; cuando hablaba, cuando saludaba. Y especialmente, al reír. Había comparado su piel encendida con las pieles marchitas de los hombres jóvenes que la rodeaban. Y tapó sus oídos a los decires de su gente. Amaba ese tórax, angosto en la cintura, ancho en el pecho, brotado en los hombros. Y la luz que manaba de sus ojos y de sus palabras. Le fastidió un poco -nada más que un poco- el afán de hacerse simpático a ciertas gentes. Su fuerza, cómo era amable. Pero se angustiaba siempre ante las palabras del viejo Capitán. Decían que por haber sido soldado era rudo. Gustaba ella de no hablar sino por alusiones a su estado. Y él soltaba, regocijado, la palabra preñez.

—... siempre los primeros han sido machos.

Y él se tragaba la interjección, porque a su hijo le molestaba que la dijese. Ah, cara... cho! La Magdalena, eso era mujer. No se espantaba por nada.

No era gazmoña como esta nuera suya. ¿No? Solamente aquella vez de la viuda de Quiñónez. Magdalena nada dijo. Fué todo en silencio, llorado a obscuras, cuyos rastros eran las ojeras hondas y el semblante pálido. Este viento era el mismo que respiraba Magdalena cuando estaba en la preñez -¡la preñez, carajo!- de Eusebio. El mismo viento ácido, venido de la sabana calcinada. Antes venía con olor de cacao. Ahora ascendía húmedo de las bodegas, con penetrante olor de tamo. Desde ahora que le vaya entrando al muchacho para que se le haga parte de los mismos hucos el olor de esta tierra. Campo mojado con la sangre del

bisabuelo Mosquera, con la fuerza rijosa del abuelo Sandoval. Y con la gasolina -¡con la gasolina!- del tractor que trajera el padre.

Y volvía a reír.

—La gasolina -decía en alta voz, riéndose-, para tornar al silencio contemplador de la nuera que le daría un nieto. Así pasaban las largas tardes caliginosas, sumidos en el sopor de la siesta; ensoñando ella, arrebujaada en profundo calor de su maternidad creciente, hundida en las olas tibias de ternura que la invadían por la sangre. Soñando con los pequeños pies que abrigarían los escarpines tejidos por sus manos nacaradas, de largos dedos, revoloteadores. Un poco espantada por la sangre de los Sandoval, llegada a su hijo, un Santistevan más, debido a la fuerza de que ella se enamorara.

Cuando los brazos de Eusebio la rodearon, alzó los ojos húmedos, tiernos; esperó que la besara. Y prontamente enseñó lo que tejiera en la tarde. El Capitán los miraba absorto. La risa de Eusebio surgía como tras una sombra. La sombra del indio José Aucapiña, que a estas horas andaría mas hinchado y pálido que nunca, flotando a merced de la corriente, ahogado, detenido para siempre en la costa, en el río.

Los indios no mueven un solo músculo. Tan sólo por el fondo de los ojos suele cruzarles una raya vertiginosa de luz. Es menester conocerlos mucho para saber en qué momento la raya aparece. Recién se acordaba que esa tarde la había visto. Al decirle que estaba impedido de irse, atravesó el fondo de sus pupilas densas una luz rojiza.

Alta la Cordillera, asomaba su cabeza en la mañana recién inaugurada, o cuando los vientos llegaban pringados de noche, saltando del río la salpicadura del frío. José Aucapiña era duro como una piedra. Silencioso y oprimido como la agonía de un carnero. Su color de olla no se perdía por nada. Gustaba de contemplar la cordillera más lejana que los horizontes. Acaso, muy adentro de él, hubiese llozado. Acaso, entre las negruras aisladoras de la noche, hubiese derramado, sin hipos ni estremecimientos, sus tristes

lágrimas de yaraví. ¿Quién puede hablar con un indio mitimae? Sus ojos oscuros formados como la almendra, su cara tallada en piedra de volcanes, rumiñahui, no se movían. No suspiraba. Contemplaba los horizontes, cuando cubiertos de nubes, ocultaban la sierra. La sierra, fría, sin estos árboles descoyuntados y que perfuman agriamente al viento; sin este río hondo, aparentemente manso, de corriente ininterrumpida, sin espuma. No hacía más que terminado el trabajo, contemplar el camino del aire para llegar a la sierra.

Cuando la luna viene, los fantasmas del río salen a caminar. Pasan manos de ahogados, tuestas, chorreando agua, magras, enverdecidas, luminosas. Lagartos inmensos, de ojos fantásticos, navegan conchudos y bocones, tapeando con sus trompas, angurrientos tras las manos de los muertos en el río. Las cabelleras de los finados se escurren, soposas, pegándose a los palos, untándose a los barrancos. Y en su pos, las nucas hinchadas, gruesas, desperdiciadas de los peces, aireando las pústulas que inician la podre.

Quién sabe si en una noche de esas el indio José Aucapiña, viendo resplandecer distante, luna trémula, la copa del Chimborazo, alta cabeza de la sierra, quiso ir río arriba. Bajaría con la cara iluminada por el resplandor del gran cerro, todo recto, seducido por el cabrilleo de la luna en la nieve celeste. No hubiera tenido más tiempo que para sentir el frío estremecimiento de las aguas agitadas en su torno, para saber que se cerraban sobre él, apelmadas en remolinos y salpicaduras. Su grito, atorado por el agua que le entraba a barbotones por la boca y las narices, pudo ser oído en un momento, que, sin saber cómo, afloró a la superficie. Sobre la tranquila yerba de arroz, por entre la pajarada que hurtaba el grano, se esparció el alarido, estridente, abierto. Los perros corrieron hasta la margen del río y parados sobre el barranco, olfatearon para iniciar su largo aullido. Coreaban las ranas hundidas entre el lodazal. Y un toro mugía, sordo, sonoro, metiéndose corazón adentro con el miedo. El cuerpo, ya inerte, aguado, del indio José Aucapiña, daría vueltas sin llegar al fondo, asustando a los peces, sorprendidos en quién sabe qué haceres.

Giraría entre remolinos, los brazos haciendo de aspas descoyuntadas, frotándose contra la cara, enredándose en el poncho; las piernas abiertas bailarían un sanjuán laxo, igual en los movimientos a los de patinadores inexpertos. Así iría, aún vivo, pero sin saberlo, muriéndose entre el humus y los restos de los animales y los esqueletos de los árboles. Mientras el aullido metálico de los perros despertaba a los guaguas haciéndoles llorar y sobresaltaba a las mujeres encinta.

- ¿Por qué aullarán los perros?
- Algún cristiano que ha finado.
- El río....
- Los ahogados no gustan estar solos.
- Qué Dios lo acoja en su Gracia.
- Que haya tenido tiempo para el acto de contrición.
- Que, -¿la tierra?- el agua le sea propicia.
- ¡Ay, infeliz que no muriera en su cama!
- ¡Ave María Purísima!
- Y nuestro Señor de las Aguas.

IV

¿Cómo era posible que el tiempo hubiera pasado tan rápido? El arrozal crecido, vasto, hundiéndose en oleadas de susurros, con las espigas fructificadas que iniciaban el abatimiento, era la prueba palpable. Había crecido en tiempo duro. Mas, el sueño del doctor Sandoval estaba cumplido en parte. ¡Ah, la máquina corredora, que llevara velozmente el grano por toda la extensión haciendo un desmonte -este arrozal- grande! Las voces endebles de los chicos pajareadores llegaban a muy poco.

- ¡Ahí va, ahí va!
- ¡Pájaro feo, pájaro malo!
- ¡Aaaaahí vaay!
- ¡Aaaaapa! Aaaaaiijji!

El tiempo se abrió paso por entre el machete que atormentaba la cadera de Don Cruz y que no lo dejaba dormir atendiendo el insomnio de la Zoilita o sus siestas pesadas, interrumpidas de sobresalto al menor ruido, especialmente

NUESTRO PAN

de voz. Solía Don Cruz pasarse noches enteras acostado sobre su petate mientras los perros ladraban o los caballos espantados galopaban. Pesaba en sus manos el mandato de matar. A cada paso lo perurgía la cacha sobre la cadera y la hoja sobre el muslo: "Que la doncellez robada a tu hija tenga más sangre que la que ella vertiera". Empero, la amistad le zarandeaba los pensamientos y la decisión: "Balladares es tu compadre y siempre regarías su sangre". Y el vientre crecía, agobiando su frente.

El tiempo se abrió paso en "La Magdalena" tornándola en un caserío. ¿Soñaron él y Jaramillo y Balladares y el negro Pío cuando durmieron la primera noche en la balsa acoderada al barranco de la montaña que esa orilla sería luego casi un pueblo?

—Nadie más será desmontero. No puedo tener regados los negocios. No alquilaré terrenos ni fomentaré a nadie. De ahora en adelante, las gentes que trabajen, lo harán a mis órdenes. Porque necesito, poco a poco, ir formando una buena peonada propia. Entre las gentes que hay, muchos deben irse

—¿Y? ¿Compadre ¡Estos blancos jóvenes!

La mano cordial del Doctor Eusebio Sandoval, restregada con jabón hasta brillar, caía sobre los hombros de los viejos.

—Todos pueden irse. Ustedes nó. ¿Te acuerdas Cruz? Cuando el viejo no quería desmontar, tú y yo -que era una criatura- lo convencimos. ¿Te acuerdas, viejo?

El tiempo viejo suena como la beta de las hamacas en la varenga de mangle. Y hace posible que las bocas arrugadas por la amargura sonrían.

—Y la blanca Magdalena nos ayudó.

—Qué buena era la blanca.

—Dios la ha de tener en su gracia.

—Todos pueden irse, menos ustedes. Ustedes me enseñaron a trabajar en arroz. Por ustedes estoy aquí de cabeza. Necesito hombres de confianza y fieles. Hombres de

E. GIL GILBERT

respeto y experiencia. Nadie más que ustedes, Balladares, Vega, Jaramillo, Pío, los cuatro como mayordomos; no queda otro camino, viejos

Los gritos de la Zoilita parturiente trajinaban la casa convoyados por los pasos apresurados en pos de las aguas. En la esquina del cuarto, San Ramón estaba velándose. Y San Jacinto recibía oraciones. Las manos expertas, manchadas de sangre, se afanaban por extraer la criatura, rehacia, y detenida por el cordón umbilical enredado al pescezo. La madre, desvernancada, en su último alarido se desmayó.

--Pronto, agua del Socorro!

--Día de San Juan, buen nombre trajiste.

--Bajo el colchón pongan tijeras en cruz para que no haya entuertos.

--Sobre el vientre la imagen del Señor de la Buena Esperanza.

--El niño se ahogó.

--Criaturita del Señor, angelito de Dios.

La cabeza era tan grande, casi como el resto del cuerpo. La piel cenicienta y arrugada, piernas delgadas y encogidas aún con la forma de la estancia uterina.

Manuel María, el mozo, empujado por el viejo, se llegó donde don Cruz. Sin hablar, sin asperjear su dolor, el viejo lo miró de frente. No hizo insinuación alguna. Hasta que la voz de Balladares, algo quebrada se lo aventara:

--Ahí está mi hijo, Cruz; viene, como hombre, a ver a su mujer y su hijo. Es tu yerno, Cruz, el hijo de tu compadre. Y yo, yo vengo a conocer a mi nieto.

--Está muerto tu hijo, mozo Manuel. Todavía no era tiempo. Tu chambonada la hizo abortar. ¡Y era machito, carajo!

De pie, con la voz a punto de hacerse lágrimas, buscaba anhelosamente al recién nacido.

--¿Y no hay nada que hacer?

--Ven acá, muchacho. Tú te la llevaste sin mi consentimiento. Pero ahora, cuando ella puede morir, no es de cobrar pendencias. Ven acá.

NUESTRO PAN

Con su mano fuertemente apretada en el brazo del mozo, lo llevó hasta donde estaba el chico. Las comadronas hacían conjuros y rezaban y lo movían para que no muriese.

—Allí está tu hijo. Pero, no sea marica, caracho. No llore. Plántese con los pantalones bien amarrados. Ya la madre ha chillado con los dolores. Tú anda a preparar todo para el velorio y que ojalá sea de uno solo.

Afuera Balladares viejo, lo esperaba.

—¡Bueno, Cruz....

—¡Y? ¡Compadre....

Para ocultarse entre ellos, volvieron la espalda, caminaron hasta la baranda, donde veían el campo, dando tiempo a que las lágrimas se metieran otra vez.

—Lindo está el desmonte, ¿no?

—Ahá....

El viento pasaba sacudiendo la cresta de las espigas. El desmonte vacilaba, iridisado, con la madurez iniciada. Volaba la peluza pegándose a los torsos desnudos. Los mosquitos se apelmazaban sobre los hombres. Cuando la brisa sacudía el sembrío, se extendía por todo este campo anchísimo un rumor de multitudes. A nada más que al mar se lo podía comparar. La recua de burros y de mulas acorazados de sacos con grano recolectado era interminable. Los hombres eran ayudados en la conducción por niños. Cantaban los muchachos, desleídamente. Y entre el sembrío aparecían las cabezas de los cosechadores.

—Nos falta gente, patrón. Con esto nos zapatea el desmonte. Se nos va de largo. Me temo que perdamos la cosecha.

Para la sonrisa fuerte eran sol los dientes. El doctor Eusebio Sandoval estaba como embriagado mirando su desmonte. Desde su perenne sueño surgían las figuras humanas con polainas grandes, que llegaban casi hasta la ingle, de caucho. Pero de veras, los hombres, las mujeres, los niños que cosechaban estaban desnudos, con las manos san-grantes, cloróticos por el paludismo.

E. GIL GILBERT

—Se nos pasa el desmonte, patrón. La gente no nos alcanza.

—Veremos más.

—Hay que pujarla. Más que sea guayaquileños. Ya ve usted lo que pasa con los serranos. Se van. Aucapiña se ahogó. Andan asustados por eso. No les ha gustado nada la muerte de Pincay.

Los pájaros volaban oscuros, resaltando entre el sol abierto de par en par, y sin temer a los gritos de los pajareadores.

—Tenemos que hacer más galpones. Las bodegas están pequeñas.

—No, yo me voy a Guayaquil mañana mismo. Tengo que hablar con los de las piladoras. No puedo, no debo perder esto.

Gritaban los cosechadores. Las mulas llevaban entre sus cargas de arroz, la carga de los hombres enfermos. Los mayordomos debían pelear con los que se quedaban en casa. La verdad era que muchos se enfermaban. Ya la verdad era que la peluza corría a los hombres .

Sin que nadie lo viera, estaba montado, cerca de ellos, el Capitán Sandoval. Fumando. Sin poncho. Con la casaca y las botas militares. Erguido en la silla. Parecía haber recobrado la juventud. Los ojos brillaban.

—El patrón viejo.

—El Capitán Sandoval.

No sentía la picadura de los mosquitos ni la molestia de la peluza que llegaba en el viento. De sus labios tasajeados inverosímilmente, surgían las palabras lentas.

—Te lo dije, Eusebio. Te lo dije. Mucho para un hombre. Yo hice crecer la tierra. Pero eran otros tiempos. Eran otros hombres. Era yo. Debí tener más hijos. El miedo a la sangre regada sobre tu cuna me detuvo. No fué la muerte de Magdalena. Podía haber preñado otras mujeres. Pero tú tenías sangre a la cabecera de la cuna. Te mandé a la ciu-

NUESTRO PAN

dad pero regresaste. Te dejé casar para que te fueras por siempre. Pero regresaste. La sangre te llamaba. Mucho para un hombre, Eusebio. Qué máquinas ni qué máquinas. Tú no eres más que un hombre. Pero tienes mi pinta . . . ¿Y qué te vale la pinta si los tiempos son otros? Te atoraste, Eusebio.

Había una luz saliendo de sus palabras y de su cuerpo. El desmonte estaba quieto. El viento andaba recogido por debajo de los árboles. Se oía la recua caminar rítmicamente hundiéndose en el lodazal.

—Te faltaban bueyes, Eusebio. Yo tengo en la manga nueva . . .

El río Rauta estaba cobrizo. Nadie había querido creer que la corriente cambiaba de rumbo y estaba cargando sobre la margen de la Magdalena. Se oía, a trozos largos de tiempo, caer la orilla desmoronándose.

—Se te va la vega, Eusebio. No podrás cosechar en verano.

Revuelta con el agua viajaba la tierra de la Magdalena. Una valdivia inició su grito de mal agüero.

—¡Hueco! ¡Hueco!

—La valdivia llama al Capitán Sandoval.

Aún no se atrevía el viento a salir de su escondite. Nubes espesas daban cara al sol.

—No, papá. Esto tiene que salvarse. Ya verá usted. Un Sandoval no se atora nunca. Me voy a Guayaquil. Ya verá usted como esto se arregla.

Un acceso de tos lo envejeció. Perdió su donosura y quedó hundido sobre el caballo. El animal cabeceó para deshacerse de la fuerza que lo dominaba y no halló resistencia. Ramoneó por la paja pisada y luego, omitiendo la voluntad del jinete, se lo llevó para casa, mientras en el camino tascaba la yerba desperdigada.

Eusebio contemplaba a su viejo. Seguía el ritmo del caminar de la bestia, alzados los hombros, salida la espalda, grande la casaca, la cabeza sin fuerza.

—El Capitán Sandoval.

Sí. El Capitán Hermógenes Sandoval

LA DIMENSION DEL HOMBRE

LIBRO CUARTO

NOTICIARIO

DE UN EDITORIAL

HACIA MAYOR PRODUCCION

Hemos sostenido, y será preciso insistir en ello cuantas veces sea necesario, que, cualesquiera que sean los medios que se adopten en orden a la reconstrucción económica nacional, no podrá dar los resultados que se persiguen, sino se atiende a esta cuestión fundamental e ineludible: la producción.

LA VOZ DE LOS PUEBLOS

DE "MONTALVO"

Junio 19.- Podemos decir que ha terminado la recolección del arroz en la presente cosecha, y sus resultados no han podido ser más desastrosos para los que, confiando en sus fuerzas, y con un tiempo bonacible, emprendieron en el cultivo de un grano tan esquivo en sus buenos resultados para el tiempo de la cosecha.

ACONTECER CITADINO

EL GOBERNADOR DEL GUAYAS TUVO AYER UNA CONFERENCIA CON LOS DUEÑOS DE PILADORAS DE ARROZ

El Gobernador de la Provincia, se limitó tan sólo a oír la exposición de los concurrentes, tendiente a obtener la autorización correspondiente para aumentar, en un sucre más, la pilada de cada quintal de arroz, ofreciendo aumentar en un treinta por ciento el sueldo de empleados y trabajadores de sus respectivas fábricas.

CON COMERCIANTES DE ARROZ TRATO AYER EL GOBERNADOR

Iniciada la conferencia por el Gobernador, los citados comerciantes hicieron una amplia y circunstanciada exposición de motivos en torno al problema del alza del precio de la pilada de arroz, demostrando - con lujo de detalles numéricos - que los propietarios de esos establecimientos industriales, obtienen pingües ganancias con el costo actual de DOS SU-CRES la pilada.

ATENCION

EL SINDICATO DE TRABAJADORES EN PILADORAS

Sin mas preámbulos que las sobradas razones del derecho que nos asiste como asalariados; desde nuestras filas invitamos a la clase trabajadora para que robustezca sus organizaciones y emprenda en esta heroica jornada por EL ALZA DEL SALARIO, como único mejoramiento económico, colectivo, nacional; será la organización, será la unión solidaria clasista que nos llevará al éxito en nuestra justa petición: equidad de salario con el costo de la vida. Los trabajadores en Piladoras, Cacahueros y Tabacaleros, que ya nos enfrentamos a la situación de reclamos, debemos, hoy más que nunca, dar ejemplo de solidaridad para que la justicia se haga sentir en beneficio de la clase productora.

NUESTRO PAN

INFORMAN QUE VENDERAN EL ARROZ A \$ 0.65 POR LIBRA

Quito, abril 16. (ERET) — En el Banco Hipotecario del Ecuador se nos ha informado que desde el próximo lunes se comenzará a vender arroz de castilla a razón de \$ 60 quintal, con lo cual el público podrá obtenerlo al por menor al precio de \$ 0.65 la libra.

bro los cuadros que adornaban el salón, Pedro Solari que había venido perurgido a la reunión. Sus ojos pequeños y almendrados miraban soslayadamente. Su carne era arrugada pero inmóvil. Sus labios apretados contra las encías no dejaban escapar las palabras. ¿Y sus pensamientos? Sus ojos chispeaban. ¿Y quién se preocuparía en este salón donde hasta los rincones eran luminosos, de los ojos de brillo, sagaces, de Pedro Solari? ¡Ay, si hubiera rincones donde pudiera él meterse y no estar aquí, entre tanto blanco gamonal! Tarea de almidonados, zorros para los negocios, si no hubiera un Eusebio Sandoval, a quien conociera y en quien confiara, no hubiese venido. Había saludado a todos con áridos apretones de manos. Solamente a él le sonriera y le hablara.

Allí estaba el doctor Eusebio Sandoval; contrastaba la piel tostada y endurecida por el asoleo con el aliño de la ropa blanca. No se movían sus manos con soltura y su risa se estiraba forzada. Inclínaba la cabeza con cierto ademán. Cuando llegara el Presidente de la Sociedad de Agricultores, el doctor Sandoval, con su caminar de tigre, fué a encontrarlo, y estiró las manos con premura, se inclinó mucho y la risa que pendía de los hoyos tenía en los labios un estiramiento y una pulcritud de palo.

—Mi señor don Luis, tanto placer el que me depara esta ocasión. El otro día iba usted tan de prisa y ocupado, que no vió mi saludo.

—Ah, le ruego disculparme. Usted sabe a veces va uno tan abstraído con las preocupaciones...

Y cuando llegara Alejandro Moreno, los fuertes estrujones cariñosos no lograron desaplanchar ninguno de los dos ternos.

—Hombre, ¡a los tiempos!

—¡A los tiempos!

Y fuéranse por los corredores, caminando elásticos, cayéndole impecables los sacos de buena hechura, las cabezas esplendorosas bajo las bujías eléctricas, sobre los pisos charolados, bajo las ráfagas de los ventiladores. Mientras A-

Alejandro Moreno le ofrecía cigarrillo, él sacaba prestamente el encendedor automático.

—¿Quién es ése que se tutea con Alejandro Moreno?

—Hijo de un montubio rico, que se casó con Marujita Santistevan, hombre; ¿cómo no te vas a acordar? Estudiaba leyes, pero no ejerce la profesión.

De entre los grupos diseminados por los corredores saldría, acaso, la frase:

—El Marqués de Sandoval.

—Título habido por matrimonio morganático.

Empero, Arístides Garcés, desde que su presencia fuera en el salón, cada vez que sus ojos cruzaron miradas, sonreía ampliamente, con sus labios macizos. Y Pedro Solari, que arrugaba los ojos cuando otros hablaban, cuando lo hacía Sandoval, atendía pendiente de las palabras, asintiendo, creyendo.

El Director era un hombre rubio, de cara eficientemente arrugada, voz cadenciosa y resonante. Sentado tras la mesa de tapete verdé, con la mano cerca de la campanilla, sin hablar, miraba a los grupos diseminados, y al fin, sonando levemente el badajo, los conminó a acercarse. Y cuando estuvieron todos, entre el penetrante olor de química y de mineral de los asientos, mientras por la calle pasaba jugosamente un pregón nocturno, instaló la sesión.

—Señores: obligados por las circunstancias y por haberse producido hechos atentatorios contra nuestros derechos; por existir circunstancias atentatorias contra una de las fuerzas vivas de la nación, el comercio y la agricultura de esta zona litoral, tan postergada por los gobiernos centrales; ya que los hechos atentatorios contra nuestros derechos nos precipitan, es la hora, señores, de que nuestra voz se deje oír enérgica y sin ambages.

La luz eléctrica empalidecía los rostros lustrados. Alejandro Moreno, vestido a corte impecable, de anteojos cóncavos, hablaba con voz meliflua.

—Todos nosotros hemos hecho ofertas, tanto a los agricultores como a los mercados exteriores, basados en cálculos en los que no se incluían los aumentos de las piladoras. Un sucre, es, aparentemente, una insignificancia, y los dueños de las piladoras se ríen de nosotros, que lloramos por un sucre. Pero, la pura verdad, es que se trata de un sucre en cientos de miles de quintales, y un sucre por quintal! ¿A qué precio nos van a dar los campesinos el arroz? ¿A qué precio lo vamos a dar nosotros? ¿Y qué margen de ganancia nos queda?

—Efectivamente, las palabras del señor Moreno son auténticas. Los agricultores somos los más perjudicados. Vivir en nuestro campo es un verdadero sacrificio. Tenemos que pelear contra tododiós: que ya el cuatrero, que ya la plaga, que ya la gente que se va, que ya el Banco Hipotecario. El que sufre el sembrío es el que menos va a ganar. Porque el comerciante quiere pagar menos y la piladora cobrar más. Ahora, a los intereses y al fomento le echan encima un sucre más, ¿a dónde, pues?

Aristides Garcés callaba. La verdad andaba por las palabras de los que hablan. Sin embargo

—Creo que debemos hacerle un telegrama al Presidente.

—Y al Ministro de Agricultura.

—Pero hay que buscar la manera de interesar al Concejo.

—No. Toda esa gente se interesa en política, pero en cuanto se trata de otra cosa, si no sirve para llevar agua a su molino, no le hace el menor caso.

Pedro Solari, con ojos de vaquero, miraba a la reunión. Sus labios sumidos, mordiéndolo estrechamente las palabras, insinuaron:

—Me gustaría oír la opinión del doctor Sandoval.

La venerable cabeza del señor director de la reunión, se inclinó severa, reflejando en la pelambre crespa y canosa, la luz de los bombillos.

—He escuchado atentamente los pareceres aquí emitidos.

NUESTRO PAN

Acompañaban a las palabras nítidas, los dientes de coco y la sonrisa suave, delicada, insinuante.

—Me permito estar desacorde en determinados puntos y con ciertas opiniones. No trato de criticar a los caballeros que me han precedido en el uso de la palabra; simplemente, quiero contribuir a la solución de un problema que nos interesa a todos por igual, pero, que, fundamentalmente, afecta a la Nación; es decir, que antes que nuestros personales intereses, se hallan los de la Patria. En efecto, ¿cuál es el verdadero significado del alza de precio en la pilada? Coartar la libertad de producir y atentar contra los derechos comerciales, lo que es tapar las naricés a la Nación. Necesitamos producir y no sólo para abastecer las necesidades internas, sino para exportar, dando de esta manera un ingreso a la Nación y procurando que se abran días de bienestar y de progreso patrio. De otro lado, pretenden las piladoras que el aumento se debe a la necesidad de subir el salario a los obreros, con lo cual, dicen ellos, no se trata de beneficio particular, sino social. Pues bien, si ellos suben un sucre por quintal en la pilada, en realidad están perjudicando al pueblo porque nosotros, los productores, y ustedes, los vendedores, nos veremos en el ineludible caso de cargar este gravamen y castigar el precio. Viniendo, en consecuencia, a ser los verdaderos perjudicados los consumidores, que son el pueblo, es decir, la Nación.

Desconcertados en un principio, sintiéndose menoscabados en sus apreciaciones, hubieron de reconocer la hábil verdad que empapaba las palabras salidas de la clara sonrisa y del brillo de los ojos oscuros del doctor Eusebio Sandoval.

Mas, tras su frente combada, urgiendo su serenidad, horadaban las palabras del viejo Cruz.

—Nos zapatea el desmonte; se nos va, patrón.

—Necesitamos gente porque el desmonte nos traga.

Y la voz de Pedro Sánchez, segura, empinada sobre el Malecón dinámico, capaz de batir su angustia y aflorar su desconcierto.

—No, patrón; el campo está amaleado. No hay para qué ir.

—Estoy dispuesto a pagar los mismos salarios que en Guayaquil. Un sucre más del salario mínimo que señala el Código.

—Ni yo ni nadie. Aquí se está mejor.

Primero - en evocación y sueño - las frescas verduras del arrozal siempre susurrando, en abatir y bailar de vientos anchos. Verde jugoso, coronado a veces de olas de limón. Ningún viento tenía esa música, ningún hombre cantaría esa canción. Y a su borde la sábana roja de malva, roja oscura de sangre seca. Manchada de un amarillo de mango, como si el sol hubiese madurado sobre la tierra, en los algarrobos, en los vainillos. Atrás, el Churute, de azul denso, apretado contra el azul transparente del cielo abierto, ancho, buen camino para los vientos. Brincaba el paisaje para la emoción, para la palabra, metido en la sangre, machihembrado con los huesos.

—¡Bah, gentes de Guayaquil para el trabajo!

—... Y quienes en realidad serán perjudicados, señores, serán los del pueblo, es decir, la Nación.

La risa serena tenía frenada la mano anhelante de moverse mientras la garganta perurgía un cigarrillo.

—Te lo dije, Eusebio. ¡Qué máquinas ni qué máquinas!

—... Y sugeriría a la Junta la necesidad de elaborar un manifiesto en el que se exponga detenidamente el conjunto de razones que asisten a los agricultores y a los exportadores.

—¡Yo lo sé por viejo, Eusebio! El hombre es más barato, te achicharró el desmonte, se te fué.

—No, papá; ya verás: en Guayaquil lo salvo.

—... Así mismo sugiero que se nombre una comisión de redacción.

Y la voz de Pedro Solari:

NUESTRO PAN

—Yo propondría para esa comisión al mismo doctor Sandoval.

Y Aristides Garcés:

—Exacto, me parece el más indicado.

III

—Tus ojos son de oro.

La melena rubia se agitaba por el viento de los ventiladores. La boca, escarlata y húmeda, sonreía. Sandoval buscaba un decir en el rictus voluptuoso y al desgaire. En las pupilas ribereñas, metálicas, nada más que la luz rojiza o azulenca del salón encontraba reflejos. Sobre la mesa hervía el "whisky and soda". La orquesta trituraba en lánguidos esguinces un remoto ritmo anochecido en África. El humo del tabaco rubio cargaba el ambiente, denso de perfumes. La blanca carne cultivada emergía del vestido oscuro y ceñido.

—Tus ojos son de oro.

La marejada del baile los abrasaba. Adherido, con las manos arrugadas en la cintura, con las pupilas intensas, con la risa, Sandoval no acertaba a elegir entre el ritmo de hoja de palma al viento de la música o el ritmo de ola cávida de la rubia al bailar.

—Tú me decías que no bailabas.

—Pero criatura, contigo ¿quién no baila? Si te digo que no hay necesidad de aprender.

Y la voz de Alejandro Moreno:

—¿Cómo has de decir semejante barbaridad, hijo! ¡Yo sí que necesito aprehender allí!

—Yo ya he aprehendido

La voz de la mujer, efervescente por la risa:

—¡Ay, Eusebio . . . !

—¿Cómo no habré aprendido lo que tú me has enseñado?

—Se aprehende lo que se enseña, ¡exactamente!

—¡Oh, ustedes son un par de majaderos!

En esta carne masculina había un sol que encendía la de ella. Sus blancas manos anhelaban el momento de la soledad para acariciar el entrevero de la cabeza. Mas, él tenía una remota preocupación que lo alejaba.

—Tú pareces sumido siempre en un recuerdo.

—Es el recuerdo de tu presentimiento. Porque yo te conocía antes de haberme encontrado contigo. ¿No crees en el Destino?.

Sutil, un joven amigo de Moreno, de pie solicitaba la pieza que iniciaba la orquesta.

—Con el perdón de ustedes.

—Bueno, Alejandro....

—Pues, no encuentro mayores posibilidades en el actual Concejo. En cambio, como se acercan las elecciones, podríamos tener uno enteramente nuestro. Acaso tú mismo....

—No, de ninguna manera...

...Las calles asoleadas, de pavimento blanco, meten su resolana árida hasta en los portales acogedores. El doctor Eusebio Sandoval caminaría por ellas, recto, en pos de los hombres con quienes anhelaba un pacto.

Sentía el aire caliente que se levanta del piso. Los cláxones urgían vía libre. Bocanadas de perfumes femeninos lo atacaban intempestivamente. Ondulaban los hombres caminando apresurados. El sol restallaba en los claros colores de las casas. Alguien tropezaba con sus hombros y era menester que zigzagueara para no abarrajarse a otro transeúnte. ¿Quién? ¿Quién? Lo fundamental era que el primer nombre, la persona que encabezara la lista fuese un hombre de prestigio. Su preferencia sería por una lista de hombres jóvenes activos y dinámicos. Pero los prestigios envuelven, áureos, a los hombres encanecidos. Los ancianos... ¿Quién podría ser? Los viejos suelen perder la cua-

NUESTRO PAN

lidad de apasionarse. La estupidez les da por buscar el bien común. Pero no podría elegirse un grupo sin un anciano ilustre. ¿Quién? Un hombre respetable, a quien el Gobierno central, lo aceptara, o, acaso, que tuviese influencia en él. O mejor un hombre ilustre, aceptado por el Gobierno central, pero que ellos, -él- pudiese conducir.

Su conversación con Santibáñez había sido clara y terminante. Los comerciantes y los agricultores habían adoptado una posición intransigente en absoluto. Habían iniciado gestiones ante el actual Concejo, pero esto era lo mismo que nada.

Sobre su frente pesa, en sangre caliente, el ancestro del Capitán. También en esta tarde, bajo el sol calcinante que reverbera en las calles blancas, él camina como otrora el viejo, al frente de una tropilla. Aquí la montaña no es de árboles, hojas y ramas, sino de otros elementos que andan metidos por la sangre y la médula de los hombres. No duermen ellos cabe la fogata ni él vela en ronda con los rugidos del tigre. Tras las ventanas cerradas, en almácigos de suspiros y desvelos, se verán sus ojos luminosos, encendidos, junto a la piel brillante de sudar.

Alejandro Moreno, hijo de gentes de abolengo; perdidas sus situaciones debido a la muerte de sus padres, busca el rescoldo de Eusebio Sandoval para alentar su reputación.

Juan de la Cruz Vega ya no camina. Detenido en medio día frente a los arrozales sembrados con la máquina, siente que la muerte está anidando en él. Como la muerte tiene una sombra vasta, su ala cobija mas allá del hombre en quien se posa. ¿Para qué habla Cruz, montubio del tiempo viejo?

Aristides Garcés tiene los pies empolvados porque viene de largos caminos distantes, con las manos gruesas y sucias, tensas hacia una ruta de monedas por amontonarse.

E. GIL GILBERT

María del Lourdes Santistevan y Coronel de Sandoval, henchida por la maternidad, con sus inmensos ojos de uva, en viaje sereno desde la cal de sus huesos hasta porvenir de horizontes sin contorno.

Pedro Solari, enclavado en desmontes de horarios turbios, ungido de confianza, creyendo en él.

El viejo Capitán Hermógenes Sandoval, ahora número de la tropilla, montado en el caballo sin obediencia, sueltas las riendas, alejándose, ¿hacia dónde?

Y el hijo por nacer

18-03-59

Doña Lourdes

I

El silencio arrullado por el cantar de los canarios, hundido en los helechos del claustro, amortigua el sol. María Coronel acaricia la ropa para el bebé que nacerá. Su talante espigado se agita por las palabras atolondradas

—¡Qué maravilla! ¡Esto es una preciosidad! ¿Sabes?. Memé Tejada tiene todo el ajuar pedido. ¡Todo, todo hija! ¿Dónde pediste esto tú?

—A los Estados Unidos.

Contemplaba la deformación y comparaba las líneas desdibujadas con las ágiles líneas de su prima soltera. Vagaba por entre su nerviosidad la malicia voluptuosa en forzado imaginar de las acciones amorosas.

—¿Y no estás nerviosa?.

—¿Nerviosa? ¿Por qué?

También rondaba la malicia del comentario.

—La otra noche estuvo bailando Eusebio con la Chichí Suárez.

—La Chichí tiene sus cosas.

Desde las entrañas dormidas, por la carne fatigada de nutrir carne en hacedura, manó amarga la tristeza. Aún no rabia, pero sí llanto. Rasgando velos de olvido, el recuerdo de las caricias peleaba con la dulce espera. Y las lágrimas se deslizaron por el rostro enverdecido.

—¡La Chichí Suárez!

—¡Y nada más que un año de casados!

—¡Y en el estado de María del Lourdes!

Mas, la rabia andaba desaforada buscando la saliva para el insulto.

—¿Qué más podía esperarse! Son cosas de cholo: cada quien da de lo que tiene.

El Capitán de bandoleros lo habría hecho crecer a vista de sus inmoralidades. De mozo habría contemplado los arrumacos del padre con las mujeres de los peones. La memoria - sagrada y veneranda - de la madre habría sido ultrajada, quizá en su propio lecho, sembrando la indelicadeza y la incomprensión de los deberes.

—¡Nó! Es que los hombres pueden tener sus cosas, ¿cómo no! Pero deben saber hacerlo. ¡Y no exhibirse tan descaradamente!

—¡Pobre María del Lourdes!

—Merccido lo tiene. Cuánto se le dijo, y no lo quiso oír.

María del Lourdes esperaba en su llanto, sola, abatida. Pero en remotas honduras el cariño por su hijo se acrecentaba, restado a Eusebio; para él estaba manando lentamente, en desvelos nocturnos y pesadas siestas, el rencor y el resentimiento.

Y cuando se hubo desgarrado toda y tuvo prendida a su pecho la criatura, hija de él; envuelta otra vez en aquella fuerza que la sedujera, al ver la hechura de su amor no tuvo calma más que al recostarse en su pecho. Solía alejarse durante las tardes densas junto a su marido, lue-

go de haber amamantado a su hijo. Como en "La Magdalena", era otra vez la hembra rendida, satisfecha de haber dado a su hombre lo que más la solicitara. La estirpe era ahora tangible. Estaba moviendo sus brazos en la cuna entre pequeños pañales de fina batista de hilo, ausente del mirar embozado del viejo Capitán.

II

La penumbra violeta envolvía las cosas en cierto misterio propicio. Y las palabras trémulas surgían en susurros. Los muebles, bajos. El aire saturado de *Nuit de Noël*.

--No es posible, Eusebio. No debíamos haber hecho esto.

--¿Acaso estaba en nuestra voluntad? ¿Acaso era posible controlar nuestros destinos? Te decía alguna vez...

--La noche del "Blue Cat"...

--... Te decía que no eras para mí sino el cumplimiento de lo presentido. Una fuerza extrahumana nos lanzó, el uno en brazos del otro.

--Nó. Todo esto no es más que una locura. Tú tienes tu hogar, no hace mucho que has tenido un hijo. Y esto no puede ser. Vivo perennemente angustiada. Es atroz pasar así. Cada palabra creo que lleva una intención contra mí. Creo que todos lo saben. Las bromas me asustan. Tengo que hacer grandes esfuerzos para controlarme cuando oigo tu nombre. Esto no puede ser, Eusebio; es una locura.

En el silencio se acentuaba la voz metálica. Y los ojos de oro fulgían, mitad de la fatiga deliciosa, mitad de la angustia. Su casi desnudez era como un ambiente de naranjas, irreal e iridiscente. El perfume de la carne era aún más intenso que la esencia de flores.

--Yo no podría vivir sin tí, Chichí. Has venido a llenar un vacío en mi vida. No había tenido un amor como el tuyo.

--Pero... ¿y tu mujer?

Se rompió el aire por el estallido de la palabra. Había sido nada más que murmurada, pero había caído sonora, descolocada en el ambiente propicio a las ternuras.

—No hablemos de ella, ¿quieres?

—Es menester. ¿No comprendes que nunca hemos llegado a la soledad ni a la intimidad? Ella está aquí, entre tus labios y los míos. Ella es la palabra que se interpone en nuestros besos, en tus manos cuando me acarician. Ella, siempre ella... ¡ella!

—Pero, ¿por qué no eres más comprensiva? Yo sé que en tu vida....

—Ya lo sabía. Tarde o temprano me lo dirías. Sí, han habido otros hombres antes que tú. Pero ninguno ha sido mi esposo, ¿comprendes? Todo está de parte de ella para que me seas arrebatado. Yo misma, que soy tu querida...

Sus palabras resbalaban con lágrimas. Salían mordidas por temor a pronunciarlas. Sus manos estrujaban las de Eusebio.

—Pero chiquita, no tomes las cosas en esa forma. ¿No podemos amarnos un poco despreocupadamente, un poco alegremente? Tú eres una mujer inteligente y comprensiva...

Los ojos de oro de pronto se coloraron de una manera especial. Un duro brillo metálico los había invadido. Entre la luz mortecina resaltaban, y, de haber oscuridad completa, seguramente se tornarían como los ojos de los felinos. Chichí se sintió desnuda. Trataba de cubrir su cuerpo y de evadir las caricias de Sandoval. Los ruidos de la calle anochecida entraban sin lograr romper el silencio que entre ellos crecía.

III

Un tanto amplia, con la carne suavizada, si había perdido en cuanto a la nitidez de las formas, había adquirido una languidez sedosa, de pétalo, acrecentada por la palidez. Cultivaba esa modalidad con un maquillaje discreto y acen-

NUESTRO PAN

tuaba ligeramente, con disimuladora habilidad, los tonos enfermizos de las ojeras. Peinaba escuetamente, con meditada sencillez. Y sus vestidos de líneas severas dábanle un aire de clásica criatura. Por la amargura profunda de su amor traicionado, los ojos eran siempre distantes, en distraído mirar.

El crecimiento de su niño, en la medida que se alejaba de sus senos, la reintegraba. Una mañana se sorprendiera por el saludo frío de Eusebio. Acostumbraba a entrar al dormitorio de ella cuando sus primeros movimientos, lentos y adormitados, hacían esguinces en las sábanas, cálidas de su olor de carne. Sonriente, con tenue y tierna manera, quitaba el pelo entreverado de la cara. Ella cerraba los ojos, y, mitad dormida, ensoñando; mitad despierta, entreviendo, se abandonaba. Mas, un amanecer transcurrió sin la costumbre. Viniera él vestido con aire de ausencia, y besándola en la frente con brevedad de disparo, dijera:

—Tengo que verme muy temprano con Alejandro Moreno.

Se quedara jugueteando con el cinturón de su camisa de noche, cuando sin saber por qué, en la sábana blanca brilló una lágrima gris. Y sus ojos se anublaron sin ardores, sin remecimientos.

El bebé agitaba las manos en la cuna. Arrodillada en la cama lo apretujara, atrayéndolo sobre su pecho, junto a la fuente tranquila de su llanto. Pasaba las manos por la cara morena y sonriente de él. Como un trozo de Eusebio, como la sangre de Eusebio formada en su entraña, como la maldita sangre de los Sandoval, mezclada a la de ella, amada y presente, estaba el niño sobre su seno en tranquila angustia, en suave manar de amargura.

Cabe el murmullo de un viejo tamarindo, entre brisas acres y secas, ella le dió la noticia en un día ya muy distante. Y él respondió:

—Unidos para siempre en un hijo nuestro.

Poniendo al niño en su regazo, cogiendo las manitas, lloraba sin lograr la calma. El niño sonreía, ¿a ella?

Mientras gorjeaban los canarios en las pajareras del comedor, el relente sordo y vertical traficaba entre la brisa discreta. Almorzaba doña Lourdes distraída entre la bulla de los pájaros y una canción que venía de la calle. Alzando los ojos viera abandonado el puesto de su marido. Pocas veces tenía el acuerdo de telefonar anunciando que no llegaría a comer. No lo esperaba. Empero, este medio día surgió en un suspiro hondo la extrañeza. Mientras almorzaba, como jamás lo hiciera, extrañábase del puesto abandonado. Sin lágrimas, sin violencias, las manos desmigajaban el pan. ¿Dónde estaban las palabras de él, fuertes y cálidas? Su silencio pesaba, no en el ambiente dorado donde respuntaba su inquietud un canario, no en la luz vertical y ancha, extendida como un espejo en el mantel de hilo. Estaba en el silencio del hombre, en los tristes ojos de uva, en su garganta de madera desnuda. Solía a esta hora conversar sonriéndose, mirándola. Regresaría al caer la tarde trascendiendo a licor, acaso un poco despeinado, arrugado el terno de dril, en pos del baño. Contaría que hubo de quedarse porque debería de haber hablado con don Luis, o con Alejandro Moreno por el asunto del Concejo. De eso dependería el que el arroz pudiera ser vendido a un precio determinado porque entonces... ¡Uf! Y su juventud solitaria en este medio día, abandonada entre un vaivén de helechos que eran como cortinas en las rejas, entre el gorjeo de los canarios, y ese silencio meridiano y dorado.

Luego de la merienda, mimosa, cogiéndose del brazo fuerte, acariciando los hombros anchos, le dijera:

—¿No vamos al "Olmedo" esta noche? Estrenan una película de la Dietrich....

—No, mi hijita.

—¿Por qué no? Tú siempre andas en la calle, tú vas a todas partes y yo estoy encerrada todo el día. Lo único que te pido es que me lleves al cine y te niegas. Así me voy a....

No le diera respuesta. Besándola en la frente pasara un rato junto a la cuna del hijo, comentando:

—Si mi padre lo viese....

NUESTRO PAN

Y se fué a dormir. Las tempestades se anuncian por una corriente que circula por los aires. Corrientes de fríos y calores. Así sintiera Doña Lourdes sin saber dónde: si en la sangre o en los huesos. Y el llanto escondido cerca del corazón en recogimiento.

En las conversaciones de amigas y parientes, buscara en agazapado insinuar, el comentario:

—Hija, te digo que desde que mi marido está metido en política dizque por salvar su negocio, apenas lo veo.

—Pero, ¿por qué no sales? Pareces una vieja. Si no es con él no vas ni al cine. Si él no te acompaña no vas a ninguna reunión. Y tú tienes que hacer tu vida. Las amigas te extrañan. Primero, metida en la hacienda. Bueno, como luna de miel estaba bien. Pero te pasas de viada, chica. Ya tu bebe está grandecito, puedes dejarlo con la niñera.

Empero, al desgaire, como hablando de cualquier otra cosa:

—La Chichí Suárez está dando mucho qué decir. Fíjurate que a fuer de moderna acepta invitaciones que, francamente, no son correctas.

Las paredes amarillas tenían un vago recuerdo de cosas antiguas por el color de marfil deslucido. No brillaban espejeantes. La luz se recostaba en ellas apaciblemente. Y sin embargo aparecían como recién descubiertas a sus ojos exilados por mucho tiempo. Ante su espejo de cuerpo entero, había tenido la misma sonrisa retozona que años atrás cuando por vez primera se probara un traje de baile. No se miraba exclusivamente con la inquisidora preocupación de que el vestido estuviese bien. Sentía un cierto placer al mirar su conjunto. El cabello suave, en peinado original, la envolvía como un turbante. El traje *beige* se apretaba túrgidamente sobre la carne de vellón de balsa. Los aretes caían como dos inmensas gotas de candela. Al llegar a la fiesta, en el *hall* sintiera la sonrisa nerviosa separando sus labios. Miraba los cortinajes delicados y llenos de gracia, también hechos a la luz de nácar, sin estridencias. Guardaba un recuerdo de perfumes y de músicas, que, mezclado a la sangre efervescente, producían un sopor de siesta y

una cálida ansiedad de adormecerse. La música de alguna frase gentil murmurada junto a la concha de la oreja. Pero entre todo, fuerte, violento, el preguntar:

—¿Dónde estuviste hasta esta hora? Tengo aquí más de dos horas y nadie ha sabido darme razón de ti.

—Pero si he dicho que iba donde las Undurraga.

Era difícil mantener en el fondo de las palabras indiferentes la alegría por la pregunta. Olvidar las palabras rendidas por su belleza no era objeto de esfuerzo; no así la rabia de Eusebio, la encantadora rabia, los deliciosos celos.

Su tranquila belleza estaba aureolándola de prestigio. Varios jóvenes buscaban empedernidamente su compañía y su conversación. Alguna vez se acercó mucho al bailar Genaro Verdaguer, y ella, sin durezas en el movimiento ni en las palabras le amonestó:

—Muchas gracias; ha sido muy amable. Pero, ¿quisiera dispensarme? Estoy un poco fatigada.

Cuando Rubén Intriago, con su hablar espectacular, alabara su belleza, aludiendo a las diosas griegas, a la serenidad de las columnas dóricas, a la hermosura de la paz refugiada en sus pestañas fatigadas, riéndose comentó:

—Estuvo usted estudiando literatura, ¿cuántos años? Porque a mí me agrada mucho la poesía, ¿sabe? Apenas hay cosa más encantadora que los versos de Bécquer. Los griegos están siempre empolvados y solamente deben saberlos los... ¿cómo se llaman esos señores?

Y luego, pidiendo disculpas porque había menester retirarse:

—Mi marido, ¿sabe?, por más que hago no me acompaña. Solamente el compromiso me hace venir sola. Y, naturalmente, no puedo dejar de cumplir como tampoco es posible exigirle a él que venga. Muchas veces llega tan cansado, que no es para mí diversión la fiesta, sino constante preocupación.

NUESTRO PAN

A pesar de esto, Antonio Chiriboga gustaba acompañarla a conversar. Sabía esperar envuelto en volutas de humo de cigarrillo perfumado, con ojos que invitaban a hablar, que ella encontrase el tema. Y luego las conversaciones trajinadas, aparecían lustrosas, casi inéditas. Su voz clara, lenta, su decir sin prisa. Tenía la cabellera rubia cuidadosamente peinada. Generoso en los conceptos, su hablar delicado, medido en los juicios. No aventuraba sospechas en las intimidades del cotidiano comentario. Y al acompañarla cuando la noche había llegado casi a los bordes de la madrugada, tendía su mano blanca y fina para apretar la de ella rápido, cortés. Subía Doña Lourdes con las piernas fatigadas, sonriente, satisfecha de que su amigo no se excediese. Ahora, cuando ya le eran familiares los aires y compases de la orquesta, bajo las luces deslumbrantes, sobre los pisos charolados, entre vientos perfumados de esencias, en un alegre rincón, le decía:

—Mire, Antonio. No sé si deba hablarle de esto. Pero ya no puedo más y necesito hablar con alguien que sea para mí lo que es usted: un amigo en quien pueda confiar y con la suficiente paciencia para soportar una mujer celosa.

—¿Celosa, usted Lourdes?

—¿Le parece extraordinario? ¿A pesar de todo lo que sabe?

—Por favor...

—No, es necesario que hablemos a las claras, Antonio. Usted y todos saben que Eusebio tiene amores con Chichi Suárez.

Bajo la seda acostumbrada en el metal de su voz las palabras adquirían algún aspecto de aspereza. Los ojos celestes e imprecisos se cubrían por los párpados densos de pestañas. La lengua jugaba inquieta sobre los labios brillantes y ágiles. Antonio Chiriboga prendía un cigarrillo.

—Pero Lourdes, ¿cómo va a dar oídos a los hablares de las gentes? Todos saben que entre su marido y usted hay una armonía perfecta, y de algún modo han de querer dañarla.

Trabaron conocimiento con las penumbras y los asientos acogedores. La voz tranquila decía palabras de consejos. Pero la carne mate, de sedosidad de pétalos, trascendía perfume maduro, de miel a medio día. Cuando en la soledad escuchara la música que a su lado oyera, junto a la melodía andaba la imagen de los ojos adormidos, de la risa suavizada, de las manos.

—Eusebio siempre dice que mis manos son como mariposas de marfil.

—Sí, exactamente. ¿Cómo se le ocurría?

—¿Cómo? Pues porque es mi marido...

—Justamente, a los maridos es a quienes menos se les ocurre. Si usted recuerda bien, debe habérselo dicho cuando eran enamorados.

IV

Como la sed, le atenaceaba la garganta. Un tumulto de angustia circulaba por su sangre encendiéndole la garganta, atosigándola. Sus ojos de oro lucían como agua del río a la lluvia del sol.

—No debería hacerlo... no debería.

Alejada de caprichos se la sentía salir de los huesos, de la sangre. No atinaba más que a pasarse las manos por la cara arreglándose los mechones cobrizos iridisados que la aturdían cayendo a impulsos de sus movimientos nerviosos.

Lo miraba en silencio. Sus ojos metálicos eran como un túnel de oro iluminado. Acostumbrado a la mirada superficial, a la risa, a la humedad del éxtasis, no vislumbraba - de puro sorprendido - el por qué de la hondura. Las manos de ella acariciaban la frente varonil con ternura inusitada. Sus dedos largos, color de guadúa seca, de espiga flexible, derramaban en su finísimo acariciar tal dulzura, que Eusebio sentíase ganado hacia un arrobamiento.

—Mi negro, mi pobre negro!

NUESTRO PAN

De la sala pobre, atestada de retratos familiares, duros, estirados; surgía una sombra húmeda. La penumbra acondicionada de su refugio amoroso trascendía, entre el amueblamiento moderno, cierta alegría propicia al bienestar. El charol de los muebles de líneas sintéticas, las paredes de cemento, sobrias; alejaban la humedad y esparcían frescura. Un silencio que cortaba el transitar de la calle, abrigaba la soledad y aislaba del tráfico urbano. Empero, en esta sala antañona se estaba a expensas de los pregones. La voz chillona y desmañada de los vendedores de lotería asaltaban con su grito que perurgía. Los claxones de los automóviles. Y varahadas de charoles con legumbres y de carretillas con frutas, penetraban ardientes.

—Mi pobre negro, no debía ser yo quien te dé la Lo vas a tomar a mal. Vas a creer que tengo interés en fastidiarte. Lo he pensado mucho. Pero al fin, me he decidido.

Los ojos de Eusebio estaban redondos; la cara, dura. En sus manos se iniciaba un rocío de sudor helado.

—Antonio Chiriboga

Las palabras suspensas en medio del aire húmedo y oscuro de la sala, retumbaron en el silencio de iglesia, a pesar de la canción desleída de una mujer queregonaba flores. Martillaba sobre hierro algún trabajador de la herrería cercana. Desde el Guayas inundaba la ciudad el sonido imponente de algún trasatlántico. Mas, el silencio de la sala era compacto. La piel facial de Eusebio se contraía en la boca, junto a la nariz. La frente se llenaba de gotas diminutas de sudor y le corrían por el cuerpo estrías de hielo. Chichí estrujaba sus propios dedos haciendo traquetear los huesos.

—No puede ser. Es absurdo. Lourdes es mi mujer.

—Sinembargo es verdad: la gente lo dice.

La cabeza agobiada, ardía. En las sienas crecían tumbulos de sangre que henchían las venas contorsionadas. En los rincones, las paredes descarnadas se arrebuajaban en las sombras.

E. GIL GILBERT

—¡No! Son cosas tuyas. Tú tienes celos. Estás celosa de mi propia mujer. Y no vacilas en calumniarme. ¡Calumniarme! ¡A mi! ¡Echas lodo sobre mi dignidad! Tú lo has inventado. Tú, que odias a mi hogar y mi familia. Tú, que odias mi hijo y mi casa. ¡Tú! Son cosas tuyas, infamias tuyas. ¡Tú!

Retumbaba la palabra. Ronca, hundida en la sangre hirviente. Eusebio Sandoval abandonaba el asiento, caminaba violento. Olvidaba la sonrisa, olvidaba el talante circunspecto. A ratos enverdecido. A ratos enrojecido. La mujer, con la cabeza inclinada, dejando la nuca desnuda por el entrevero de la melena, lloraba convulsivamente. Caíale la palabra como golpes.

—¡Tú!

—¡Tú!

—¡Tú!

El silencio húmedo, mohoseado, envejecido entre muebles oscuros y polvo dormido, servía de bocina.

Los Avatares

I

Un gran tajo en la mitad del cuadrilátero. Abajo el patio de piso terroso, mojado; siempre lleno de humo y de cordeles. Las tiras de alambre o de cabuya iban de lado a lado del cuadrilátero. En todos los pisos del gran caserón de guadúa y mangle, la ropa - remendada con telas de varios colores - estaba a secarse. Las mujeres lavaban en el patio. Unos niños merodeaban o jugaban. Había uno, de ocho años, cargando a horcajadas sobre sus caderas a otro de tres años. Varios jugaban en el piso. Una joven se bañaba en la única llave que se curvaba rematando la esquelética cañería. Salía humo y olor de fritanga, de los fogones situados en las galerías minúsculas. Las conversaciones y los gritos se entreveraban. Bebés chillaban. El sol entraba en cortes de guillotina en los que bailaban el humo azul y no sé qué entreveros de aire. El calor húmedo hacía espeso el ambiente.

Acostado en el catre de tabla Alirio Villegas. En ropa interior, recién despertado de la siesta, el pelo lacio, castaño, desmañado, entreoía la voz de su mujer que cantaba mientras lavaba. El hijo jugaba cerca de la cama con carreteles vacíos haciendo con los labios o-

nomatopeya de motor de automóvil. Habíase dormido mientras leía un pliego de peticiones que su sindicato sometía a la consideración de la autoridad respectiva.

Una tarde, mientras trabajaba en un embarque de la piladora, escuchó la queja en són de protesta.

—¿Hasta cuándo, pues? Las cosas andan por las nubes y los salarios no suben.

Se elevaba una espesa columna de humo desde la chimenea de un trasatlántico. Una lancha bajadora de leche esperaba a media máquina las canoas, que, simulando regatas, pugnaban por acoderársele. La vela de una balandra se deslizaba tranquila cerca de la orilla contraria. Los hombres, bajo el peso de los fardos arroceros, acesaban. Junto a la balsa un lanchón, lleno hasta la mitad, recibía los fardos. Un negro y un serrano estibaban. El día era gris. Ascendían los fardos hasta las bordas lentamente, en el montón disciplinado. Las aguas del Guayas, con lechosa blancura en la lejanía, pasaban ocres bajo las quillas cercanas. Los estibadores conversaban.

—¡Barajo!, yo no sé donde vamos a parar, pues. Antes se comía con medios de guincos. Y ahora, ¡dos por medio! ¡La cresta!

—Esto es lo que nos tiene bocabajo. Todo este arrozísimo que mandan para los gringos. Por eso está tan caro. Y todo mismamente.

—¡Ahá!

—¿Y los alquileres? Para blancos nomás son.

¿Cómo no iba a saberlo? Arroz es lo que come el pobre. Por manera que el viernes en que se reunieron los de la directiva planteó el problema. Era en su propio cuarto. Sesionaban en el sitio que hacía funciones de comedor. El niño estaba dormido en la cama sin colchón. La mujer aplanchaba. Por la rendija de la pared empapelada de periódicos se escuchaban las conversaciones vecinas. Circulaba una ácida fetidez a orines guardados. Una muchacha era regañada por la vieja, ya que consentía en su cuarto, durante la noche, al enamorado. Un hombre gruñía porque no estaba a tiempo una taza de café caliente.

—Bien, compañeros: la situación que asumimos en los precisos momentos para nadie es un secreto que se trata de malestar. Todos estamos en el mismo desnivel. Por un lado los salarios bajos y por otro los víveres que andan a caballo. Bien sabemos que en el pueblo hay muchos compañeros que están comiendo una sola vez por día. En los precisos momentos la crisis acogota al país, la verdad. Pero somos las clases trabajadoras las que percibimos el especulado.

—Lo que tenemos que hacer es no irnos en pura palabrería, que es la manra de muchos compañeros. Hay que cortarla. En pura palabrería no hacemos una.

Alumbrados por la lámpara de kerosene que atosigaba con la humareda, discutían. El sueño andaba de plomo por los párpados. Era menester despertar a los compañeros. Dos o tres estaban sentados en los bancos que había; los restantes, acomodados por el suelo. También era necesario controlar la impertinencia de los que hablaban en voz alta. Sus cuerpos emanaban olor de sudor estacionado. Los dueños de las piladoras - al parecer- no hacían mayormente caso de los reclamos. Urgía que la situación se resolviese: Los exportadores y los productores se oponían a pagar un sucre más por pilada en cada quintal, y los minoristas ya estaban alzando el precio al detal.

—Mi opinión, compañeros, es que vayamos a hablar con los patronos...

Sentados en las cómodas butacas, incómodos con sus gruesos vestidos, escucharían atentamente las palabras del vocal de turno. El país se agobiaba bajo el peso de una ya larga crisis para la que no había salida. Durante muchos años se había cosechado y exportado nada más que cacao. Los industriales del arroz se hallarían empeñados en que este producto sustituyese al que antes era llamado la pepa de oro. No afirmarían que solamente buscaban el interés nacional: naturalmente que buscaban una justa recompensa. Pero nadie quería fijarse en la importancia que tenía para el país el hecho de que las piladoras buscasen buenos mercados en el exterior para el grano. Y una de las cosas

que estarían ineludiblemente obligados a hacer, sería buscar buenos precios para la mercancía. Y la única manera de abrir esta posibilidad sería mejorar la calidad de producto. Lo que traería por consecuencia un mayor costo.

—Nosotros, los industriales, sentimos muy de cerca al obrero. Comprendemos que es nuestro colaborador más inmediato. Pero ustedes no quieren comprender lo mismo. Se obstinan en crear conflictos entre el capital y el trabajo. Y nosotros ansiamos vivamente una colaboración estrecha. Al subir en un sucre la pilada, uno de nuestros principales objetivos es obtener un margen que nos permita subir los salarios. No queremos bajar el precio y la calidad del arroz. Queremos que el trabajador gane lo suficiente para adquirir una buena mercancía a un precio lógico.

La cara impenetrable de Alirio Villegas seguiría a la del industrial. Tras de la frente brillante y mas allá de los cabellos peinados, él veía lo que en verdad pensaba. ¡Ah, zorros viejos: necesitan de la base!

—Compañeros -su voz parecía casi un lamento, nasal; huída de los ojos escurridizos, mirando cautelosamente dentro de sí, buscaba las palabras- Compañeros: háy un entredicho entre los burgueses. Todos están necesitando en los precisos momentos de nosotros. Pero nosotros necesitamos mejores salarios y víveres y habitación baratos.

Sobre las calles polvosas el viento lejano de la sabana pasaba levantando polvaredas. Jugaban los niños en las vías. Pálidos, delgados, vientres inmensos contrastando con las caras contraídas como tzantzas. De las escuálidas pulperías salían las mujeres con los batones grises agujereados, guindando de los hombros huesudos. Parada en la puerta de un cuarto, alguna vieja arrugada como corteza de níspero, con el color cenizo y opaco de la vejez, tendría en la mano un paquete de arroz, recién traído de la pulpería. Sus ojos gelatinosos parecían constantemente mojados por lágrimas. La voz cascada arrugara las palabras:

—Y esto es el acabóse. ¿Cuándo se ha visto el arroz a este precio? ¿Qué vamos a comer los pobres ahora?

NUESTRO PAN

—¡Hasta el arroz! ¡Sólo eso nos faltaba!

Y en el cuarto, los cinco dirigentes del sindicato de piladoras, trabajaban. Una voz melancólica de zamba arrullaba a un crío. Canción tenue, fatigada, que desde su propio cansancio apetecía el sueño para el retoño. La voz aguardientosa de un trasnochador remarcaba injurias sin destinatario. Lloraba un niño enfermo gimiendo pertinazmente. ¿Desde dónde venía ese sufrimiento que se manifestaba viejo en el llanto de una criatura?

Alirio Villegas, en camiseta sin mangas, con su pelo caído, escuchaba atento lo que decía otro compañero.

—Yo soy de la opinión de dejarnos de palabrerías. Esos son detalles. Aquí no hay más que una cosa: los ricos están con gazuza por más; bueno, nosotros necesitamos más salario. Ellos lo dicen con toda palabra. Ahora que, ¡claro!, como ellos son los dueños. Por eso más vale que nos hagamos los mosquimueertos. Aceptamos lo que nos proponen. Ellos son los que dan trabajo...

Quien con desenfado hablaba, vestía traje de casimir. El cuello abierto dejaba al descubierto el pescuczo musculoso. Los ojos inyectados, las comisuras bucales caídas desdenosamente hacia la barbilla.

Empero, un hombre oscuro, enfundado en un "over all", cuya mirada oscura se perdía en algo más oscuro que la noche y más hondo que la palabra, cuyos movimientos eran mas despaciosos que el río Guayas, dijo:

—Es mi parecer que los trabajadores deberíamos estar juntos. También los cacaoeros y las despulpadoras de café han elevado su petición. Pero juntos nada más que con otros de la clase. A mí no me gusta andar amadrinado con los capitalistas. Los trabajadores de las canteras están organizándose. Esa gente es de lucha. Todos juntos tenemos un solo interés. Lo demás, todo es política.

Desde esa noche comenzaron a elaborar el pliego. Fue por eso que tuvo ocasión de hablar muchas veces con Manuel de Jesús Espíndola, siempre con el cuello desabotona-

do, los ojos rojizos, las comisuras al desgaire. En el interior de las cantinas bebían frente a frente, casi todo el gasto hecho por Espíndola. Conversaba chistosamente y por lo general tenía qué contar respecto a una mujer. ¿Qué vale la vida si uno no se divierte con mujeres? Hay gente idiota que guarda la plata; la plata sirve para gozar. Dos cosas hay en la vida: la cerveza y la mujer. Lo demás, ¡pendejada! Alirio sonreía. De la mesa de madera se levantaba un impertinente olor de mugre; húmeda hediondez de aguardiente y cucaracha. Tras el mostrador un hombre desmesuradamente barrigón fumaba un cigarro y se cabeceaba del sueño.

—¿Qué piensa usted, Alirio, de esto? Para mí, que van a pasar muchas cosas Pero nada más que hasta las elecciones. ¡Y, qué diablos, hay que aprovechar todo!

—¿Quién sabe! Pero es el momento de pedir mejores salarios.

—¡Bah! ¿usted cree en eso? Estos suben el salario, bueno; pero no son ningunos penitentes y suben al mismo tiempo el precio del arroz. Ya verá. Ya verá. Acuérdesese de mí.

Por las anchas calles de cemento crugían a todas horas camiones cargados de arroz. Partían de los muelles, donde a ritmo con la marea del Río Guayas, llegaban los lanchones de bodegas apelmazadas. Las canoas arribaban con la suficiente altura para esquivar las puntas de las olas. Los inmensos barcos pitaban pidiendo carga. Los estibadores mulatos y zambos y mestizos acomodaban las sacas de arroz. Entre las pitadas de apresuramiento, los gritos de los cargadores: jup-jup-jup. El Guayas, en su corriente manchada de aceite, que venía desde las riberas chorreantes de perfumes de mangos, piñas, zapotes, naranjas, estaba tamizado de polvillo de piladoras. El oro de este grano cubría las aguas espesas. En las revesas del Malecón se quedaba untado a las quillas de las embarcaciones, a las balsas y pilares de los muelles.

—Acuérdesese de mí, Alirio. Yo estoy desde hace poco en el sindicato, ¿verdad? Bueno, esto no irá muy lejos. Fíjese bien: ¿qué preferiría usted: ganar más o que los víveres y los alquileres cuesten menos?

NUESTRO PAN

Una morena de bejuco compraba cigarrillos. No se hubiera podido decir de dónde salía ese chisperío de gracias, si de los ojos negros y luminosos o de la risa brillante. Su cuerpo se movía de la misma manera que las hojas de plátano.

—¿Quiere que la llamemos?

Las botellas de amarillo transparente se iban amontonando en el suelo, bajo la mesa. Alirio Villogas así lo ordenaba para contarlas y que no les sea cobrado de más. Fumaban, y el humo los envolvía como la borrachera. Se exigían mutuamente escanciar los vasos. Ya venían restregándose en la lengua las palabras ebrias. Ya se abrazaban, congestionados, mirándose. ¿Dónde había ido la mujer? Así son: ¡perras!

—No sea pendejo, Alirio. Se la están jugando a las espaldas. Por el camino que vamos no llegaremos a nada. Acuérdesse de mí: no es con las piladoras que debemos estar. Esos no quieren de nosotros más que el apoyo para fregar a los comerciantes. Quieren elevar el precio de la pilada para subir el salario.... y todo quedará mas caro.... es con los otros.... acuérdesse de mí... »

II

Una profunda arruga surcaba la frente de sien a sien. Sobre la nariz, junto a las cejas, caían dos cisuras paralelas. La boca de labios apretados escondía para siempre la sonrisa. Los ojos miraban caladores y las miradas habían adquirido un tono opaco. Tras su escritorio, recostado en una silla giratoria, tendía la mano con la lista de nombres.

—Aquí está la lista. Aquí está la plata. Ahora es cuestión de que que usted se mueva como es debido para que las votaciones den un resultado...

—Bueno, una parte la hacen las gentes; ótra, las mesas.

Delante del doctor Sandoval estaba, trigueño, labios ligeramente carnosos y sonreídos, ojos pequeños e inyectados, refugiándose en la sombra leve de las pestañas, Manuel de Jesús Espíndola.

—Eso es cosa suya.

Los días pasaban estrechos. ¿Cómo era posible que cupiesen en tan pocas horas sus faenas? En la sala escueta, sin adornos, con muebles severos, de suave color verde, no había mas que un retrato de bebé bajo el vidrio del escritorio. Era visible que la flacura le venía reciente.

Mientras el sol reflejaba los colores de las casas vecinas habían iniciado la difícil conversación.

—A sus órdenes, doctor.

—Pues, he tenido, al fin, el placer de conocerlo personalmente, y celebro la ocasión, agradeciéndole su gentileza al venir.

El estudiante era joven. Flotaba por toda su cara rubia un aire de duraznos. El fino cabello lacio se manchaba de vetas de oro. Tenía oscura voz que dificultaba la pronunciación de las palabras. Se movía la cabeza en violento tic como para espantar moscas, pero, en verdad, quería despejar la frente de tres mechones amarillos. Sudaban sus manos de limón maduro.

—Mire usted: tengo una verdadera alegría de poder contar con un elemento joven y universitario. Si no hubiera que contar con muchas contingencias, buscaría una lista de elementos exclusivamente jóvenes.

Bajo una pátina de fatiga estaban escondidas sus noches de vigilia. Mientras entraban a su dormitorio los golpes de las ventanas azotadas por el viento, con ese mismo soplo entraba - ¿por qué intersticio? - el perfume de Lourdes. Y sus manos, mariposas de marfil, aleteaban sedosamente sobre sus ojos. Urgíale fumar. Y en medio de la noche negra el humo era azul, de uvas, como los ojos adormidos. También Antonio Chiriboga miraría esos ojos. También conocería el éxtasis celeste de las miradas de luna. El - Eusebio Sandoval - estaba tendido largamente y aún en la noche caía sobre su frente la mancha y la deshonra. Sentía en sus manos todavía la caricia de la piel de Lourdes. Pero ya no era suave como el aletear de un murciélago. Abrasaban sus manos un ardor de hortiga aquí, en la

NUESTRO PAN

punta misma de la sangre, bajo la piel, tenía la presencia de Antonio Chiriboga. Sus pieles no tenían intersticios. Sus.... ¿a qué nombrar los corazones?

—....gentileza suya en todo caso, doctor.

—No. Nó.

¡Nó! ¡Nó, Lourdes! Ahora más que nunca cerca de él, de su esposo. La sentía en todas las palabras. Acaso remotas lágrimas abrillantaran sus ojos. Pero nada más que un suspiro saudoso aparecía.

—Nó, nó, mi estimado joven. He oído hablar de su personalidad. Conozco de cerca la vida de la Universidad, y, por lo tanto, su actuación. Y es por eso que al ser sugerido su nombre para integrar la lista que nos hallamos realizando, lo hemos aceptado con mucho placer. Especialmente, creo en la juventud. Los jóvenes son sinceros y puros. Aún no tiene su personalidad contaminada por las inmunicias del medio.

—Francamente, doctor - los ojos estaban prestos a estallar y las palabras se iban deteniendo para evitarlo - usted me abruma. Sólo puedo decirle que tenga la confianza de que seré un hombre dispuesto a trabajar absolutamente por el bien y el adelanto de mi ciudad.

Por la médula de sus huesos duros paseaba el Capitán Sandoval. Y la raza de los capitanes deja la marca en muchos hombres. Se es capitán de las tropas revolucionarias pero también se es capitán de los acontecimientos. Alguna vez, mientras trepidaba una lancha, al abrirse un día sobre el río, tuviera la seguridad de que era mucho mejor exportar por su propia cuenta. Las piladoras estaban creando una barrera para su voluntad. Desde la médula de sus huesos zapateaba la estirpe.

Santibáñez lo dijera.

—No, mi querido amigo. Con oponerse a nosotros nada ganará.

A la vera de la noche, la angustia servía, ya que el sueño le era extraño, para hurgar corazón adentro los a-

contecimientos. Su corazón montubio le enseñaba que debía ser tigre y araña. Porque todo esto significaba salvar su inmenso desmonte.

Al atender la puerta tenía ya en su delante un hombre de pelo castaño y lacio ligeramente desordenado, vestido de pantalón azul y chaqueta ceñida. Los ojos catiros del hombre se perdían en doloroso mirar desconfiado.

—Es usted Alirio Villegas, ¿verdad?

—Para servir a usted.

—Quiero ser explícito y franco. No le voy a decir que nosotros somos los que vamos a resolver la difícil situación que todos confrontamos en la actualidad. No le voy a decir que la lista que nosotros auspiciamos será lista que patrocinará todos los reclamos obreros. La verdad es que tenemos una lista de hombres probos. Usted la conoce. Pues, lo que le propongo es lo siguiente: unámonos para luchar. Ustedes necesitan beneficios de las piladoras. Nosotros necesitamos beneficios para poder vender nuestro arroz a buen precio.

—Yo me creo, señor doctor, que en los precisos momentos tenemos los trabajadores por delante una sola realidad. Y necesitamos solamente que los víveres bajen.

—Podríamos entrar en arreglos...

Las noches se reflejaban azules sobre la ciudad. La luna caía sobre los barrios apartados; mas, en el centro de la ciudad era menester alzar la cabeza para verla. Alto el cielo humoso. Era un alivio mirarlo desde la ventana, sintiendo venir un aire sabanero, sintiendo llegar sobre los techos un olor disimulado de paja y árbol. Y acariciarse con la brisa del Guayas, fresca, ácida, frutal.

Pero urgía que pasase las noches en severo vestido, visitando a los hombres probos. Si las listas de concejales no son encabezadas por los hombres solemnes, caen en el desprestigio. A pesar de que su sangre andaba fría por el corazón, de que sus pulmones contenían los gritos mucho antes de que llegasen a la garganta, él hablaba fino, ceremonioso, cortés.

NUESTRO PAN

—Mi señor don Luis...

Eran menester hombres nuevos y jóvenes. Mas, la tradición oponía la creencia de que los jóvenes estaban proscritos de la honorabilidad. Acaso el talante reposado. Acaso los apellidos centenarios. Las testas cuidadosamente ornamentadas por el cabello cano, las barbas grises, el hablar sonoro y lento...

—Mi señor don Luis, es a nombre de la ciudadanía que me he atrevido a dar este paso, en una, para mí, desde luego, muy honrosa delegación. Sabemos que usted está reclamado por sus deberes particulares, que sus negocios lo requirieren. Sabemos que es una indiscreción llamar a un hombre de merecido descanso. Pero cuando los deberes ciudadanos...

Las palabras salían mecánicas. La mujer amada debe pertenecer tan íntimamente que nadie conozca su desnudez. Que nadie sorprenda los muslos escurriéndose pudorosos, dándose en desmayos de algas en las playas. Sobre la cabeza de los hijos inocentes caen negruras de ignominia. ¿Por qué? Los hijos vienen desde lejano pasado escrito por seres casi enteramente ajenos a ellos. Porque la primera injusticia que el hombre sufre es la de heredar obligatoriamente en su espíritu y en su materia.

—... el pueblo sufre en los precisos momentos la injusticia de los gamonales que luchan entre ellos.

—Oigame señor Villegas: ustedes los obreros, reclaman justamente mejores condiciones de vida. Pero mientras la situación general no se componga es imposible. Remediar sería obra de romanos. No debemos aspirar más que a aliviar los problemas inmediatos. Aquí tiene usted la lista. Solamente falta un concejal obrero. Usted es un hombre de prestigio entre las organizaciones obreras. Mire usted los nombres. Falta el suyo. No me gusta la gente que habla y critica solamente. Los hombres deben probar con hechos sus pensamientos. Usted debe venir a trabajar al Concejo. Usted tiene gentes que lo apoyen. Yo puedo proporcionar dinero para la campaña.

En el trasmuro de la frente imprecisa de Alirio Villegas los pensamientos crugían. Durante un mítin habían hablado algunos delegados de organizaciones. La oratoria en términos sin gramática giraba en la noria de una frase.

—Queremos los víveres bajos.

—Queremos alimentos para nuestros hijos.

—Tenemos que defendernos del capitalismo.

Sin embargo, al amparo de esas frases, Alirio Villegas, vertido de pronto como la tierra seca después de la primera lluvia, hacia todas las cosas, tenía en sí mismo las oscuras noches de una covacha. Sus oídos escuchaban en las palabras de los oradores el gemido de la vieja asmática del cuarto vecino, el llanto perenne de un niño mitad enfermo y mitad hambreado; oía el ronquido del panadero que dormía bajo la escalera. Y percibían sus narices el olor de la ropa almidonada junto a la humedad del patio que trascendía a orines, sudor y jabón. Eran las noches en que la luna abría la cola de pavo real en el cielo. Pero allí eran oscuras. Desde los cerros llegaban los vientos almizclados, un poco por la podredumbre del lodo fluvial, otro tanto por el aceite quemado de las fábricas dormidas. En la voz de esos hombres se veía claramente los días de plomo de los cargadores con los oídos, los riñones, golpeados por el flo-floc de la piladora, con el polvillo esparcido en el ambiente metiéndose corazón adentro. Y las manos de las gentes suyas, sarmentosas, remojadas, tendidas hacia él:

—Alirio, necesitamos para manteca.

—Alirio, para la medicina del chico.

—Para zapatos y que pueda ir a la escuela.

—Para libros.

—Para el arroz.

En los salones amplios de madera sin pintar, un racimo de gentes. En el silencio lleno de cortinajes por el humo de los fumadores, las palabras de los oradores. Las cabezas lustrosas de grasa o agua, las ropas remendadas y lavadas.

NUESTRO PAN

Los verdes rostros de paludismo. Flotaba en el aire el olor indescriptible de la muchedumbre. No era claramente olor de sudor. Las fieras tienen su hedentina en los sitios de su reunión. También los hombres. Las gentes apelmazadas miran el orador. ¿Creen en sus palabras? Ellas son como las márgenes de un río. La palabra golpea contra el silencio. ¿Quién habla en verdad? Si el orador no dice lo que piensa la muchedumbre, se levanta un rumor. Es la orilla....

—Su nombre nos falta Alirio Villegas.

—... Camaradas: los municipios no son puestos políticos: son puestos administrativos. Desde allí se vela por los intereses comunales. No se gobierna. Los intereses comunales son los de todas las clases sociales, el vigilar por que no haya preponderancias. La única manera de controlar a los burgueses es teniendo delegados populares...

Trepado como una araña sobre las varengas de la pared, levantado el pelo zambo por las ventolinas que se filtraba por las rendijas, con una camiseta roja y destrozada, chillaba un hombrecillo:

—¡Ey, sacrificado por el pueblo, diga: ¿quiénes son más en la ciudad: la burguesía o el pueblo? ¿Cuántos asientos nos ofrecen? ¡Solamente el tuyo, só sapo!

—Usted Alirio Villegas es un obrero de prestigio.

—Tengo que consultar con las centrales. Es para mí delicado. Nosotros tenemos una plataforma.

—Me parece muy justo. Estimo a los hombres como usted, leales a sus principios y a sus organizaciones.

III

La radiola atolondraba con sus ritmos isócronos. Cuando era conectada para sintonizar, la voz meliflua de los locutores anunciaba tantos productos y tantos objetos de fácil adquisición, que la parroquia protestaba.

—Que la corte, pues.

—Busque un tango.

—Una rumba.

Alirio Villegas con el pelo desgreñado, caído, intentaba limpiarse el fluido nasal abundante. La voz gangosa, las pupilas vidriadas, el zambo lo miraba ladina y escurridizamente.

—No se puede, Espíndola, no se puede.

—No sea majadero, Villegas. Piense bien. ¿Qué le importa a usted ninguna cangrejada de ésas? Convéznase que no hay más dignidad que el dinero. Sus compañeros son unos tristes pendejos. ¿Usted cree que con billetes por delante hay principios y causas que valgan? ¡No, hombre! Si no necesita traicionar a sus amigos, además. Que se dejen de majaderías. Acuérdesse de mí. Ustedes y nosotros apoyamos a la lista. La lista triunfa. Vea: aquí está el compromiso de las gentes de las mesas. Eso es todo. Lo demás, eso de los puestos municipales donde se venden viveres baratos, eso de los puestos en los mercados, vea, amigo, -guiñaba el ojo- usted sabe, eso se puede hacer. El comisionado obrero tiene que ser impajaritadamente el comisionado de estos asuntos. Y aquí tiene un servidor. Acuérdesse de mí.

Un borracho cantaba con voz nasal. Y por la música presentida lloraba su compañero de mesa, caído de bruces en el tablero. El relente del sol de la canícula entraba soporífero. Se reflejaba en la media calle polvosa. Pasaba una carreta cuya mula flaca alborotaba la tierra blanca de la ciudad. Chirriaba el eje. Y de las calles pavimentadas, en relativa vecindad, se escuchaba el traquetear de un tranvía y los claxones de los automóviles.

Alirio Villegas tambaleaba en el camino a su casa. La ruta de polvo se abrazaba a sus pies. Deteniéndose en bamboleo de caderas, con la cabeza caída sobre el pecho, con la mirada extraviada, la camisa guindando sobre las nalgas, el pelo revuelto.

—El concejal Alirio Villegas... el concejal señor don..

Quería orinar y no hallaba refugio apropiado. De las casas pintadas de colores eléctricos el sol regresaba toni-

NUESTRO PAN

ficado. La luz era insoportable en la cara. Se extendía por las aceras y el arroyo un silencio fatigado. Las gentes que ambulaban iban a la vera de los portales. Un niño sentado en la vereda no jugaba sino que se dejaba estar. Los perros se acostaban con la lengua inmensa caída. No se escuchaba cantar ni pregonar.

Con el relente se levanta del suelo la figura de Mateo Arellano. Y era un muerto hacía muchos años. No podía levantarse en el relente. Dicen que cuando los indios comen coca ven las cosas que solamente ven los adivinos. Pero Alirio Villegas no había bebido otra cosa que puro de caña dulce. Y las penaciones ocurren de noche en las casas oscuras, donde la gente muere... ¿dónde la gente muere? Desde la media calle, color de cal a la hora del sol abierto, Mateo Arellano se estaba levantando, transparente y tembloroso como la resolana de la pampa. Y lo miraba de los pies a la cabeza.

—Traidor a tu clase. Agente patronal. Has de morir como perro. Pisoteas en la calle la sangre del 15. Escupes sobre ella.

¿También hablaba Mateo Arellano, el que se había muerto hace muchos años? ¡Bah! la borrachera tiene sus cosas. Empero ya no viviría Alirio Villegas nunca más en la covacha, no pasaría la canícula de las tardes oyendo todo lo que se dice en las vecindades. Nunca más lloraría su hijo, el niño pipón y de amarillos ojos tristes. Nunca más sería el chico de los patios. El vestiría como Espíndola. ¿Por qué no podría tener otra mujer? ¿Cómo llamaba la catirita esa de las piernas tan bien hechas?

—Pisas la sangre del 15, donde tus propios hermanos de sangre están regados...

—¡Jajaja! ¡Jajaja!

La camisa se abombaba sobre las caderas, el pantalón caía chorreado hasta cerca de las nalgas. Fruncía la nariz, cerraba los ojos, movía la cabeza como las mulas cuando les estorba el freno.

—Camaradas: en estos precisos instantes les prometo que trabajaré para obtener puestos municipales de víveres.... ¿verdad?

Un hombre a media noche

I

La noche es muy alta. La calle de cemento brilla de lo negra. Desde las márgenes del Salado se avienta la hedentina ácida de los manglares. Cuando cae el chorro de los regadores nocturnos hay una cierta frescura en el ambiente. Algunas personas pasan silbando en compañía de sus pasos resonantes.

—Antonio Chiriboga...

La fiebre alta lo tenía en cama. Sus cabellos negros y en virutas manchaban la blanca almohada. Su perfil se afilaba contra las sábanas. Un acesar continuo lo agitaba.

Doña Lourdes lo había escuchado temblando igual que hoja de amancay en el río. Sus ojos de uva lo miraban entre asombrados y dolidos. Dulces, con tierno mirar de venado, no se apartaban de él. Su garganta de jazmín detecía apretadamente el llanto.

—Por mí no importa, pero estás manchando la vida de tu hijo. Yo sé que no es verdad, que tú no has sido más que mía, ¿entiendes?

La palabra mía lo inundaba. Ululaba como el viento sobre el arrozal. Caía sobre ella, trémula. El aire fresco

NUESTRO PAN

entraba. Las manos de movimientos de agua, frescas, se posaban acariciantes en la frente.

—Duerme, procura no pensar mi hijito; el doctor ha dicho que necesitas reposo.

—No puede ser, Lourdes. Llama a Antonio Moreno, hazme el favor. Necesito hablar con él.

—Ahora no es posible, Eusebio. Tienes que reponerte. Procura dormir, ¿ah?

La noche silenciosa lo apretaba. No sabía por donde andaba el fuego que le torturaba las sienas y le secaba la garganta.

—Sé que eso es mentira. Pero debes evitar los comentarios. El honor, más que en nosotros, está en los comentarios.

—¡Por Dios, Eusebio!

Los labios secos como paja, tostados por la fiebre, se entreabrían para que escapara el aliento de infierno. Los ojos estaban excavados entre las cejas y los párpados dejando una morada hondura. Brillaba la piel de ámbar moreno en medio de la noche tanto como los ojos.

—¡No puede ser verdad, Lourdes, no puede ser!

—Duérmase, mi negro; descanse. Aquí tiene el pecho de su mujer para que se recueste.

¡Ah, ese perfume de su cuerpo! Su piel de fresca pulpa de piña. ¿A qué el escándalo? El dolor del hombre debe quedar encerrado en él. El llanto y el comentario de la tortura íntima deben vivir en la pudibundez.

—No puede ser verdad, Lourdes. Tú sabes que no es verdad.

—Y tú, mi negro, también lo sabes...

Casi chasqueando recibió su piel enfebrecida la lágrima de ella. Y de pronto intentó levantarse.

E. GIL GILBERT

—Oye Alejandro: me siento mal. La cosa aquí está bien. La estamos ganando. Pero necesitamos más. No basta solamente con el Concejo Municipal. En el Congreso Nacional debe haber gente auténticamente representante de los reales intereses de los agricultores....

—Eusebio, mi hijito: dijo el doctor que tomaras estas pastillas.

—¿Para qué? Oye: cuando venga Moreno me llamas. Tengo sueño. A ver, dame esa pastilla. Me llamas, ¿ah? ¿Por qué me enfermaría ahora? Necesitamos más. Los precios. ¿Salió ya en el periódico la opinión del Concejo? ¿Ya? ¡Ah, ya no subirán en un sucre por quintal la pilada....

Los ojos semi-cerrados tenían eléctricos movimientos en los párpados. Las sábanas blanquísimas insinuaban las caderas y las rodillas huesudas. La barba crecida le hacía más prieta la cara, ya tan enjuta.

Doña Lourdes, en kimono azul, recostada en una perezoza, también fatigada, triste, comenzaba a dormir contra su anhelo de vigilia.

Bajo las venas contorsionadas de la frente circulaban palabras sin sonido. El chorro de agua de los regadores caía sobre el polvo machacándolo o asperjeándolo. Tenía un grito al caer que sonaba como si mil niños se rieran oscuros en la noche negra.

—Hildebrando, ¿dónde estás? Aquí, solo, en la mitad de esta noche fría, te siento a mi lado. Sé que por mi sangre has andado toda la vida. En mis noches ambiciosas de estudiante quería ahorcarte. Mis manos se hundirían en la piel de tu garganta granulada de batracio; porque también serías ya un poco el animal que tragabas tanto. Mas, al morir tú, me moriría algo. Lo suficiente para continuar la agonía infinita, sin la fuerza que me era necesaria para soportar lo que me ha venido. ¿Cómo hubiera podido salvar mi cosecha millonaria sin tu fuerza? Hildebrando, tragasapos: ¡hème aquí! La noche está fría. Huele anchamente el río Guayas. Sobre sus aguas rielan cáscaras de arroz. Se untan a las quillas de las canoas, de los lan-

NUESTRO PAN

chones y de los buques. Tú me enseñaste a tener la piel almidonada y la sonrisa protectora. ¡Qué bueno era reír! A la sazón, mejor es llorar. Pero, ¿dónde está mi llanto? Necesito lágrimas y mis lacrimales están secos. Necesito gritar. ¡Si pudiese aullar en la noche! ¡Hildebrando! ¡Héme solitario!

La noche infinita debe ser azul afuera. Los espacios vastos tendrán una luminosa coloración cárdena, como el borde de una herida. Yo soy el hombre cárdeno. La sangre que está goteando desde mi frente encendida no es roja. Es azul llama de alcohol. Todo yo soy color de yodo. Necesito tu fuerza para llorar con lágrimas y gritos porque no resistiré este llanto estéril de desierto.

—Ven tú también Capitán Sandoval, el acostado para siempre mordido por la tierra. Busca tus párpados disueltos e ilumina tus ojos hueros. Mírame, Capitán Sandoval. No quiero oír tus últimas palabras, pero las has metido para siempre en mi cráneo. Aquí retumban. Y no soy más que lo que dijiste: un hombre, un miserable hombre. Tú no lo sabes: otro ansiaba el secreto de su vellón negro e íntimo, otro hacía temblar sus carnes, como yo lo hiciera; otro aliento precipitaba su corazón como el mío. No importa que ignoraran la dulce fatiga de compartir el mismo lecho para el denso sueño posterior, si ya mis besos estorbaban en sus labios. No importa que tu sangre, Capitán Sandoval, se realizara en sus entrañas porque también ansiaba la cálida penetración de otra. No me has dejado conocer jamás tus torturas. Pero desde las mías te clamo. Tu sangre ferviente está en ésta mía, cárdena, yodada.

El viento que sale del río Guayas me trae olor de tamo. Esta corriente eterna anida en su vaivén los fantasmas de los hombres y las cosas. La siento venir desde las márgenes lejanas, la mitad llena de tierra, la mitad gruesa de hombres. Estas aguas son cadáveres. Míralos flotar. Los árboles fantasmales y disgregados navegan luminosos. Los frutos podridos se revuelven incandescentes.

—Estáte quieto, José Aucapiña. No des vueltas entre las aguas alunadas. No es bajo las aguas que yace la copa

E. GIL GILBERT

del Chimborazo. No es en la madre del río que están tus huellas de pródigo de las serranías. Apaga esa luz rojiza en tus ojos almendrados. Ya estás muerto. Para siempre acabado. No te empeñes en mirarme desde las entrañas del agua. También yo quería las monedas que guardabas sobre los riñones.

—Has cobrado mucho por tí, Alirio Villegas. ¿No comprendías que estabas saliendo desde la covacha viscosa en que vivías? También querías monedas. ¡Ay, no puedo mirar tu cara famélica, tus ojos hundidos para siempre en un aire torcido que te manaba del alma! Quisiera poder mirar tu alma entera, pero algún rincón se queda doblado en lóbrega oscuridad. No quiero oír tu risa. Eres humana mercancía. No me digas que yo te hice objeto mercantil. Ahora tengo un anhelo de silencios sin dimensiones. Sin la mecánica cuenta de tu risa. ¿No comprendes que por sobre tí estaba yo?

—Detén el viento, viejo José de la Cruz Vega. Deténlo y salta del arrozal. No mueras allí. Arranca la tristeza de tu cara. Quitate ese color de ceniza. Saca las manos de la tierra. Hazte a un lado que allí viene la máquina. Quita tu cabeza, que no soportará el empuje.

—No, patroncito. ¿Para qué traes esos fierros? Suéltanos por los desmontes. No seas tigre, mira que la vega se te va.

—Véte de ahí viejo montubio. No seas cándido. Arráncate del sembrío.

—Y tú, Lourdes. Quiero tu piel de jazmín. Quiero tus ojos de uva. Quiero las mariposas de nácar de tus manos. Ni la seda de la piña iguala tu jugosa desnudez. ¡Ay, tus pezones color de sol de los venados! Tú hueles con el adormecedor olor de las maravillas. Tú eres feble como las algas marinas. Tú eres ágil y de seda como los pasos del puma.

Aquí estoy durmiéndome y siento que sobre mis párpados está nevando, fría, la eternidad.

FIN DE NUESTRO PAN